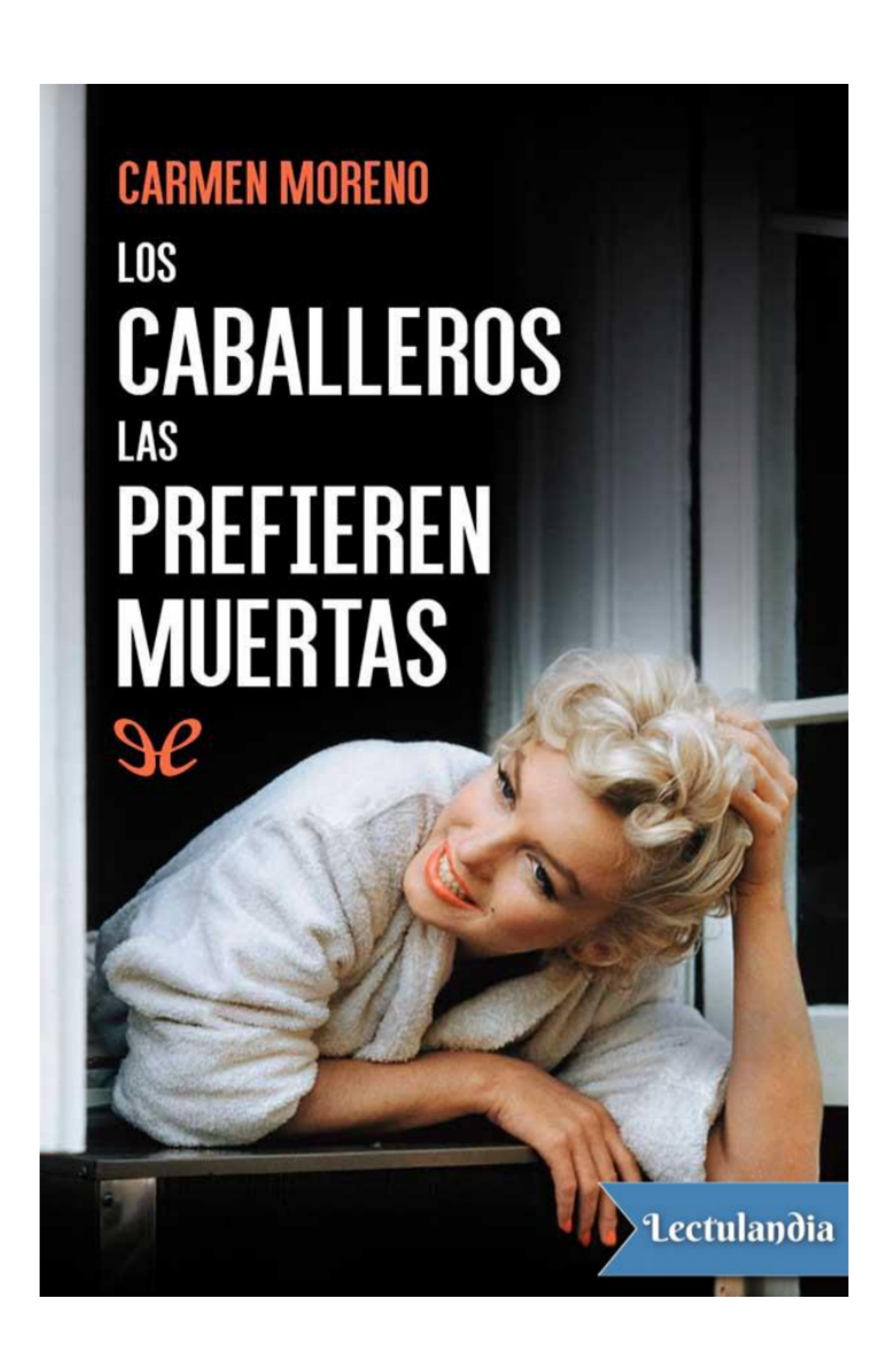

CARMEN MORENO
LOS
CABALLEROS
LAS
PREFIEREN
MUERTAS
Lectulandia

¿Quién no conoce a Marilyn Monroe? ¿Quién no sabe que se llamaba Norma Jeane? ¿Quién no tiene la certeza de que la cirugía estética pasó por su cuerpo? Pero ¿conocemos a los hombres que la rodearon, a los que la amaron, a los que la poseyeron hasta la destrucción?, los que querían lucir su cabeza como trofeo en el salón de su casa. Los caballeros las prefieren muertas es una novela que reconstruye la relación de la Ambición Rubia con los hombres y que muestra el Hollywood más feroz y real. Y en la que se distingue perfectamente a Marilyn de Norma. Una novela sobre la inocencia frente a la ferocidad, sobre los sueños y las pesadillas. Marilyn, una de las mujeres más inteligentes que hayan existido, sucumbió por la falta de amor.

Carmen Moreno

Los caballeros las prefieren muertas

ePub r1.0

Titivillus 05-04-2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRIMERA PARTE
NORMA JEANE

Ninguna biografía se ajusta a la realidad, como mucho, tan solo a los datos. Datos, por otra parte, convenientemente manipulados por manos nada inocentes. Si no fuera así, los libros que hablan de alguien deberían poder exponer los resquicios del alma.

No hay biografía que hable de los miedos, de las incertidumbres, ni siquiera de las alegrías, tan solo existen escritos que temen faltar a la realidad estadística.

De esta manera, cualquier intento por plasmar la existencia de otro no es más que un experimento fallido, realizado en un museo.

Más allá de las moléculas, las fechas o los sucesos, Marilyn Monroe es la suma de todo aquello que nadie podrá escribir nunca.

CAPÍTULO 1
JIM DOUGHERTY.
(NUEVA YORK, 1977)

«Éramos jóvenes». Era la única explicación decente que Jim Dougherty encontraba para excusar aquella estupidez tremenda: el matrimonio.

Norma Jeane era una chica tímida. Una de esas chicas que buscaban ser protegidas, que necesitaban saber que podían llorar en el hombro de alguien que no le hiciera preguntas. Sí, así era ella.

Jim Dougherty creía conocer su historia mejor que nadie. Era fácil encontrarlo en algún bar del sur de California tomando un trago y contándole a quien quisiera escucharlo cómo amaba a los perros mucho más que a ningún hombre, o que a ninguna mujer. A falta de hijos, volcó su amor por aquellos seres fieles, que no lo habían abandonado nunca. Nadie mejor que su caniche supo quién era Norma Jeane, por mucho que Dougherty quisiera erigirse en el depositario de aquellas certezas.

La gente conoció a la mujer hecha a base de bisturí, al ser caprichoso. Hicieron de ella una sombra inservible que no pudo con la vida.

«Nunca pudo con la vida, ¿sabe? Le venía grande», decía Dougherty a cualquiera que le prestara un poco de atención. Hablaba de la necesidad de Norma de ser el centro de atención, sin darse cuenta de que él había convertido su vida en una pista circense en la que trataba de amaestrar pulgas del tamaño de elefantes. Una voz al otro lado de la desesperación provocada por el olvido.

Marilyn lo había olvidado, sí. Y Norma Jeane jamás estuvo en aquella relación que la aburrió nada más comenzar.

Era una historia triste. La historia más triste que Jim Dougherty había escuchado nunca, aunque la suya tampoco se quedaba atrás.

De hecho, Jim Dougherty siempre empezaba contando su propia historia, para que todos pudieran entender por qué cometieron

aquella estupidez. Si querían escucharlo, claro. No le gustaba que nadie tuviera la impresión de estar perdiendo el tiempo ni que lo vieran como a un charlatán. Odiaba a esos bocazas que no sabían cuándo debían callarse.

Tampoco era que en su familia hablasen mucho. No había tiempo para cosas tan exquisitas. Hablar es cosa de gente que se aburre. Pardillos que no han tenido que buscarse la vida, ni tienen que hacerlo. Tienen la vida resuelta y se permiten el lujo de gastarla en banalidades.

Irlanda había provisto a Estados Unidos de un nutrido grupo de ciudadanos que llegaba huyendo de la pobreza y se había instalado en la margen anónima del país sin historia. Un papel en blanco que comenzaba a emborronar sus páginas con guetos e historias de perdedores que intentaban hacerse un hueco, hurgando las oportunidades con la punta de sus afiladas navajas.

Ethel Dougherty era una mujer que se las vio negras para sacar a sus cinco hijos adelante. Había llegado a Estados Unidos, la tierra de las oportunidades, un par de años antes de la Gran Depresión. No lo tuvo fácil, no tuvo ayuda. Por no tener, no tenía ni buenas palabras para el país que, supuestamente, permitiría a sus hijos disfrutar de un futuro mejor.

Eran cinco hermanos que no tenían donde caerse muertos. Así que pensaron que sería mejor seguir vivos. Procuraron encontrar un modo de subsistir más allá de las patatas y la mendicidad. La pobreza es como la suciedad, una vez que crea costra en la piel es muy difícil deshacerse de ella. La piel es demasiado permeable a las miasmas de la vida. La felicidad suele ser esa pátina resbaladiza que no se apresa por mucho que lo intentemos.

Jim Dougherty era el pequeño. Su madre consiguió mandarlo a estudiar al Van Nuys High School. Antes de eso, habían hecho de todo: recoger naranjas, dormir en refugios… Pero lo que se les daba de maravilla era pasar hambre. Se habían convertido en unos expertos en el arte de no comer.

Norma había vuelto a casa de los Goddard. Tiempo atrás había salido de allí escopetada, cuando acusó al señor Goddard de haberla violado. Fue a casa de los Brunings, pero allí la violó el hijo, así que no tuvo más remedio que regresar a la casilla de salida. Su madre permanecía ingresada en un psiquiátrico. Sería más correcto decir

que su madre vivía allí porque no había salido jamás: se limitaba a aprovechar pequeños permisos para reaparecer en la vida de su hija.

Era fácil encontrar a Norma por el barrio. Siempre sola, siempre perseguida por chicos, siempre intentando escapar. Lo mismo que la asolaba la hacía indiscutiblemente atractiva. Con sus suéteres pequeños, sus labios pintados, sus pechos redondos, menudos, apuntando a un cielo que se le antojaba el principio de un mundo infinitamente mejor que el que habitaba.

Norma y Jim se conocían del barrio, por supuesto. Ella andaba todos los días más de cinco kilómetros para ir al colegio. Se sentía tremendamente desdichada al principio pero, cuando se dio cuenta de que su cuerpo podía serle de gran ayuda, cambió su actitud.

Vayamos al principio: Norma Jeane. Al principio de todo. Como todas las historias.

La madre de Norma se llamaba Gladys Pearl Baker. Se casó por primera vez con un tal Baker.

A ese respecto hay que señalar dos cuestiones importantes. En primer lugar, a Norma siempre le contaron que su padre se mató en un accidente en Nueva York. Ojalá hubiera sido así. Quizá habría descansado mucho más. Además, en su partida de nacimiento aparece el apellido del primer marido, Baker, no el del segundo, Mortenson. Este sí era el padre de Norma. Ninguna de las dos tiene el más mínimo interés para el desarrollo posterior de su historia. O tal vez sí.

Norma nació el 1 de junio de 1926. Su madre, que era montadora en los estudios de Hollywood, tuvo un ataque de locura del que jamás se recuperó.

Locuaz, sensual y provocadora, Norma tenía pánico a acabar como su madre. No tenía escapatoria. Estuvo varias veces en los loqueros. Incluso ingresada.

Desde que su madre perdió la chaveta, Norma se fue a vivir con Grace McKee, a la que ella llamaba tía, pero no era más que una amiga de su madre. Gracias a ella, su madre había conseguido una casa para irse a vivir con su pequeña. Aquella no era una relación sana. No podía serlo.

La cosa no fraguó porque Gladys fue ingresada de nuevo, así que Grace se hizo cargo de ella hasta que también perdió el juicio.

Pareciera que quien se acercaba a Norma acababa mal. Loco, para ser exactos.

Norma y Jim comenzaron a ser amigos porque no les quedaba más remedio, porque los espíritus tristes aúnan sus sentimientos de perpetua desgracia y crecen como enredaderas en un porche abandonado. Jim tenía cinco años más que ella. Él tenía un descapotable que la volvía loca (líneas, color, comodidad), porque le permitía librarse de andar aquellas tres millas; él la deseaba como casi todos los chicos que conocía. Pero, extrañamente, aquel chico se limitaba a llevarla a dar una vuelta. Les gustaba pasear por Mulholland Drive.

Jim tenía que trabajar por la noche en Locked para ganarse unos dólares. Estudiar no daba dinero, más bien lo consumía. Le habló a Norma de un compañero de trabajo. Era un tío bastante raro, con una voz dulce y grave que nada tenía que ver con su verdadero carácter: un camorrista de tres al cuarto. Quería ser actor. Robert Mitchum. Sí, así comenzó Mitchum, un tipo al que le gustaban el *whisky* y los puños a partes iguales. Era septiembre de 1941.

Jim no se quejaba. Tenía su Ford cupé azul descapotable, un trabajo que le permitía ganar unos dólares y a la chica con la que todos soñaban y que solo él podía besar. Ella tenía aquel pintalabios que había robado en unos grandes almacenes y muchas ganas de escapar.

Por eso le hablaba de Mitchum, para que viera que, si un tipo como de piedra aspiraba a ser actor, ella podía aspirar a encontrar a un hombre que la hiciera feliz y la sacara, al fin, de aquella vida que llevaba quince años sufriendo.

Él se limitaba a pasearla por Mulholland Drive, hasta que ella le pidió que la besara. Y vaya si lo hizo.

Así estuvieron tres meses más. Norma iba al colegio con sus labios pintados y ropa dos tallas más pequeña de la que realmente necesitaba. Los chicos suspiraban por Norma, las chicas la odiaban. Él la tenía entre sus brazos cuando quería. Nunca sucedió nada más allá de unos besos y unas caricias, pero no importaba.

Todo transcurría con normalidad. La rutina era casi idéntica día tras día. Mitchum seguía allí con Dougherty y contra el mundo. Eso debía de ser la felicidad y él quería que se alargara hasta el fin de

los días. Pero no pudo ser. La felicidad tiene los días contados siempre. Dougherty siempre la definía «como un bombardeo en el que sientes que vas a morir, pero luego sales cubierto de polvo y escombros y esperas a que llegue de nuevo».

Los *japos* bombardearon Pearl Harbor y fue entonces cuando Dougherty supo que la felicidad no es una detonación cerca de tu oído que acaba con más de dos mil hombres. La felicidad debía de parecerse más al silencio. ¿Qué podía saber él, pobre infeliz, de lo que tiene un precio tan alto? Estaba convencido de que ellos, los norteamericanos, eran los buenos, y que alguien se lo debería haber dicho a aquellos sucios amarillos. Mataron a más de dos mil hombres buenos.

Al infierno con esos malditos amarillos. Si hubiera sido el presidente de los Estados Unidos… Jim estaba convencido de que los norteamericanos eran el mundo. Si los golpeaban a ellos, golpeaban a todo el mundo. Por eso luego se les unieron, decía. Y no tardó en alistarse. Había que ayudar a la patria. No puedes quejarte y no hacer nada. Si no te parece bien algo, tienes que luchar por cambiarlo. Todo lo demás era de cobardes.

A Norma y a él les encantaba bailar. En la radio sonaba *Everyting happens to me*. Norma se acercó a su oído y le susurró:

—Oh, Jim, ¿por qué todo tiene que pasarme a mí? —Escondió su pelirroja cabeza en el hombro masculino, aunque inexperto en aquello de cabezas en busca de refugio, y se echó a llorar.

—¿Qué pasa, Norma?, —preguntó sin dejar de bailar.

—A Doc le han ofrecido un trabajo en Virginia y ha aceptado.

Se refería a los Goddard, la familia con la que vivía. Sinatra seguía sonando en la radio. A Norma le encantaba aquel espagueti.

La abrazó con fuerza y siguieron bailando. No sabía qué decir. Les pasa a las personas inexpertas que dejan que otras busquen cobijo en su hombro.

Unos días más tarde, cuando bajó a desayunar, encontró a su madre más pensativa que de costumbre. Aquella mujer jamás dejaba la cabeza quieta. Se sirvió café y se sentó a comerse los huevos revueltos. Desde el día de Sinatra no había vuelto a ver a Norma. Le dijeron que andaba más triste que de costumbre. Era mucho, porque era una chica que vivía dentro de la melancolía.

—Jim, los Goddard se marchan.

—Lo sé, me lo dijo Norma Jeane. La echaré de menos.

—Hijo, ella no se va con la familia, vuelve al orfanato.

Aquel tenedor lleno de una buena porción de huevos revueltos se quedó a medio camino entre el plato y su boca.

—Grace me ha pedido que te pregunte si te casarías con ella.

En aquel momento, el cubierto cayó al suelo. Los huevos también. Se quedó con la boca abierta sin poder dejar de mirar a su madre ni parpadear.

Se levantó y salió de la cocina sin articular palabra. Se dio una vuelta en el coche mientras fumaba un cigarrillo tras otro. Pronto lo llamarían a filas. Su cabeza era un hervidero aún mayor que el de su madre. Parecía una de esas batidoras que trituran todo lo que les cae dentro. Si alguien hubiera podido meter la mano dentro de su cabeza, la habría sacado con algunos dedos menos.

Se casaron seis meses después, el 19 de junio. Una ceremonia sencilla, con apenas veinte invitados. Todos desnudando a Norma con la mirada. Iba preciosa con su vestido de novia y su melena roja.

Años después seguía pensando que se casaron porque era lo que debían hacer. Si todo el mundo hiciera tan solo aquello que le apetece, viviríamos en el caos más absoluto. Jim sabía que, si no se casaba con Norma, ella volvería irremediablemente al orfanato. Y estaba seguro de que no lo habría resistido.

Muy poco tiempo después lo enviaron a Catalina Island. Una pequeña isla rocosa que forma parte de Santa Bárbara. Un lugar al que iban las estrellas del cine a pasarlo bien. Y donde productores como Louis B. Mayer, Samuel Goldwyn o Joe Sahenk se reunían con sus socios: Willie Bioff, Longy Zwillman o Joe Roselli.

Eran los dueños de Estados Unidos. Lo más selecto de los bajos fondos irlandeses o italianos. Así se formó la élite de aquel gran país. ¿Cómo no reconocer a los peces gordos de las dos mayores industrias: el cine y los sindicatos? Todos ellos hombres de negocios…

A Jim le daban un poco de asco. Eran hombres corruptos entre otros que se estaban jugando el pellejo por su país. Pero así era la vida.

Norma y Jim vivían en Avalon, donde se instaló el centro de

mando de los marines, la oficina de la OSS, la primera agencia de espionaje y la escuela de formación de la Marina. También se instaló el epicentro del mayor terremoto que hubiera existido hasta entonces: Norma Jeane.

No resultaba fácil ser su marido. Cuando iban a algún baile, la rodeaban docenas de moscones a los que no solía hacerles ningún asco. Más bien al contrario. Sin embargo, los mantenía a una cierta distancia hasta que sonaba alguna canción que la hacía perder la cabeza. Aquella noche la música fue *Eager Beaver*, y todos se lanzaron a sacarla a bailar. Los apartó como pudo y llevó a Norma a casa. Tuvo que dejarle bien claro quién era su marido y a quién debía tenerle respeto.

—Yo no lo llamaría paliza. Es cierto que le di una buena zurra, pero no fue una paliza. Por el amor de Dios, yo era marine, si hubiese querido matarla, lo habría hecho. Solo quise dejarle claro que debía tenerme respeto. Algunas mujeres necesitan una bofetada de vez en cuando para reaccionar. No es malo.

Poco después embarcó. Iba a pasar algún tiempo fuera, así que Norma comenzó a trabajar en la fábrica aeronáutica. No le pareció mal. El país necesitaba mano de obra. Ellos, los hombres, los que salían a jugarse la vida contra la amenaza amarilla, necesitaban mano de obra. Y sobraban las esposas. Ningún hombre en su sano juicio, ninguno lo suficientemente hombre, podía preocuparse de su mujercita.

Norma le escribió. Mucho. Lo añoraba. Al menos, al principio. Luego la chica, la esposa, la trabajadora fue perdiendo terreno ante Norma Jeane. Sus palabras eran las mismas, pero ella no lo era. En la lejanía es mejor no pensar; en la guerra, es mejor no sentir. Las trincheras debían servir también para poner el corazón a salvo de cualquier disparo. Aún más del de la incertidumbre.

Cuando volvió a casa era obvio. Norma ya no era Norma. Era una mujer diferente que ganaba su propio dinero y ya no dependía de nadie. Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquel matrimonio estaba llegando a su fin. Aunque decir que se dio cuenta tal vez sea exagerado. En realidad, no intuyó nada. Solo sabía que su mujer ya no era aquella chica que necesitaba un caballero con armadura que la defendiera.

Norma empezaba a querer huir de nuevo. Esta vez lejos del

hombre que mejor la había tratado. Las bofetadas no contaban cuando llegaban por su bien. Ella había intentado ser mejor. Ahora, solo quería ser.

—Jim, ¿podrías acercarme a buscar a Gladys al autobús?

Cuando Norma quería algo, podía ser la más encantadora del mundo. En esa ocasión, ni siquiera hacía falta. Se trataba de su madre, ¿qué hombre le habría dicho que no?

Llegaron a la estación de autobuses temprano. Se quedaron en el coche esperando a Gladys. El autobús llegó, los pasajeros descendieron con sus equipajes y ahí seguía Norma, mirando por la ventanilla y sin mover una pestaña.

—Mira, nena —dijo Jim—, es ella. Dios mío, os parecéis tanto… ¿Has visto? Tienes sus mismos ojos.

Cuando fue a salir del coche, Norma lo paró poniendo su mano sobre el antebrazo del marido.

—Vámonos —fue lo único que pronunció.

—¿Cómo? —No podía creer lo que estaba pasando.

—Vámonos. Esa no es mi madre.

Se alejaron de la estación. Vio por el retrovisor cómo la madre de Norma miraba hacia todos los lados, buscándolos. Sus dos manos sujetaban el asa de la maleta que sostenía ante ella; la mirada perdida en algún punto inconcreto.

Le dio pena Gladys. Ni siquiera sabía que su hija había ido a buscarla.

Dos semáforos después, Norma le pidió que regresaran. Miraba fijamente a través de la luna delantera, sin apenas parpadear.

—Intentó matarme —soltó de pronto.

—¿Qué?, —preguntó Jim, sorprendido.

—Yo era pequeña y ella intentó asfixiarme con una almohada.

—Vaya… No tenía ni idea.

—Claro que no. Nadie sabe nada de mí.

—¿Ni siquiera yo?

Cuando regresaron, encontraron a Gladys tal y como la había visto por el retrovisor. No se había movido ni una pulgada. Madre e hija se abrazaron. Norma se mostraba risueña, feliz… Nada que ver con la mujer que un momento antes le había hecho aquella confidencia.

Se sentaron a tomar un helado y las dos estuvieron riéndose. Jim

las observaba como si fueran dos pájaros extraños. Dos pájaros de esos que tienen las plumas preciosas, pero luego son los mayores depredadores. Era como ver a dos fantasmas que intentaban ser personas.

De pronto, en mitad de la conversación, Norma se puso en pie y dijo que iba a llamar a su padre. ¿Su padre? ¿El que había muerto en aquel accidente en Nueva York? No entendía nada.

Lo cierto fue que se levantó, sacó unos centavos de su bolso y se acercó al teléfono público. Gladys se puso muy nerviosa y pidió que la llevara de vuelta al autobús. Había venido para quedarse unos días, pero parecía que el plan había cambiado de repente.

Norma volvió a la mesa con una sonrisa dibujada que él ya conocía. Gladys le pidió entonces a ella que la llevara al autobús. Aceptó sin ponerle ningún impedimento.

De vuelta a casa, miró a Marilyn de soslayo. Encendió un cigarrillo y dio una profunda calada.

—¿Me lo vas a contar?, —preguntó sin mirarla.

—Ha sido muy bonito ver a Gladys, ¿verdad? Qué lástima que no pudiera quedarse más tiempo.

—¿Estás de broma?

—Jamás bromeo con Gladys, ya lo sabes.

—¿A quién demonios se supone que has llamado ahí dentro?

—A mi padre, ya te lo he dicho.

—¿Al muerto?

—No creo que mi padre, mi auténtico padre, esté muerto —respondió, arrugando el entrecejo y frunciendo los labios—. Fue una mentira más de Gladys.

—Como la que tú has soltado hace tan solo un momento —dijo sin apartar la vista de la carretera mientras seguía fumando con parsimonia.

—¿No te parece encantador salir a pasear cogidos del brazo como si no estuviésemos en guerra?, —preguntó, dando por zanjada la conversación.

No volvieron a decir nada. Fueron dejando atrás las calles y las casas que iban encendiendo sus luces a esas horas de la tarde. Realmente, resultaba encantador. Aunque lo cierto era que estaban en guerra, que pocas parejas salían a pasear tranquilamente. Norma tenía una gran capacidad para escapar de la realidad que no le

gustaba.

Jim embarcó en el U.S.S. Du Mont. Norma se despidió de él, como lo hacía siempre. Era su mujer, Norma Jeane Dougherty. Así la dejó. Lista para ir a la fábrica. Lista para esperarlo. Lista para seguir siendo protegida.

El Pacífico Sur no era precisamente un lugar de vacaciones. Jim se jugaba la vida, como lo hacían todos sus compañeros. Ella ensamblaba piezas de aviones en la fábrica. Así era la guerra, todos los hombros resultaban necesarios.

Cuando desembarcó, no lo esperaba Norma Jeane, su mujer, sino una carta pidiéndole el divorcio.

Jim Dougherty muchas veces se preguntó si habría podido ser un marido mejor. Entonces pensaba en cómo fue su vida y llegaba a la conclusión de que no había podido serlo. Otra cuestión era si ella habría podido ser una esposa mejor. Y se decía a sí mismo que sí, sí que había podido. Pero no había querido… En el fondo estaba convencido de que Norma no era mala chica. Simplemente no sabía frenar sus impulsos. Habría quien la hubiera llamado *buscona*, pero no delante de él. Porque no fueron el mejor matrimonio, pero fueron el mejor salvavidas el uno para el otro. Al menos, en aquellos momentos.

Hubo un tiempo en el que creyó que estaría siempre junto a Norma, pero no había durado mucho. Pronto comprendió que no era mujer para un solo hombre. Le quedaba mucho mundo por descubrir y él no entraba en sus planes. No la culpó demasiado. Tampoco él estaba preparado para el matrimonio.

Quizá si hubiesen tenido hijos… Quién sabía. Quizá si hubiesen tenido hijos… Pero es mejor no hacerse preguntas que no tienen respuesta. La vida siempre sigue. No sabía cómo había perdido a Norma Jeane, pero la vida siguió sin ella.

No tardaron mucho en firmar los papeles del divorcio. En el fondo, Norma sabía que lo liberaba de una carga que no habría podido llevar durante mucho tiempo más.

Ella se dio cuenta antes. Así era Norma, siempre soltaba lastre. No quería caminar sola, pero no sabía cómo hacerlo en compañía.

Un desastre. Un precioso y perfecto desastre. Una niña que no dejó de serlo.

CAPÍTULO 2
DAVID CONOVER.
(LOS ÁNGELES, 3 DE SEPTIEMBRE DE 1962)

1945. La fecha se le había quedado impresa como si su piel fuera un daguerrotipo, y la imagen algo digno de preservar en el mejor museo del mundo. La noche antes había estado tomando unas copas con el capitán Ronald Reagan. Eran amigos y él lo consideraba un valiente. Reagan ya era actor. Mediocre, sí, pero actor de Hollywood. Un mito de la pantalla que dejó de serlo a los diez minutos de comenzar a actuar. Verlo allí a todos les parecía extravagante. Recibir órdenes de un *sheriff* del lejano Oeste les resultaba irritante. A todos menos a él, por supuesto.

Para ser sinceros, no le parecía el mejor actor del mundo, pero lo consideraba un gran tipo. Siempre dispuesto a dar la cara por su país. No conocía a ningún veterano de la Segunda Guerra Mundial que no se hubiera dejado cortar cada una de sus extremidades por aquello en lo que creía, y todos creían en Estados Unidos y en su capacidad de crear sueños y libertades.

Reagan, además de actor, era antisindicalista e informante del FBI. Para todos, un patriota al que no le importaba ensuciarse las manos si con ello conseguía una tierra mejor. El sueño americano hecho hombre, convertido en un fotograma más de la cinta que, más tarde, intentarían mejorar en la sala de montaje.

Hay cosas difíciles de mejorar. Existen cosas que son imposibles de hacer pasar por medianamente válidas, pero se intenta.

David Conover estaba a sus órdenes, sí, pero también era su amigo. Algunos creían que ser fotógrafo no servía de nada en época de guerra, pero muchos hombres mantenían la moral alta gracias a su trabajo. Se dedicaba a fotografiar a mujeres que trabajaban para los Estados Unidos durante la guerra.

Aquella noche, Reagan y Conover se cogieron una buena cogorza. A los dos les gustaba beber y cualquier excusa era buena para un brindis. Así fueron cayendo las copas, una tras otra. Era

primavera y las temperaturas ya permitían a las mujeres quitarse los abrigos. Y aquello era mágico para David Conover, como ver abrirse una crisálida. Magia…

Sabía que Reagan no lo había llamado solo para correrse una pequeña juerga. Él no funcionaba así. En su cabeza siempre había, al menos, tres motivos para hacer algo.

—¿No creerás que soy uno de esos novatos que piensan que su capitán los invita a un trago solo por el placer de su compañía?

Reagan sonrío y dio una vuelta a su copa sobre la barra.

—No es nada del otro mundo, no creas.

—Ya imagino que no me vas a mandar al frente.

—No será por falta de ganas. De verdad que creo que allí harías un magnífico trabajo.

—No fastidies, Ronald, ya sabes que lo mío son las mujeres.

Se echaron a reír y pidieron otra. Se hizo un silencio necesario para poder escuchar sus pensamientos, para ordenar lo que tuvieran que ordenar un actor de segunda y un fotógrafo cuyo mayor mérito, entonces, era quitar la ropa a cuanta mujer se pusiera frente a la cámara. Al fin y al cabo, un logro relativamente fácil en una época en la que había que llevar dinero a casa sin la ayuda masculina. Ellas salvaban el futuro y ellos disparaban al presente.

Así se ha escrito la historia, al fin y al cabo.

—¿Conoces Radioplane Corporation?, —preguntó sin darle mucha importancia.

—Es la empresa de Reginald Denny, ¿no? Aquel amigo tuyo.

—Es la empresa que fabrica aviones en miniatura dirigidos por radiocontrol para prácticas con misiles —le cortó tajante—. Esa, sí.

—De acuerdo, capitán. Me queda claro que no lo hacemos porque sea amigo tuyo.

—Claro que lo hacemos por eso. Pero también porque tiene una plantilla de mujeres increíble.

—Trabajo del bueno —dijo sonriendo—. ¿Cuándo empiezo?

—Necesito que estés mañana mismo allí.

—Usted manda, capitán.

Levantó el vaso para brindar por los encargos bien elegidos. Reagan sonrió, le palmeó amistosamente en la espalda tres veces y saludó por encima del hombro a un oficial que se encontraba tras de Conover.

Se quedó solo en la barra, acabándose la copa. Aquel desplante era una orden de retirada. La había comprendido, pensaba acatarla, pero un poco más tarde. Cuando estás en guerra, los días y las noches son relativos, el tiempo se congela y los placeres se venden caros. Arañar unos segundos más a los momentos de asueto era, casi, una obligación para cualquier hombre que presumiera de serlo. Y él presumía.

Apuró el vaso y pidió otro. Miró de soslayo a Reagan y a su acompañante. Lo reconoció enseguida. Lo mejor era mantenerse a distancia. Si no te metes donde no te llaman, los problemas olvidan tu número de teléfono y tu número de identificación. La fotografía era lo que le importaba. La guerra tan solo era un escenario que le permitía buenas imágenes.

Conover sabía que, si aceptaba lo que la vida le ofrecía, era difícil que luego se lo arrebatase. Normalmente, la vida resultaba ser tan política como el gobierno de cualquier país.

Cuando llegó a la recepción del hotel, el recepcionista le dio una tarjeta que habían dejado allí para él.

> *Señor Conover (Revista* Yank):
> *Mañana a las 5:00 lo recogerá un* jeep. *Por favor, sea puntual.*

Puntual… Eran las 23:00, estaba volviendo borracho al hotel, ¿y le pedían que fuera puntual? Por supuesto que lo sería. Una buena ducha, una pastilla para el dolor de cabeza de la mañana siguiente y a la cama.

A las 5:00 estaba allí el todoterreno. Es imposible que Conover pudiera contar demasiado del trayecto hasta Radioplane porque, nada más montarse en el vehículo, se acomodó como pudo y se quedó dormido como un bebé con resaca. No solía fijarse demasiado en los caminos. En tiempo de guerra, todos parecen iguales, hasta los que te llevan a casa.

Nada más parar, la voz del sargento lo despertó con brusquedad.

—Eh, amigo. Ya estamos.

Se desperezó, se puso bien el casco y miró al conductor y a su acompañante. Después, echó un vistazo a su alrededor y lo que vio lo deprimió tremendamente. Habían llegado a una de los cientos de

fábricas que había repartidas por California. Un edificio de cemento y hierros más impersonal que inspirador. En el fondo, no podía quejarse. No había tenido que ir al frente a disparar.

Dio las gracias y bajó del todoterreno, cargando con la caja de herramientas. En su caso, una Ciro Flex bastante usada, algunos rollos y mucha paciencia. Lo cierto era que podía parecer una suerte ir por ahí haciendo fotos a chicas pero, a veces, había que lidiar con alguna mujer que poco tenía ya de joven. A alguna también le faltaba belleza. En general no le importaba. El fotógrafo trabajaba con lo que había: los cuerpos. Era mejor no intentar capturar las almas: estaban podridas, deprimidas o llenas de suciedad, y la carga de una familia que se iba desmoronando con cada noticia, con cada segundo.

En la puerta lo esperaba una mujer de unos cincuenta años con gafas de concha, un rodete sobre la cabeza y las manos entrelazadas delante del pecho. Su cara reflejaba el fastidio que le producía tener que acompañar a aquel tipo. No le gustaban los fotógrafos, no le gustaban los hombres, o la combinación de ambos factores.

Tampoco él fue el hombre más feliz del mundo al verla allí. Le tendió la mano y le dio los buenos días. Ella se limitó a mirar aquellos cinco dedos con su palma, a modo de unión, como si fuera un pez muerto, y le pidió que la siguiera.

Anduvieron al aire libre unos minutos por las instalaciones de la fábrica. Entraron en el edificio donde estaban las oficinas. Pasaron entre docenas de mesas que se distanciaban las unas de las otras apenas dos pies.

Le miró el culo a aquella señora tan poco amable. No estaba mal, teniendo en cuenta que podía ser su madre, aunque a ella jamás se lo habría mirado. De pronto, se encontró pensando en su madre. ¿Qué estaría haciendo? ¿Estaría cocinando una de aquellas riquísimas tartas de manzana que hacían que todos los chicos del vecindario quisieran ser sus amigos? Bueno, eso se debía a la tarta, y a que su madre era realmente guapa. Ella lo sabía y le gustaba tontear con el género masculino, tuviera la edad que tuviera.

Nunca tuvo problemas en partirle la boca a cualquiera que se refiriese a ella en un tono mínimamente sexual. Y por sexualidad con relación a ella entendía calificarla de lo que era: guapa. No era una mujer, era su madre.

Recordó a Louis, un chico retraído, lleno de pecas y pelirrojo, lo que delataba su ascendencia irlandesa. Los irlandeses no eran bien recibidos en el barrio, no traían más que problemas. Casi todos acababan en el contrabando o en la policía. Y es difícil saber qué gustaba menos. La cuestión era que su madre insistía en que debía ser amigo de Louis, al que odiaba porque no podía quitárselo de encima.

Un día lo llevó a jugar a las vías del tren. El juego consistía en quedarse muy quietos mientras venía el mercancías; el primero que se quitara perdía y el otro podía ir pregonando por ahí que era un cobarde. No podía explicar con palabras cuánto deseaba quitarse a Louis de encima. Quería que el tren lo aplastara, hiciera polvo cada uno de sus huesos, eliminara de la faz de la tierra su estúpida cara de irlandés.

Se situaron con las piernas un poco separadas y un raíl entre ellas. No tardaron demasiado en oír el silbato del tren, puntual como casi siempre. Lo vieron aparecer, tomando la curva. Sintió como si los pies se quedaran pegados al camino. Louis, a su lado, sin mover un músculo y sin quitarle ojo al avance de aquel toro de hierro, le dijo:

—Déjalo, David, tú ganas.

Pero él ni siquiera pestañeó.

Louis abandonó su sitio. Lo vio por el rabillo del ojo. El tren iba acercándose cada vez más y seguía paralizado. Sintió un calor húmedo que le empapaba las piernas.

—Vamos, David, deja de hacer el imbécil. Has ganado. Sal de ahí.

Lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Casi podía sentir el frío del metal de la locomotora. Louis saltó a las vías y le dio un empujón. Lo siguiente que recordaba era estar tumbado en la cama, con la cabeza vendada mientras en el salón escuchaba el murmullo de voces adultas que se lamentaban.

Llamó a su madre, que acudió solícita.

—¿Qué ha pasado?, —preguntó, aturdido.

—Es Louis, hijo —dijo, enjugándose las lágrimas.

—¿Dónde está Louis, mamá?

—Él… Él… Oh, David, no debes culparte de nada, ¿me entiendes? Ha sido un trágico accidente.

Sí se culpó. Los cinco días siguientes sintió como si un gran agujero negro se abriese en su estómago y absorbiera cada uno de sus órganos vitales, lanzándolo fuera de allí. Tan lejos que ya no sentía la vida latiendo dentro de él.

Se le pasó pronto. La vida era así: no puedes culparte eternamente de lo que otro ha hecho. Aunque fuera para salvarte la vida. «Somos el producto de nuestras decisiones», se repetía.

Ante una puerta de madera y cristal aparecía bien grande el nombre de Reginald Denny. La mujer del rodete se volvió y le echó una última mirada de arriba abajo como si pudiera fulminarlo con ella.

—¿Le ha gustado lo que ha visto? No me mantengo mal para mi edad, ¿no le parece?

—¿Cómo dice?, —preguntó, perplejo.

—Todos los hombres son iguales. En cuanto se sitúan dos pasos por detrás de nosotras, aprovechan para mirarnos el trasero. Le diré, señor Conover, que hago mucho deporte.

Se ruborizó tanto que le pareció que hasta el casco cambiaba de color.

—El señor Denny lo espera —dijo mientras le abría la puerta y le flanqueaba la entrada.

Al pasar delante de ella, le soltó en un susurro:

—A usted no le vendría mal dejar el *whisky* y hacer algo de deporte.

Se volvió sorprendido ante aquella sonrisa perfecta que le marcaba las arrugas junto a los ojos.

—Señor Denny, el señor Conover.

Un hombre de pelo cano y entrado en carnes lo saludó con toda la jovialidad que le había faltado a la mujer. Estrechó su mano, encantado de conocer a alguien que le regalaba algo de afecto aquella mañana.

—Señor Conover, es un placer tenerlo entre nosotros —dijo con un acento que el recién llegado no supo ubicar en ninguna parte del mapa—. Me dijo Ronnie que es usted un artista.

—No creo que se pueda llamar tanto a un fotógrafo de *pin-ups* en tiempo de guerra, señor Denny.

—Estupideces, un artista lo es en cualquier época y haga lo que haga.

Asintió sin mucho convencimiento y sin ningunas ganas de entablar una discusión sobre el arte a esas horas de la mañana. Su estómago le había comenzado a sugerir que era mejor meter algo en él. No había desayunado y el alcohol comenzaba a convertirse en ácido sulfúrico.

—¿Un café?, —le ofreció, mientras apretaba el botón de su intercomunicador para pedir dos cafés—. ¿Algo de comer?

—Cualquier cosa.

—De eso ya no nos queda, hijo —dijo, echándose a reír—. Traiga dos cafés y unas rosquillas, Rose Mary. Dígame, señor Conover…

—David.

—Dime, David Conover, ¿ya sabes lo que quieres fotografiar? Hay chicas muy guapas por aquí, que no te engañen las primeras impresiones.

Le guiñó el ojo en un gesto de complicidad que entendió, pero que le pareció ofensivo. Entró una mujer de pelo negro, ojos azules, un poco estrecha de caderas y ancha de tobillos.

—Los cafés y las rosquillas, señor —anunció.

—Sírvale a este muchacho —ordenó Denny, señalándolo a él.

Rose Mary le sirvió el café, le acercó el plato de rosquillas, le ofreció azúcar, que rechazó, y le preguntó si todo iba bien. Por un momento, pensó que iba a lanzarle un beso o algo peor. Algunas veces le ocurría: cuando las mujeres sabían que era fotógrafo, se volvían como locas. Todas querían ser modelos, actrices, cantantes… En el fondo, lo que todas querían era salir de su anodina vida de trabajadoras de fábrica ocho horas al día, y amas de casa el resto de la jornada. No las culpaba. Si hubiera sido mujer, se habría suicidado.

—Gracias. —Sonrió, sincero. Esperó a que saliera de la habitación y entonces le comentó a Denny sus planes—. Quiero dar una vuelta por la fábrica y fotografiar a las mujeres mientras trabajan.

—Vaya a la parte donde están pintando los fuselajes. Es donde están las más guapas —le advirtió—. ¿Cómo se vive esta locura detrás del objetivo?

—Es diferente, supongo.

—Tiene que serlo. No has tocado un arma en tu vida, ¿verdad?

Abrió mucho los ojos mientras daba un sorbo a su café. Cogió una rosquilla del plato y la saboreó con tranquilidad. No tenía prisa en contestar aquellas preguntas. Normalmente, las hacían para hacerlo sentir incómodo. Era como si le dijeran: «Eh, chico, ¿cómo se siente un cobarde como tú al ver cómo matan a sus amigos mientras te dedicas a sacar fotos a mujeres?». No le gustaba la gente que hacía esos comentarios *sin maldad*.

—Verá, señor Denny —dijo, masticando las palabras y las ideas—, yo cumplo con mi país como mi país me lo ha pedido.

—Claro, claro, chico, no estaba intentando decir nada. No te ofendas.

—Créame, no me ofendo. Ahora, si me disculpa, voy a dar una vuelta por la fábrica, a ver qué puedo hacer.

—Por supuesto, le pediré a…

—Muchas gracias, señor Denny, me las arreglaré yo solito. Dígame tan solo cómo llegar al hangar de pintura. —Soltó la taza de café y se puso en pie—. Muchas gracias también por el desayuno.

Lo acompañó hasta la puerta y le señaló una nave que permanecía con las puertas abiertas de par en par. Vio salir a una mujer con un mono sucio de pintura. No tendría más de treinta años. Mayor para estar allí. Pensaba que las mujeres, a partir de los veinticinco años, deberían dedicarse a cuidar la casa. Todo lo que fuera trabajo extra las arrastraba hacia la vejez con mucha más premura.

Entró en el hangar. El sol comenzaba a apretar, pero era soportable. Dos docenas de mujeres pintaban en la cola de aquellos aviones las *pin-ups* que él mismo había fotografiado. Algunas se afanaban en hacer algún tipo de ajuste en las ruedas. Todas llevaban un mono muy poco favorecedor. Todas iban maquilladas como si fueran de cóctel. Todas lo miraron cuando entró, excepto una, a la que tampoco hizo demasiado caso. Lo molestaban las mujeres que querían darse importancia. Eso quiere decir que saben que la tienen o que carecen por completo de ella.

Sacó la cámara y estalló un pequeño revuelo.

—Señoras, señoras, por favor —intervino—, necesito que sigan trabajando sin hacer caso a mi presencia.

Seis o siete mujeres se acercaron escandalosamente hasta él y le

pidieron que las fotografiara mientras posaban de manera exagerada. Cuando consiguió que lo dejaran tranquilo, se fijó en la única que no lo había mirado siquiera. Bajaba de unas escaleras. Su mono era distinto a los demás. Es decir, era como todos, pero no lo era.

Aquella prenda de vestir neutra, insulsa, incluso fea, le marcaba las curvas como si fuera un traje de piloto. Era pelirroja y se sujetaba el pelo con un pañuelo.

Su cara pecosa y sus ojos llenos de luz le llamaron poderosamente la atención. Pasó por su lado contoneándose y sin hacerle ningún caso. Esa vez ya le dio igual que supiera que tenía importancia, porque era tan real como esos aviones que estaban ante él.

Le hizo una foto de espaldas. Volvió a repetirla, pero ella se giró poniendo cara de enfado. Era, sin duda, la mujer más fotogénica que había visto nunca. Y exudaba sexualidad por todos los poros de su cuerpo.

—¿Me permitiría hacerle unas fotos?, —preguntó, acercándose.

—Ya lo está haciendo, ¿no? Además, tenemos órdenes de facilitarle el trabajo.

—En ese caso… Acompáñeme, por favor —le pidió, tendiéndole la mano amablemente—, me gustaría hacerle algunas fotos subida en la escalera.

Perdió la cuenta de las instantáneas que tomó de aquella chica, que se llamaba Norma Jeane, pero fueron unas cuantas. Su forma de sonreír, de moverse, de estar, solo de estar, habría vuelto loco a cualquiera. Desde luego, la cámara la amaba y, a esas alturas, él también.

—Señorita…

—Señora Norma Jeane Dougherty.

—Vaya, es usted irlandesa.

—Mi marido lo es.

—¿Hay un señor Norma Jeane?, —dijo sin evitar coquetear.

Ella se echó a reír, dejando al descubierto sus perfectos dientes blancos.

—Señora Dougherty, me encantaría poder hacerle unas fotos para un calendario.

—¿A mí?, —dijo, coqueta—. Pero si solo soy una mujer más del

montón.

Escribió la dirección de su estudio en un trozo de papel que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y se lo dio.

—Tengo claro que sabe usted perfectamente que no es una más del montón. —Rio—. ¿Vendrá?

—¿Qué dirá la gente?

—Traiga a su marido si quiere.

David Conover rezó para que no quisiera.

—Está embarcado en estos momentos.

—Entonces, será nuestro pequeño secreto. Nadie tiene por qué saber que ha estado usted en mi estudio. Si usted no lo cuenta, yo no lo contaré.

—De acuerdo —dijo, mordiéndose la punta del dedo corazón—. Solo con una condición: será usted un caballero.

—Siempre lo soy —mintió descaradamente.

Dos días después, a las cuatro de la tarde, Norma Jeane llamaba a la puerta de su estudio. Abrió impaciente. Allí estaba ella, con una chaqueta beis, su melena pelirroja y su sonrisa entre asustada y feliz.

—Hola, Norma —saludó.

—Vaya, he debido de perder el «señora» por el camino —bromeó mientras entraba.

Miró a izquierda y derecha del pasillo. No sabía si para asegurarse de que nadie la veía entrar o todo lo contrario. Cerró la puerta y le ofreció un café.

—Preferiría champán si tiene usted.

—Siempre tengo champán.

Desapareció un instante en la pequeña cocina que había montado para las noches en las que se quedaba trabajando y apareció segundos después con una botella y dos copas. Ella miraba las fotos que había colgadas por la pared. Muchas de mujeres desnudas. Nada de pornografía, solo desnudos artísticos. La diferencia está en lo soez de la mirada de la que uno dispone.

—Son preciosas —dijo mientras se deshacía de la chaqueta y se quedaba con un vestido de punto…

Nada más. Era obvio que no había nada más bajo el vestido. Casi volcó la botella y estrelló las copas. Lo ayudó, risueña. No era la primera vez que jugaba a aquello.

—¿Qué vio usted en ellas?, —preguntó, volviendo a las fotos.

—Digamos que no lo vi yo, lo vio la cámara.

—Ese chisme que lleva usted al cuello.

—Ahora no lo llevo.

—¿Qué ha visto su cámara en mí? —Era como si tuviera las preguntas estudiadas.

—No ha sido mi cámara, he sido yo. En ti, Norma, he visto lo que no había visto nunca, la fuerza de mil mujeres concentrada en una sola. La belleza más pura y salvaje. Y, a la vez, la inocencia. Es como si fueras una niña en el cuerpo de una diosa.

Ella rio, tapándose la boca con una mano mientras sujetaba con la otra la copa de champán vacía.

—Si mi marido supiera que estoy aquí…

Le sirvió una copa de champán, cogió la cámara y comenzó a hacerle fotos mientras hablaba.

—¿Es celoso?

No le importaba su marido, pero era mejor hablar, valorar si acabaría con la cara rota por celos, dejar que se soltara y le mostrara aquello que no mostraba a nadie.

—Se puede decir que sí. Cree que soy suya porque estamos casados.

—¿Te ha pegado alguna vez?

Preguntó mientras cogía la cámara y comenzaba a hacerle fotos. Ella bebía a pequeños sorbos y lo seguía con los ojos.

—¿Qué hombre no le ha pegado a su mujer cuando se ha creído ofendido? Jim no es un mal hombre, pero pierde los nervios con demasiada facilidad.

—Y teniéndote a ti por esposa, no debe de ser fácil mantener los nervios enfundados —reprimió la idea de comentar otras fundas.

Seguía girando alrededor de ella mientras apretaba una y otra vez el obturador. Era maravilloso verla allí, dejándose llevar. No había que darle ningún consejo, ninguna indicación. Conocía perfectamente las claves de la fotografía, aunque resultaba obvio que no había hecho nunca una sesión.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve. ¿Y tú?

—Alguno más —respondió con una coquetería impropia de él.

Era como un chico de quince años que quiere impresionar a la

reina del baile.

—¿Por qué te casaste?

—No seas aburrido —respondió Norma sin querer darle pistas.

—Déjalo —soltó como un disparo a bocajarro.

—¿A Jim? No me molesta.

—Pero te molestará —repuso como si todo el saber del universo reposara en sus brazos—. Voy a serte sincero, Norma. —Dejó la cámara un momento y se bebió de un trago el champán de su copa y le sirvió a ella un poco más—. Quiero hacerte fotos así.

Ella miró a la pared. Entendió a la perfección lo que le había querido decir sin necesidad de más palabras. Sonrió y extendió la mano donde llevaba la copa ya vacía.

Todo fue muy despacio. Al principio, solo hablaron. Norma ya iba bastante achispada cuando sacó la botella de vino precario, una vez acabado el champán. No quiso desnudarse, se limitó a sentarse en la cama y a seducirlo.

—Norma —dijo, soltando la cámara y acercándose a ella—. Puedes aspirar a ser modelo, incluso actriz.

Ella soltó una carcajada sonora, echando la cabeza hacia atrás. Su pelo rojo rozaba las sábanas. La acarició con cuidado al principio, como si fuera un jarrón de porcelana que pudiera romperse con su torpe mano, que temblaba como la de un niño. Ella se dejó acariciar hasta que las ganas acabaron por estropearlo.

Apretó sus pechos y ella soltó un pequeño grito de dolor. Saltó de la cama como si cien tigres hubieran aparecido tras su espalda. Norma lo miró con los ojos entrecerrados y lo señaló. Su voz arrastraba los efectos del alcohol, pero su cabeza no.

—Tú… —dijo con la voz áspera del vino—. ¿Quieres convertirme en… modelo?

—O en actriz —dijo, confundido.

—Y para eso debo dejar a Jim, claro. —Se quedó pensando durante unos segundos—. Lo haré.

Se hizo un silencio incomprensible durante unos minutos. Ella se había tumbado sobre la cama en estado fetal y él permanecía en el rincón donde se había refugiado de los cien tigres, sin atreverse a mover un músculo.

—Jim es un buen hombre —dijo con la voz llorosa.

Entonces sí, dio un paso hacia ella.

—¿Me puedes dar mi vestido?, —le pidió sin darse la vuelta.

Norma se puso los zapatos de tacón que traía y se sentó al borde de la cama.

—Él me salvó de volver al orfanato.

—Ya. —Se atrevió a sentarse a su lado—. Pero ahora se trata de tu futuro.

Abrió mucho los ojos y se quedó mirando al infinito.

—Mi futuro… Yo nunca he tenido de eso.

—Ahora lo tienes, Norma Jeane. El futuro más prometedor que haya conocido Hollywood.

—No voy a acostarme contigo.

Aquellas palabras lo descolocaron y lo noquearon a partes iguales. Ni siquiera le había propuesto semejante cosa. Pero era consciente de que todos los hombres son muy previsibles.

—No te lo he pedido —pudo decir, no sin esfuerzo.

—No hace falta. ¿Qué harás con las fotos?

—Voy a darte veinticinco dólares, me firmarás un papel y las usaré como material artístico.

—¡Veinticinco dólares!

Silbó de la manera menos femenina que hubiese visto nunca. Se dejó caer de espaldas sobre la cama de nuevo.

—Quiero tener un futuro. Por primera vez en mi vida, no quiero conformarme.

—No lo hagas —susurró.

—No lo haré.

A los pocos días, Conover embarcó en el Philippinas. Perdió la cuenta de las cartas que le escribió a Norma. Jamás le contestó a ninguna de ellas.

Alguien le dijo que Norma se había separado de Jim Dougherty. Estaba esperando aquella noticia. Después, no volvió a saber nada de ella durante algunos años.

Realmente, de Norma Jeane no supo nada más.

El futuro es un arma incierta, que puede resultar peligrosa en manos inexpertas.

CAPÍTULO 3
ANDRÉ DE DIENES.
(NUEVA YORK, 9 DE ENERO DE 1965)

Él era la bisagra, la única persona que conoció a Norma Jeane y a Marilyn Monroe. Aunque resulta difícil pensar que alguien la conociera realmente. Marilyn era más fácil de conocer porque era tan solo la suma de muchas infelicidades. En cambio, Norma Jeane se parapetó tras Hollywood, tras todos los que fueron o quisieron ser.

Su nombre real era Andor György Ikafalvi-Dienes. Había nacido en Tursia, de la que escapó con catorce años, cuando su madre se suicidó. Probablemente esa era la razón por la que no le gustaba hablar de su madre. Sentía un profundo respeto por aquellos que, libremente, decidían quitarse la vida cuando creían que esta ya no tenía nada bueno que darles. El dolor que dejaban detrás no era comparable al que pudieran sufrir los demás.

Llegó a Budapest andando. No tenía un leu, pero era joven y deseaba escapar de allí como fuera. Sin embargo, no podía quejarse, consiguió trabajo al poco de llegar a la ciudad: en una tienda de telas, por la mañana; y por la noche como tramoyista en el teatro. Era su forma de estar cerca de la ópera y el teatro sin tener que gastar el poco dinero que ganaba.

De Dienes no se quedó demasiado tiempo en Budapest. Nunca se quedaba demasiado tiempo en ningún sitio, excepto junto a Marilyn.

Se fue a conocer mundo con dieciocho años: Europa y África. Viajaba sin la mochila del condicionamiento de un europeo o un norteamericano. Su lema era: «Deja que la vida te sorprenda». A él no dejó de hacerlo nunca porque estaba dispuesto. No anclarse, no echar raíces. Solo los árboles las echan y acaban sirviendo para soportar novelas mediocres o calentar hogares aún más mediocres.

Se unió a un grupo de artistas ambulantes. Con ellos comenzó a pintar y a hacer fotografías. Jamás dejó de mirar el mundo desde el

objetivo.

Se estableció en París y se convirtió en el fotógrafo exclusivo de Captain Edward Molyneux. También fue en París donde conoció a Arnold Gingrich, el editor de *Esquire*, que se encontraba casualmente de vacaciones. Debió de gustarle su trabajo, porque le propuso que se marchara con él a los Estados Unidos. Por supuesto, aceptó. No tenía por costumbre quedarse demasiado tiempo en el mismo sitio.

En 1938, con veinticinco años, ya hacía fotos para *Vogue, Bazaar* y *Town and Country*. Veinticinco años… Aún tenía toda la vida por descubrir y no se imaginaba haciendo lo mismo el resto de sus días. Si hubiera querido eso, se habría puesto a trabajar en una oficina: allí hubiera tenido el sueldo asegurado, pero también el aburrimiento. Al menos, para alguien como él, que necesita conocer, saber, cambiar.

Tardó unos años en despedirse de la fotografía por encargo, pero lo hizo. Lo que realmente le apasionaba era la fotografía artística. Quería fotografiar mujeres con los paisajes del Oeste como telón de fondo. Era una de esas absurdas obsesiones que acaban por convertirse en la única forma de vida. Tan absurda como coleccionar llaveros, pero mucho más rentable.

No tuvo que buscar demasiado. Había tenido suerte y el talento necesario para que mucha gente quisiera trabajar con él. Llamó a Blue Book Model Agency y les explicó lo que quería hacer. Emmeline Snively, que ya por aquel entonces podía presumir de conocerlo bastante bien, le habló de una chica de diecinueve años. Según ella, era muy guapa. Era su primer trabajo, pero estaba deseando empezar. Se llamaba Norma Jeane Baker. Ya se había cambiado el nombre, aunque no el estado civil. No le gustaba llevar el apellido de un fantasma que ni siquiera era su padre. Y era una manera de distanciarse de las decisiones que había tomado su madre. Aquella mujer que intentó suicidarse tragándose las sábanas.

No le gustaba hablar de Norma, de Marilyn, siempre le afectaba. No podía creerse que no fuera a llamarlo nunca más, que no fuera a sonar el teléfono y al otro lado estuviera ella para pedirle una sesión de fotos. Era su manera de conectar con él. Le costaba establecer cualquier tipo de relación y le resultaba mucho más

cómodo si había una excusa por medio.

—Hola, André. ¿No te parece que hace un día estupendo para desenfundar tu viejo aparato y hacerme feliz?

—De acuerdo, rubia, lo que pretendes es provocarme un infarto. Yo lo sé, tú lo sabes, lo malo es que ningún cuerpo de seguridad de este maldito país tiene constancia de ello y tu crimen quedará impune.

Un par de horas después: las risas, el abrazo, los fogonazos, las miradas llenas de ternura, de miedo, de candidez… Luego ella, siempre ella. Por encima de todo. Su voz al otro lado del teléfono y él saltando de su sillón de lectura rezando para que fuesen sus palabras.

Lo que más temía Norma era no ser amada. Lo que más asustaba a Marilyn eran las excesivas muestras de amor. Se convirtió en una adicta a la opinión externa. No importaba cuántas veces le dijeran que debía dejarla atrás, que no significaba nada. Al menos, no debía significar nada. Pero la arrastraba como un lastre cada vez más y más pesado que tiraba de su cuerpo hacia el abismo, hacia la oscuridad. Él lo había vivido con su madre y verlo en ella le partía el alma.

Norma no podía estar relacionada con ella de ninguna manera. Le dolía demasiado la locura de su madre que, en aquel momento, estaba ingresada en el mismo psiquiátrico en el que murió su abuela, la madre de su madre, atada con una camisa de fuerza. Norma tenía pavor a acabar como ellas. Todas las mujeres, locas. Todas las que la habían amado de alguna u otra forma, locas. Todas las que de algún modo la rodeaban, locas…

La madre de De Dienes, en cierto modo, se salvó. Parece una broma de mal gusto decir que una persona que se suicidó no sucumbió a la locura. Norma era una de las mujeres más inteligentes y ambiciosas que se podían conocer. Sabía perfectamente lo que quería y no le temblaba el pulso. Si hubiera sido hombre, probablemente, habría llegado a dirigir la Metro. Siendo mujer, llegó al cementerio la primera de su promoción. Pero sabía que el suicidio era mejor que la locura. Por eso admiraba a la madre del fotógrafo. Ella no había querido sucumbir. Fue fuerte.

Tampoco Marilyn estaba loca. Le pudo la desesperación, la atravesó el dolor, pero no estaba loca. Aunque la historia se empeñe

en decir que sí. Lo único que quería Norma Jeane era que la quisieran. Lo único que se le negó siempre fue el amor.

Volvamos a 1945. De Dienes estaba citado con Norma Jeane Baker en el hotel Garden of Allah de Hollywood. Estaba fumando y tomándose una copa mientras esperaba. La vio entrar y casi provocó un incendio en el hotel y no solo porque se le cayese el pitillo. Llevaba puesto un jersey rosa claro y se había recogido el pelo rizado y de color rubio ceniza con una cinta también rosa. Llevaba alianza.

Levantó el brazo para llamar su atención. Se acercó hasta donde estaba, le tendió la mano, ella la estrechó con seguridad y le sonrió. Casi murió fulminado con aquella sonrisa. Sí, era una expresión tópica, pero tan real que la frente se le perló de un sudor lascivo y frío.

—Algo que aprendes cuando trabajas con modelos es a disimular. No quise que notara que estaba profundamente afectado por su presencia, pero ella lo sabía. Sabía que provocaba eso en los hombres y no dudó ni un segundo en utilizarlo. ¿Acaso es peor que el director que, conociendo su poder, lo usa para conseguir favores? Marilyn le dio la vuelta al concepto.

—Casada —dijo despreocupado a la vez que llamaba al camarero.

Ella miró su dedo anular y se acarició la mano derecha con cierta dulzura.

—Separada. Una relación difícil. Nos casamos cuando yo tenía dieciséis años para no volver al orfanato. Un buen hombre que me libró de una pesadilla. —Suspiró para darle un punto de inflexión a la conversación—. Imagino que hasta el mejor de los sueños puede convertirse en pesadilla.

—¿Por qué llevas aún el anillo? —El camarero se acercó con una determinación que no le había visto antes—. ¿Qué tomarás?

—¿Podría ser una copa de champán?

—Una copa de champán para la señorita y lo mismo para mí. —Señaló su vaso vacío—. Me contabas por qué llevas aún la alianza.

—No, no se lo contaba, tan solo había preguntado usted.

De Dienes se echó a reír mientras ella inspeccionaba los grabados que decoraban el Garden Allah. Tenía esa mirada que poseen los que quieren aprender y los miopes. Él le contó la historia

de cómo en el siglo XIX los españoles creían que California estaba habitada por mujeres desnudas. Una suerte de amazonas norteamericanas mucho más hermosas que las griegas. Se sintió un embaucador de tres al cuarto, haciendo alarde de sus conocimientos para ligar con la chica guapa del bar.

Fue entonces cuando le dijo que quería fotografiar a mujeres desnudas, pero también convertirse en un buscador de oro. Quería perderse en las antiguas minas y conseguir una pequeña fortuna. Le preguntó si quería ir con él. Le ofreció cien dólares semanales por posar, además de cubrir los gastos, comprarle ropa, y comer todo lo que quisiera.

Aceptó.

Después, bebieron, cenaron y charlaron animadamente de fotografía, literatura y deseos. Norma, en transición a Marilyn, se atrevía a planear, aunque no a soñar. Le costaba trabajo dormir y todo el mundo sabe que hay que hacerlo para acceder al mundo de la ilusión.

Los siguientes días los dedicaron a preparar el viaje. Un viaje que prometía ser inolvidable, que él presentía como mágico, que ella necesitaba para romper con lo de siempre, con la inacción. Fuera como fuese, debía ser una de esas catarsis que convierten tu vida en una experiencia diferente, en algo que señalase ese momento como un antes y un después en los días que te queden por delante.

Es lo malo de la gente que se dedica a crear mundos o a recrearlos: no tienen nunca los pies en el suelo. Por eso existe el «club de los 27».

No habían salido de Los Ángeles cuando una patrulla de la policía los detuvo para multarlos. Uno de los agentes rodeó el coche y se puso junto a la ventanilla de Norma Jeane, el otro se afanaba en rellenar con letra clara el parte. De Dienes no le quitó ojo al primer agente, hasta que lo devolvieron a la realidad con el permiso de circulación.

—Eh, Mike —gritó el que estaba junto a Norma—, olvida la multa. Lo mismo la señorita quiere pasar la noche con nosotros para hacernos olvidar que iban demasiado rápido.

—¿Cómo se atreve?, —gritó ella antes de que él pudiera decir nada—. Es usted un cerdo. No pasaría la noche con usted aunque me enfrentara a un pelotón de fusilamiento.

El agente dio un paso atrás. Su rostro había mutado de divertido a sofocado en cuestión de segundos. Mike se echó a reír y le tendió la multa.

—Te dije que un día darías con una mujer que te pusiera en tu sitio —se dirigió al compañero, con sonoras carcajadas.

El otro se acercó a la ventanilla de Norma, de nuevo, y le pidió que saliera del coche. De Dienes se agachó para mirarlo a través de la ventanilla y le pidió que los dejara en paz.

—O sale o me veré obligado a sacarla por la fuerza.

—Vamos, chico —gritó Mike—, déjalo estar. A ver si va a salir del coche y te va a dar una buena zurra.

El agente se llevó una mano a la gorra y la otra a la cintura. Parecía no poder decidirse entre lo que era mejor. Optó por hacer caso a Mike mientras De Dienes daba gracias a todos los dioses por dejar aquel incidente ahí. En ese punto en el que sientes la impotencia y la rabia golpeándote el pecho, por un lado; por el otro, el alivio de no tener un encontronazo con dos supuestos agentes de la ley, que tenían más que ver con los sindicatos (cualquiera de ellos) que con una sala de justicia.

El uniforme, a veces, ciega a los amantes de la adrenalina, y a los camorristas pagados por el estado de Los Ángeles.

No fue la última vez que le hicieron proposiciones a Norma. Era imposible verla y no desearla. Ella, lejos de sentirse halagada, percibía las palabras como pequeñas manchas que iban tiñendo su ropa con una pátina de suciedad y podredumbre. No soportaba las palabras soeces, la mala educación. Quizá no tuviera estudios, pero seguía siendo una señorita. Lo que ella no sabía era que los caballeros casi nunca sabían tratar a las mujeres como señoritas.

El primer destino fue el valle de la Muerte, en California. Quería fotografiar lugares que tuvieran que ver con la búsqueda de oro. Lo pasaron bien. Intuir *in situ* la historia de los *gold rush* fue algo maravilloso. Norma estaba espléndida. No podía dejar de mirarla, no podía dejar de fotografiarla. Quería fundirse en su cuerpo, saber qué se sentía estando en su piel, siendo ella, una fuerza de la naturaleza que arrastraba belleza y sexo de una manera casi animal.

Después de un duro y divertido día de trabajo, De Dienes decidió que lo mejor sería pasar la noche en el hotel Furnace Creek Inn, en

el corazón del valle de la Muerte. Se encontraban en la recepción, esperando a ser atendidos. Norma llevaba una maleta no demasiado grande pero, desde luego, nada pequeña.

—¿Quieres una habitación para ti sola o prefieres compartirla conmigo?

Ella sonrió y le mostró el anillo de boda.

—Aún no estoy divorciada, André. Preferiría dormir sola. Además, yo duermo profundamente y no creo que sea una buena compañía.

Se equivocaba: era la única compañía que podía imaginar, la mejor, sin duda, y la que más anhelaba. Pidió separadas, muy a su pesar. Mientras le daban las llaves y le indicaban cómo encontrar sus habitaciones, miró a Norma de reojo, y le preguntó si estaba segura de aquello. Ella hizo un leve movimiento de cabeza y le sonrió. Cogió las dos llaves, las maletas, y subieron.

Ya en su habitación, se quitó los zapatos, se sirvió un *whisky* y se tumbó en la cama esperando quedarse dormido. El día había sido intenso y estaba tan cansado que no le cabía la menor duda de que no tardaría en vencerlo el sueño.

No contó con que la imagen de ella siguiera ahí, dando vueltas en su cabeza. Se sirvió una segunda copa y a la tercera no pudo más. Salió de la habitación, se dirigió sigilosamente a la de ella y tocó con los nudillos suavemente. Había improvisado una suerte de declaración de amor, a la par que un ofrecimiento de compañía sin mayores ataduras, y una noche de piel donde ninguno diera explicaciones. Donde cada cuerpo fuese dueño de sí mismo y del otro. Las había escrito en su mente, las había repasado, se las había aprendido de memoria porque no podía fallar. Ella estaba al otro lado del pasillo, ahí, casi podía abrazarla. Las palabras estaban perfectamente estudiadas, medidas al milímetro, como haría cualquier niñato que va a pedirle salir a la chica con acné por la que está loco a sus catorce años.

Abrió en camisón y no le dejó decir nada.

—Sé un buen chico y vuelve a tu habitación, André.

Lo hizo. El dolor del rechazo no se siente en el corazón, como se empeñan en afirmar los románticos que no tienen cura ni perdón. El rechazo es un directo al estómago; un escupitajo en la cara; una vergüenza íntima y silenciosa.

Siguieron la ruta que llevaban prevista. Después de visitar Cathedral George, De Dienes condujo dirección sur, siempre siguiendo el río Colorado. A veces, las carreteras eran terribles. Norma nunca se quejó, siempre estaba de buen humor.

Sufrieron un pinchazo (el primero para Norma, pero no para su acompañante) cuando iban camino de Yuma, justo antes de llegar a las dunas. No fue por una de aquellas carreteras del diablo, sino en la principal.

Encontraron una gasolinera donde reparar la rueda. Dejó a Norma charlando animadamente con la propietaria, una anciana con cigarrillo en los labios y la piel curtida por el sol. Cuando regresó para pagar la factura, Norma había ido a asearse y aquella anciana le pidió que llevara a la chica a visitar a su madre a Portland. Vivía allí en un hotel. Le advirtió de que debían darse prisa porque se acercaba una tormenta de arena.

Montaron en el coche para reemprender viaje. Pasaron unos minutos sin que ninguno dijera nada.

—¿De verdad quieres ir a ver a tu madre?

Se giró hacia él con una sonrisa que no le había visto hasta entonces.

—¿En serio? ¿Me llevarías?

—Te llevaría a la luna si me lo pidieras.

—Bueno, tienes suerte, está un poco más cerca que la luna. —Echó la cabeza hacia atrás con un gesto divertido, mientras el viento, cada vez más fuerte, le acariciaba las mejillas.

Condujo algunos kilómetros más por carreteras de un único sentido, grandes serpientes que se retorcían sobre sí mismas, antes de que, efectivamente, se metieran en la ya anunciada tormenta de arena. Pararon en un motel. Solo quedaba una habitación, así que no les quedó más remedio que compartirla.

Norma se duchó la primera. Él escuchaba caer el agua e imaginaba su cuerpo bajo la suave lluvia cálida de aquel cuarto de baño. Paseaba por la habitación como si estuviera esperando una noticia importante. «Es un niño y está sano», por ejemplo. O: «Acabo de darme cuenta de que estoy loca por ti».

Salió envuelta en dos toallas, una para el pelo y otra para aquel cuerpo que llevaba días fotografiando sin poder verlo. No dijo nada, se metió en la ducha esperando que le aliviara un poco la ansiedad

que lo consumía. Dejó que el agua tibia resbalara por la espalda, apoyó las dos manos en la pared y contó hasta que los números ya no significaron nada para él. Había metido el pijama en el cuarto de baño, así que salió listo para irse a dormir.

Al regresar a la habitación, encontró a Norma tan solo con una de las toallas, tendida boca abajo en la cama, leyendo el periódico.

—No me hagas esto —le suplicó—. Vístete, por favor.

—Está bien. Date la vuelta.

Él no podía creer que le pidiera algo tan absurdo: «Date la vuelta». Allí estaba, desnuda, sin ningún tipo de pudor, pero ¿tenía que darse la vuelta para que pudiera vestirse? Se enfundó el camisón y se metió en la cama.

—No te tenía por un mojigato, André de Dienes, más bien por un depredador domesticado.

—Lo que soy es un hombre, Norma. Un hombre.

—¿Y los hombres no leen desnudos en la cama?

—No delante de una mujer.

—Vaya, perdéis muchos placeres en beneficio de uno solo. ¿Os compensa?

—No lo sé, no lo recuerdo.

Él estaba al borde de la locura, pero ella no tardó en dormirse.

Dos noches después regresaron a la costa. Fue cuando estalló, cuando no pudo más, cuando no quiso seguir esperando. Aquella noche era como la suma de la tortura a la que él mismo se sometía. Norma, como siempre, dormía en otra habitación; De Dienes, como siempre, se desesperaba por no poder dormir pensando en ella.

Se levantó, paseó por la habitación como si buscara la salida de emergencia en mitad de un incendio, tomó un *whisky*, dos, tres… Volvió a pasear hasta que, finalmente, le escribió una carta que, más tarde, le pasó por debajo de la puerta. No pretendía enamorarla, ni siquiera bajar sus defensas o eso se decía él. Lo que él quería era darle calor, arroparla, contarle cuentos al oído. Que ella se sorprendiera, «¡Qué boca tan grande tienes!», y él acabara por devorarla en aquel cuento.

Queridísima Norma Jeane:
No imaginas lo doloroso que le resulta a un hombre no poder hacer el amor…, especialmente si su amada

está tan cerca. Quizá ella también sienta el mismo deseo. Pero es demasiado tímida para dejarse llevar…

Es una lástima que los seres humanos seamos tan tibios. ¡Podríamos disfrutar de una noche gloriosa y placentera si nos atreviéramos!

Los cementerios están llenos de cadáveres y esqueletos que un día estuvieron vivos, pero que fueron demasiado mojigatos, estrictos, religiosos, amaestrados moralmente para no satisfacer sus verdaderos instintos, y quizá durante toda la vida estuvieron atormentados por el desamor. Millones y millones de personas han muerto sin disfrutar lo suficiente de los placeres terrenales.

Norma Jeane, el amor es lo único real en la vida, lo único que realmente importa. Te suplico que vengas, que llames a mi puerta, que me dejes amarte. Nunca te abandonaré, siempre te amaré.

Tu húngaro loco,

André

A la mañana siguiente esperaba… Había pasado toda la noche esperando. Realmente, no sabía qué esperaba, pero ella no hizo ningún comentario. Nunca lo hizo. Quiso mantener lo que le quedara de hombría a salvo. Era consciente de lo que debía significar para un hombre como él, acostumbrado a que las mujeres cayeran rendidas a la primera fotografía, un no sistemático y, por qué no aceptarlo, antipático. No quería herir sus sentimientos, pero no estaba dispuesta a pasar por la cama de cualquiera por mucho que le insistiera. Sobre todo, si ese *cualquiera* era una persona que la quería de verdad. El sexo siempre mata el afecto fraterno.

La madre de Norma vivía en un edificio antiguo y oscuro en el centro de Portland. Habían comprado varios regalos y Norma no había parado de hablar durante el trayecto. Su madre vivía en una pequeña y gris habitación de la última planta. Recibió a su hija con una expresión triste, los invitó a pasar y se sentaron a charlar junto a la ventana. Una conversación lenta en un tono muy bajo. Él se

mantuvo junto a la puerta sin querer oír nada. Parecía el funeral de alguien. La oscuridad y la tristeza, que rodeaban a aquella mujer que debió de ser guapa, lo inundaban todo. Al menos, no era un psiquiátrico, solo un lugar oscuro y frío donde enterrar a la persona que has perdido para siempre.

No tardaron mucho en irse. Norma no quiso hablar. Estuvo más triste de lo normal, pero era lógico. Encuentros como aquel había que dosificarlos para no acabar en la habitación de al lado, gritando los siete nombres del diablo.

De Dienes tenía la cabeza puesta en el viaje y se moría de ganas de llegar a Timberline Lodge, un hotel grande, magnífico, situado a ochenta kilómetros al este de Portland, en la falda de monte Hood, también llamado Wy’east por la tribu multnomah.

Paró un momento a los pies del monte y le contó la leyenda que circulaba sobre las cataratas que tenían ante ellos:

«Dicen que el jefe de la tribu tenía una hija preciosa, como tú. Decidió casarla con un joven jefe de otra tribu, los clatsop. Lo que empezó siendo un matrimonio concertado acabó convirtiéndose en un amor real. El día de la boda amaneció con gran parte de las tribus enfermas. Los chamanes no tenían respuestas, pero un hombre desconocido para ellos, con una gran barba blanca y un bastón, les dijo que la enfermedad se cobraría muchas vidas si no se sacrificaba la de una doncella hija de un jefe. Nadie lo tomó demasiado en serio. Pero una de las veces que la hija del jefe fue a visitar a su futuro esposo lo encontró muy enfermo. No se lo pensó dos veces, recordó las palabras del hombre de la barba y se dirigió al acantilado. Se sacrificó para que se acabara aquella terrible enfermedad. Dio un paso al frente y cayó al río mientras la luna llena proyectaba su luz sobre ella. Las lágrimas del jefe de la tribu, tras haber perdido a su hija, crearon estas cataratas».

—Es una de las historias más tristes que haya oído nunca —dijo ella sin dejar de observar el agua que caía con fuerza—. El amor nunca trae nada bueno.

Comenzó a nevar. Entró en el hotel para preguntar si había habitaciones libres. Le dijeron que quedaba una, con una cama doble. Salió a consultar a Norma. Ella prefería seguir camino. Igual,

con suerte, encontraban bungalós en algún bosque cercano.

—¿Tan repugnante resulta siquiera la idea de compartir cama conmigo?

—No quiero complicar las cosas.

—¿Complicar? Se nos echa la noche encima, está nevando, pero prefieres seguir camino, ¿y tú no quieres complicar…?

Ella volvió la cara. No tenía ni fuerzas ni ganas de contestar. Sabía que, en aquel momento, cualquier cosa que dijera se volvería en su contra. Al fin y al cabo, él era un hombre. Y como todos los hombres, al menos los que ella había conocido, se dejaba llevar por un pequeño apéndice que podía llegar a adquirir la fuerza de cien ejércitos que no razonan.

En un cruce de carretera encontraron el Government Lodge. La capa de nieve ya era demasiado gruesa para seguir conduciendo. También allí quedaba una habitación libre, con una cama doble y el lavabo al final del pasillo. Ya no tenían más opciones. No era la mejor, era la única.

Quizá fuera la tristeza que impregnaba aquella noche la piel de Norma, o el frío, o la leyenda del monte. Tal vez, su carta surtió efecto… Aquella noche hicieron por primera vez el amor.

A la mañana siguiente estaban pletóricos. Decidieron que se casarían en cuanto se divorciase de su marido. Lo harían en Las Vegas: divorcio y matrimonio en un solo viaje. Rápido, sin trabas, sin esperas. Como el amor de aquellos dos jóvenes.

Lo primero que hizo De Dienes fue llamar a un amigo de Nueva York para contarle todo sobre Norma: sus planes de boda, lo feliz que se sentía y cómo habría querido que estuviese más cerca para poder brindar con él. Un poco excesivo, tal vez, pero no todos los días uno se compromete. No todos los días se deja llevar uno por la desesperación de querer atar a alguien indomable para siempre a su cintura.

En vez de contarle nada de eso, habló con el recepcionista de su apartamento.

Murió unos días atrás en un accidente de tráfico. Llovía, iba demasiado rápido… No sufrió nada. Murió en el momento.

La gente tiene la extraña sensación de que diciendo eso el dolor será menos: «Murió en el momento». «No sufrió nada». «Murió sin apenas darse cuenta». «No sufrió nada». Como si hubieran estado

allí, sentados con el vivo antes de pasar a muerto; como si este se hubiera girado hacia ellos y les hubiera dicho: «Ey, no estoy sufriendo nada». No entienden que el sufrimiento nunca es para el que se va, sino para quien se queda, y no hay manera rápida ni indolora de vivir la muerte de alguien a quien quieres.

Colgó, desolado. Aquella noticia cambió drásticamente sus planes. Tenía que regresar a Nueva York; sentía la necesidad de regresar, de tomar asiento en su nueva realidad.

Tuvieron suerte de que funcionaran las quitanieves y de que dejase de nevar. Regresaron a Los Ángeles para llevar a Norma Jeane a casa. Ella se mareaba a menudo. Parecía como si su cuerpo estuviera gritándole que no volviera, que no regresa al punto de salida. Los últimos días habían sido muy intensos.

Entraron en Hollywood por Laurel Canyon. Caía la tarde cuando llegaron a Sunset Boulevard, a la altura del ocho mil, donde se encuentra el Garden of Allah. Iba a darle un cheque de trescientos dólares, cien por cada semana que había viajado con él y cien más como muestra de gratitud. Además, debía firmar la liberación del contrato. Ella tomó el cheque. Los cien de gratitud le dolieron como si le clavaran un punzón en el oído. Aquellos cien dólares «en señal de gratitud» parecían poner precio al sexo entre ellos. Norma no amaba a André y este solo amaba la proyección de una mujer que se había mostrado inalcanzable durante mucho tiempo.

Los mareos no se iban, el dolor tampoco, pero trescientos dólares le dejaron claras dos cosas: la primera, que pasaría un par de meses sin apuros financieros; la segunda, que ella tenía un precio y, por lo visto, no era demasiado alto. André de Dienes se había portado siempre bien con ella, había tenido paciencia, incluso le mostró cariño y respeto.

La llevó de vuelta a casa y se despidieron, prometiéndose que se llamarían. Se casarían en el verano del año siguiente.

Hablaban a menudo por teléfono. Casi siempre llamaba ella y, casi siempre, llorando por estar sin blanca. La conversación se acababa cuando él le prometía hacerle un giro por Western Union de veinticinco o cincuenta dólares. Poco sabía de cuál era su vida en Los Ángeles. Tampoco tenía ganas de saberlo. Intuía que no le iba a gustar.

A principios de verano Norma Jeane viajó a Las Vegas para

divorciarse. Él le mandó dinero para ayudarla con los gastos. Acordaron que se casarían en una pequeña iglesia que a ella le encantaba. Quería creerse que quería una vida sencilla, junto a un hombre que la tratara bien, sin quebraderos de cabeza. Quería hacerse a la idea de que era como la mayoría de las mujeres, pero no lo era. Y, si alguna vez atisbó llegar a conseguirlo, el mundo se le abría bajo los pies y la engullía sin el menor pudor.

De Dienes la telefoneó desde Los Ángeles:

—Hola, Norma Jeane. No te diré cuánto te echo de menos porque podré demostrártelo en breve. Querida, ya estoy libre de trabajo. Viajaré a Las Vegas mañana mismo. Estoy impaciente por verte. No tienes ni idea de lo feliz que me haces, Norma Jeane.

—Oh, vaya, André, no creo que sea buena idea —le respondió con voz dulce y de disculpa—. He estado pensando mucho este tiempo y creo que no quiero comprometerme con nadie. Lo primero es mi carrera, André. Por favor, entiéndelo.

—Mañana saldré hacia Las Vegas, de cualquier manera. Debemos hablar de esto en persona.

—Yo creo que no hay nada de lo que hablar. He tomado una decisión y, aunque no lo veas ahora mismo, es lo mejor para los dos, André. No te amo y tú a mí tampoco. Soy un alma triste y solitaria a la que salvar.

—No digas eso.

—Deberías decirlo tú, pero no vas a hacerlo. Adiós, André.

—No voy a permitir que esto acabe así, Norma —su voz se endureció.

—Está bien. Nos veremos en Los Ángeles. Vuelvo mañana.

«Fue rápido. No sufrió. Murió sin apenas darse cuenta. No sufrió. No sufrió. No sufrió…».

Condujo como un loco, sin parar a descansar, como si la carretera sola le llevase junto a ella. No quería perder tiempo. No sabía qué estaba pasando. Necesitaba verla. Necesitaba que le dijera que todo había sido una broma de mal gusto. Necesitaba que lo abrazara. En el fondo, necesitaba lo que cualquier persona a la que acababan de rechazar: que no lo hicieran.

Al llegar a Los Ángeles la llamó por teléfono y lo citó en Susent con Vine, enfrente de los estudios de la NBC, a la una de la tarde. Esperó. Esperó una hora. Esperó dos horas y comprendió que no

iría, que Norma Jeane no acudiría a su cita.

Se acercó a South 3rd Street en Santa Mónica, a su apartamento. Cuando llegó, uno de los peces gordos de Hollywood salía del edificio arreglándose la corbata. El corazón le dio un vuelco. Estaba seguro de que abandonaba el apartamento de ella. Lo sabía. No hacía falta que nadie se lo dijera, no necesitaba una foto para demostrarlo. Solo verlo salir de aquel edificio, solo saber quién era y todo encajaba en su cabeza como un maldito puzle.

Subió y le abrió vestida con un camisón negro de encaje.

—André… —Fue lo único que pudo decir.

Miró tras de ella. Había dos botellas de vino vacías, algunos guiones de cine sobre la mesita del centro, un enorme ramo de flores y uno de esos desórdenes que ya conoces.

—Dime algo, Norma Jeane, ¿te ayudará a avanzar en tu carrera?

—Sí —respondió con contundencia.

—¿Eso es lo que quieres?

—Te lo dije, André, pero no quisiste escucharme. Quiero centrarme en mi carrera.

—Tú no tienes ninguna carrera, Norma Jeane. Pero te veo cualidades para llegar alto —dijo señalando las botellas con la barbilla.

Ella le dio una bofetada que no le dolió en la cara. Él tan solo la miró. No se inmutó, no movió ni una pestaña (los dos como espejos paralizados). Se escrutaron durante unos instantes. Se mantuvieron la mirada como si con ella estuvieran escupiéndose todos los reproches del mundo. Aunque él solo quería abrazarla o abofetearla, las dos cosas con la misma intensidad.

Entonces comprendió que había nacido para el cine. Su madre había trabajado en Hollywood, ella había crecido allí, su vida era esa y nada ni nadie iba a interponerse en su camino. No conocía otra cosa, era su cultura, su manera de respirar, su forma de caminar.

Verano de 1946.

—¿André?

—Sí —respondió desganado, sabiendo que era ella.

—Necesito que vengas a verme. Tengo una noticia que te va a encantar.

—¿No puedes decírmela por teléfono?

—No seas aguafiestas. Ven a verme.

Y colgó.

Tardó una hora en llegar a su apartamento. Le abrió la puerta con una sonrisa enérgica, llena de ilusión. Lo abrazó, lo cogió de la mano y lo hizo pasar al interior.

—¿Sabes qué? ¡Tengo un nuevo nombre!

Cogió papel y lápiz y escribió con la mejor caligrafía de la que era capaz:

Marilyn Monroe.

No sé si creen en los cuentos de hadas, pero tengo una noticia que darles: son una patraña.

Norma Jeane y Marilyn Monroe

El primer marido de mi madre se llamaba Baker, el segundo, Mortenson. Hacía tiempo que estaba divorciada cuando nací yo. Se ha especulado mucho con mi padre. Dijeron que era noruego, sin duda por su apellido, y que murió en un accidente de moto.

En cuanto a su auténtica identidad, le ruego, una vez más, que no me pregunte. A nadie le interesa sino a mí. Pero hay dos hechos que pueden explicar ciertas confusiones:

Siempre me han contado que mi padre se había matado en un accidente de tráfico en Nueva York. Aunque nunca nadie me llevó a ver su tumba. Una niña no necesita ver para creer, pero la niña que era yo, sí. Porque Gladys era una loca que no hacía más que inventar historias de terror que llenaban mi cuerpo y mi mente de heridas.

En mi partida de nacimiento aparece el del primer marido de mi madre, Baker. Mi madre debía ponerme algún apellido y, forzada por la premura de la decisión, debió decir el primero que le vino a la cabeza.

SEGUNDA PARTE
Marilyn
Monroe

CAPÍTULO 4
¿QUÉ FUE DE NORMA JEANE?

El silencio no es algo muy habitual en ninguna calle de Hollywood, pero aquella mañana parecía especial. El presagio de lo que ha de cambiar, de lo que está por suceder, se extendía más allá de donde alcanzaba la vista.

Marilyn se había levantado de buen humor. Llamó a su amigo André de Dienes para que la acompañara a unos estudios cinematográficos, situados en Grower Street. Ella iba pletórica, aunque algo en su mirada revelaba un cansancio íntimo y personal que en nada podía compararse con el físico.

—Vamos a pasar por el Hollywood Memorial Park —dijo André sin apartar la vista de la carretera.

Marilyn miraba por la ventanilla como si nunca hubiera visto aquel paisaje que era el de sus días. La monotonía de una vida que iba dibujando poco a poco con mano temblorosa y poco segura. Él la observaba sin quitar ojo a la carretera hasta que le preguntó si quería visitarlo. Al fin y al cabo, si iba a ser una estrella, aquel sería su último destino, ¿no?

—¿Por qué iba a querer ir a un cementerio?, —respondió Marilyn, incorporándose en el asiento y fijando su mirada en aquel que ya era una parte imprescindible de su vida.

—Porque está detrás de los estudios de la Paramount, porque hay que familiarizarse con la muerte, antes de seguir viva, porque aquí están los restos de Rodolfo Valentino y, quién sabe, quizá tú un día ruedes una gran película a unos metros. Además, acabarás aquí. Deberías ir eligiendo tu apartamento eterno.

—Tu sentido del humor a veces es demoledor…

Pararon a unos metros de la entrada. Ella bajó sin prisas, se atusó el pelo nerviosa y miró a su alrededor. El silencio era atronador. No sabía muy bien por qué aquel hombre se empeñaba siempre en llevarla a la parte menos amable de la vida. Era como si sintiera la necesidad de que pisara el suelo. No, como si quisiera

hundirle los pies en él y dejarla clavada allí para siempre. La verdad está sobrevalorada. Sobre todo, cuando se la intentabas imponer a Marilyn Monroe.

De Dienes la guio por los pasillos de mármol hasta llegar a la tumba de Valentino. Ella permanecía en silencio, dejándose llevar. Había algo que la perturbaba. La muerte era un paraje inhóspito al que no quería asomarse. Caminaba con los brazos extendidos a los lados del cuerpo. La tumba de Valentino estaba presidida por una lápida de mármol blanco.

—Marilyn, te presento a Rodolfo —bromeó él.

—Señor Valentino, es un placer saludarlo. Por favor, no se levante.

—Fíjate, Marilyn, murió el mismo año en que naciste, 1926. Quién sabe si no has nacido para ser la Rodolfo Valentino femenina.

—No merece la pena morir tan joven y ser tan famosa. Prefiero tener una vida larga y feliz. Pero gracias por fijarte, André. No sé qué haría sin ti y tu sentido de la realidad.

—Flotarías…

Estuvieron un rato mirando la tumba de Valentino y después deshicieron el camino para salir del cementerio. Dienes le propuso a Marilyn no ir a los estudios, le propuso que pasara el día con él. Al fin y al cabo, no iban a nada concreto. O sí, y eso le hacía aún más daño. Marilyn asintió con la cabeza, después de la muerte solo está el mar.

Dienes sacó un libro de citas que llevaba en el coche y se sentaron a oír el sonido del agua y escuchar lo que André le leía. Ella permanecía recostada sobre la arena sin dejar de observar cómo el oleaje mecía el infinito Pacífico. Para ella, André y el mar estaban íntimamente unidos.

—Llévame a los estudios —dijo de pronto, interrumpiendo la lectura de Dienes.

—¿Vas a tirarte al productor?, —soltó él, más desesperado que cualquier otra cosa.

—¿Por qué no?, —respondió ella, airada.

—¿Cómo puedes hacer esto?

—¿Hacer qué, exactamente? ¿Cómo debo ser, André? ¿Quieres que sea una mujer sencilla, que se casa, se queda cuidando del hogar, esperando a su maridito y simula que es feliz?

—¿Por qué no?

—Porque ya lo fui, André, y no era feliz. Ya he sido todo lo que los demás querían que fuera, y ¿qué he conseguido? Mírame, no tengo madre, no tengo padre, ni siquiera tengo estudios. Me quieres a tu forma, como imaginas que debo ser, pero no me quieres por lo que soy. —Las lágrimas asomaron a sus ojos, pero no permitió que se derramasen—. Llévame a los estudios, por favor.

El camino hasta Grower Street resultó ser una tortura. Los dos querían decirse muchas cosas. Los dos sabían que no debían decirse nada. Así que se mantuvieron en silencio hasta llegar.

Marilyn bajó del coche, cerró la puerta con mucho cuidado y dio dos pasos hacia el interior. Se paró en seco y se dirigió de nuevo al coche. Se inclinó un poco para poder mirar por la ventanilla, los codos apoyados en el marco y la barbilla en las manos. No podía estar enfadada con él. No quería imaginarse la vida sin De Dienes a su lado.

—¿Qué te parece si vamos la semana que viene a la playa a leer poesía? Quiero aprender, André. Me vendría muy bien alguno de esos libros raros que tú lees.

Asintió levemente, sin poder mirarla a los ojos, sin apartar la vista de la pared blanca que se alzaba ante él, y arrancó, dejándola allí en la acera, diciéndole adiós con la mano y sin saber muy bien qué había pasado entre ellos. Era como si un crujido apenas perceptible se hubiera abierto paso entre el pequeño hueco que existía entre ambos.

De Dienes, en el fondo, quería lo que todos: tener la propiedad exclusiva de Marilyn. Ella solo quería escapar de todos cuantos intentaban meterla en una jaula. Las jaulas eran para las bestias salvajes, no para las chicas que habían sido domesticadas a base de golpes e insultos. De ninguna manera dejaría que la encerraran. No de nuevo.

—Hola, Marilyn. Tengo algo para ti. Recordé lo que me dijiste hace dos días. Casualmente, he pasado por una librería de segunda mano. Podríamos vernos. Creo que te va a gustar.

Un par de horas después, estaban juntos en una playa desierta al norte de Malibú.

—¿Marilyn Monroe, la mujer que nunca llora, deja que se le escapen unas lágrimas por un poema?

—No es solo un poema, lee de nuevo, André.

Él leyó en voz alta:

Tu madre se entristeció al verte partir,
Tu padre lloró a medias
Porque tú estabas más cerca de su alma,
Y eras lo más querido para este corazón;
Y, al fin, puede encontrarte allí,
Cuando esta frágil vida esté por encima de…
Casi ahora puedo verte sonreír
Por encontrarme con él en la orilla. [1]

—Ese poema está escrito para mí, André. Solo que a la autora se le olvidó añadir —lyn a Mari. Hazme fotos, querido. Posaré como quieras. Tan solo guíame y olvidemos el mundo. ¿Quieres?

De Dienes sabía cómo enlazar a Marilyn cuando esta daba unos pasos de más fuera de su alcance. Un cazador no deja de serlo porque un león le propine un zarpazo. Un buen cazador no deja de serlo hasta que una fiera no le arranca la vida. Porque con un brazo también se puede vivir.

Se estaban divirtiendo. A ella le encantaba el mar. Era como su hogar, como si allí, realmente, el mundo fuera otro, un poco mejor, menos triste. Él le iba indicando, aunque daba igual lo que ella hiciera, la cámara la adoraba. Nunca había visto nada igual en ninguna parte del mundo. Había conocido mujeres mucho más bellas que Marilyn, más alegres, más simpáticas, con cuerpos que hundirían el mismísimo Empire State si pasaran junto a él. Pero ninguna podía compararse. Marilyn era la mujer más perfecta precisamente por su imperfección. La suma de todas esas imperfecciones había creado a una diosa.

—Ahora mi muerte.

—Pero, Marilyn, me dijiste que querías vivir mucho tiempo.

—¿Qué más da lo que queramos? La vida no tiene dueño, nosotros sí. Moriré cuando sea. Ese poema es mío. Fotografía mi muerte, André.

Miró al suelo con una expresión sórdida. No le gustaba esa parte de ella, pero no podía controlarla.

—La fotografía debe llamarse *El final de todo*.

—¿Por qué ha de ser tan triste tu muerte? ¿Acaso no encontrarás la paz que deseas en ella? Quizá mueras con una sonrisa tranquila, como si tan solo se tratase de pasar de un mundo a otro como quien atraviesa el Misisipi en un crucero carísimo.

—Mi muerte no será esa.

Calló durante unos segundos. De pronto, lo miró y con voz suplicante le pidió:

—André, no publiques ahora esas fotos, espera hasta que me haya muerto.

—Moriré yo antes que tú. Tengo doce años más. Es lo lógico, ¿no? Oh, vamos, Norma, deja de decir tonterías. Tú sí que sabes sacar de quicio a un hombre.

De Dienes sintió que una tristeza profunda se le anudaba en el estómago. Se estaba despidiendo de una parte muy importante de su vida, una pieza fundamental, donde él dejaba de ser fotógrafo para ser hombre, para ser una persona que no mira por la lente de una cámara, sino a través de la carne y los huesos de alguien que aún respira. Pero no lo sabía.

Llevó a Marilyn a Hollywood. Tenía una cita para cenar en el Romanoff's de Beverly Hills y no era con él. Se sentía un hombre humillado y utilizado. Se había convertido en su chófer, en su proveedor de libros, en su confidente. Pero nada de sexo, nada de amor, nada de sudor compartido en una cama con sábanas blancas. Se dio cuenta de que ella tenía razón: amaba a Norma Jeane, no a aquella rubia que estaban creando en Hollywood.

Cuando llegó a su hotel comenzó a hacer las maletas para regresar a Nueva York, no quería seguir sufriendo innecesariamente. Sonó el teléfono. Allí estaba su voz de bestia herida, de gacela hambrienta de sangre. Allí, de nuevo su lamento para contarle lo horrible que había sido su cita con un tipo que, incluso, pretendía que ella pagara la cena.

—Es la vida que has elegido, ¿no?, —dijo con el cansancio agarrado a sus cuerdas vocales.

—Así es.

—Pues acepta lo bueno y lo malo que tiene ser Marilyn Monroe, y deja de lamentarte.

—Salgamos mañana por la noche a hacerme fotos, André.

—Lo siento, Marilyn. Mañana por la mañana vuelvo a Nueva York.

—Me gusta cuando me llamas Norma.

—No puedo llamarte algo que ya no eres.

—Vamos, André, mañana por la noche… Saldremos solos tú y yo. No habrá citas, ni otros hombres, tan solo dos buenos amigos; un hombre y una mujer que se quieren y se entienden.

—Lo lamento, de veras. No me interesa en absoluto.

—¿No te interesa mi propuesta o no te intereso yo?

—¿Acaso una excluye a la otra?

Marilyn y André de Dienes

—¿Le apetece que hablemos de André de Dienes?

—¿Por qué no?

—No sé, pensé que, tal vez, le guardaba algún rencor.

—Es imposible guardarle rencor a una de las pocas personas que te quiso.

—Entonces, ¿cuál fue el problema?

—Él amaba a Norma Jeane y se apiadaba de Marilyn Monroe. Norma Jeane se hubiera dejado atrapar en una jaula…

—Marilyn no, claro.

—Marilyn ya vivía en una. No podía dejarse atrapar más. ¿Quieres algo de beber?

—No, gracias.

—Oh, debo insistir. No permitiré que me deje bebiendo sola y así pueda decir que vio borracha a Marilyn.

CAPÍTULO 5
PAPÁ KENNEDY

¿Quieres entender la historia de Estados Unidos? ¿Quieres entender la historia del mundo? Entonces, no tienes más remedio que conocer la de unos irlandeses que llegaron para hacerse con aquel país tan nuevo que aún nadie había podido pudrir hasta los cimientos. Concretamente, debes saber que Dios existe y se apellida Kennedy.

¿Quién temía a Joe Kennedy? Todos. Por ejemplo, Gloria Swanson, la estrella de Hollywood, la actriz de *La caída de los dioses*, el mito, la leyenda. Una de las «mujeres indomables» de la industria.

Joseph Kennedy nació en Boston en 1888, cuando el verano iba muriendo. Su padre, Patrick Joseph Kennedy, era un empresario de éxito y uno de los líderes de la comunidad irlandesa en los Estados Unidos.

Habían llegado allí escapando de la hambruna. Joseph nació en un ambiente en el que los católicos irlandeses sentían que no podían aspirar a ser parte de la alta burguesía. El sentimiento de exclusión lo acompañó toda la vida.

Joe Kennedy disfrutó de un hogar próspero y lleno de comodidades, pero de afectos escasos. Todo lo que se le resistía o negaba se reducía al argumento que se había convertido en una especie de lema familiar: los protestantes están llenos de prejuicios contra los irlandeses. No bastaba con estudiar en Harvard, o ser admitido en el Hasty Pudding Club, ni en la fraternidad Delta Upsilon, lo quería todo, y todo lo que deseaba se le debía conceder o pasabas a formar parte de su lista negra. Y, créeme, no te interesaba estar en ella.

P. J. Kennedy sabía que traía al mundo a un hijo para darle su apellido. El amor era para débiles y mendigos. Él no era ninguna de las dos cosas. El amor, de hecho, era una invención de los ingleses que, bajo ese nombre, habían extorsionado, asfixiado, explotado y

aniquilado a muchos irlandeses. Pensemos en Jack el Destripador y la reina Victoria. O no lo pensemos. Habría demasiadas páginas que escribir al respecto. ¡Por amor a la patria! ¿Era más cruel Jack o Victoria? La historia lo deja claro.

No, era mejor traer un hijo al mundo para que continuara con el apellido de la familia. Y que se quedasen los ingleses con el amor. Amor al té, a las pastas con mantequilla que los mantenían como cerdos, a sus horarios estúpidamente estrictos. Un apellido perdura, crea poder, dirige el mundo. El amor envilece la inteligencia.

Ningún paso fue dado sin medir antes los pros y los contras, ningún fleco podía quedar suelto cuando un Kennedy vagara por cualquier lugar de la tierra. Por eso se casó con Rose Elizabeth Fitzgerald, la hija mayor del alcalde de Boston, Honey Fitz, porque, siendo afín al Partido Demócrata y, deseando el poder, era lo que debía hacer. El amor era para los débiles (jamás se cansaría de decirlo) y él quería una camada de cachorros depredadores que fueran capaces de todo por llevar el apellido a donde debía estar: en la cima del mundo.

Nada podía ni debía interponerse en el camino de Joe Kennedy.

Si se establecía una ley que prohibía el alcohol, Joe se unía a Frank Costello o Meyer Lansky, los capos del hampa de Chicago, para convertirse en uno de los mayores contrabandistas; si, por el contrario, se derogaba, su aliado debía ser James Roosevelt, hijo del presidente, para conseguir los derechos de importación del *whisky* escocés. Esta visión preclara de para qué servían los lazos humanos lo llevó a forjar uno de los más importantes imperios norteamericanos. Era como una araña extendiendo su tela más allá de su presencia. Joe no tenía que estar en la sala para sentir su aliento en el cogote.

Pero, en algún momento, la araña debe encontrar las dos esquinas sobre las que tender sus hilos y esperar a que le llegue la comida. Insectos pequeños que caen en la trampa invisible. Aquellas dos esquinas de la araña Kennedy se llamaban Merchandise Mart, el mayor edificio de Chicago.

Y, por fin, el cine. ¿Cómo dejar escapar una de las industrias que más dinero movía y que movería? Porque aquello no había hecho más que empezar. ¿Cómo no sucumbir a los encantos de un negocio que le daba acceso directo a algunas de las mujeres más deseadas,

más hermosas? Hollywood, cuando aún no lo era, se convirtió en su burdel. La financiación de pequeños estudios, las acciones de la RKO no eran sino maneras de comprar a las mujeres que deseaba. Porque todo tenía un precio, todo un camino que llevaba, directamente, al sitio al que quería llegar, a las personas con las que deseaba codearse.

El camino para llegar a Gloria Swanson fue contratar a su marido, Henry de La Falaise, marqués de La Coudraye, para supervisar los negocios de la familia en Francia. Un precio considerable por meterse en la cama de la actriz, pero que, sin duda, merecía la pena. El dinero no era un problema, no conseguir lo que deseaba, sí.

La vida fuera de los muros de Hyannis Port, residencia de los Kennedy, era muy diferente a como era en su interior. En la casa familiar se respiraban la moralidad y los principios del catolicismo más rancio. Todo estaba medido, estudiado, establecido sin concesiones.

Rose, la mujer de Joe, iba a misa dos veces al día; se paseaba por su propiedad con trajes de alta costura y notas sujetas con alfileres por el vestido, nada podía olvidarse. Las relaciones sexuales que mantenía con su marido no eran por deseo. Cada vez que se veía *obligada* a mantenerlas, se volvía de cara a la pared, una vez concluidas, se persignaba y le rezaba a Dios para que no se lo tuviera en cuenta. Sabía que había cumplido con el Creador y, ahora, se limitaba a cumplir con sus deberes maritales. No disfrutaba del sexo. Por eso, Dios no podía tenérselo en cuenta. Se limitaba a abrirse de piernas y dejaba que él se vaciara. Era lo que debía hacer una buena mujer, una mujer decente. Al fin y al cabo, para eso fueron creadas.

Todos regalos del Señor, hermosos regalos que bendijeron la casa, que la hicieron más fuerte, más poderosa.

A Rosemary, la hija mayor, tuvieron que someterla a *electroshocks* porque no era normal. Porque las niñas como ella debían ser curadas; eran pequeños errores del Creador. Pero tenía remedio, debía tenerlo porque ningún Kennedy podía ser señalado como si fuera un bicho raro. A veces, los regalos se estropean, se rompen en el camino de la tienda a casa. Se extravían, se pierden…

Siempre con continuos cambios de humor, ataques de ira, tan atrevida y con tanto amor por las fiestas y la vida social que había que hacer algo.

Eso pasó con Rosemary, se perdió. Pobre niña rara. Tuvieron que freírle el cerebro.

—Sentirá apenas un pinchazo, un pequeño dolor que la dejará bien para siempre —dijo el médico que atendía a Rosemary desde pequeña. El dios que iba a curar a la niña.

Fue un dolor insufrible acompañado de convulsiones, pérdida de consciencia, espuma que resbalaba por la comisura de sus labios. Los ojos vueltos y la lengua muerta, como un bistec rancio.

Para ellos fue el designio de Dios. Pero Rosemary bien merecía que alguien se encargara de cuidarla. No escatimarían en gastos porque sus hijos, por encima de cualquier cosa, eran lo más importante. Porque un Kennedy merecía lo mejor, aunque eso implicara atravesarle el cerebro con un punzón. El apellido antes que la sangre. Y la sangre jamás derramada, solo frita.

Tenía veintitrés años y Joe temía que su hija quedara embarazada en uno de aquellos escarceos detestables en las mujeres. Ella podía ser una carga para la familia, la mancha que tiñera a los Kennedy con una pátina de óxido y pudiera llegar a igualarlos al resto de los mortales. Lo mejor era la lobotomía. Nada iba a funcionar con ella porque nada estaba haciéndolo. La intervención la llevó a cabo el doctor Walter Freeman, que afirmó que podía dejar a Rosemary como una inofensiva mascota y elevarle el coeficiente intelectual e incluso la moral hasta dejarla a la par que la de sus hermanos. Lo cierto es que el resultado fue muy diferente: no podía caminar, apenas conseguía hablar con fluidez y tenía incontinencia.

El experimento no salió como esperaban, designios de la vida… Había que alejar aquel defecto de la perfección que era la familia Kennedy. Craig House en Nueva York, primero. St. Coletta en Jefferson, Wisconsin, más tarde.

Lo que ocurrió aquel aciago día en el que el dueño de los Kennedy decidió *arreglar* a su hija no lo supieron los hermanos hasta 1961. Aquel año fue un gran año para el vino.

Joe era severo. Sonreía poco. Un hombre de familia, un hombre de

bien, un ejemplo para la sociedad del momento, un triunfador. Un católico en un país protestante que se cansó de que la sociedad de Boston le diera la espalda, lo ignorara. Se hizo la promesa de que sus hijos no pasarían por lo mismo. No, sus hijos no serían humillados como lo había sido él, casi a diario, consiguiendo que odiara ser irlandés en un país donde los ingleses y los holandeses habían mandado a la chusma a colonizar. Les enseñaría la única ley que entendían aquellos remilgados esnobs bostonianos, la de la jauría.

Mientras sus cachorros crecían, él utilizaba una sociedad de Gloria Swanson para blanquear dinero y hacerle regalos a la propia actriz. Ella no sabía que era su misma sociedad la que pagaba aquellos regalos. Así era Joe Kennedy, un ilusionista. La mano es siempre más rápida que el ojo; la avaricia siempre es más lista que el enamoramiento.

Poco a poco, se fue haciendo un hueco donde antes solo había un muro infranqueable. Sus ágiles movimientos dentro del Partido Demócrata fueron dando sus frutos.

En 1940, Roosevelt nombró a Joe Kennedy embajador en Inglaterra. En Londres, el patriarca frecuentaba el círculo de los Cliveden, formado por hombres de la alta sociedad inglesa que profesaban una enorme simpatía por los nazis.

Mientras Joe se esforzaba por hacerse un hueco entre la élite, la familia quedaba a buen recaudo a las afueras para evitar los bombardeos. En cuestiones de guerra siempre es mejor que mueran otros.

A nadie le extrañaban las prácticas poco ortodoxas de papá Kennedy: contenedores destinados al transporte de tropas requisados y sustituidos por cajas de *whisky*. Soldados heridos desembarcados. Las botellas necesitaban más espacio. El alcohol era oro; los heridos, un gasto innecesario que la patria jamás amortizaría. Dinero versus almas.

Sin embargo, lejos de lo que pudiera parecer, no fue fácil, para una familia católica, sobrevivir en un país que profesaba la religión de los mejores hombres. Roosevelt no parecía darse cuenta de los esfuerzos realizados por Joe Kennedy a favor de su país y lo destituyó como si fuera un vulgar ratero. Como si la riqueza que introducía en Estados Unidos no redundara finalmente y de alguna

manera en el país. Era un hombre menospreciado al que no se le tenían en cuenta sus desvelos por la riqueza de su patria. Aunque esta siguiera llamándose Kennedy. Estados Unidos era los Kennedy y ellos eran el mejor reflejo de lo que un día sería aquella gran nación.

El MI5, que ya permanecía atento a los movimientos de los Kennedy, y que se encargó de que Roosevelt también los conociera, solo tuvo que mandar los informes al FBI y al OSS. Cuando la familia abandonó Inglaterra ya circulaban informes que señalaban al patriarca como colaborador financiero de los nazis. Como prestamista de los arios. Como banquero de quienes procuraron una limpieza étnica por el bien de todos. Todos ellos, sin duda; pero la totalidad afianza el fin.

John, el hijo mayor, por aquel entonces tenía veintiún años y trabajaba en la Sección de Información de Extranjeros de la Oficina de Inteligencia Naval. Su condición de enfermo crónico no le permitía hacer otra cosa que clasificar expedientes con símbolos cabalísticos y meterse en líos de faldas.

Su hermana Kathleen (Kick) lo cuidaba, velaba por los intereses de John, lo protegía para que nadie lo despreciara. Desde su puesto como secretaria en el *Times Herald*, repartió ejemplares de *Why England slept?* que había escrito John. Todo lo que pudiera hacerse por su hermanito se hacía, era un prohombre y se trataba solo de tiempo que los demás lo vieran. El lazo entre ellos era tan fuerte que hubo quien vio en ellos algo más que una cuidadora y su enfermo; algo más allá del amor fraterno que se debían profesar dos personas católicas. Nada sabían, obviamente, del amor que defiende el catolicismo.

Una noche, Kathleen le presentó a Inga Avard, una preciosa y casada danesa. John perdió la cabeza por ella, como lo había hecho otras tantas veces por otras tantas mujeres. Era una mujer preciosa, casada y vigilada por el FBI.

En aquel momento, Joe Kennedy ya intuía que también ellos, víctimas de la envidia, podían estar siendo observados. John, a pesar de los consejos de su padre, no quería ni oír hablar de la posibilidad de dejar de ver a la danesa.

Joe, el valedor del buen nombre de la familia, el hombre recto, no perdió más el tiempo, se dirigió a James Forrestal, secretario de

la Marina, y le pidió que enviase a su hijo a una unidad de combate en el Pacífico. Después, se dirigió a Inga Avard y la sedujo con una importante cantidad de dinero para que desapareciera. El gran ilusionista volvía a hacer magia.

Hoover disfrutaba espiando al joven Kennedy. Lo que más le divertía eran sus escarceos amorosos, sus gemidos y palabras en la cama. Disfrutaba viendo cómo un tiburón llamado Joe Kennedy se merendaba a pequeños peces de colores dentro de la pecera. No era la primera vez que usaba el dinero para apartar a sus hijos de algún lío de faldas, o para conseguirles las faldas que deseaban y se les resistían a pesar de ser quienes eran.

Solo hubo una mujer que no sucumbió al hechizo del dólar, Marilyn. Resulta imposible sobornar con billetes a quien no le da ninguna importancia al dinero.

—¡No lo entiendo!, —gritó John como si quisiera que todos los demonios que habitaban el mundo se enterasen.

—Es que no tienes nada que entender. Harás lo que te digo. Irás a una unidad del Pacífico a cumplir con tu obligación como patriota.

—¿Yo? Si apenas puedo mantenerme en pie dos horas seguidas.

—Está decidido.

—¿Por qué no dices que quieres separarme de Inga?

—Porque no creo que haga falta. Tengo planes para vosotros y no permitiré que ninguna mujer, que se abre de piernas a la primera palabra cariñosa que se le susurra al oído, se interponga.

—Inga no quiere interponerse en nada. Por el amor de Dios…

—Ella ni siquiera sabe a quién se tira cuando su marido se da la vuelta. No es ella la que me preocupa, sois tú y tu bragueta los que daréis al traste con todo si no te saco ahora de aquí. ¿De verdad crees que voy a dejar que tires por la borda mi trabajo, el esfuerzo invertido en ti y tus hermanos? Si lo crees, es que eres más estúpido que Rosemary.

—Padre.

—Ya basta, Jack. Te muestras débil, gimoteas como una niña consentida. ¡Basta! Harás lo que te diga mientras yo esté vivo. Hasta la última palabra de vuestra vida está escrita por mí.

John salió del salón dando un portazo. En el fondo, si pensaba en la historia de la familia…

Marilyn y Joseph Kennedy

—No me apetece hablar de ese señor, disculpe.

CAPÍTULO 6
LOS PRODUCTORES

—¿Sabes lo que es el *casting* del sofá, querida?, —preguntó Joseph Schenck, sirviéndose un vaso de *whisky* mientras le preparaba a ella un martini seco.

La mujer paseaba por el despacho, acariciando los muebles como si se tratara de una mascota a la que había que dar cariño. Se paró delante de uno de los grandes carteles que decoraban las paredes. Había ido a ver *Sagrado matrimonio* al menos tres veces. Gracie Fields hacía un papel inolvidable y ella soñaba con que la dirigiera alguno de aquellos grandes directores que habían hecho de Hollywood la meca de los sueños. Soñar se le daba francamente mejor que la vida real.

—¿Decía? —Se volvió al oír el tintineo de los cubitos de hielo en su copa.

—El *casting* del sofá…

—No, señor Schenck, pero espero aprender mucho de usted —dijo. Tomó asiento y se llevó la copa a los labios rojos.

—Creo que podemos hacer grandes cosas juntos si no pones reparos, pequeña.

—Estoy abierta a todo, señor Schenck.

—Llámame Joseph, querida. Mi nombre para ti es simplemente Joseph.

En ese momento la secretaria abrió la puerta y entró en el despacho. Era obvio que hacía mucho que trabajaban juntos. La actitud defensiva denotaba un exceso de celo en su trabajo. No miró ni una sola vez a Marilyn, resultaba invisible. La secretaria anunció una llamada de teléfono, manteniendo la mano derecha en el pomo de la puerta y la izquierda reposando sobre su falda de tubo.

—Señor Schenck, lo llama su hermano.

—Dígale que ahora mismo no puedo atenderlo.

—Dice que es importante, señor —insistió la secretaria,

mirando, ahora sí, de reojo a Marilyn.

—Está bien —respondió Schenck poniéndose en pie—. Como puede ver, querida, no me dejan en paz. Piense lo de entrar en este negocio.

Schenck salió del despacho, como era costumbre cuando la llamada era de Nicholas, su hermano. La secretaria aprovechó para cerrar la puerta tras de sí y acercarse a Marilyn. Se sentó a su lado, muy cerca, como si fuera a contarle uno de los grandes secretos de la humanidad y solo ella pudiera oírlo.

—Hágame caso, señorita.

—¿Perdone?

—Piense si quiere entrar en este negocio, porque no es lo que usted cree.

—¿Y qué piensa usted que creo yo? ¿Acaso nos conocemos?

—No.

—Le agradezco su preocupación, señorita, pero por nada me alejaría de este mundo.

Schenck volvió visiblemente irritado. La conversación no debía de haber ido demasiado bien, o eso hacía pensar su rostro congestionado. Fumaba como si quisiera absorber por el filtro del cigarrillo el mundo entero y luego expulsarlo de sus pulmones como el aire sucio e infesto que era.

—¿Aún sigue aquí?, —se dirigió con desdén a su secretaria.

—Solo quería recordarle la partida de golf de esta tarde con el señor Zanuck. Me dijo usted que era muy importante.

Él no contestó. Se limitó a hacer un gesto con la mano que servía tanto para pedirle que se callara como para echarla del despacho. Las dos cosas ocurrieron. La secretaria echó un último vistazo a Marilyn, que permanecía quieta, sujetando su martini. Bajó los ojos y salió sin hacer ruido. Había querido advertirle de que ella había estado allí algunos años antes y lo único que había conseguido era ser la secretaria de aquel monstruo y tres abortos pagados. Había pensado muchas veces en regresar a Alabama, pero no sabía cómo enfrentarse a la gente sin sentir el fracaso en cada mirada. Bebía. Marilyn se había dado cuenta porque tenía los ojos nublados, como los suyos.

Unos días antes, en una fiesta de la Fox, Schenck había pedido que asistieran algunas de las nuevas incorporaciones femeninas.

Marilyn le había llamado la atención nada más verla. La deseó desde que olió su perfume sin saber a quién pertenecía.

Ella había estado un par de semanas sin comer para poder comprarse un nuevo vestido para la fiesta. No le suponía demasiado esfuerzo no llevarse nada a la boca. Era capaz de pasar días de abstinencia alimentaria si la causa era buena. Y una fiesta de la Fox lo era. Bien sabía Dios que lo era.

—Me impresionó usted, ¿sabe?, —dijo bruscamente el hombre, que se había servido otro *whisky*.

—¿Yo?

Las palabras de Marilyn incendiaban el aire. Era como si una lengua de fuego fuese directamente a su entrepierna cuando ella hablaba. Sabía que no era la inocente corderita que aparentaba. Lo sabía porque conocía a las mujeres como ella. Porque conocía a las mujeres y ninguna era una corderita, ni siquiera su madre lo había sido. Todas querían lo mismo, aunque lo negaran.

—Imagino que habrá oído hablar de mí.

—¿Quién no ha oído hablar del tándem Zanuck-Schenck?

—Por favor, señorita Monroe, no insulte mi inteligencia. —Dio un largo sorbo a su *whisky*—. Sabe perfectamente a lo que me refiero.

Ella se sintió mareada de pronto, sin aire. Notaba cómo le subía la vergüenza por el rostro y la ponía roja, haciéndola parecer una niña estirada a la que no le gusta mancharse las rodillas de fango mientras los otros niños juegan en el parque. No pretendía quedar como lo que no era, pero sabía perfectamente que era mejor pecar de ingenua que de inquisidora. Sobre todo, en Hollywood.

—Verá, es cierto todo lo que cuentan de mí. Sí, soborné al sindicato; sí, fui a prisión… —Dio tres pasos y se puso a la espalda de Marilyn. Acarició su nuca con el dedo índice de la mano que sujetaba la copa. El frío del hielo al rozar su piel hizo que esta se le erizara—. También es cierto que fui puesto en libertad por el presidente. Imagino que los quinientos mil dólares de donación para su campaña tuvieron algo que ver… ¿Sabe por dónde voy? Fui capaz de hacer presidente a Truman.

La voz le llegaba a Marilyn como en un susurro a la altura de su lóbulo derecho. Permanecía muy quieta, la mirada clavada en algún punto del espacio. Se llevó la copa a la boca y terminó el contenido.

Se giró en el asiento. De pronto, vio poder en los ojos de aquel hombre de sesenta y nueve años. No le gustaba físicamente, pero ella sabía qué era el *casting* del sofá. Lo sabía y seguía allí. Era la oportunidad de demostrar a todos que era alguien; que Marilyn Monroe había nacido para quedarse, no como la pobre Norma Jeane, esa muchachita vencida por la vida y por la locura.

Él la besó y ella no hizo nada por impedirlo. La cogió por el pelo. Ella se puso de rodillas.

Había bebido demasiado. Ya le habían dicho que no renovaría contrato con la Fox. Seis meses, eso era lo que duraba un sueño, unas pequeñas marcas en las rodillas. Ni más ni menos. Seis tristes, miserables, pobres y asquerosos meses en los que se había deslomado trabajando, se había matado de hambre y había obedecido como si fuera la perrita de Schenck. Seis meses era lo que le duraba la diversión a un señor de sesenta y nueve años. A ella no, a ella la diversión no le había tocado en suerte.

Así que sí, había bebido demasiado, pero era su última fiesta, quizá su última oportunidad de llegar a ser una estrella. No lo sabía, nadie podía saberlo. Pero si le hubieran pedido que saltase desde un acantilado o que anduviera descalza todo el Gran Cañón, ella lo habría hecho, porque había nacido para estar allí, para ser actriz. Y había hecho TODO lo que le habían exigido sin hacer preguntas, sin inmutarse.

Era posible que su madre no lo hubiera conseguido, pero ella sí iba a hacerlo. Se iba a convertir en una estrella pasara lo que pasara; costara lo que costara. Apoyada la espalda contra la pared, Marilyn escuchaba a Glenn Miller. Los jóvenes bailaban en la pista. Ella seguía el ritmo de *In the Mood* con la cabeza mientras vaciaba sin piedad una tras otra las copas de champán.

Se acercó un chico de unos veinte años y le dijo algo al oído. Ella sonrió. Un camarero llegó con una nueva bandeja. Cogió otra copa con la mano desocupada y se la bebió de un trago, soltó las dos que sostenía ya vacías y tomó una más, le dijo adiós al camarero con el índice y el anular de la misma mano que sujetaba la copa.

El chico que momentos antes le había dicho algo al oído la besó en el cuello. Ella intentó esquivarlo, pero entonces él la sujetó por

la cintura. Marilyn se sintió atrapada, recordó momentos de su infancia que prefería borrar para siempre.

Opuso mayor resistencia ante aquel abrazo no deseado, pero el chico no la dejó escapar. Volvió a decirle algo al oído y Marilyn reaccionó esta vez dándole una bofetada. A nadie le llamó la atención lo que estaba sucediendo. El chico la apretó más contra él. Estaba a punto de gritar cuando un señor se le acercó, la tomó por el brazo y le dijo:

—¿Te está molestando este mameluco, querida?

El chico la soltó inmediatamente. Marilyn se giró y hundió la cara en el pecho de aquel hombre que no conocía de nada, pero la había salvado de una fotografía que no quería repetir. De una escena que revivía noche tras noche, todas iguales, con rostros masculinos diferentes. Las manos sujetando los brazos contra el colchón, las rodillas obligándola a abrirse de piernas, el peso de un cuerpo sudoroso sobre el suyo con apenas cinco años, seis, quince…

—Ya me iba —dijo el muchacho dando un paso atrás y ajustándose la corbata—. No sabía que venía acompañada.

—¿Y si no fuera así? ¿Crees que puedes campar a tus anchas por ahí insultando a las mujeres?

El más joven no dijo nada. Se atusó el pelo y sonrió de medio lado. Miró de arriba abajo a la extraña pareja que hacían aquella rubia despampanante y aquel cincuentón sin ningún atractivo físico.

—Solo si ellas van pidiendo guerra. Asegúrese de que su muñequita no se mete en líos.

El hombre apartó a Marilyn y le dio un salvaje puñetazo que lo hizo dar con sus jóvenes huesos en el suelo. Dolió. Aquel golpe casi le costó que le tuvieran que reconstruir la mano con cemento y algo de suerte, pero mereció la pena.

Se llevó a Marilyn de allí ante la mirada atónita de muchos de los asistentes.

Marilyn y Johnny Hyde

—Yo sé lo que dicen de mí, ¿sabe?

»Lo sé. Claro que lo sé.

»La gente piensa que soy idiota, que no me entero de nada, que no me duele lo que digan.

—¿Y le duele?

—Claro que me duele. No estuve con Johnny porque pudiera abrirme puertas.

—Pero se las abrió.

—Sin duda. Nunca sabré qué habría sido de mí sin Johnny Hyde. Pero no estuve con él por eso.

—¿Cuántos años tenía usted?

—Veintidós.

—¿Y él?

—¿Qué importa eso?

—Tengo entendido que tenía treinta más que usted.

—Treinta y uno, si tanto le interesa. Pero no veo qué importancia puede tener la edad en todo esto.

—Era muy bajito y muy viejo para usted. Además, no era guapo.

—Ah, ¿no? Veo que entiende mucho de hombres…

—No sé. Lo dicen todos.

—Todos… Los cobardes se excusan en las ambigüedades. ¿Está casado?

—Sí.

—¿Tiene por ahí una foto de su mujer?

—¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Dígamelo usted. ¿Por qué hablamos de Johnny Hyde cuando quiere hablar con Marilyn Monroe?

—Y de Joseph Schenck, ¿quiere comentarme algo?

—Es un tipo que sabe lo que quiere. Y no dudará en hacer lo que haga falta para conseguirlo. Lo que haga falta. Si Joseph Schenck le pide algo, déselo. No haga que se lo repita dos veces. O lárguese. Pero no espere que lo ayude así, sin más, como si usted lo mereciera.

—¿Le tenía miedo?

—¿No tenerle miedo a un hombre como Schenck es de valientes o de idiotas? Me inclino más por lo segundo.

—¿Sabe usted lo que era el *casting* del sofá?

—Por supuesto, he pasado muchos. No me avergüenza admitir que me he acostado con productores, directores y magnates del cine si intuía que podía haber una oportunidad para mí. Lo haría de nuevo si hiciera falta.

—¿No se arrepiente de nada?

—Quizá de haberle concedido esta entrevista.

—Déjeme que lo enmiende. Puedo hacerlo mejor.

—Dese prisa, querido. Llevo toda la vida oyendo eso. Y le aseguro que cuando un hombre no lo hace bien a la primera, es muy difícil que lo haga bien nunca.

CAPÍTULO 7
JOSEPH SCHENCK

Se había corrido la voz de que una pelirroja explosiva haría cualquier cosa por conseguir un papel en una película. Cualquier cosa, cualquier película.

La premisa era: «No es preciosa al estilo Hollywood». Marilyn era diferente. Había algo en ella que difícilmente podría explicarse con palabras. Pero sí con física. Alrededor de ella había un campo magnético que hacía que no pudieras dejar de mirarla si pasaba por tu lado. Era así, nadie puede crear ni destruir la energía, solo puede transformarla.

Por eso las operaciones llegaron más tarde, porque había que transformar aquella energía rebelde en una controlada que no causara explosiones indeseadas, o incendios que pudieran quedar fuera de control. Además, ¿quién gastaría miles de dólares por una de tantas? Había que asegurarse de que se trataba de un producto de primera. Era joven, era guapa, tenía un *affaire* especial con la cámara y estaba obsesionada con ser actriz. No podía ser de otra manera; aquella, hasta entonces, pelirroja, sería tan estúpida como maleable. Nadie podía imaginar siquiera que estuvieran ante Marilyn Monroe. Nadie sabía que existiría Marilyn. Y, sin embargo, allí estaba.

Schenck la estaba construyendo, la estaba intentando moldear y crear a imagen de lo que debía ser una rubia tonta. Para él no significaba nada más que otro polvo al chasquear los dedos. Tiempo después intentaría quitarse protagonismo: «Dicen que Joseph Schenck fue una piedra en el zapato. Pero la única piedra era Marilyn. Su peor enemiga. Y solo era la primera de un millar con las que tendría que andar sobre sus tacones y sus vestidos ajustados. Yo no signifiqué nada para la rubia ni ella para mí. En eso estábamos de acuerdo».

Las llamadas de estudio en estudio se sucedieron.

—Eh, tienes que ver a esta chica. Pídele lo que sea, lo hará.

Marilyn no era una pusilánime, sabía cómo dirigirse a los hombres, cómo procurarse su atención, aunque desconocía el funcionamiento de la industria. Era fácil conseguir un revolcón, pero no había ni rastro de posibles contratos.

Aquel primer romance con Schenck le había asegurado seis meses de contrato con la 20th Century Fox, pero se esfumó como lo hacen las nubes en los días plomizos de California.

«Así son las mujeres», solía jactarse Schenck con cualquier otro hombre que quisiera escucharlo. «Unos seres estúpidos que solo quieren que las tengan en cuenta. Como si tenerlas en cuenta fuera de verdad nuestro objetivo».

Si se hubiera caído muerta a sus pies, no le habría importado lo más mínimo. Es probable que hubiese apartado su cadáver de una patada. No era más que otra mujer que se ponía de rodillas cuando le insinuabas un contrato. Ni siquiera tenías que enseñárselo. No, señor, esa chica sabía lo que hacía. Venía bien enseñada de casa.

Hubo un representante, Johnny Hyde, él la quiso. Murió. Todo el mundo que ama acaba muriendo. Los que no aman nunca llegan a estar vivos del todo.

Schenck se reía de todas. No era nada personal contra Marilyn, pero ahí estaba: su sonrisa blanca, el pelo perfectamente peinado, los cigarros y gustos caros.

Fue el primero que le hizo un contrato y la dejó estrenarse en el cine. Era un mal tipo, todos lo sabían, pero cumplió. Le dio un papel en *Dangerous Years*.

—Que se joda si creyó que eso le aseguraba una mierda en Hollywood.

Marilyn jamás pensó que acabaría casándose con Schenck. Es más, la idea le espantaba. Sabía lo que era, sabía lo que significaba y no era estúpida. Por mucho que aquellos hombres lo creyesen y se la pasaran de mano en mano, como si se tratase de un palo de golf encontrado. En el fondo, muchos de ellos y ellas se lo debían todo a él o a Zanuck, el otro gran corsario de la carne y los sueños.

—Pero eso no lo cuentan porque es mejor dejar que la gente piense que no son más que pobres corderitos que no sabían hacia dónde iban. Cuando un ternero huele la muerte al entrar en un matadero, sabe que no está allí para pasar unas preciosas

vacaciones en familia. No se deje engañar tan fácilmente.

»Nadie se queja de Hollywood si no ha estado allí. Y, que yo sepa, la industria no los va buscando, son ellos quienes vienen implorando una oportunidad. No, no era ninguna mosquita muerta, lo siento. Y el *casting* lo aprobó con matrícula. Se veía claramente que había limpiado muchos suelos.

Había que estar ciego o ser muy idiota para no verlo. Así era la vida de Marilyn, un salto continuo de cama en cama; el sudor de siempre en sábanas distintas.

Ella no cejó en el intento hasta que logró que una agencia de representación le hiciera un contrato. Lucille Ryman y John Carroll sí vieron a la actriz y dejaron en segundo lugar a la mujer. Allí, delante de sus ojos, tenían a una estrella… Al menos, lo intuían y, si salía bien, les reportaría beneficios. *Quid pro quo*, somos lo que nos dan y lo que ofrecemos. Ellos llegaron antes que Hyde, sí. Ellos dieron el primer paso.

Schenck jamás desperdició una oportunidad para humillarla: «La única verdad que encontrará usted en la vida de Marilyn es la mentira que la envuelve. Vivía una gran mentira, respiraba mentira… Ella misma se convirtió en la mayor farsa. Pero, quizá, nos estamos adelantando demasiado».

Cuando firmó contrato con aquella agencia, rodó *Scudda Hoo, Scudda Hay!*. Nada destacable. La mayoría de sus apariciones fueron eliminadas en la sala de montaje. Si te esfuerzas un poco, la verás remando en un barco, en el lago, muy al fondo del plano. Nada destacable, aunque tampoco diremos que fue deplorable. Era como si un pato dejara una estela acuosa a la espalda de los actores.

Schenck, que solía alegrarse de las desgracias que les ocurrían a quienes no le pertenecían, mantenía que Marilyn habría pasado sin pena ni gloria por este mundo si no hubiera sido por su cuerpo.

—¿A quién le puede interesar lo que esconda una mujer como ella en su linda y debidamente cerrada cabecita? En este caso, lo único que importa son las medidas. De qué tamaño son tus pechos, y tus caderas, ¿está tu culo en su sitio? Dígame, ¿escribe usted sobre Marilyn por haber recibido el Nobel de Literatura o por lo extravagante de su vida?, —le soltó un día a un biógrafo—. No se engañe, a nadie le interesa lo que ella pensara, nadie quería complicarse con esa mente suya. Dicen que oía voces, ¿lo sabía?

Claro que lo sabía. Todo el mundo sabía lo jodidamente loca que estaba la rubia.

»Resultaba tan fácil acostarse con ella… Nadie en Hollywood le mirará con envidia si dice usted que se la llevó a la cama. Ni siquiera si fuese usted mujer. Todos pudimos poseer a Marilyn. Se trataba solo de desearlo y decírselo: "Eh, Marilyn, ¿nos vamos a la cama?". Tan fácil como eso. No había mérito alguno.

Cuando comenzó a prepararse vocalmente para *Las chicas del coro* quiso tener un *affaire* con su profesor, Fred Karger. Las malas lenguas decían que era más fácil que Fred se acostara con Schenck que con cualquier mujer del mundo. Fue de las pocas veces que fue rechazada. Es mejor frustrarse lo antes posible para salir pronto del trance. Cuando somos jóvenes, la frustración es una de las tantas cosas que debemos experimentar para saber lo que queremos. A medida que envejecemos, la frustración solo sirve para llevarnos antes a la tumba.

Durante el rodaje de *Las chicas del coro*, Columbia le advirtió de que no iban a renovarle el contrato. No tuvieron la decencia de esperar a que acabase el rodaje.

Schenck seguía la estela de Marilyn: «No sé qué habría hecho yo. Pero estoy casi seguro de que habría esperado. Decirlo en mitad del rodaje solo puede estropear la película, el ambiente en el set… No sé, llámeme sentimental, pero a una actriz no se la puede echar antes de que termine lo que ha ido a hacer. Perdone que me ría».

Schenck y ella volvieron a encontrarse en la fiesta que Sam Spiegel organizó para celebrar el final de año. No estaba especialmente triste. Todo el que la vio coincidió en que iba bastante… ¿achispada?

En aquella fiesta conoció a Johnny Hyde, de la William Morris Agency, que se enamoró de ella. Nadie creyó que ella pudiera sentir lo mismo. Hyde solo podía producir en ella, según el resto de los mortales, un gran y profundo asco. Tal vez no fuera asco, tal vez tan solo fuera conmiseración, o, tal vez, por primera vez, notó que podría sacarle partido de verdad a un hombre.

Él dejó a su familia por ella y la dejó bien situada en la Fox antes de morir. Un infarto.

Schenck y ella coincidieron todas las veces que él quiso. Pero

aquellos encuentros no pasaron de un saludo correcto por parte de ella y la indiferencia de quien sabe que tiene un trasto usado que no le sirve ya absolutamente para nada.

Parecía que el mundo no pudiera perdonar a los judíos el solo hecho de serlo. Así creció Schenck sintiendo que la vida le debía algo y pensaba cobrárselo a quien se le pusiera por delante. Sin escrúpulos. Si el hambre golpeaba, él lo haría con mayor virulencia.

Su llegada al cine fue casi tan brusca como a Estados Unidos. Comenzó a trabajar en Fort George de Nueva York. Como el de muchos judíos, su olfato para los negocios era envidiable. Y no tardó en darse cuenta de las posibilidades económicas de ese oficio. Compró, junto a su hermano pequeño, el parque de atracciones Palisades. Y, más tarde, no dudó en invertir en ese invento del diablo que sería el cine. Se casó con Norma Talmadge, una de las estrellas jóvenes de Vitagraph Studios. Nunca volvió a casarse. El matrimonio no le sentaba bien. Ser fiel no le sentaba bien. Ser empático le causaba úlcera.

Pero el cine era otra cosa, fue el segundo presidente de United Artists. Y más tarde se asoció con Darryl F. Zanuck para crear la Twentieth Century Pictures. Ahí es donde se convirtió en el rey Midas del celuloide, en el descubridor de muchas actrices y el destructor de muchas otras.

Marilyn fue una de ellas. Cuando alguien le mencionaba el romance entre Hyde y Monroe montaba en cólera. No la quería para él, pero que prefiriese a ese viejo decrépito que posiblemente tenía que usar un hilo de seda para que se le mantuviera en pie…

—No puedes montar a caballo si antes no has sido capaz de mantener tu culo quieto en una silla. Lo que quiero decir es que, para el viejo Hyde, la Monroe pudo haber sido demasiado. Ya me entiende.

Él fue quien le enseñó aquella expresión que la acompañó durante mucho tiempo: «*casting* del sofá». Él fue quien la arrodilló por primera vez en el cine. Pero no podía sentirse mal porque ya ella antes había hecho casi todo el camino dejándose la piel en aceras y caminos empedrados.

Siempre pensó que la historia no perdería el tiempo con una rubia de tantas. Lo raro era encontrar a alguna mujer que no

hubiera pasado por la entrepierna de alguno de los productores. Ser mujer ha conllevado, a lo largo de la historia, ser un objeto preciado en tanto en cuanto el silencio y la abnegación te acompañen siempre.

Supo quién sería Marilyn Monroe actriz desde que la vio parada allí, en la puerta de su despacho, las manos en las caderas, una mirada dócil y salvaje a la vez. Supo quién sería aquella chica desde el primer momento, pero tenía aún más claro que llevaba la palabra tragedia tatuada en el pecho. Él sabía que escribiría su nombre con letras doradas, por eso quiso hundirla, por eso la prefería muerta.

Marilyn y Schenck

—Claro que podría hablar de Schenck. Podría hablar mal de casi todos los hombres que pasaron por mi vida.

—¿Es cierto que hizo usted aquel…?

—Sí, lo hice, y no una vez. Cuando Hollywood te pide que le lamas la entrepierna, tú te agachas e intentas pensar en otra cosa. Yo recordaba mi piano blanco. El caballo que me tenía que llevar muy lejos de toda aquella basura.

—¿Hollywood es basura?

—(…)

—¿No quiere hablar de ello?

(Por primera vez Marilyn se echa a llorar. He parado durante unos segundos la grabadora y me ha confesado el desprecio que profesa por el productor y por ella misma. Ahora mismo no tengo frente a mí a una estrella del cine, sino a una mujer rota por el dolor de tanta miseria).

CAPÍTULO 8
LOS DIEZ DE HOLLYWOOD

El Comité Dies volvía a actuar. Bertolt Brecht ya había abandonado el país y solo quedaban diez irreductibles, diez hombres a los que el citado comité perseguía por sus actividades antiamericanas, pero que jamás habían movido un dedo contra EE. UU.

Marilyn leía la noticia en la prensa mientras tomaba café. No entendía aquella diferencia que querían establecer entre una derecha dirigida a proteger al pueblo y una izquierda que «comía niños». No lo entendía porque no lo creía. Ella sabía perfectamente que lo diferente da miedo y por ese motivo se atacaba. Estados Unidos jamás tuvo una derecha o una izquierda, tuvo intereses encontrados entre familias. Así se fundó el «mejor país el mundo» y así acabará sus días.

Hollywood no era un nido de comunistas, más bien un nido de ratas en el que la mafia había meado la madriguera. Fuera, las sirenas de la policía rompían el aire limpio de California. Había poco que hacer para una chica como ella. Nada si se encontraba lejos de los focos. Su vida estaba en un plató, aprendiéndose un papel, ensayando ante las cámaras. Había sido concebida en Hollywood, así que el lazo era aún más fuerte.

Tom Kelley la había telefoneado, a través de su agencia, si se podía llamar así a un sitio donde jamás le conseguían nada, para tomarle unas fotografías que se iban a publicar en un calendario. No eran fotografías al uso, eran desnudos:

—Tranquila, querida, estás en buenas manos. Kelley es un buen fotógrafo y tampoco es que ese calendario vaya a ser la bomba —le había dicho la dueña de la agencia, que tampoco tenía muy claro cómo encarrilar la carrera de una joven a la que apenas conocía, pero sabía que solo conseguiría explotar su cuerpo. Había que plantear la situación con cuidado, porque casi todas las chicas que llegaban a Hollywood esperaban triunfar en dos días.

Amor en conserva, esa película que se había ganado adjetivos

como «absolutamente loca y absurda», ya le había proporcionado una mención en la columna de cotilleos de Louella Parsons. Aun así, no había continuidad ni en el trabajo ni en el dinero. Marilyn seguía esperando su oportunidad. Esperar se le daba bien, conseguir era lo que no sabía gestionar con normalidad. Pero sabía que estaba en el buen camino, lo intuía. Tenía que estarlo, porque soportaba el hambre, el frío, la decepción una y otra vez.

«Cincuenta pavos», era lo único que resonaba en su cabeza. La suma que le había ofrecido Kelley por aquella sesión. No es que fuese una gran suma, pero aquel dinero le venía muy bien. Faltaban cinco días para que cumpliera veintitrés años.

No era una ilusa, ya no, y podía permitirse el lujo de poner sus propias condiciones. Pocas, pero las puso. La mujer del fotógrafo debía ejercer de carabina dentro del estudio y no debía saberse que era ella. Una sesión de desnudos era algo que le imponía aún. No había dejado de ser la jovencita que no tenía reparos en utilizar su cuerpo si era necesario, pero no quería que hubiera malentendidos. Esos habían sido siempre la causa de todos sus males.

Apuró el café, miró el reloj y se dispuso a salir. Cuando se dio la vuelta en el taburete se encontró de frente con un chico de su edad, escaso bigote y altura notable. La señaló y balbuceó.

—¿No es usted la chica de la que habla Louella Parsons?

Marilyn sonrió, halagada. Dos papeles mínimos, un pequeño comentario en la prensa y ya la reconocían. Ya quedaba menos para que Hollywood cayera rendido a sus pies. Nadie más creía en ella, lo sabía. Pero lograría que se callaran para siempre quienes habían dicho que jamás conseguiría nada.

En el estudio hacía frío. Marilyn miró a su alrededor, se fijó en la cama deshecha. La mujer de Kelley estaba sentada en una silla, con las manos sobre las rodillas y la mirada perdida. El fotógrafo iba de un lado a otro disponiéndolo todo. Le pidió a Marilyn que se desnudara. Ella se quitó el abrigo.

Kelley siguió, afanoso, ajustando luces y buscando el encuadre, moviendo la cámara. Se paró en seco cuando se percató de que ella seguía allí de pie, pero vestida.

—Vamos, no tenemos todo el día.

Marilyn se desnudó por completo. La mujer de Kelley abrió mucho los ojos y se incorporó un poco en el asiento. Ahora se

alegraba de estar allí. Aquella mujer no era la más bella del mundo, pero tenía algo… (la expresión de siempre). Sabía que no podía fiarse de su marido. Eso lo saben todas las mujeres, aunque ninguna pudo nunca imaginar el efecto que la pelirroja iba a producir en los hombres. De hecho, ella misma se sentía atraída por aquel cuerpo de vainilla. Era una aberración: una mujer capaz de atraer a otra. Dios santo, el mundo se acabaría consumiendo a sí mismo si la depravación seguía alzándose sobre la moralidad cristiana y norteamericana.

Marilyn notó la mirada fría y torturada de la señora Kelly. Sabía que provocaba esa sensación en muchas mujeres. Ella no lo pretendía, pero no podía hacer nada para remediarlo. Era la historia de su vida. Potenciarla solo había sido una decisión que le habían obligado a tomar.

Se tumbó en la cama y el clic de la cámara comenzó a resonar por el estudio.

Era sexo. Fuego encendido. Era el animal más bello que él había fotografiado nunca. Estaba allí, tumbada, enseñando su piel, sus pechos, su culo…, sin tapujos, sin remilgos. La belleza más desnuda y viva que jamás hubiera soñado.

La noche caía sin remedio, con las costuras vueltas, con las manos frías. El chico que horas antes la había reconocido en la cafetería la esperaba sentado en el restaurante, bebiendo un *whisky* seco. Cuando la vio entrar, se puso en pie, se ajustó la chaqueta y dio dos pasos en su dirección. La saludó con una sonrisa estúpida y las manos temblorosas.

Retiró la silla para que ella pudiera sentarse e hizo lo propio justo enfrente, donde podía verla mejor. Llamó al camarero y le preguntó qué quería beber. Champán, por supuesto. Entre ellos se instaló un intenso silencio.

El camarero regresó con la copa de champán. Ella le dio un sorbo, miró a su alrededor y suspiró.

—¿Qué tal el día?, —consiguió decir él—. Imagino que una artista como usted tendrá un sinfín de cosas que hacer.

—Bueno… —dijo ella con despreocupación, dando otro sorbo a la copa.

De nuevo, el silencio. Aquel lacerante vacío que hacía daño en

los oídos.

—¿Qué piensa usted del Comité Dies?, —preguntó ella.

—Supongo que debemos proteger a América de esos comunistas.

—¿Cree que son peligrosos?

—¿Por qué si no iban a perseguirlos? Y, por favor, tutéame.

—Tienes razón. —Dio otro sorbo a su copa de champán.

El camarero les acercó dos cartas, pero él las rechazó con un movimiento de la mano.

—Tráiganos la especialidad de la casa, por favor.

—Y otra copa de champán —completó Marilyn.

El camarero se alejó y los dejó de nuevo allí solos. Ella se mordió el labio inferior. Empezaba a aburrirse.

—Yo creo que no es más que una caza de brujas —dijo con la cara apoyada en la palma de la mano, mientras con la otra acariciaba la copa de champán.

—¿Qué?, —preguntó, desconcertado.

—Veamos —continuó, incorporándose en su asiento—, por lo que he leído, el Comité Dies se formó durante la guerra de España. Creo que no nos gustó demasiado que los actores se unieran para ayudar a los republicanos de allí. Desde entonces, no se ha dejado de perseguir a aquel que piensa diferente a los estudios. Pero, en el fondo, ¿qué hay de malo en echar una mano a quienes sabes que van a perder?

—Bueno, yo diría que, cuando entras en un club, debes obedecer las reglas del club.

—Ah, si se trata de adherirse a un club…

—Tú quieres pertenecer a ese club, ¿no?

—No, yo quiero ser actriz.

—¿Qué diferencia hay?

—¿Por qué no dejamos la cena y me llevas a tu casa? Verás, acabo de salir de una sesión de fotos, tengo frío y ganas de llorar. Me vendría muy bien que me abrazaras.

Él saltó de la silla, la ayudó a levantarse y ponerse el abrigo. Dio al camarero una suculenta propina y salieron sin mirar atrás. Era cierto, estaba triste. Tanto que el abrazo de un desconocido le era, en esos momentos, más necesario que cualquier contrato.

Sabía lo que veían en ella y lo odiaba. Odiaba su cuerpo casi tanto como su alma desesperada o su absurda cabeza, que no hacía

más que engañarla una y otra vez. Pero sin aquel cuerpo estaba perdida. Eso era ella: un cuerpo que acababa en una graciosa cabeza que adornaba una cara bonita.

Marilyn y los Diez

—¿Qué relación tenía usted con el Comité Dies?

—Cuando me casé con Arthur, ya no se llamaba así, era el Comité de Actividades Antiestadounidenses. ¿Qué relación se supone que debía tener?

—¿No apoyaba usted a los comunistas?

—Apoyaba a mi marido y le puedo asegurar que no tenía nada de comunista.

—De usted nunca sospecharon, ¿no es así?

—Perdone que me ría. Ni siquiera me tomaban en serio. No creían que fuera capaz de interpretar un papel serio…

—Dígamelo usted.

—Jamás tuve cerebro para los directivos de las productoras. Era imposible que yo fuese comunista. Era imposible que yo fuera algo más allá de mi cuerpo.

—Aún no me ha dicho lo que le parecía.

—Le diré diez nombres: John Howard Lawson, Dalton Trumbo, Ring Lardner Jr., Alvah Bessie, Lester Cole, Samuel Ornitz, Albert Maltz, Adrian Scott, Edward Dmytryk y Herbert Biberman. ¿Los conoce?

—No, sinceramente.

—Nadie ha podido demostrar las acusaciones, pero han destruido sus carreras. Los siete primeros son guionistas, Scott era productor y los dos últimos, directores de cine. Si eran importantes comunistas, ¿cómo es posible que no los conozca?

—No soy periodista político.

—Pero me pregunta por política.

—Solo quería saber su opinión sobre el Comité.

—Eran una panda de hombres aburridos que no tenían nada mejor que hacer, ni escrúpulos.

—Ronald Reagan no pensó lo mismo.

—¿En serio me va a hablar de ese actor de segunda con ínfulas de presidente? ¿Sabe que va diciendo que él salvó a Estados Unidos de los comunistas? Un hombre mediocre no tiene autoridad moral

para condenar a otros porque es muy probable que hable su frustración, no su inteligencia. Si es que la tiene…

—¿Está llamando estúpido a Reagan?

—No tengo que calificarlo yo.

—Pero ha dicho…

—Si quisiera decir que es estúpido, lo habría dicho. He afirmado que es un mediocre. Es muy diferente. La estupidez se puede esquivar, la mediocridad, difícilmente.

—Sigue sin contestarme.

—¿Por qué no hablamos de sexo?

—Le doy la oportunidad de que dé su opinión.

—Creía que buscaba usted un titular.

—¿Qué tendría eso de malo?

—Un titular no tiene nada de malo; la manipulación de una entrevistada para conseguir lo que ella no quiere darle tiene mucho de perverso.

—Así es el periodismo.

—Bueno, es lo que eligió usted, no yo.

CAPÍTULO 9
LA SOLEDAD

Abrió la puerta del pequeño apartamento que tenía alquilado cerca de los estudios. Las clases en el Actor’s Lab de Hollywood la agotaban, pero aún la agotaba más el recelo con el que muchos directores la recibían.

Todo estaba en silencio. Encendió la luz y, por un momento, pensó en Gladys. Y sintió una punzada de dolor en la espalda. Vestía una estrecha falda de lana y un jersey ajustado de cuello vuelto. Se quitó los tacones y los lanzó por el aire sin fijarse demasiado en dónde caían.

Encendió la luz y se dirigió a la escuálida nevera que, casi siempre, permanecía en los huesos. Sacó una botella de champán, regalo de un caballero que quería conocerla un poco más después de verla en una campaña publicitaria de bañadores. Se sirvió una copa y se dejó caer sobre el sofá. Miró al techo y suspiró.

Había sido un día como otros muchos. Pruebas de cámara en Columbia, las clases de interpretación, un triste sándwich de pavo entre una y otra, y de nuevo a la soledad.

Se levantó con esfuerzo, como si todo el peso del mundo recayera sobre ella, que no quería permanecer tumbada en el sofá; se quitó la ropa y fue a por la botella de champán. La dejó en el suelo junto a su copa, que permanecía recostada, quieta con su esqueleto de cristal, presintiendo la catástrofe. Sacó un libro y un bote de pastillas de su bolso. Se volvió a sentar. Abrió el bote y se sirvió otra copa. Se tomó una pastilla. Necesitaba calmar sus nervios. Luego otra.

Maldita Gladys, que no le habría de dejar nada más que locura y soledad. Se secó una lágrima que no acabó de caer y abrió el libro por una página que tenía marcada con una rosa seca.

Había comprado aquel ejemplar en una librería de segunda mano en el 3426 de Griffin Road. Nadie se había preocupado de ver

cómo era ella por dentro. No había conocido a ningún ser humano que deseara charlar con Marilyn Monroe. Todos querían llevársela a la cama y todas deseaban, con todo su ser, que desapareciera de la faz de la tierra. Así era la vida, o eso creía ella, nunca había justos medios. No existía el gris, solo el blanco o el negro. Ella pertenecía al negro, aunque deseaba llegar al blanco y quedarse allí dormida y no despertar del dulce sueño que la acunaría con la voz de una madre dulce y comprensiva.

Leyó en voz alta:

¡Oh, yo, vida! Todas estas cuestiones me asaltan,
del desfile interminable de los desleales,
de ciudades llenas de necios,
de mí mismo, que me reprocho siempre, pues,
¿quién es más necio que yo, ni más desleal?
De los ojos que en vano ansían la luz, de los objetos
despreciables, de la lucha siempre renovada,
de los malos resultados de todos, de las multitudes
afanosas y sórdidas que me rodean,
de los años vacíos e inútiles de los demás,
yo entrelazado con los demás,
la pregunta, ¡oh, mi yo!, la triste pregunta que
vuelve: «¿Qué hay de bueno en todo esto?».
Y la respuesta:
«Que estás aquí, que existen la vida y la identidad,
que prosigue el poderoso drama que quizás
tú contribuyes a él con tu rima». [2]

«Que estás aquí, que existen la vida y la identidad…», repitió, entornando los ojos. Bebió otro sorbo de champán directamente de la botella y se tomó otra pastilla. Las necesitaba para dormir. Dormir le daba miedo. Cuando lo hacía, volvía a ser Norma Jeane, aquella chica llena de miedos, aquel minúsculo ser al que casi nadie había visto. Y mucho mejor si hubiera podido quitarle aquel «casi».

Gladys traía a hombres a casa por la noche. Hombres que no solo querían tocarla a ella, también a la pequeña Norma, que se escondía dentro del armario o debajo de la cama.

La noche era la selva en la que su madre le daba baños fríos para que fuera una niña fuerte; y era el drama de un colchón ardiendo porque prefería verla muerta a que fuera presa de un mundo que no la merecía. No las merecía. Gladys quería salvarla de la vida porque no quería que sufriera. Y quería alejarla de los hombres, porque no eran buenos. Pero, cada vez que llevaba a un hombre, ella dejaba que la tocaran.

Le había hablado de sus dos hermanos, pero a ellos se los llevó su padre. ¿Por qué la había abandonado con una mujer que no era capaz de cuidarse a sí misma? Clark Gable… Ya sabía que él no era su padre. Tardó en darse cuenta de que aquello no era más que la fantasía de una mujer enferma. Mientras, creció pensando que Gable vendría un día, la cogería entre sus fuertes brazos y la sacaría de allí. Scarlett
O'Hara
no era más que una ridícula que no sabía valorar lo que tenía. No merecía que él la amase.

Comenzó a sentirse mareada. Soltó el libro. Se tomó un último y largo sorbo de champán. Ya pensaría al día siguiente.

Se dirigió a la cama con paso titubeante, caminando como si pisara cristales, con una sonrisa en los labios y una nueva lágrima asomando a sus ojos. La botella agarrada como si fuera su última tabla de salvación. El buque se hundía y ella no iba a soltar su salvavidas. No, en aquel momento, no habría dejado que nadie más se subiera a aquel tablón a la deriva. En la cama sí. En la cama podía llorar. Al fin y al cabo, solo servía para dos cosas aquel mueble y ninguna era descansar.

Marilyn y el silencio

—Entonces, no puede dormir.

—Siempre tuve problemas para conciliar el sueño. Imagino que son secuelas de la guerra.

—La guerra es su madre, imagino.

—Imagina usted bien. Las noches eran terribles. Ciudades diferentes cada una de ellas, donde el miedo podía ocultarse en cualquier esquina.

—Le tenía miedo a la noche.

—Les tenía pavor a las noches cerca de Gladys.

—Gladys… ¿Por qué no la llama madre, o mamá?

—¿Qué es una madre? Si es la que da a luz a una criatura sin pensar siquiera si puede mantenerla, si puede hacerla feliz, Gladys es esa. Si por madre entiende a la mujer que lo daría todo por ti, que sacrificaría su vida por salvar la tuya, la que antepone tu felicidad a la suya, yo nunca tuve madre.

»Yo habría sido una buena madre. Estaba preparada, lo deseaba por encima de cualquier otra cosa. Pero la vida es caprichosa.

—Caprichosa como una estrella de cine.

—No. Nosotras somos estúpidamente caprichosas, pero ella lo es de una manera cruel. Creerá usted que estoy resentida con la vida, pero no es cierto. Me encanta estar viva, me gusta ver lo que sucede a mi alrededor, cómo la gente cambia, los tiempos cambian, yo cambio.

—Da la sensación de que se siente usted sola.

—No he dejado de estar sola ni un minuto de mi vida.

—Incluso siendo la mujer más deseada…

—Eso, querido, se pasa con los años. Yo necesito que me vean a mí, no solo mi cuerpo. Necesito que sepan que detrás de mis medidas hay una cabeza que piensa, que aprende, que se tortura. Necesito que me amen. ¿No lo necesita usted?

»En el fondo, es lo que buscamos todos. No estar solos. Mi cuerpo es una anécdota.

—Pues vaya anécdota…

—Bueno, no está mal, pero no es algo de lo que pueda estar orgullosa. No tengo ningún mérito en lo que respecta a mi físico. Pero me he ocupado de cultivarme, de leer, aprender, pensar por mí misma. A eso es a lo que he dedicado todas mis energías, pero usted sigue viendo en mí a la rubia que no elegí ser.

—Era usted pelirroja, ¿no?

—Seguro que es usted más listo que todo esto. Rubia, pelirroja…

—Y su hermana… ¿Cómo se llama?

—Berenice. Mi hermana se llama Berenice. Bueno, es hermanastra. Nos escribimos.

—¿Nunca ha querido estrechar más los vínculos con ella?

—Estamos muy unidas. Nos escribimos, pero cada una tiene su vida. Me enteré de que existía por casualidad. Todo en mi vida ha pasado por casualidad. Berenice es una buena mujer que nada tiene

que ver con mi forma de vivir.

—¿No le gustaría tener una familia?

—Eso, querido, ha sido muy cruel incluso para usted.

CAPÍTULO 10
DE NUEVO ANDRÉ DE DIENES

Hacía tiempo que no se veían. Él había tenido que superar el desamor de una manera repentina. Nunca ningún hombre la deseó y la respetó tanto a partes iguales. Tal vez uno, pero le pegaba. Dudó si llamarla o no. Estaba en la ciudad y sabía que a ella le gustaría verlo, pero no tenía tan claro que a él le apeteciera pasar tiempo con la nueva Marilyn. Una mujer capaz de unir el nombre de una actriz famosa al apellido de su abuela y salir airosa.

Finalmente descolgó el auricular y marcó su número.

—Hola, rubia.

—¿André?

—El mismo.

—¿Dónde te has metido? Te he echado de menos.

—Estoy en la ciudad, Marilyn, ¿quieres que nos veamos?

—Lo antes posible.

La recogió en su coche y fueron a la playa. Durante el trayecto, apenas se miraron. Marilyn era consciente de haberle roto el corazón a aquel hombre que no lo merecía. Pero lo que seguro no merecía André era la vida que le habría dado si se hubiera casado con él.

El viento le iba dando en la cara. Una sensación agradable que le recordaba qué era la libertad. Intentaba proteger su peinado sujetando el pañuelo que llevaba en la cabeza.

Él la miraba de reojo, como si así pudiera dejar de sentir, pudiera sacar de su cabeza aquella llamada que le decía que no, que no se casaría con él. Y la había odiado. Bien sabía Dios que la había odiado con toda su alma porque se lo prometió. Le juró que sería suya, le dijo que era cuestión solo de tiempo, el de arreglar los papeles del divorcio con Jim en Las Vegas. Y se torció todo. No podía entender qué había pasado, pero Marilyn había cambiado de opinión, no se casaría con él ni con nadie. Quería salir de un matrimonio, no meterse en otro.

El día presagiaba buenas noticias. Ya lo eran volver a verla, volver a sentirla cerca, saber que, a pesar de haber desaparecido, ella no le guardaba ningún rencor. Él tampoco se lo guardaba a ella. Eran los mismos sin parecerse en nada a los de antes.

Paró el coche en un acantilado desde donde podían ver cómo rompían las olas en la pared de piedra. Ella vestía una falda plisada y una camisa con el cuello levantado y mangas francesas. Se quitó el pañuelo con el que cubría su pelo, pero se dejó las gafas de sol.

—Esto es precioso, André.

—Imaginé que te gustaría —dijo, encendiendo un cigarro.

Marilyn sonrió y se pasó la mano por el pelo. Realmente lo había echado de menos. André era un buen hombre, pero no estaba dispuesta a atarse ni siquiera a un poste de *stop*. Ella merecía mucho más, merecía ser libre.

Sin dejar de mirar al frente, le propuso que volvieran un día para hacerle fotos. Él asintió y se giró en el asiento para verla de frente.

—No lo hagas —le pidió Marilyn.

—¿Que no haga el qué?

—Preguntarme por qué cambié de opinión. Sé que no lo entiendes, pero era lo mejor para los dos.

Él le acarició la barbilla como un hermano mayor cuando te han manchado de barro jugando en la calle. Le dolía admitirlo, pero sabía que ella tenía razón. Jamás habrían sido felices. Él no podía hacerla feliz.

—¿Cómo te va, Marilyn? ¿Qué le ha pasado a tu nariz?

—Oh, había que hacerle un ligero retoque. —Se tocó el tabique nasal con cuidado—. No me va mal, no puedo quejarme. Tengo varios proyectos, aunque no son gran cosa. No soy la protagonista, pero son buenos papeles.

—Serás actriz. Has nacido para esto.

Ella miró de nuevo la playa. También era consciente de que había nacido para eso. Era lo único que sabía de ella misma, pero le agradaba que alguien como André se lo dijera. Él le cogió las manos y se las besó. Seguía enamorado. No podía evitarlo, no quería hacerlo. Ninguna mujer se parecía a ella. Pero había conseguido encerrar ese sentimiento donde no pudiera dañarlo nunca más.

Ella volvió a la carga:

—Un día deberíamos venir a hacer fotos.
—¿Por qué no mañana?
—Oh, André, eres un ángel.

Al día siguiente la recogió a la hora acordada. Marilyn salió de casa con un vestido blanco abotonado desde los pechos hasta las rodillas. Lo saludó con la mano antes de cerrar la puerta. Se dirigió al coche con paso alegre, sin correr, pero sin perder el tiempo. Sus caderas golpeaban el aire, haciéndose hueco en el mundo. Demasiado estrecho, demasiado angosto, demasiado encorsetado. Si Norma Jeane ya necesitaba más espacio por el que moverse, a Marilyn habría que construirle un universo solo para ella.

Se montó alegre en el coche, le dio un beso en la mejilla y se volvió a poner aquel pañuelo en la cabeza. Amaba los descapotables, le parecían los objetos más sexis del mundo, pero su pelo no coincidía con aquel querer suyo.

La playa era un lugar maravilloso porque era la unión de casi todos los elementos: tierra, agua y aire. El fuego ya lo ponía ella. Marilyn no solía ir mucho. De pequeña nadie se había preocupado de llevarla y, luego, debía cuidarse la piel.

Salieron del descapotable. André sacó el equipo fotográfico y una toalla. Ella metió los pies descalzos en el agua mientras reía como una niña que acabara de descubrir los regalos que Santa Claus le había dejado junto al árbol. Era lo que lo había enamorado de ella: la inocencia infantil encerrada en aquel cuerpo…

Comenzó a fotografiarla así, vestida, con la felicidad dibujada en el rostro, con la ingenuidad de quien se cree a salvo. Luego, pasaron a las fotos en bañador. Esas eran las que realmente tendrían valor, las que la posteridad querría, por las que se pagarían de verdad miles de dólares. Él era consciente de que Marilyn era imparable. Nada podría oponérsele por tanto tiempo, ni de manera tan obstinada como para que se rindiera. Antes, ardería el cielo y Dios haría una barbacoa con los ángeles.

Marilyn se sintió entonces como lo hiciera en aquellos días en los que recorrió el país junto a ese hombre que la amaba, que no sabía cómo romper los lazos con una mujer que no podía corresponderle porque no sabía ni quería.

El día pasó rápido. Demasiado, como siempre que estaba bien. No había manera de detener los momentos de felicidad cuando

llegaban. Eso era algo que ella había tenido que aprender para poder sobrevivir.

De regreso a casa, se despidió de André con una sonrisa dulce, un beso suave en los labios y una caricia en el mentón.

Él la vio alejarse. No intentó retenerla, no se puede retener el viento con una hoja de papel.

Entró en el apartamento con prisa. Escuchaba sonar el timbre del teléfono. Aquel artefacto se había convertido en el ancla que la mantenía atada a la realidad, a la cruel y vil realidad en la que una mujer existe en la medida en la que su teléfono se lo recuerda. Era del estudio, aquel sin duda iba a ser su año.

Marilyn y André de Dienes

—En enero ya había rodado *The Fireball*. En marzo me dieron uno de los papeles que considero más importantes en mi carrera, al menos, el que me dio el pistoletazo de salida, en *Eva al desnudo*. En abril por fin se estrenó *Amor en conserva* y en mayo *A Ticket to Tomahawk*. Cuatro días después de este, tuvo lugar el estreno de *La jungla de asfalto*. Y firmé contrato de nuevo con 20th Century Fox. ¿Qué era André para mí? Un ángel. Se lo dije a él en más de una ocasión. Creo que no lo sabía, pero me salvó tantas veces…

—Pero él la quería.

—Si hubiese tenido que casarme con todos los hombres que decían quererme, habría necesitado al menos tres vidas. Yo no le pedí que se enamorase de mí. No le prometí nada.

—Le prometió casarse con él.

—Y lo salvé de su error. No juzgue lo que ve, intente mirar más allá, tal vez, consiga completar el puzle si lo hace. André se había enamorado de Norma Jeane, de aquella chica indefensa y humilde que suspiraba por romper las cadenas que la sujetaban a su mísera vida. Pero yo sabía que no siempre iba a ser aquella chica.

»Yo sabía que Norma Jeane no viviría mucho más, necesitaba salir de su piel, de sus latidos. Necesitaba ser otra, renacer de las cenizas. Norma Jeane nació para sufrir, Marilyn debía hacerlo para ser feliz.

—¿Y el amor?

—Querido, el amor es necesario cuando sabes quién eres. Pero

no puedes amar si ni siquiera has nacido. Yo ansié el amor por encima de casi todo, lo anhelé, lo busqué hasta la desesperación, pero lo que me pedía era demasiado: dejar de ser Marilyn para ser la esposa de. No es así como entiendo el amor, perdone.

—Pero fue usted tan amada…

—Fui deseada, codiciada, mostrada en actos públicos como si fuera un trofeo. Fui un vestuario que uno cambia sin ningún miramiento cuando está estropeado o manchado, aunque la mancha se la hayas hecho tú.

»Los hombres pensaron que yo no tenía alma, que no me dolían los golpes, los insultos, las mentiras (risas). Ya no importa. Estoy aquí, he llegado hasta aquí yo solita. Y estoy bien. Ya nadie puede hacerme daño.

CAPÍTULO 11
JOE DIMAGGIO (I)

Sí, se había hecho aquellas fotos promocionales vestida con el uniforme de los Yankees, pero no tenía la menor idea de deportes y no le interesaban. Ella obedecía órdenes y las de entonces eran vestirse con aquel ridículo atuendo de béisbol.

La petición no la había sorprendido. Desde la cuna los hombres hacían cola por estar con ella. Al principio entendió que solo se trataba de depredadores en busca de calmar sus más bajos instintos. Lo de Marilyn no lo entendía porque ni siquiera era una estrella.

Llevaba tiempo recibiendo clases nocturnas de Arte y Literatura en la Universidad de California. No quería ser para siempre esa rubia apetecible con la que todos quieren acostarse, pero nadie desea hablar. No es que le importase ceder su cuerpo. Al fin y al cabo, la carne solo es carne y ella lo sabía. Era una necesidad más primigenia: saber que la gente se ha dado cuenta de que eres una persona, con los mismos sentimientos, certezas e incertidumbre que otros.

Aquella tarde, tras regresar de la sesión con André, recibió la llamada de una amiga. Un tal Joe DiMaggio, una superestrella, por lo visto, que vestía el mismo pijama que ella se había tenido que poner para las fotos, deseaba conocerla. Ya la habían advertido de que era un tipo muy reservado, poco hablador y muy tradicional. Pero pertenecía a una de las pocas profesiones con las que no se había acostado.

Había pedido ver una foto del tal DiMaggio. Lo único que sabía de él era que era italiano y eso lo sabía por el apellido, no porque lo conociera. A Marilyn no le interesaban el deporte ni los deportistas. Para ella no había nada más allá de lo que pudiera darle el cine.

La cena fue muy agradable. Los amigos que habían hecho de celestina era una pareja a la que ella tenía en gran estima. DiMaggio había acudido a ellos y les había pedido que le consiguieran una cita con Marilyn. Él no habló mucho mientras

cenaban. Era tímido, mucho más de lo que le habían dicho. Le resultó gracioso que un tipo tan corpulento pudiera tenerle miedo a ella, que medía treinta centímetros menos que él y era mucho más menuda.

Se despidieron en la puerta del restaurante. La pareja de amigos se fue en un coche y Marilyn y Joe a pie. Estuvieron dando vueltas durante tres largas horas por las calles, sin rumbo definido. A él le gustaba pasear, pero no se había percatado de que ella llevaba unos de esos tacones que te permiten ver el mundo desde arriba.

Marilyn no sabía cómo romper aquel silencio que se le atragantaba por momentos. Se aburría. Se aburría como hacía mucho que no lo había hecho con ningún hombre. Marilyn, la rubia risueña, tenía ganas de gritarle a aquel tipo que se largara de una vez. Deseaba que la acompañara a un taxi y le dijera adiós para siempre con su enorme mano. O que no se despidiera, si no lo deseaba, pero quería irse. Quería poder conversar con alguien de una inteligencia media.

—Creo que rodaré con Fritz Lang.

—¿Qué? —Fue lo único que consiguió pronunciar él mientras mascaba chicle.

—Fritz Lang, el director.

—Ah. Ya veo…

—Sabes quién es, ¿verdad?

—No me gusta mucho el cine.

—¿Qué te gusta entonces?

—Los cómics, la comida italiana, mi madre… La prima Sofía. Pero no pienses mal…

—No he pensado nada.

—La prima Sofía es una chica encantadora, pero es mi prima. No sé si me entiendes.

Ella no se molestó siquiera en mirarlo. Si seguía hablando acabaría estrangulándole con sus propias manos. Ni siquiera había podido imaginar que pudiera existir en el mundo un ser más aburrido que aquel tipo. Pero había algo en él que le resultaba atractivo. Quizá era que se veía reflejada cuando aún era una niña que iba andando al colegio para no aprender nada.

—Oye, mi hotel está cerca, ¿quieres subir?

—Yo… No sé. —Se rascó la cabeza.

—No es obligatorio. Si no quieres, podemos dejarlo. Ha sido una velada muy agradable.

—Sí, claro que quiero.

—Pues subamos.

—No quiero que pienses…

—Tranquilo, eso lo dejo para cuando quiero aprender algo interesante.

DiMaggio la miró con extrañeza, como si hubiera entendido perfectamente lo que le había dicho, pero no quisiera comprenderlo. No pasaba de ser el niño grande y bobalicón con el que todos se ensañaban en el colegio, el católico que detestaba el pecado mientras caía en él.

No fue la única vez que Joe subió a la habitación de Marilyn, solo fue la primera. Luego, se instaló en ella durante algún tiempo. Un tiempo en el que ambos llegaron a rozar la felicidad con la punta de sus dedos.

Eran absolutamente diferentes: él, con ese miedo cerval del que no quiere ser reconocido fuera de los estadios, siempre intentando ser discreto, siempre intentando llevar un nivel de vida muy por debajo de lo que podía después de todo lo peleado; ella, en cambio, era histriónica, excesiva, llena de sueños y ganas de demostrarle al mundo que debía ser amada, que había nacido para ello, aunque aún nadie se hubiese percatado de tan sutil detalle. Y de pronto aquel hombre bruto, sin ningún tipo de cultura, ni más aspiraciones que comer espaguetis de su madre los domingos o comprarse los cómics que consumía con avidez, la amaba con calma, sin prisas, sin presiones.

No importan las diferencias cuando hay amor de verdad, y entre ellos lo había. Se querían de verdad, coincidían en pocas cosas, sí, pero eran las más importantes: tener hijos, la familia… Estaban enamorados y se aceptaban tal y como eran.

Al menos, así pensaron durante un tiempo. Porque DiMaggio deseaba que Marilyn lo dejara todo por él. Se le olvidó el nimio detalle de preguntarle a ella, de confrontar ideas y no dar por sabido o hecho algo que también le concernía.

Para él no había nada más importante que el amor, no había nada que lo pudiese todo, tan solo el amor. Creyó que ella se quedaría en casa cocinando para él, que tendrían una familia, cinco

o seis pequeños italoamericanos embrutecidos, correteando por un apartamento de Nueva York, mientras ellos seguían amándose, seguían manteniendo viva la llama que había prendido nada más verse. Engordando, o no, pero envejeciendo juntos. Y al final de sus días, se cogerían la mano y sabrían que, realmente, el amor lo podía todo.

Ese fue el cuento que aquel hombre escribió en su cabeza, pero la protagonista había optado por una novela mucho más realista, donde cada uno siguiera su camino, aunque nunca dejaran de amarse o estar juntos. Independencia, aquello por lo que tanto había luchado.

Él era un gran héroe americano. Inculto, sí, pero eso en Hollywood no era un inconveniente. ¿Para qué tener cultura si tienes dinero? DiMaggio lo tenía, aunque se negaba a gastarlo en pequeños o grandes lujos. Venía de una familia pobre y no podía olvidar que la pobreza es algo que se prodiga y tiene la manía de instalarse entre aquellos que no valoran lo que tienen. Sí, prefería ser el más rico del cementerio a ser el más pobre entre las antiguas leyendas. Ya había conocido a muchos que habían terminado así. No, él no iba a ser uno más.

No esperaron mucho para casarse.

—Marilyn —le soltó durante una pequeña cena, nada ostentosa—, creo que es hora de que formalicemos lo nuestro. No creo que esta manera de vivir —se refería al pecado de cohabitar sin la bendición del sacramento— sea lo mejor para crear una familia.

Ella pidió una copa de champán más con un pequeño gesto del índice derecho mientras alzaba la copa con la izquierda.

—¿Cómo dices, querido?, —preguntó tosiendo.

—Digo que deberíamos casarnos, Marilyn.

Ella se echó a reír de una manera maravillosa. No, no se reía de él, se reía de felicidad. Reía porque él no amaba solo sus curvas, sino a ella. Y hacía planes más allá de su entrepierna, esa noche, un rato y sin que nadie más pudiera o debiera enterarse.

El camarero llegó con la botella de champán, rellenó la copa y le sonrió.

—A esta la invito yo, señorita.

Marilyn hizo una pequeña inclinación de cabeza a modo de agradecimiento mientras clavaba en el joven sus ojos y se llevaba la

copa a los labios carnosos, espléndidos. DiMaggio se percató del coqueteo, se puso en pie y echó al camarero con su voz seca, dura y agresiva.

—Oh, vamos, querido, si es un niño…

—A los niños hay que darles un azote de vez en cuando. Recuérdalo.

Se casaron en enero de 1954. Una ceremonia íntima, sin demasiada pompa, pero sí con periodistas. Al fin y al cabo, se casaban una de las mayores celebridades del deporte estadounidense y una de las más poderosas actrices que aún no había hecho nada reseñable y ya hacía las delicias de muchos espectadores y provocaba la envidia de tantas otras espectadoras.

Marilyn había sido *party girl*, chica para todo en las partidas de póquer. Había ido de una cama a otra para poder sobrevivir en la nada barata Hollywood. No se sentía mal por ninguna de aquellas cosas. Sabía lo que tenía que hacer si quería prosperar en una ciudad como aquella y no acabar como su madre.

—Yo te cuidaré —le prometió DiMaggio.

¿Cómo decir que no a algo que no había tenido siquiera brevemente al lado de su madre, la loca, la rota, la que había intentado matarla alguna vez sin saber lo que hacía? ¿Cómo decir que no a lo único que no había conseguido en el mundo, protección? Pero era consciente de que no iba a atarse incondicionalmente a nada ni a nadie. Acababa de rodar *Niágara* y *Los caballeros las prefieren rubias*. Quería disfrutar del éxito, de la fama, de la admiración y del dinero que comenzaba a ganar.

Se casaría con DiMaggio, claro que sí. Pero debía hacerlo entender que su carrera era tan importante como cualquier caricia. Y lo era mucho más que una condena a trabajar denodadamente para una familia numerosa que lo más que haría sería darle las gracias por una buena lasaña. La cocina estaba bien. Todas las casas deben tener una, ¿no? Otra cosa muy diferente es que el sueño de Marilyn fuera vivir en ella ni siquiera diez segundos. En la suya solo entraba para abrir la nevera.

Él deseaba una luna de miel tranquila, junto a su mujer. No hacía falta viajar a Europa, ni siquiera salir del hotel, pero sí estar a solas

con ella; sí disfrutarla sin que nadie los interrumpiera, como solía pasar: «Un autógrafo, señor DiMaggio», «Marilyn, por favor, dedícanos unas palabras». Eran una de las parejas más exóticas y conocidas de Estados Unidos y eso siempre acarreaba problemas. El anonimato es algo que la gente no suele apreciar más que cuando lo pierde.

A DiMaggio le habían propuesto una gira por Japón que aceptó, animado por Marilyn. Ella era adicta a la popularidad, estaba mucho más enganchada al reconocimiento que a los barbitúricos. La gente, de repente, la quería; conocían su nombre, reconocían su existencia. Y existía para tanta gente que no sabía cómo corresponder, así que jamás decía que no. «Una foto, Marilyn»; «señorita Monroe, ¿podría darle la mano?»… La niña invisible, la manoseada, la violada, la despreciada, se había convertido en una mujer codiciada de la que no solo sabían su nombre, sino que se preocupaban de cada paso que daba.

Llegaron a Japón el 1 de febrero. Aeropuerto de Tokio, donde una comitiva los esperaba para darles la bienvenida.

Joe DiMaggio, el superastro del béisbol, y su flamante esposa, la estrella en ascenso, Marilyn Monroe, llegaron al aeropuerto de Tokio el 1 de febrero de 1954 para iniciar su luna de miel cuando se acercó a la pareja el mayor general del US Army Charles W. Christenberry y preguntó sin rodeos: «¿Le gustaría visitar Corea unos días y entretener a las tropas estadounidenses actualmente estacionadas allí?».

DiMaggio respondió:

—Me gustaría, pero no creo que tenga tiempo en este viaje.

—No le preguntaba a usted, señor DiMaggio, sino a su esposa. Entiéndame, su presencia sería muy valiosa, pero la de la señorita Monroe…

Un poco sorprendida, mirando al militar, respondió:

—Me gustaría hacerlo. ¿Qué piensas, Joe?, —dijo la flamante novia.

—Adelante si quieres. Si esa es la luna de miel que deseas. Ninguna mujer normal querría eso… —Le disparó DiMaggio a la Monroe.

En realidad, era la luna de miel de ambos, en cambio, se encargaría de hacer feliz, inesperadamente, a muchísimos jóvenes

estadounidenses. Si a ella no le había importado compartir a su marido con los japoneses, ¿por qué habría de importarle a él que ella hiciera algo bueno por los hombres que cuidaban de la paz tan lejos de sus casas? Aceptó la propuesta y se sintió feliz de hacerlo.

—No vamos a disfrutar de la luna de miel, Marilyn —le dijo una vez a solas—. Tal y como lo has planteado al aceptar esa exhibición delante de hombres desesperados por tocar cualquier trozo de carne que pueda calentarles el catre. No paramos de trabajar, de ir de un lado para otro como si fuésemos dos pelotas bateadas con fuerza. —Hizo como si bateara realmente—. Y, allá va, la va a sacar del estadio, señoras y señores. DiMaggio la lanza a las nubes.

Se llevó las manos a la cabeza negando levemente. Mientras, ella, sentada en la cama, aún con el albornoz puesto, reía divertida.

—Vamos, Joe. Tú querías hacer esto.

—No, no. Una cosa es que el contrato fuera para pensárselo y otra muy distinta es que yo imaginara mi lun…

—Qué más da. Tenemos toda la vida para viajar juntos —lo interrumpió ella—. Y fíjate en esta gente, Joe. Es tan amable, parece que siempre están felices. Y el país es tan diferente a todo lo que conocía… ¿No te parece encantador?

—Tanto como una picadura de serpiente en la lengua. Sí, señora.

Se dejó caer en la cama con los brazos extendidos en cruz. «Lo que tú digas, rubia», le repetía una vocecilla en su cabeza. «Lo que tú digas».

Ella se sentó a horcajadas sobre él, le rozó la punta de la nariz con su dedo índice y sonrió de la única forma en la que él dejaba de razonar. Se incorporó y la abrazó con fuerza, dejando que sus labios se unieran en busca de consuelo.

—Señor DiMaggio —soltó de pronto ella con voz chillona—, quite sus manos de ahí. ¿Qué pensaría mi marido si lo viera?

—Seguro que estaría completamente de acuerdo.

La tumbó en la cama con la brusquedad del deseo y se echó sobre ella.

La magia se rompió cuando unos nudillos golpearon la puerta de la habitación y una voz con el acento menos norteamericano que hubieran podido escuchar nunca preguntó:

—Señor, ¿está usted listo?

Marilyn se encogió de hombros y se zafó del cuerpo de DiMaggio. Abrió y allí se encontró a un joven de rasgos asiáticos y traje occidental. Japón resultaba de lo más excitante a la vez que de lo más predecible. Un país orgulloso que pretendía imitar a los norteamericanos. ¿No era lo normal en todo el mundo?

—¿Podría esperar diez minutos? No tardo más en arreglarme.

—Por supuesto, señorita.

—¡Señora!, —corrigió una voz enfadada desde el fondo de la habitación.

Marilyn le guiñó un ojo y el joven se encendió como si fuera un fósforo en mitad del gran incendio de Roma. Hizo una leve reverencia y dio un paso atrás.

La puerta se cerró bruscamente, empujada por la gran mano del jugador, del ídolo del deporte, del héroe. La misma mano que agarró el brazo de Marilyn con tanta fuerza que ella no pudo reprimir un grito de dolor.

—¿Era necesario que abrieras desnuda?

—Vamos, Joe, llevo un albornoz tan tupido que sería imposible imaginar siquiera que hay un cuerpo debajo.

La presión no cedió y el brazo comenzó a latir como si tuviera vida propia.

—Suéltame, Joe. Llegaremos tarde. Todo esto lo hacen por el gran Joe DiMaggio, yo solo soy tu esposa.

—Pues compórtate como tal.

La soltó y ella se encerró en el cuarto de baño para terminar de vestirse.

Tardó menos de diez minutos en arreglarse (justo el tiempo que tardó en convencerse de que aquellas lágrimas no debían brotar), menos de lo que jamás habría apostado que podía tardar, porque no quería enfadar más a su marido. Sabía cómo se las gastaba cuando perdía los nervios y no quería darle motivos. Era un buen hombre, pero no era, exactamente, una flor de loto, sino más bien una espinosa corona. Podía hacerla sentir querida, deseada, no como otros la deseaban, sino con la ternura del amor; también podía conseguir que el miedo la atravesara tan solo con una mirada. Pero, sobre todo, la hacía sentir necesaria. Eso compensaba aquellos ataques de celos donde el italiano devoraba a cualquier otro ser que pudiese coexistir en aquel cuerpo.

Salió del baño con la mirada baja y una marca roja alrededor de su bíceps.

—Marilyn…

—Vámonos, Joe, no hay que hacerlos esperar más —dijo, intentando esquivarlo sin suerte.

—Perdona, de verdad. Ya sabes que no me gusta que ningún hombre te mire.

—Por el amor de Dios, Joe, hablas como si ese chico me hubiera hecho el amor sobre el felpudo. Ni siquiera desvió su mirada de mis ojos.

—Eso es lo que crees porque no tienes maldad.

—Tampoco soy idiota.

El tono iba aumentando. Marilyn, sin ser consciente, dio un paso atrás, queriendo poner un poco de distancia entre los dos.

—Me doy cuenta de cómo sois los hombres. Sí, te incluyo a ti, señor DiMaggio.

Él avanzó hacia su mujer, apretando fuertemente los puños.

De nuevo, unos golpes en la puerta le advirtieron de que no estaban solos, de que los esperaban. DiMaggio fulminó a su mujer con la mirada, pero relajó la tensión de sus brazos.

—Hablaremos luego —aseguró, cogiéndola ahora suavemente del mismo brazo que momentos antes se quejaba con la sangre agolpándose donde los dedos lo aprisionaban.

—No, lo acabaremos ahora o no volveré esta noche contigo a la habitación. O das este tema por zanjado o no dormiré contigo, Joe DiMaggio.

Él sabía que lo haría. Sabía que aquella mujer pequeña, rubia, llena de temores y heridas, tenía determinación suficiente para plantarle cara, aunque eso le costara caro.

—De acuerdo. Dejémoslo estar. Y, ahora, si no te importa, será mejor que nos pongamos en marcha.

Ella asintió, cogió el bolso de mano y dio unos pasos hasta llegar a la puerta.

—Marilyn —la llamó DiMaggio—, ponte esto. —Le tendió una camisa de seda que habían comprado en Kioto dos días antes—. Tu brazo…

Ella lo miró y vio que se le estaba formando un pequeño morado en forma de serpiente que se mordía la cola. Un círculo perfecto que

debía recordarle que tenía dueño. El círculo que la encerraba en un amor que no iba a dejarla ir nunca; que la querría más allá de la muerte, más allá de Hollywood y su *glamour*. Y, sobre todo, más allá de lo que ella deseaba ser amada.

La gira que DiMaggio había firmado por Japón, inaugurando la liga nipona, estaba llegando a su fin y, con ella, la luna de miel de la pareja. Posaban felices allá donde iban. En el fondo, lo eran. Estaban recién casados, eran jóvenes, estrellas mundiales y guapos. ¿Qué más podían pedir?

Tenían ganas de regresar a casa, era cierto, pero también lo era que Marilyn estaba disfrutando cada segundo en aquel país que se parecía a su amada Norteamérica en bien poco. El país de las oportunidades, donde una chica venida de la nada podía seguir viviendo en esa nada pero, eso sí, rodeada de lujos. El país donde la soledad se convertía en una pesada sombra que te acompañaba a cada garito, la bebías a cada sorbo. Pero ella ahora era Marilyn Monroe, la estrella con más proyección en el firmamento cinematográfico, la novia de América, la mujer más *sexy*, el animal más sensual, la diosa de lo eterno y lo superficial. No quedaba nada de Norma Jeane, había sido fagocitada. A veces, incluso, tenía la sensación de no haberla conocido nunca.

En el fondo, estar lejos de Estados Unidos le daba cierta paz que no había sentido en mucho tiempo. Solo recordaba esa sensación cuando Gladys podía volver a casa y la abrazaba. En las pocas ocasiones que regresaba con la realidad instalada en su cerebro. Una realidad que duraba apenas dos, tres días. Entonces también recordaba sus ojos hueros, su lento caminar muerto, sin rumbo.

A veces miraba cómo dormía DiMaggio y se sentía afortunada porque aquel grandullón se hubiera apiadado del ser diminuto que era ella y la hubiese querido llevar a su nido para protegerla. A veces, lo miraba con dolor; otras, con deseo. Casi siempre con admiración. No había conocido nunca a nadie que pudiera dormir tan feliz sin la ayuda de los barbitúricos.

Esa mañana lo observaba dormir como quien observa algo deseado y temido a la vez. Con el brazo formando ángulo recto, la cabeza apoyada en la mano y con aquella sonrisa satisfecha del cazador que sabe que se ha cobrado la mejor pieza.

Abrió los ojos y la sorprendió en aquella postura.

—¿Qué haces?, —preguntó somnoliento.

—Te observo.

—¿Y qué ves?

—A un gigante.

—No me ofendas, rubia, verás a un *yankee* —dijo, dándole un ligero toque cariñoso en la nariz.

La abrazó y ella se acomodó en su pecho.

—Me gustaría no tener que volver jamás, Joe.

—No sé si podría acostumbrarme a comer pescado crudo a todas horas, si te soy sincero. Echo de menos la pasta de mamá DiMaggio.

Rieron de la manera en que ríen quienes no tienen ningún tipo de preocupación. Ella era una niña. La niña que no le habían dejado ser, la adolescente precoz que peleaba por recibir la corona que la proclamaba reina de la fiesta. Eran dos adolescentes de luna de miel. Nada podía perturbar su paz.

Al día siguiente salieron hacia el aeropuerto de Tokio muy temprano. Sus nuevas vidas tendrían que esperarlos aún al otro lado del mundo. Su casa, sin estrenar, les gritaba que volvieran; querían ser como todos los matrimonios (él quería que fueran como todos los matrimonios), pero la vida es caprichosa. Y, sin ser demasiado consciente, ella no tenía ninguna prisa en encerrarse en una jaula de oro.

Dejaron el hotel con una sonrisa realmente sincera y con las ganas de volver y de no hacerlo, de perpetuar para siempre aquel sueño que Marilyn temía que se desvaneciera en el aire como si jamás hubiera existido. Siempre tenía miedo de que la realidad le robara los sueños. Y siempre supo que soñar era peligroso porque, a veces, se volvía real y quedabas atrapada entre dos paredes que no cedían.

Marilyn, veintisiete años, tomó la invitación como un deber para con tantos hombres alistados que, durante los últimos tiempos, habían inundado con cartas los estudios de filmación solicitando papeles protagonistas para la bomba sexual.

Marilyn salió de la cama, abrazó a DiMaggio, le dio un largo beso en el cuello y soltó la toalla que la envolvía de cintura para abajo.

—Ahora, señor DiMaggio, usted y yo viajaremos a Corea para animar a nuestras tropas. —Deslizó sus labios hasta el pecho de su marido y lo mordió tiernamente—. Yo cantaré algunas canciones, tú conocerás un país nuevo. Alargaremos nuestra luna de miel. —Lamió su abdomen aún musculado—. A mí me parece una bonita forma de acabar lo que empezamos.

La agarró por los hombros, hizo que se levantara y la miró a los ojos.

—Sabes cuánto te amo, ¿verdad, Marilyn?

—Lo sé —respondió entre asustada y excitada.

—Dímelo.

—Me amas más que a nada en el mundo.

La tomó en sus brazos y volvió a besarla, esta vez como si el mundo fuese a acabarse en dos minutos. Dio un paso (que habrían sido tres para ella) y la dejó caer en la cama con cierta brutalidad que a Marilyn le encantaba. Al tocar el colchón con su pequeño cuerpo volvió a reír como lo había hecho tan solo un momento antes, cuando Eisenhower no existía, cuando se escondía en el pecho de su marido, cuando estaban a punto de regresar a casa y ella no quería. Sabía que su casa no era Hollywood. Si alguien le hubiese preguntado, no habría sabido qué responder. Tal vez, que nunca tuvo casa, que estaba de acogida también ahora. Que sabía que, tarde o temprano, la devolverían a la soledad a la que pertenecía.

—No creo que sepas cuánto te amo, rubia.

Ella se llevó el índice de la mano izquierda a la boca. Sus dientes apresaron tímidamente la primera falange mientras observaba el cuerpo perfecto de DiMaggio. Golpeó suavemente el colchón con la mano derecha, invitándolo a hacerle compañía.

—No, definitivamente no sabes cuánto te amo porque jamás te han amado así.

Una punzada de dolor hirió el corazón de Marilyn, que sabía que aquello era cierto. No podía comparar el amor de su marido con ningún otro porque nunca la habían amado. Se sentía responsable, pero no quería pensarlo. Insistió en su llamada para que la acompañara. DiMaggio se tumbó a su lado y le dio un larguísimo beso mientras la estrechaba contra su cuerpo desnudo.

Ya no eran un hombre y una mujer tumbados en la cama

momentos antes de hacer el amor. Eran dos pieles que buscaban cobijo, que no querían sentir la frialdad del mundo, que se refugiaban de todo lo que les rodeaba tan solo en el sudor de sus cuerpos. Al día siguiente, un helicóptero los llevaría al frío intenso de Corea para que ella «levantara la moral de las tropas aún desplegadas». Cien mil almas que llevaban demasiado tiempo sin ver a una mujer, pero deseándola. Deseaban a cualquier ser humano que vistiera faldas; deseaban vaciarse sobre, dentro, bajo, en… ellas. No veían a las mujeres como un elemento importante en un conflicto armado. Más bien consideraban que todas eran, en sí mismas, un conflicto.

Si había alguien en el mundo capaz de hacerlos sentir mejor, era ella, que jamás se había sentido bien consigo misma.

Luego se dejó llevar por los besos y las manos de DiMaggio, y el mundo desapareció bajo el deseo.

Marilyn y Joe DiMaggio (II)

—¿Diría usted que Joe DiMaggio fue el hombre que más la amó?

—Sin duda. Joe me amó como nadie nunca lo hizo.

—Pero no negará que intentó cambiarla.

—En fin, imagino que cada uno de nosotros tiene su forma de manipular al que tiene enfrente para conseguir lo que quiere, ¿no cree?

—No lo sé.

—¿Me va a decir que usted jamás le ha dicho a una mujer lo que ella quería oír tan solo para llevársela a la cama?

—No creo que sea lo mismo.

—La manipulación, querido, es manipulación, tenga el fin que tenga y la realice quien la realice. ¿Cree que es usted mejor que Joe?

—Centrémonos en su luna de miel. Japón fue muy intenso: los dos viajando por un país que no es pequeño. Digamos que no hablamos de Francia. Japón es un país muy diferente a lo que usted está acostumbrada.

—Parece saber mucho de mis costumbres y yo no lo tengo por algo tan cierto.

—Quiero decir que fueron muchos kilómetros y muchos compromisos para una pareja de recién casados.

—Bueno, los compromisos llegan sin pedir permiso. No pasa nada si puedes sobrellevarlo. Yo lo hago, los sobrellevo. Siempre lo he hecho. La vida no es sino una suma de compromisos y una resta de momentos tuyos. Usted plantea la vida como si fuera algo que puede construirse como un puzle. Cada pieza tiene una correlativa con la que encaja perfectamente. Piensa: «Esta pareja podría haberse ido a Honolulú y pasar los días haciendo el amor». Le diré que pasamos los días haciendo exactamente eso. ¿Qué importaba si estábamos en Japón o en Hawái? ¿Qué importancia tiene eso?

—El cansancio.

—Una no se cansa de volver a la cama con el hombre al que ama. ¿Se cansa usted de volver a su cama con la señorita que lo espera?

—No, pero mi vida es más pausada.

—Perdone que discrepe. Usted se dedica a contar trapos sucios, a especular… Lo odia tanta gente como lo adora otra tanta. Eso es agotador. Lo sé por experiencia. Hicimos muchas cosas en Japón. Pero éramos jóvenes, teníamos ganas y fuerzas, y creíamos, de verdad, que el amor duraría para siempre.

»Imagino que en eso consiste, ¿no?, en creer que la eternidad se extiende en los límites del tiempo, que puedes dilatar los días, las horas, los minutos, para que todo cuadre.

»Imagino que en eso consiste ser joven, en creer que todo es eterno. Incluso uno mismo. Luego, llega la realidad.

CAPÍTULO 12
JOE DIMAGGIO (II)
COREA, *MON AMOUR*

El 8 de febrero Marilyn recibió su ID Card del Departamento de Defensa con su rol de combate de USO Entertainter, número de serie 129 278. Apenas había tiempo para ensayar; se limitó a algo ligero, superfluo, breve, en el Hospital Militar de Osaka, en Japón. Interpretó canciones con el cabo del US Army, Albert Guastafeste, un pianista de Unionville, Long Island, y su grupo Anything Goes.

A DiMaggio no le hacían ninguna gracia esos ensayos, así que decidió escoltar a su mujer en todo momento. Guastafeste tenía veintiún años y quedó rendido a los pies de la Monroe por su humildad y ganas de trabajar. Por eso, su marido no se separaba de ella: sabía la atracción que producía su recién estrenada esposa en los hombres, incluso aunque no lo pretendiera.

Después del ensayo, Marilyn visitó el hospital en el que eran atendidos los soldados americanos heridos en acto de servicio. DiMaggio no podía creer que estuvieran pasando su luna de miel entre hombres uniformados, mutilados. Sí, él había aceptado una invitación de la liga nipona de béisbol, pero no era así como debía suceder todo lo demás. Se trataba de llegar, hacer dos o tres saques de honor y seguir con su viaje de novios. Al fin y al cabo, eran ellos los protagonistas. Él era la estrella, y Marilyn, sin siquiera habérselo propuesto, le había robado todo el protagonismo. No podía culparla, pero lo hacía.

En el hospital, todos los soldados querían verla, querían hablar con ella, querían conocer a la chica de las fotos. Marilyn le firmó un autógrafo al cabo Donald L. Wakehouse, de Iowa, exprisionero de guerra de los norcoreanos. Dicen que jamás se desprendió del trozo de papel garabateado. Al llegar a la altura del soldado Albert Evans, de Canton, Ohio, que se encontraba suspendido boca abajo después de romperse la espalda en un accidente de *jeep*, se tumbó en el suelo para poder hablar con él. Nadie supo qué decir. Sentía que era

lo menos que podía hacer por un chico al que habían mandado al otro lado del mundo para que ella pudiera seguir viviendo segura en Palm Springs.

DiMaggio se sintió profundamente humillado, apretó los puños y miró hacia otro lado. Si hubieran estado a solas, no habría hecho aquella payasada. Él no la habría dejado.

Cuando la comitiva se disponía a abandonar el hospital, DiMaggio hizo que se descolgara un poco del grupo que, por fin, parecía no darse cuenta de que Marilyn no estaba con los demás.

Le susurró al oído, apretando tanto los dientes que ella oyó un pequeño chasquido. Probablemente se había roto alguno. Le hizo la pregunta que no presagiaba un diálogo amable: «¿Qué demonios crees que estás haciendo?». Aquí Bette Davis ya sabría que debía darse la vuelta y salir de escena, aunque las manos de cualquier actor, que ganase más dinero que ella, la detuviera, la hiciera girar sobre sus tacones y le diese una sonora bofetada.

—Me haces daño —respondió ella, mirando a su marido con los ojos muy abiertos por el espanto.

—Te he hecho una pregunta.

—¿A qué te refieres?

—¿Tumbarte en el suelo? ¿De verdad? Ya no eres una niñita que juega a gustar a los hombres, Marilyn. Eres mi mujer.

Marilyn dio un tirón y consiguió zafarse de la garra que estaba consiguiendo pararle la sangre.

—No juego a nada, señor DiMaggio. ¿Cómo te gustaría que te tratasen si hubieras dado tu vida por tu país? Porque eso es lo que han hecho esos chicos que están ahí dentro. Uno no podrá caminar nunca más en su vida y, si tengo que tumbarme en el suelo para hacerlo feliz durante diez segundos, no te quepa la menor duda, ni ahora ni nunca, de que seguiré haciéndolo. Así que ve acostumbrándote, porque esto es lo que soy.

DiMaggio levantó la mano por encima de su cabeza. Marilyn se encogió pensando que el golpe no tardaría en llegar, pero el médico que había hecho las veces de anfitrión en aquella casa de los horrores los llamó:

—Señor DiMaggio, señorita Monroe, ¿serían tan amables de posar para una foto? No es habitual tener por aquí a dos leyendas.

Marilyn miró desafiante a DiMaggio, que se había recompuesto,

aunque la atravesaba con su mirada. Ambos volvieron junto al grupo, se pusieron cada uno en una esquina y posaron.

Ella sonreía, él no. Cada vez le costaba más hacerlo.

El 16 de febrero, después de recibir las vacunas contra el cólera y la fiebre amarilla, Monroe y el resto de la compañía del USO Tour partieron hacia Corea.

DiMaggio la acompañó a vacunarse y, cuando iba a tocarle a él, Marilyn bajó la mirada y dijo:

—Él no. Joe, a ti aún te quedan algunos compromisos en Japón y yo no me sentiría bien si los cancelaras por mi culpa. Es mejor que te quedes y cumplas tus contratos.

—Pero… —balbuceó DiMaggio, al que la sola idea de perderla de vista siquiera dos minutos lo ponía enfermo.

Marilyn, con la cabeza aún gacha, salió a respirar un poco de aire. Necesitaba sentir el viento en la cara, como cuando iba con De Dienes a la playa a que le tomase fotografías o leer poemas. Comenzaba a pensar que había elegido mal. Empezaba a tener la certeza de que su vida no sería más que la suma de muchas malas decisiones.

DiMaggio salió pocos segundos después de ella, se caló el sombrero y comenzó a andar a paso rápido. Observó cómo se alejaba. Su espalda fuerte, su andar decidido. Definitivamente, se había casado con un hombre muy atractivo, un deportista deseado, pero también con un niño que no comprendía que ella no conocía más verdad que la de la retención y la contención para que otros no se sintieran mal con ellos mismos. Que no soportaba más la idea de que tuvieran que controlarla para estar seguros de su compromiso. No podía más. Quería gritar, pero no iba a hacerlo. Lo amaba. A pesar de todo, lo amaba como solo se ama aquello que nos daña. Y de eso ella sabía más que nadie.

Al llegar a Seúl, el primer hombre al que conoció fue a Ted Sherman, miembro de la US Navy, veterano de la Segunda Guerra Mundial y, ahora, de la guerra de Corea. Pero fue el teniente George H. Waple III a quien le tocó la difícil tarea de escoltar a Marilyn durante su gira.

No sabía cómo afrontar aquello. Estaba preparado para resolver emboscadas; para enfrentarse al enemigo más despiadado; para

sobrevivir en las condiciones más extremas. Pero ¿quién demonios puede asegurar el bien más preciado, la belleza más impresionante, o el diamante más deseado, ante una jauría de hombres que hacía meses que no disfrutaba siquiera de una tableta de chocolate?

Cuando bajó del helicóptero y Sherman fue a presentarle sus respetos y a todos los que la acompañarían durante su estancia, Waple ya sabía que esos días sería el responsable de mantener fuera del alcance del hambriento la comida. El campamento estaba lleno de fotos suyas. Los chicos gritaban su nombre sin haber llegado a ver ninguna película de las que había rodado. Y ahora que la tenía delante, ahora que el mito se había convertido en carne y hueso, era consciente de que aquella euforia no le hacía justicia en lo más mínimo. La belleza de aquella mujer estaba más allá de su físico que, siendo espectacular, no conseguía reflejar lo que su presencia significaba.

Aquel mes de febrero, en Corea hacía un frío del demonio. El mismísimo Belcebú había salido de su guarida de fuego para congelar aquel insignificante país, que tantos quebraderos de cabeza le estaba produciendo al gran Estados Unidos. Hasta el último rincón lleno de cascotes y sangre. Tiene el diablo formas muy diferentes de divertirse.

Definitivamente, habían cerrado cuatro días de estancia para Marilyn en aquellas tierras que nada tenían que ver con la magnificencia de Japón. Ella estaba exultante. Podía ayudar de una vez por todas. Por una vez, ella era la que iba a tender una mano a quienes la necesitaran.

Conocía perfectamente la sensación de abandono, había vivido lo que era que nadie se acordara de ti; que, de pronto, el mundo se te echara encima como si quisiera pedirte explicaciones que no podías darle porque no sabías qué decir. Corea significaba dar un paso al frente, no quedarse en la retaguardia, poner cuerpo a aquello en lo que creía. Sabía que los soldados lo iban a valorar, sobre todo, si el cuerpo en el que creías era el suyo.

La habían llamado y tenía que acudir. Era su deber por todo lo que la vida le había dado. Aunque prefería no preguntarse qué era, exactamente, lo que le había dado.

—Señorita Monroe —saludó meloso Sherman.

—Señora DiMaggio —corrigió Waple.

—Si no le importa, señor, preferiría elegir yo cómo quiero que me llamen —reprochó con jovialidad al soldado.

—Teniente George H. Waple III, señora —dijo con solemnidad el hombre.

—Si no le importa, George, déjeme ser solo Marilyn Monroe estos días.

—Por supuesto, señora, como usted guste.

—Le presento al teniente, señora Monroe —intervino de nuevo Sherman—. Él será su guardaespaldas durante estos días.

Ella rio abiertamente sin dejar de mirar al pobre Waple, que no tenía claro si hacer lo propio o abrir un agujero en aquel suelo helado y enterrarse vivo.

—Jamás pensé que necesitaría un guardaespaldas y, mucho menos, uno que perteneciese al ejército de los Estados Unidos. Espero que no le moleste si lo considero un amigo que me acompaña en este viaje. Me incomoda pensar que necesito a alguien que guarde mi espalda. O cuida de todo mi cuerpo, o nos comportamos como iguales que pasean por un país que les es ajeno.

—No me importa, señora. Yo también lo prefiero. Pero, por favor, piense que estoy aquí para mantenerla a salvo. Haga lo que yo le diga y no contravenga mis órdenes. Si hace eso, no tendrá ningún problema y yo me ahorraré tener que guardarle nada.

—Oh, vamos, George, estamos junto a nuestros muchachos y ya hemos quedado en que somos viejos amigos paseando por lugares que no conocen…

—No, señora. Lo que usted no entiende es que se mueve entre una jauría de lobos que hace tiempo que no ven a una hembra y que estaría usted más segura en una trinchera en medio de fuego cruzado.

—Me ha convencido. ¿Qué piensa usted, Sherman?

—Creo que el teniente tiene toda la razón, señora Monroe.

—Llámenme Marilyn. Y, dígame, Sherman, ¿pertenece usted al grupo de chicos de nuestro país al que vengo a visitar o a la jauría?

—Soy un soldado, pero también un hombre, y hace mucho que no veo a una mujer. Mucho menos, tan hermosa como usted.

Marilyn volvió a soltar una carcajada sincera. Observó a los dos hombres y asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Entonces, permita que le vea más como una

posible amenaza.

—Hace usted bien. No se fíe ni siquiera de mí.

El enfrentamiento con Corea había terminado oficialmente unos meses antes de la llegada de Monroe a Japón. Tras tres años de conflicto armado y ciento sesenta y nueve mil bajas norteamericanas, cientos de miles de efectivos seguían en Corea del Sur en previsión de posibles ataques de los del Norte. Sabía que no podría visitarlos a todos, pero vería a tantos como fuera posible. Estaba dispuesta. Aquella soledad que sentía incluso estando acompañada le permitía comprender perfectamente cuál debía de ser el estado de ánimo de aquellos chicos. No iba a dejarlos en la estacada, no iba a abandonarlos.

No existían las personas invisibles. Al menos, no para ella, que lo había sido durante tanto tiempo para todos. Necesitaba que supieran que no estaban solos, que alguien se preocupaba por ellos, aunque fuera durante unos días, aunque fuera de una manera tan estúpida como la que ella iba a ejercer: cantar, bailar, pasar apenas unas horas en su compañía… Recordó las palabras de alguien que una vez le dijo: «No das cariño porque seas buena persona, que también, sino porque necesitas que te devuelvan ese cariño». Quería pensar que sí lo era, era buena persona. Lo era porque la vida le había puesto por delante a tantas malas que había decidido no parecerse a ninguna de ellas. Pero también tenía la certeza de que necesitaba que le devolvieran un poco del cariño que daba. No, no era un negocio, ni un trato, ni una promesa, solo el deseo de una niña asustada que se escondía detrás de sus costillas. Aquella niña que casi había muerto quemada por su madre, aquella niña que había sentido unas manos grandes y desagradablemente calientes en su pequeño cuerpo.

No quería recordar nada de aquello porque ahora era otra; porque la vida había comenzado a sonreírle y prefería no quedarse anclada en el dolor. Las anclas solo servían para lastrar e impedir el movimiento. Ella era un trasatlántico a punto de romper las olas más grandes para llegar a buen puerto.

La primera parada era Seúl. Por eso Sherman pudo saludarla el primero, porque, cuando se enteró de que la Monroe iba a actuar allí, se inventó la avería en el avión de transporte naval R4D y pudo demorar un día el regreso a Japón. De esta manera pudo ver a

Marilyn cantando *Diamonds Are A Best Friend*
Girl's
. Después, Sherman desapareció durante los cuatro días hasta que la Monroe necesitó de nuevo transporte para regresar a Tokio.

Después de Seúl, Marilyn voló en un Sikorsky H-19C Chickasaw del Ejército hacia la base de la Primera División de Infantería de Marina, ubicada en las montañas. El frío comenzaba a acentuarse a medida que iban aumentando la altitud.

Cuando estaban sobre la base, observó a cientos de marines saludando y gritando.

—¿Puede volar más bajo?, —le preguntó al piloto.

—¿Para qué?, —intervino el teniente Waple, temiéndose lo peor.

—Me gustaría saludarlos.

—¿Cómo?, —preguntó uno de los soldados que los acompañaban.

—Agárrenme por los pies —ordenó mientras se tumbaba en el suelo del helicóptero.

El piloto no daba crédito. No sabía qué hacer, pero al ver que ella reptaba hacia el exterior y asomaba la cabeza, Waple y los tres soldados que los acompañaban se lanzaron al suelo para agarrarla por los tobillos y que no se precipitara al vacío.

—Haga lo que le ha dicho —ordenó Waple al piloto mientras se esforzaban porque ella no cayera de un helicóptero del Ejército de los Estados Unidos, sobre una jauría que no hubiese dudado en devorarla de haberla tenido más cerca. Nadie los crucificaría por perder una guerra, pero Waple no quería imaginar lo que sería perder a la Monroe.

A través de la puerta de carga, se inclinó hacia fuera, lanzando besos a los marines, que se volvieron locos. Casi ninguno de ellos la conocía como actriz; pero conservaban las fotos que publicaban las revistas, sobre todo las de *Star and Stripes.*

La multitud rugía bajo su cabeza, pero no tenía ningún miedo. Sabía cómo domar a las fieras más temibles. Se había abierto camino en un Hollywood que se empeñaba en convertirla una y otra vez en un trozo de carne sin sentimientos. Y, ahora, miles de hombres habían depositado sus esperanzas (solo la de las próximas veinticuatro horas) en ella. Después volverían a lo de siempre: la desesperanza.

Ese era su triunfo, haberle ganado la partida a la soledad.

Bajó del helicóptero vestida con prendas militares, pantalón verde y chaqueta de vuelo
B-15
de color azul. Era lo más cómodo y lo que impidió que se congelara en su malabarismo para saludar a las tropas. Dos soldados sacaron del helicóptero una pesada maleta. Lo que ellos no sabían era que la mujer que tenían delante en ese momento, asustada y a la vez entusiasmada, eran los rescoldos que quedaban de Norma Jeane. Más tarde, la que se subiría al escenario ya sería Marilyn.

Saludó tímidamente, manteniendo la distancia que le marcaba el teniente Waple, y se refugió en la tienda que le habían asignado. Se frotó las manos con fuerza para ver si el calor se extendía por ella. Pero no hubo manera. Mientras permanecía sentada en una caja de granadas de mano, mirando el verde de la tienda de campaña, oyó un ratón escarbando la tierra para entrar en la nevera. Se puso en pie y miró hacia el lugar del que procedía el ruido.

De pronto apareció un hombre manchado de barro que se había convertido en un topo para llegar hasta ella. Dio un pequeño grito, llevándose la mano a la boca.

Aquel ratón humano intentó tranquilizarla con los argumentos de siempre: «Solo quería verla de cerca», «soy inofensivo (como si el demonio fuera por ahí diciendo que lo es)», «huele usted muy bien»… Las frases de un acosador que no sabes si quiere amedrentarte aún más o tranquilizarte de verdad.

—Déjeme que le cuente algo y me iré.

Marilyn miró a la ranura de la tienda que hacía de puerta.

—Puede gritar usted. Tardarán cinco segundos en entrar, reducirme y llevarme al calabozo. Cinco segundos en hacer todo eso. Yo le pido más, le pido un minuto de su valiosa existencia. Mire —dijo mostrando las palmas de la mano y sentándose en el suelo a metro y medio de ella.

Marilyn se tranquilizó, y le pidió que se explicara rápido.

—Mi novia me ha dejado, señorita Monroe. Estábamos a punto de casarnos cuando tuve que alistarme. Los dos juramos esperarnos. Incluso le hice un niño para que nadie quisiera separarla de mí. Pero hace dos meses recibí una carta en la que me decía que no

quería seguir esperándome, que le había buscado un padre a su hijo, como si yo no existiera, y que era mejor que no regresara.

Marilyn no podía dejar de mirar aquella mano izquierda que había perdido tres dedos. Él se dio cuenta de que ella lo miraba con pena.

—Esto —dijo mostrándole los muñones— es lo de menos. Lo que ha hecho que deje de quererme es seguir vivo aquí. Si hubiera muerto, aún me querría.

—¿Por qué me lo cuenta a mí?

—No lo sé —rompió a llorar.

Marilyn no se atrevía a acercarse. Había visto todas las estrategias que usa el zorro para acorralar a su víctima y aquella podía ser una más. Pero no podía evitar sentir pena. Él lloraba como si fuera un niño pequeño.

—La necesidad crea traidores y la vida los pule y perfecciona.

Él se arrastró por el suelo y se abrazó a los tobillos de la rubia. Ella dejó escapar un grito sin querer. Fue entonces cuando irrumpió el soldado que custodiaba la puerta, con el arma apuntando al hombre, y gritó:

—Suéltala. ¡Que la sueltes ahora mismo!

Marilyn bajó el arma del soldado con la punta de su índice.

—A este hombre no pueden hacerle daño las balas. —Volvió a su lado, le tendió la mano para ayudarlo a levantarse y cuando estuvieron frente a frente, le dijo—: La muerte llega sin pedir permiso. No te sientes a esperarla. Jódela.

Dos hombres más entraron en la tienda de campaña y encañonaron al soldado.

Le cogió las manos, lo miró a los ojos y le sonrió con toda la tristeza del universo.

Un rato después se subió al escenario con un vestido color ciruela, bajo el que no llevaba nada, y sandalias doradas de tacón alto. El telón improvisado para un más improvisado escenario de madera contrachapada era una cortina de arpillera. El hombre-topo, aquel ratón asustado, ya no estaba allí y la vida debía continuar.

La aguanieve caía suavemente sobre todos. Ella se puso delante del micrófono y cantó *Diamonds Are a Best Friend*
Girl’s
y *Gentlemen Prefer Blondes.* Pero cuando comenzó la melodía de

Do It Again, casi estalló un motín. Los hombres comenzaron a gritar, silbaron, lanzaron ropa al escenario… El coordinador del USO Tour, llamó a Marilyn desde un lateral:

—Diga «kiss me again» —sugirió.

—¿Cómo?, —gritó Marilyn, que no conseguía oírlo ante el griterío de las tropas.

—¡No se le ocurra decir «Do it again»! «Kiss me», debe decir «kiss me again». ¿Lo ha entendido?

Marilyn miró de reojo a los cada vez más enfervorecidos soldados e hizo un leve gesto de asentimiento. Sin duda, era lo más sensato.

Después de aquella actuación, llegó la de Bulldozer Bowl, el escenario de la USO en el valle de Cheorwon, para la segunda división de Infantería del US Army y el Granadier Palace. Allí, los soldados heridos se sentaron en primera fila y se acurrucaron en mantas azules mientras ella desafiaba las frías temperaturas con su vestido de verano.

En principio salió vestida con una gruesa parca militar. Sabía que aquellas temperaturas estaban pasando factura a su salud. Comenzó a cantar, observando a todos y cada uno de los soldados que se agrupaban allí. Algunos habían caminado kilómetros desde otras bases para verla.

De pronto, dejó de cantar y se dirigió a las tropas que tiritaban mientras disfrutaban de su espectáculo.

—Esto no es lo que habéis venido a ver.

Se quitó la parca y dejó al descubierto un vestido de cóctel morado. Ese día hacía más frío que nunca, pero todos los soldados comenzaron a aplaudir, a vitorear, a gritar su nombre como si hubiera conquistado ella sola toda Asia.

Después del concierto posó para todos los que habían abarrotado el escenario. Uno de los soldados intentaba, con pulso tembloroso, inmortalizar aquel instante, pero no conseguía enfocar, ni siquiera conseguía ver.

—Cariño, olvidaste sacártela —dijo Marilyn sonriendo, mientras retiraba la tapa del objetivo.

Más tarde, en el comedor de la división, vio el calendario con sus fotos. Los soldados se miraron entre sí. La idea era que aquello hubiera desaparecido antes de que ella entrara. El teniente se quedó

de piedra e hizo llamar al personal del comedor. Pero antes de que pudiera decir nada, de que pudiera reprenderle por la torpeza, ella dijo:

—Estoy muy contenta de tener mi foto colgada en un lugar de honor.

El oficial del comedor se disculpó unas cien veces con ella y con el teniente. Les juró y perjuró que no sabía por qué seguía aquel calendario allí. No podía explicarse qué había pasado. No sabía de quién era la negligencia o la genial idea.

Ella intentó quitarle hierro al asunto. La foto de una mujer no podía ser un drama. La foto de cualquier persona no podía serlo.

—Estoy convencida de que estos hombres se han enfrentado a cosas peores que a mi desnudo.

—No crea —reconvino el teniente—. Usted no sabe lo que son miles de hombres con el deseo reprimido.

—Bueno, no creerá que rezan cuando se van al catre, ¿verdad?, —respondió ella, divertida—. Estoy convencida de que piensan más en mí que en la Virgen.

El teniente se sintió contrariado. Era un hombre religioso y la comparación no le hizo ninguna gracia. Pero le resultaba imposible enfadarse con ella.

La última actuación fue la más sorprendente. Llevaba ya tres días en Corea y había dado cinco espectáculos, así que se sentía extenuada por el cansancio y el frío, pero quería hacerlo. No podía dejar a los muchachos con la miel en los labios.

Las tropas, apiñadas una vez más, se extendían una milla a lo largo. Ella iba con retraso, así que el público amenazó con comenzar una nueva guerra si Marilyn no salía de inmediato.

Para que todos pudieran verla mejor y que ella tuviera también mejor visibilidad, la subieron a un tanque

M-47.

Cantó, firmó autógrafos («Amor y besos, Marilyn Monroe»), se hizo fotos de una manera incansable con todos los que se la pidieron…

Después de aquel espectáculo para la 45 División de Infantería «Thunderbird», aguantó media hora sobre el escenario lanzando besos. Media hora, que fue lo que duraron los aplausos de los soldados. Era su primera experiencia con público en vivo y era la mejor. De pronto, la vida la asaltó, la empujó con fuerza hacia

arriba. Estaba feliz. Se sentía parte del mundo por primera vez en su vida y con algo importante que debía hacer e hizo. Cuando acabaron los aplausos, gritó:

—Nunca olvidaré mi luna de miel con la 45 División. Vengan a verme a San Francisco.

Al bajar del escenario, el teniente Waple la esperaba para llevarla al helicóptero que la trasladaría de vuelta a su auténtica luna de miel.

—Espero de verdad, señora Monroe…

—Marilyn —lo interrumpió con una sonrisa infantil dibujada en su rostro.

—Espero, Marilyn, que haya estado bien entre nosotros.

—No, teniente Waple, ha sido mucho más que eso. —Tosió. El frío se le había clavado en los pulmones como pequeños trozos de cristal—. Me han tratado como si yo fuera uno de ustedes. No sé cómo podré pagarles esto.

—Más bien somos nosotros los que estamos en deuda. Antes de su llegada, los chicos estaban tocando fondo. Cuando sabes que vas a entrar en batalla, la adrenalina se dispara y todo el tiempo es poco. Pero, cuando no sabes qué va a pasar dentro de un minuto, cuando ni siquiera entiendes por qué tu país no te hace regresar con los tuyos, es fácil que la cabeza se te llene de malas ideas.

El todoterreno iba a una velocidad media, pero Marilyn notaba que las bajas temperaturas ya le habían perforado el esternón y las costillas. Tosió con violencia.

—Cuando llegue a Japón, hágase mirar eso —dijo Waple sin quitarle ojo de encima. Sabía que tenía fiebre, la delataban sus ojos cansados y el color rosado de sus mejillas a pesar del frío.

—Lo haré —aseguró ella.

Sherman ya la esperaba con el helicóptero preparado para devolverla a Japón, donde un furibundo DiMaggio contaba los minutos para reencontrarse con ella. Las lágrimas corrieron por sus mejillas sin que Marilyn acabara de entender por qué lloraba. Iba a encontrarse con su recién estrenado marido para continuar la vida que siempre había soñado. Sin embargo, era cierto: estaba llorando.

—¿Está usted bien, señora Monroe?, —preguntó Sherman mientras despegaba.

—No lo sé, señor Sherman. Creo que llevo un trozo de todos

esos chicos en los zapatos.

—Pues tenga cuidado, son demasiados para un helicóptero como este.

Marilyn sonrió cansada y se arrebujó en su parca. Cerró los ojos para intentar descansar un rato mientras el helicóptero sobrevolaba a todas aquellas almas que no sabían qué debían esperar del tiempo, de su país, o de la gente que, antes de irse, los quería.

Marilyn y Corea

—¿Fue feliz en Corea?

—No lo sé… Sí, lo fui. Pero no era una felicidad total, no podía serlo. Había tantos hombres allí. Algunos solo eran chicos que se sentían perdidos. Necesitaban a una madre.

—¿Y cree que fue usted esa madre?

—No creo que ellos me vieran como a una madre, si le soy sincera. Había diecisiete mil soldados frente a mí gritando a todo pulmón. Me quedé allí, sonriéndoles. Había empezado a nevar, pero me sentía cálida, como si estuviera de pie bajo el sol brillante. Siempre me han asustado las audiencias grandes, pero de pie en la nevada, frente a esos soldados gritando, no sentí miedo por primera vez. Solo me sentí feliz. Me sentí como en casa. Supongo que eso es lo que siempre he querido. ¿Una madre…? No, más bien ellos fueron mi hogar.

—Es muy duro lo que dice.

—Pruebe a no tener un hogar durante años y, luego, cuénteme qué es más duro. Yo me sentí como uno más en Corea. Fue maravilloso mirar hacia abajo y ver a todos esos muchachos jóvenes sonriéndome. Me hizo sentir querida.

—Pero casi le cuesta la vida.

—Una neumonía, sí, pero ¿qué culpa tenían ellos de que mi salud nunca haya sido demasiado generosa conmigo? Además, ¿sabe usted cuántas cosas han estado a punto de matarme? No le tengo miedo a la muerte, tarde o temprano, ha de llegar, lo que me aterra es el sufrimiento.

—Y usted ha sufrido mucho…

—Qué más da.

—¿Qué la llevó a ir a Corea realmente?

—La necesidad de ser útil a mi país, a los hombres que se dejan

la vida para que nosotros vivamos tranquilos en nuestras blancas casas, en nuestras ciudades ruidosas o en la tranquilidad del campo. Esos chicos estaban sucios, cansados, abatidos…

—¿Solo eso?

—¿Por qué no pregunta lo que quiere preguntar?

—De acuerdo, ¿no fue usted a Corea huyendo de DiMaggio?

—Oh… Joe era un hombre controlador, pero no merecía que yo lo dejara en la estacada durante nuestra luna de miel. No, no es cierto. Y, si lo fuera, no creo que se lo contara a usted (ríe).

—¿Qué es lo que más la impresionó de su estancia entre los marines?

—Ya se lo he dicho: la soledad. ¿Se ha sentido solo alguna vez?

—Supongo.

—Si su respuesta es esa, es que nunca se ha sentido solo de verdad. No hablo de la soledad de una ruptura, ni siquiera de la de un domingo de resaca en casa, hablo de no tener a quién llamar, de no tener a quién acudir, de saber que no le importas a nadie, que, si murieses, nadie lloraría por ti.

—Pero sus fans…

—Ellos sí. Por eso fui a Corea. Le aseguro que aquellos chicos me dieron más cariño, comprensión y respeto que muchos «allegados o amigos» durante esos años. Allí estaba en mis fotos, desnuda, con miles de hombres que hacía meses que no veían a una mujer. Ninguno me tocó, todos me trataron con respeto. Es más de lo que puedo decir de Los Ángeles.

—Pero imagino que ver su foto desnuda en aquel comedor sí debió de incomodarla.

—Lo que me incomodó fue que alguien sacara tanto dinero por ellas cuando me había pagado una miseria en un momento en el que ni siquiera tenía para comer (bebe un poco de agua). Ver aquel calendario allí me hizo sonreír. Me hizo pensar que se asían a mí como un resquicio de esperanza, como la promesa de que la vida seguiría cuando regresaran a casa. No me molesta mi cuerpo desnudo, ¿y a usted?

—¿El suyo?

—Claro. Imagino que el suyo no le disgustará.

—No crea. Prefiero el suyo (traga con dificultad).

—¿Lo hace sentir incómodo hablar de mi desnudez?

—No es habitual tener a la mujer más deseada del mundo…

(Ella se ríe abiertamente, dejando ver sus perfectos dientes de cirujano y unas pequeñas arrugas que se formaban en la comisura de los labios).

—Eso, querido, se pasará con el tiempo.

—¿Podemos volver a Corea?

—Ojalá nunca tengamos que volver allí.

—Pero si tuviera que volver…

—No lo dude ni por un momento. Esos muchachos dieron la vida y la salud para que usted y yo hoy estemos aquí hablando tonterías sobre mi cuerpo o sobre Joe DiMaggio (suspira). Pasado, querido, siempre pasado.

CAPÍTULO 13
JOE DIMAGGIO (III).
EL REGRESO A CASA

La casualidad quiso que se mudaran al 958 de North Palm Drive, en Beverly Hills, frente a la casa de Feldman, que se sentía más que dichoso de tener a Marilyn tan cerca. Él intuía que le daría más alegrías que cualquier otra mujer que pudiera conocer en toda su vida. DiMaggio no quería que nadie la mirase, que nadie se fijase en su mujer. Odiaba el modo en que los hombres se la comían con los ojos. Él era la cabeza de todos ellos y era consciente de lo que pensaban.

Los odiaba, sí, los odiaba por desear lo que era suyo, lo que había conseguido por méritos propios, lo que todo el mundo había obviado y él había visto con tanta claridad. Ahora se fijaban en ella; ahora que no estaba a su alcance porque Marilyn era suya y no estaba dispuesto a compartirla con nadie. A costa de lo que fuera. Marcaría a fuego su nombre en Marilyn, si hacía falta, para que el mundo entero supiera que tenía dueño, que habían perdido su oportunidad. Había pasado demasiado tiempo sola, pero ya no lo estaba.

La inseguridad del macho subía en la misma medida en que disminuía la de ella. Y nunca estuvo demasiado arriba.

La invitación de Feldman llegó en el mejor momento. Pronto comenzaría el rodaje de *La tentación vive arriba* y quería pasárselo bien, conocer a la gente de su mundo. Dios, aquella fiesta era magnífica. Vio llegar a Adrien, el famoso modista de la Metro; James Stewart hablaba con Mike Romanoff, ladrón de guante blanco que durante mucho tiempo se hizo pasar por príncipe. David Niven, Darryl Zanuck, Jack Warner, Gary Cooper, Humphrey Bogart con Lauren Bacall, Groucho Marx, Clark Gable… Y ella estaba allí, rodeada de todos, por todos. Era una más. Se movía como pez en el agua entre lo mejor del cine de ese momento.

Wilder no hacía más que hablar de la próxima grabación de la película que iba a protagonizar ella. Era como flotar en una atmósfera libre de gravedad y de recuerdos tortuosos que no hacían más que provocarle dolor. Wilder se había fijado en aquella actriz, huérfana de padre, loca de madre, asediada por apodos despreciables entre los hombres de Hollywood. Wilder, el maestro de la comedia, había visto en ella a una actriz y le daba un papel protagonista. El mismo director que antes había escrito su nombre en la historia del cine con películas como *La caída de los dioses, El gran carnaval, Sabrina*, o *Testigo de cargo*… Sí, el mismo que había elegido a Gloria Swanson, Jan Sterling, Audrey Hepburn, Marlene Dietrich… Él en persona la había elegido a ella.

Era un sueño. Al fin un sueño entre tanta pesadilla.

Todos querían hablar con Marilyn, todas querían hacerla desaparecer. Mientras, ella bebía y reía a partes iguales con cualquiera que se le acercara. Al fin formaba parte de Hollywood; Wilder no paraba de hablar de su proyecto, Zanuck y Warner la saludaron como si fuesen íntimos. Era ella, no DiMaggio, ni la mujer de DiMaggio. No. Ahora todos admiraban a Marilyn Monroe y se sentía poderosa.

DiMaggio no se separó de ella. No hablaba con nadie, se quedó a un metro de su mujer, con cara de pocos amigos y un vaso de Coca-Cola en la mano, mientras observaba minuciosamente cualquier movimiento de aquellos animales que se creían a salvo de un disparo certero. Algunos de los invitados se acercaban a él para estrecharle la mano. Seguía siendo una leyenda del deporte norteamericano. Pero, también, un hombre celoso de su intimidad, al que no le gustaba la fama y, mucho menos, que lo saludaran como si fueran amigos de toda la vida. No conocía a nadie allí, así que prefería que lo dejaran en paz.

Cuando parecía que todos los invitados habían llegado, apareció una pareja nueva: JFK y Jackie Kennedy. No le gustaban. Eran irlandeses. DiMaggio los consideraba infames, sucios inmigrantes que habían llegado a corromper su país. Y los irlandeses, todo el mundo lo sabía, no eran más que mafiosos. Él era italiano, del país que había sido cuna de la cultura occidental. El hecho de que algunos compatriotas se dedicaran al contrabando o a negocios no

del todo lícitos no era más que una casualidad, un infortunio del destino que los había arrastrado al abismo y a la necesidad.

Además, había una diferencia básica: los irlandeses habrían vendido a sus madres por un puñado de dólares; mientras que los italianos sabían que la Virgen era mujer y que, por tanto, todas las mujeres merecían el respeto filial. No necesariamente el marital, pero el filial estaba fuera de toda duda.

Feldman se percató de las miradas que Kennedy le dedicaba a la rubia. También de que esta le sonreía como si nada. Jackie tomó una copa de champán de la bandeja de plata que se paseaba por el salón, donde todos parecían tener algo que decir. Feldman se acercó a ella y la llevó a un rincón para hablar con tranquilidad. También, por qué no decirlo, para que Kennedy pudiera encontrarse con Marilyn. Sinatra se dio cuenta del movimiento y se acercó a DiMaggio. Entre italianos habrían de entenderse, estaba convencido y, al fin y al cabo, su lealtad estaba con Kennedy.

Aquello se parecía más a una partida de ajedrez que a una fiesta. Cada pieza era importante; cada movimiento, decisivo para el jaque a la reina.

—¡Joe DiMaggio!, —gritó Sinatra, mostrando dos vasos con *whisky*—. El italiano que todos queremos ser.

DiMaggio dio un respingo. Era como si aquella voz lo hubiera sacado de una ensoñación. Miró a Sinatra y los dos vasos, y dio un paso atrás. Tampoco le gustaba Sinatra, era justo el tipo de italiano que le daba mal nombre a sus compatriotas.

—No, gracias —dijo antes de que Ojos Azules pudiera decirle nada.

—Vamos, amigo, no le va a negar a otro italiano un brindis, ¿verdad?

DiMaggio miró a Marilyn, que observaba divertida la escena.

—Vamos, Joe, intenta relajarte y pasártelo bien —le dijo en tono de súplica.

—No bebo, ya lo sabes. Si tan aburrido te parezco, igual deberíamos… —Intentó protestar DiMaggio, al que Sinatra ya arrastraba lejos de ella.

—Tiene que contarme cómo consigue alguien cincuenta y seis juegos dando, por lo menos, un *hit*.

DiMaggio intentaba no perder a Marilyn de vista mientras

avanzaba cogido del brazo por Sinatra.

—Imagino que lo logré como se logra todo en esta vida: entrenando, poniendo tesón y no queriendo ser el mejor. Marilyn… —balbuceó mientras seguía avanzando hacia algún rincón del apartamento al que no quería ir.

—Ah, sí, ahora tiene que presentármela. Creo que tiene un maravilloso futuro en el cine. Es usted un tipo afortunado.

Mientras DiMaggio se quejaba por el alejamiento físico de su mujer, Sinatra intentaba calmarlo. Tenía toda la vida para estar con ella. Sería divertido olvidarse por una noche de ser un gran héroe y ser, tan solo, un hombre con ganas de divertirse. A pesar de saber, como el resto del mundo, que DiMaggio ni se divertía ni se dejaba ver demasiado, intentó convencerlo para que se dejase llevar por el momento.

—No me gusta demasiado la gente.

—Lo entiendo —soltó Sinatra en tono confidencial—. A mí tampoco. Sobre todo, los irlandeses. Esos tipos se creen los reyes del mundo, creen que son mejores que los espaguetis, como nos llaman. Pero usted y yo sabemos que no es cierto, ¿verdad?

DiMaggio lo miró con los ojos muy abiertos y, por primera vez, se relajó lo suficiente como para dejar que Ojos Azules lo llevara adonde él quería: lejos de la Monroe.

Kennedy, con el terreno por fin despejado, aprovechó para acercarse a la impresionante rubia que tenía allí mismo, al alcance de la mano. La saludó sin ningún tipo de entusiasmo, pero con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—Parece que la han dejado sola —le dijo mientras bebía un trago de su copa de champán.

—Ya sabe lo que dicen… —respondió, dejando caer los párpados de esa manera que solo ella sabía.

—¿Qué dicen?

—No te dejan sola si es un rapto lo que sufre tu marido para que otro se acerque.

Kennedy sonrió, apuró el champán de su copa y atrapó otras dos en el aire mientras la bandeja pasaba por su lado.

—Espero no ser mala compañía.

—No me atrevería a decir eso de alguien que aspira a ser presidente de los Estados Unidos.

—Vaya, las noticias vuelan.

—Solo las importantes.

Él se echó a reír y le tendió una copa mientras apuraba la suya de un solo sorbo.

—He oído que ha rodado usted *Niágara* con Henry Hathaway.

—Ha oído usted bien.

—No soy demasiado aficionado al cine. Le pido disculpas, pero la política no me deja demasiado tiempo libre.

—Para las mujeres sí, por lo que veo.

—Bueno, digamos que me gusta el cine de otra manera.

Se echaron a reír mientras él pedía que dejaran la bandeja con las copas de champán a su lado.

—Es usted Marilyn Monroe, ¿verdad?

—No se ha acercado a mí por ser Joe DiMaggio, estoy convencida. Como le he dicho, a mi marido lo ha raptado otro italiano con malas intenciones. —Dio un sorbo a su nueva copa mientras clavaba su mirada en la de él.

—¿Podría verla sin tanta gente alrededor algún día?

—¿Tiene un bolígrafo?

—Sí —respondió Kennedy, llevándose la mano al bolsillo interior de su chaqueta.

Le ofreció un precioso bolígrafo de oro con sus iniciales y la escudriñó con cierto desapego y sin ningún pudor.

—¿Me deja usted la mano?, —pidió ella.

Kennedy alargó su mano con el reverso hacia arriba. Ella la giró y apuntó su número de teléfono en la fina piel del irlandés. Sintió un ligero temblor y una humedad tibia cuando lo tocó y una sonrisa débil se dibujó en su rostro.

Justo cuando él se guardaba el bolígrafo, regresó DiMaggio como un huracán que arrasara con todo lo que encontraba a su paso.

—Joe, ¿dónde te has metido? Ahora mismo le estaba contando al señor Kennedy nuestra luna de miel.

—Se acabó, nos vamos —ordenó DiMaggio, asiéndola con fuerza por el brazo.

—Me haces daño, Joe.

—He dicho que nos vamos.

—No quiero irme.

Kennedy agarró a DiMaggio por la muñeca:

—Ya ha oído a la señora. Ella quiere quedarse.

DiMaggio hizo amago de levantar el puño, pero alguien le retorció el brazo por detrás de la espalda y lo llevó hacia la puerta.

—¡Marilyn! ¡Marilyn!, —gritaba mientras lo empujaban a la salida.

Aspiraba a aprender todo lo que no había podido antes, aspiraba a saber más, a ser mejor persona, más culta. La inquietaba sobremanera que pudieran tomarla por una de esas mujeres vacías, carentes de sensibilidad, de inteligencia. Quería vivir. Vivir sin rendir cuentas a nadie, sí. Pero, por encima de todas las cosas, vivir. Ese era su plan ahora.

Cuando los periodistas le preguntaban en qué andaba, o a qué aspiraba, hablaba del próximo proyecto, del que llegaba, del que terminaba de rodar, en el que estaba pensando o para el que habían pensado en ella. Pero, en realidad, lo que quería gritar a los cuatro vientos era que deseaba soñar sin tener miedo. Sentir la sangre cálida por sus venas. La misma sangre que tantas veces se le había helado pensando qué nuevo temor estaba a punto de echársele encima.

Aspiraba a crecer; y pronto se dio cuenta de que aquel hombre, que se pasaba el día leyendo tebeos o viendo la tele en el bar con sus amigos, no estaba dispuesto a acompañarla en tal aventura. Eso la deprimía profundamente porque sabía que él la amaba más de lo que nadie nunca lo había hecho, pero no sabía si sería suficiente. El amor, al fin y al cabo, es alimento perecedero, no es sino un premio de consolación cuando no consigues ser tú quien esté por tus propios huesos.

Bebió dos copas de champán mientras veía cómo lo arrastraban a la salida. Bebió para anestesiar el dolor que le producía oír su nombre gritado por él: desesperado, desarmado, roto. Tal y como ella se había sentido tantas veces con la primera bofetada. Las otras ya no solían dolerle.

Nunca dejó de amarlo, pero sí dejó de adorarlo. El héroe, el gran hombre, el mito, no era más que un niño grande lleno de complejos e inseguridades. Y eso a ella la aburría porque necesitaba reír, solo quería vivir y hacerlo a lo grande. Ahora tenían dinero, ¿para qué demonios servía si no lo gastabas en todo cuanto podía hacerte feliz

o, al menos, tapar la infelicidad con una pátina de lujo? ¿Para qué, si no podías disfrutarlo con aquellos que eran como tú? Aunque no supieras lo que eras, ni quién eras. Aunque siguieras siendo polvo de incienso diluido en un pebetero de oro.

Los restos del naufragio nunca se recogen en una bolsa de basura.

Miró a Kennedy con los ojos llenos de tristeza y se despidió. Recogió su chaqueta y salió de casa de los Feldman con la cabeza baja y los hombros caídos. Se quitó los zapatos de tacón y se sentó en el escalón de la entrada al porche, junto a DiMaggio.

—Sabía que no me dejarías solo.

Ella suspiró y miró la luna mientras se masajeaba los pies.

—Puede que sea la última vez, Joe.

—¿La última vez? No te entiendo.

—La última vez que me voy de un sitio en el que quiero estar tan solo porque tú desees lo contrario. Me casé contigo, lo sé, pero no tengo por qué dejar de ser yo. Es más, no voy a volver a dejar de ser yo nunca. ¿Lo has entendido?

DiMaggio hizo un gesto afirmativo con la cabeza apenas apreciable. Ella le cogió la mano y se puso en pie.

—Vámonos a casa, Joe. Mañana será otro día.

Marilyn y Joe DiMaggio II

—No creo que pueda comparar a Joe con nadie. Él era tan… ¿Sabe? Me cuesta definirlo. Fue el único que me lo perdonó todo porque yo era precisamente eso para él. Todo. No imagino lo que debe significar. Tal vez si hubiese sido madre…

—¿Quiere decir que usted no lo amaba?

—Oh, ¿hay una voz que usted escucha y yo no? Jamás he dicho ni diré nada parecido. Por supuesto que lo amé.

—Pero no como él a usted.

—Si con eso se refiere a que yo no era posesiva, celosa o dudé de él, tiene razón. Yo lo amaba sin condiciones ni concesiones. Era mi marido, sí, pero también era un hombre. No sé cómo se puede medir quién ama más.

—Un hombre que le pegaba.

—Lo dice usted.

—Y los partes de lesiones.

—Nunca he hablado de eso y le aseguro que no voy a empezar ahora.

—Pero no negará que se le ha visto en más de una ocasión con la cara amoratada.

—Es usted muy insistente, pero yo puedo serlo más. ¿Cree que se llega a ser Marilyn Monroe si no eres tenaz?

—Creo que Marilyn Monroe solo puede haber una.

—Gracias por el elogio. No. No diré nada que pueda ayudar a ensuciar la figura de Joe DiMaggio. Se equivoca usted si cree que soy ese tipo de persona.

—Incluso, aunque haya sufrido persecuciones, agresiones…

—De verdad, si insiste en seguir por ese camino, me temo que deberemos dejar nuestra charla aquí.

CAPÍTULO 14
JFK

Aquella noche, en la fiesta, el joven senador John Fitzgerald Kennedy vio cómo el objeto de su deseo desaparecía tras la puerta con un tipo mal encarado que, por mucho que fuera un héroe americano, a él solo le había parecido un paleto. Feldman observaba a Kennedy y bebía divertido, con una sonrisa maliciosa dibujada en el rostro. Sabía que JFK había caído en las redes de la rubia más explosiva de todos los tiempos y también sabía que no iba a dejar de acosar a su presa hasta que la tuviera entre sus garras.

Jackie también se había dado cuenta de cómo miraba su marido a Marilyn. No había ninguna mujer en aquella fiesta que no odiase profundamente a la actriz. Sabían que no tenía escrúpulos a la hora de llevarse a un hombre a la cama; sabían que podía ofrecer «cosas» que ellas ni imaginaban; sabían que, si chasqueaba los dedos, todos los hombres que se encontraban allí reunidos, y que no dejaban de ser ratas, irían tras su música con olor a Chanel.

Lawford, cuñado del senador, se acercó a él y le susurró al oído:

—Creo que Jackie se ha dado cuenta de cómo la desnudabas.

JFK no se molestó en mirarlo siquiera, siguió bebiendo. El alcohol le sentaba muy bien combinado con los analgésicos que tomaba para el dolor de espalda. No sabía si podría aguantar mucho más sin someterse a la fusión lumbar que lo aliviaría para siempre o acabaría con su vida, algo que resultaba bastante más irreversible. Pensó que antes de morir debía acostarse con Marilyn. Le daba igual lo que pensasen los demás. Siempre le daba igual lo que pensasen los demás. Nadie tenía derecho a opinar, ni siquiera su mujer. Jackie podía sentirse dichosa por haber entrado a formar parte de una familia como la suya. ¿Qué le faltaba? ¿No tenía todo cuanto deseaba: coche, vestidos, notoriedad social…? El resto solo le incumbía a él. Y el respeto que tanto exigía se ganaba, no se regalaba.

Lawford se alejó, ofendido por la indiferencia que siempre le profesaba aquel senador con aires de dios del Olimpo. Le molestaba profundamente que la familia Kennedy lo tratase como a un mequetrefe que había tenido la suerte de engancharse a un eslabón de una de las cadenas más valiosas de los Estados Unidos. Solo eso.

JFK pidió otra copa. Ya llevaba muchas y parecía que bebiera agua. Feldman se acercó también a «reponer fuerzas». Esperó a que sirvieran los dos *whiskies* con hielo, nada de agua, y le hizo una señal a Kennedy para que lo siguiera a su despacho: sillones de cuero, mesa robusta llena de papeles, bandera patriótica y la foto de Lincoln. El despacho de un demócrata.

Se desabrocharon el botón de la chaqueta y se sentaron en sillones enfrentados. Kennedy echó un vistazo a su alrededor y sonrió. Hizo un brindis al aire y dio un trago. Se arrellanó en el sillón y cruzó las piernas.

—Dime, Charlie —rompió el hielo el senador.

—¿Qué quieres que te diga?

—No creo que me hayas traído aquí para tener una apacible charla de trabajo. No hoy, no ahora. Y espero que tampoco sea para declararme tu amor incondicional.

Feldman soltó la copa en la mesa de cristal que había entre los dos sillones.

—De acuerdo —dijo—. He visto cómo mirabas a Marilyn.

—Parece que lo habéis visto todos. Tampoco creo que me haya esforzado en disimularlo. Estamos entre amigos, ¿no?

—Sí. Bueno, si no recuerdo mal, también está tu mujer.

—Mi mujer ya ganó un millón de dólares por tener la boca cerrada. No me preocupa. Ella hace su vida y yo la mía.

—¿Estás seguro de que ella hace la suya?

Kennedy se echó hacia delante y clavó su mirada en Feldman, que no tuvo ningún problema en sostenérsela. No temía al senador. Era de los pocos hombres que lo conocían de verdad, así que tenían una especie de pacto de no agresión.

—Francamente, no me importa lo que haga siempre que lo haga con discreción.

—Como tú. —Cogió el vaso de nuevo y jugó a girar los dos bloques de hielo en su interior—. Espero que sea un poco más discreta, si te soy sincero.

—Ya te importa a ti más que a mí.

—De acuerdo. Creo que debes saber quién es Marilyn Monroe realmente. Antes de ser la chica de Schenck, fue uno de los platos favoritos en los «menús para hombres importantes». Fue el mismísimo Schenck quien pidió que le escribieran una carta de recomendación que la presentara a los productores.

»Dicen que, tal y como estos las leían, se levantaban, rodeaban la mesa, se bajaban la bragueta y le exigían a Marilyn que se pusiera de rodillas. Por lo visto, Ben Lyon, el encargado de redactar esa nota, solo había escrito: "Esta chica hace unas mamadas maravillosas". —Se echó a reír estrepitosamente mientras se daba un pequeño manotazo en la rodilla—. Lyon siempre fue un genio de la humillación, ¿no te parece?

»También dicen que vivió un tiempo con Johnny Hyde. El pobre no sobrevivió a la experiencia. En serio, la boca de esa chica provoca ataques cardíacos.

Las risas se dejaban oír al otro lado de la puerta, aunque la música hacía que sus voces quedaran amortiguadas y a salvo de oídos indiscretos. Alzaron sus vasos y brindaron por las «muertes felices».

—No me importaría morir así, Charlie, te lo aseguro. —Hizo un gesto de dolor y se llevó las manos a la cintura.

—¿La espalda?, —preguntó retóricamente Feldman.

—Tengo que conseguir acostarme con ella antes de que me operen.

—Llámala mañana por la mañana. DiMaggio suele salir. Eso sí, si lo coge él, se te pueden complicar las cosas.

Tras la primera llamada fallida, en la que Kennedy se encontró con un desagradable y seco DiMaggio, viajó a Chicago, Boston y Búfalo, haciendo campaña a su manera, que no era la ortodoxa, desde luego. Iba a los clubs de Dallas, que llevaba Ruby, un pequeño gánster que se paseaba con una 38 en el bolsillo y vivía a la sombra de Carlos Marcello, el Padrino de Nueva Orleans.

Cuando regresó a California volvió a probar suerte con Marilyn. No había podido dejar de pensar en ella ni siquiera cuando estaba en compañía de otras mujeres. Sabía que contaba con la complicidad de su cuñado, Lawford.

—Diga —respondió la voz de Marilyn al otro lado del teléfono.

—Hay veces que una llamada de teléfono cae en mal momento, ¿no?

—Sí, pero este no es uno de ellos.

Ambos acordaron verse con la mediación de Lawford. DiMaggio no podía imaginar que la llamada se había repetido porque ese día sí estaba fuera de casa. Y porque ningún hombre decente insistiría después de haber sido pillado in fraganti.

Lawford arregló una cita discreta en el Malibu Cottage para tomar una copa. Él iba como señuelo. No era raro ver a actores juntos. En el Malibu Cottage los esperaba Kennedy, sentado en un reservado especialmente preparado para ellos. Cuando llegaron, Lawford se tomó una copa para ganar tiempo de coartada. Si algún periodista los había visto entrar, salir tan pronto levantaría sospechas. Resultaba fácil sacarle información a un camarero si el presidente del billete era lo bastante convincente.

—Senador —saludó ella mientras tomaba asiento y Kennedy no apartaba sus ojos del escote.

Lawford se quedó a unos pasos mientras apuraba una copa de champán, cortesía de Kennedy. Los oyó con mucha dificultad hablar sobre la alegría que sentían de volver a verse.

Acabó la segunda copa, se despidió de ambos, y salió por la parte de atrás para que nadie notara su ausencia. De cualquier manera, si había algún periodista apostado en la puerta trasera, siempre podía pensar, por lo que había tardado, que el encuentro amoroso que se hubiese producido dentro habría sido, cuanto menos, fugaz.

—Pensé que no volvería a verte, Marilyn —dijo Kennedy con la voz llena de ansiedad—. Aquel día, cuando tu marido cogió el teléfono, creí que te ataría a la pata de la cama y jamás te dejaría salir de nuevo a la calle.

—Si por él fuese, hace mucho que viviría atada a cualquier parte.

—Ya veo que no eres una de esas mujeres a las que resulta fácil atar en corto.

—Digamos que no me gustan las jaulas, senador.

—Llámame Jack. Creo que será lo mejor.

—De acuerdo.

Pidieron ostras y dos botellas de champán. Él le contó que

pronto lo operarían de la espalda. Ella se conmovió pensando en los dolores que debía de estar pasando. Le acarició la cara muy despacio, con los ojos cargados ya de alcohol. Él la sujetó por la muñeca y tiró de ella hasta que sus bocas se juntaron.

—He reservado una habitación en Holliday House Motel —apuntó él con la voz llena de ebriedad.

—Vaya, vaya, senador. Ya veo que no pierde usted el tiempo.

—El tiempo es algo demasiado valioso y maravilloso.

—¿Y es así como piensa convencer a todas las mujeres del país de que es usted la mejor opción?

—Ojalá pudiera, pero mucho me temo que algunas tienen maridos más listos que el suyo.

Kennedy sabía que la operación era complicada. Había que hacer un trasplante óseo, insertar una placa metálica y rezar para que no se desarrollara una infección que significaría la muerte segura. La operación no resultó del todo un éxito, pero seguía vivo, que era mucho más de lo que podían decir algunos que se habían sometido a la misma cirugía.

La enfermedad de Addison seguía avanzando a la vez que un secreto inconfesable. Para la prensa, Jack era un héroe de guerra que había sido herido en el PT109. La verdad, a Kennedy se le vistió de militar para hacerle una serie de fotografías en el PT109. Eso fue lo más cerca que estuvo de la guerra.

Durante la recuperación, para mejorar su moral, Kennedy pidió que colocaran un cartel de Marilyn de pie, con pantalón corto y las piernas abiertas. Tuvieron que colgar el cartel del revés para alegría y alimento espiritual del senador.

Al salir del hospital, donde Jackie había acudido a visitarlo una vez para calmar las protestas de su suegro, fue trasladado a casa de su padre, en Palm Beach. Allí intentaba retomar fuerzas para volver a ser el de siempre: el senador joven y atractivo que se esforzaba por tener a las norteamericanas contentas.

Unas semanas después del alta hospitalaria, su médico le pidió que se trasladase a Nueva York para una revisión rutinaria. Kennedy aprovechó para ver a Marilyn y alargó su estancia en la ciudad para ir de fiesta en fiesta, mientras mandaba a su mujer a Inglaterra con su hermana. Jackie, cansada de las humillaciones públicas, amenazó de nuevo con divorciarse. No sabía qué decirles a

sus hijos, pero, sobre todo, ya no sabía qué más decirse a sí misma para acallar la voz de su conciencia.

Una madrugada, cuando JFK regresó a su *suite* después de una de las sonoras fiestas a las que solía asistir, se encontró a su padre sentado en el sofá, esperándolo. Saludó a un muy perjudicado Kennedy y lo felicitó por su apreciable mejoría.

Levantó la mano. Fue entonces cuando el senador se dio cuenta de que había dos hombres más con ellos. Entre los dos lo cogieron por debajo de los brazos, mientras él oponía una débil resistencia a causa de su espalda, y lo arrastraron a la ducha. Lo metieron con traje y zapatos y abrieron el agua fría. Lo sujetaron varios minutos bajo el agua para que se despejara. Gritaba como una bestia herida. En el pequeño salón de la *suite*, Joe K. Mandó subir dos cafeteras bien cargadas.

Al cabo de un rato, el hijo regresó junto al padre envuelto en un albornoz carísimo y con dos guardaespaldas empapados. Joe le sirvió una taza de café a Jack y se acercó hasta la ventana.

—Nueva York siempre resulta impresionante, ¿no te parece? Colin.

JFK no dijo nada. Se sirvió otra taza de café e intentó relajarse en el sofá lo más que pudo. La espalda… Otra vez la maldita espalda.

—Hoy me ha telefoneado Jackie desde Inglaterra —continuó—. Está bien, aunque te echa de menos.

Continuó en silencio. Sabía que ahora llegaría la parte que menos solía gustarle: la orden de un viejo que pretendía darle clases de moral. Él, que había puesto los cimientos de un país mujeriego y alcohólico, ahora velaba por la decencia y el espíritu de su hijo.

—¿No vas a decir nada?, —preguntó. Se alejó de la ventana.

—¿Cómo están los niños?

—Oh, muy bien. ¿Cómo pueden estar unos niños que no ven apenas a su padre, que oyen a su madre reclamar el divorcio una y otra vez, que escuchan toda clase de barbaridades sobre ellos, sobre la mentira que es su matrimonio?

—Ya. Sé lo que se siente —respondió Kennedy con la mirada perdida en el infinito.

—¿Cómo están los niños?, —repitió imitando la voz de John—. ¿Y tu mujer…? Bueno, ella está feliz de tener un marido que es

capaz de ponerle los cuernos con una perra en celo.

—No creo que tú seas el más indicado para…

—Ya basta, Jack. Un día serás presidente de los Estados Unidos. No tienes derecho a divorciarte. Mira lo que ha pasado con Gloria Swanson.

—¡No me hables de Swanson!, —gritó, poniéndose de pie como un resorte.

—Hablo de lo que quiero.

—¿Por qué no hablamos, entonces, de Frank Costello, Joe? ¿Por qué no me cuentas cómo tú solito has destruido a esa mujer? ¿Y mi hermana, Joe? ¿Dónde cojones está mi hermana? Tú, maldito irlandés, ¿te atreves a venir hasta aquí para darme clases de moral? Llamemos a Costello, maldita sea —dijo mientras se dirigía al teléfono y descolgaba el auricular.

Su padre lo miraba como si las siete plagas pudieran ser invocadas tan solo con un pestañeo. Se acercó a Kennedy con la rapidez de un león que, a pesar de su vejez, aún se mantiene en forma, y le cruzó la cara con una sonora bofetada. Le quitó el teléfono de las manos y le ordenó sentarse de nuevo.

Joe K había ofendido a Costello al no pagarle su parte al mafioso con el que hacía negocios desde la Prohibición. Su empresa de bebidas, Somerset Imports, así como su participación en el hipódromo de Hialea, lo habían enriquecido más y se había olvidado de los viejos amigos. Ahora, su nuevo socio, Sam Giancana, el padrino de Chicago, se encargaba de guardar las espaldas de Joe.

—¿Por qué no hablamos de lo que nos va a costar políticamente ese «pequeño olvido»?

—Rosselli y Giancana nos han ayudado con eso. No habrá problemas con Costello.

—¿Cuál es el precio?

—Tan solo tengo que prestarles mi nombre para la compra del
Cal-Neva
Lodge, un hotel casino en la frontera entre California y Nevada.

—Mientras tú sigas jodiéndonos a todos, no tienes ninguna autoridad moral sobre mí. Recuérdalo por si alguna vez sientes la necesidad de venir a molestarme de madrugada.

—Tienes al alcance de la mano el poder absoluto que te da ser

presidente de los Estados Unidos de América. Puedes ser el maldito Dios en la Tierra.

—Lo sé y no te decepcionaré. Pero, mientras yo cumpla con el objetivo político, no te atrevas a entrometerte nunca más en mi vida privada.

—Tu vida puede ser muchas cosas menos privada, estúpido.

Se levantó y se puso frente a su padre, apuntándolo con el índice.

—Puede que yo sea un estúpido, un tipo que no sabe mantener la bragueta cerrada, un mal marido y peor padre, un ser detestable. Pero nunca más, en tu patética y estúpida vida, vuelvas a intentar darme lecciones de moral, Joe, porque tú ni siquiera sabrías buscar esa palabra en el diccionario.

»Si dejas de ser un matón de tres al cuarto será por mí. Ahora, ¿por qué no vuelves junto a tu mujer a seguir cuidando de vuestro increíble y precioso matrimonio?

Marilyn y JFK I

—Capítulo escabroso el de los Kennedy, ¿no?

—¿Los Kennedy? En aquel momento yo solo conocía a Jack y le juro que lo nuestro no tenía nada de escabroso.

—¿En serio?

—Muy en serio. A no ser que usted considere escabroso enamorarse, claro.

—Lo que tiene esa consideración para mí es hacerlo de un hombre casado y pasearse en público sin mostrar ningún respeto por la verdadera mujer del senador.

—¿Y qué era yo, según usted, si no una mujer de verdad, un pelícano, una osa polar? Era una zorra, ¿verdad? Un animal impresionante. No sé si ha podido ver alguna de cerca.

—Susent Boulevard está llena de ellas, señorita Monroe.

—Confunde usted a animales hermosos e inteligentes con prostitutas de poca monta, me temo.

—No era usted de poca monta.

—Tampoco prostituta, no lo olvide.

—Me gustaría reformular la pregunta, si me lo permite.

—Por supuesto. Todos podemos equivocarnos. El problema es que hay gente que piensa que, si ellos yerran, son merecedores de

ese derecho. Por favor, reformule.

—¿Cómo llevó la clandestinidad de un amor como el que mantuvo con Kennedy?

—Como bien ha apuntado usted, no era tan clandestino. No nos importaba que nos vieran juntos en público.

—Pero usted era «la otra».

—Yo nunca dejé de ser yo. Jamás fui otra.

—¿Estuvo usted enamorada?

—Sí.

—¿Más que de ningún otro hombre?

—No.

—Hay que reconocer, señorita Monroe, que tiene usted valor.

—Oh, no se trata de valor, sino de honestidad. Puedo intentar engañarlo, pero no puedo engañarme a mí, así que no serviría de mucho lo primero. Prefiero decir la verdad.

—No sé si es más valiente que estúpido lo que acaba de decirme.

—Sin ningún tipo de dudas, es estúpido. No lo haga nunca. Mienta siempre que pueda.

—¿Es un consejo?

—Es algo que he aprendido.

—Regresemos a los Kennedy. Era una familia muy peculiar, ¿verdad?

—Si por peculiar quiere decir medradora, sin escrúpulos o miserable, sí era muy peculiar.

—Les guarda mucho rencor.

—No. Les guardo el justo.

CAPÍTULO 15
FRED OTASH

—Dígame si lo he entendido bien. Lo que me pide es que siga a la mujer más perseguida de todos los Estados Unidos.

—Sí.

Antes de ir a visitarlo, DiMaggio había pensado mucho los pasos que iba a dar. No se fiaba de ella. No podía. Algo en su interior le decía que no debía hacerlo y no solía desoír esa voz que tantos problemas le había dado, pero también tantas veces lo había salvado de quedar como un imbécil. Las mujeres no eran de fiar. Solo su madre era de total confianza por dos razones: era italiana y católica. Mamá DiMaggio le había advertido contra las de su sexo: «Solo ven en ti tu dinero, hijo, no al buen hombre que hay detrás de todo eso». Tal vez esa fuera la razón de que nunca pagara una comida, nunca sacara la cartera… Ni siquiera sus amigos sabían de qué color era esta. Era un atleta invencible y un niño irrefrenable. La verdad solo era una y la sabía su madre.

No se había atrevido a contarle a ella que sospechaba de su mujer. Jamás habría dejado de cuestionarlo, de reprocharle, de acusarlo con aquel dedo enjuto impropio de una buena italiana. Sabía que lo quería más que a nada en el mundo y, por eso mismo, también sabía que no podía ser justa ni ecuánime con las mujeres que habían pasado por su vida, que no eran muchas. Para colmo, Marilyn no era santo de su devoción. Una mujer tan llamativa no puede evitar meterse en problemas.

—A ver si me entero, amigo —dijo el detective, divertido, poniendo los pies sobre la mesa y encendiendo un cigarrillo—. ¿Se casó usted con Marilyn Monroe esperando que se convirtiera en un ama de casa respetable, con diez hijos y una suegra que la cebara a espaguetis?

La risa de Otash retumbó por todo el edificio. Era una de esas risas que se te metían en la cabeza y te taladraban el cerebro como si fueran mil agujas finas perforando el tímpano. DiMaggio se sintió

herido en su orgullo, se puso el sombrero y se dispuso a abandonar las oficinas del detective.

—¿Adónde va?, —soltó Otash, que aún seguía riendo.

—No voy a dejar que nadie se ría de un DiMaggio. Esto ya es lo suficientemente difícil. Mancha el buen nombre de una buena familia italiana.

—No, hombre, no me río de usted. ¿Cómo puedo reírme del gran Joe DiMaggio? Lo hago de su inocencia. Creo que nunca había pisado esta oficina nadie más inocente que usted.

—Cuando te enamoras de alguien, esperas que se convierta en aquello que deseas.

—No, amigo. Cuando te enamoras de alguien apechugas con lo que te ha tocado.

DiMaggio volvió a tomar asiento, aunque no se quitó el sombrero. Miró a su alrededor y vio estanterías llenas de polvo y papeles que se amontonaban, aparentemente, sin orden ni concierto. Una foto de Hoover lo observaba con el rictus serio de quien sabía que estaba por encima de todo, que era intocable. Ahí, lejos de las manos ajenas a Otash, lejos de la historia, lejos de los estadounidenses.

El italiano sabía que Hoover no era muy partidario de que los suyos llegaran al país de las oportunidades. Tampoco los irlandeses. Pero esto último sí podía entenderlo. Los sucios irlandeses no sabían hacer otra cosa que manchar todo aquello que tocaban. En cambio, los italianos llegaron buscando un futuro mejor. La vieja Europa sufría la pobreza y el desaliento de una anciana que ya lo ha hecho casi todo.

—De acuerdo, iremos a por la rubia explosiva.

—Si no le importa, preferiría que se refiriera a mi mujer como la señora DiMaggio.

—Pero ella no se ha cambiado el nombre, ¿verdad?

—No —respondió bajando la mirada—. Pero es que todo es muy complicado en este maldito mundo. Ella es Marilyn Monroe, ya lo era cuando la conocí. No puede cambiarse el apellido.

—Muy bien, amigo…

—¿Puede dejar de llamarme así? Yo no soy su amigo —lo interrumpió un cada vez más furioso DiMaggio.

—Por supuesto, señor DiMaggio. Puedo tratarlo como usted

prefiera siempre que pague mis honorarios. Dígame de quién sospecha y yo me encargaré del resto. Usted solo preocúpese de tener la pasta cuando yo se la pida. Por cierto, tiene que darme doscientos pavos por adelantado. Ya sabe, gastos, imprevistos… Siempre surgen. Es un fastidio —soltó con los ojos vidriosos por el humo del tabaco o el cinismo—, pero…, bueno, usted lo ha dicho: es muy difícil cambiar en este mundo.

—La llamó —dijo entre dientes.

—¿Cómo?

—Al día siguiente de la fiesta en casa de los Feldman, Kennedy, esa comadreja irlandesa, la llamó.

—¿Se refiere a John Fitzgerald Kennedy?

—A ese mismo, sí.

—¿Me está diciendo que el próximo presidente de los Estados Unidos llamó a su mujer? ¿A su casa?

—Es lo que le estoy diciendo, sí.

—¿Y se puede saber qué quería?

—¿Usted qué cree?

Desde aquel día, sin que ella lo supiera, tenía la alargada sombra de Otash no solo a sus pies, también a su espalda y a su costado, incluso delante de sus narices, pero no lo veía porque las sombras dejan de verse cuando ante ti todo es oscuro.

El detective de Hollywood, como lo llamaban las estrellas, no había tardado mucho en darse cuenta de que el matrimonio Monroe-DiMaggio no funcionaba. No solo por la entrevista que había tenido con el jugador de béisbol en su oficina, sino por los moratones que había visto en el rostro y los brazos de ella cuando no se maquillaba. Sí, la espiaba en su casa. No le hacía falta poner micrófonos, los gritos se oían desde la calle. Gritos que no llegaba a comprender del todo, pero que siempre acababan con los de ella: «¡Basta!».

DiMaggio, sentado frente a la barra, apurando su Coca-Cola, veía el final del partido de los Yankees. Hacía años que ya no jugaba, pero el deporte seguía siendo su vida. El béisbol y su mujer, solo eso le mantenía el ánimo alto.

—Ey, Joe DiMaggio, el mejor jugador de todos los tiempos. —

Oyó que decía una voz a su espalda. Se giró y se encontró de frente con Sinatra, escoltado por dos hombres más, trajeados como si fueran a una boda.

Volvió a la posición inicial. Comió unos cacahuetes y dio otro sorbo a su Coca-Cola hasta acabarla. Pidió otra al camarero haciendo tintinear el hielo en el vaso.

—¿Qué tal, Joe? Tienes mala cara.

—Déjalo, tú y yo no somos amigos, Sinatra.

—Oh, vamos, Joe, los dos somos italianos, los dos llegamos a este país buscando otras oportunidades, otra vida, otro…

—¿Qué quieres?, —lo cortó en seco DiMaggio.

—No quiero nada, Joe. Tan solo deseaba hablar con otro italiano, alguien con sangre caliente…

—Mi sangre se ha enfriado con esta bebida. Déjalo, Mike —se dirigió al camarero—, tengo que irme. Invita mi amigo.

Sinatra lo agarró por el brazo, frenando su huida. DiMaggio miró la mano del actor y luego buscó sus ojos como si fuera a sacárselos.

—Quita esa mano. Quítala antes de que te la rompa.

Los hombres que acompañaban a Ojos Azules dieron un paso al frente. Sinatra soltó a DiMaggio y frenó a sus compañeros con un solo gesto.

—Sé lo que va a decirte Otash —soltó a bocajarro Sinatra, reclamando la presencia de Mike—. Un *whisky*, Mike.

—¿Perdona?

—Esta es nuestra casa, Hollywood es nuestra casa y el cine es una gran manta que nos cobija a todos. ¿Crees que puedes contratar a Otash y que no nos enteremos? Al menos algunos, los que preferimos estar al lado de los nuestros. Esto no es Italia, ¿eh?

DiMaggio se dio la vuelta y volvió a sentarse, cabizbajo, sintiendo una vaharada de calor que le subía por el rostro.

—¿Otra Coca-Cola, Joe?, —preguntó, despreocupado, Sinatra.

Este asintió en silencio y observó la carrera de su equipo. Sinatra elevó el vaso en honor a los Yankees.

—Desembucha —ordenó DiMaggio mientras parecía escudriñar el juego de su equipo.

—Sabemos que Marilyn tiene un amante.

DiMaggio dio un puñetazo en la barra que, por inesperado, asustó incluso a Sinatra.

—Vamos, muchacho —intentó calmarlo Frank—, todas son iguales, ya lo sabes. Seguro que tu madre te ha advertido sobre ellas hasta la extenuación. Imagino que quieres saber qué ocurre con tu mujer, ¿no?

DiMaggio sumergió la mirada en la bebida negra y burbujeante. Sostenía el vaso entre las manos. El mundo entero se había disuelto en ella, en las palabras de Sinatra; eran la confirmación de sus sospechas, aunque él habría dado incluso lo que no tenía porque fueran infundadas. Su madre tenía razón, ninguna mujer merecía que un hombre como él le entregara el corazón sin pedir nada a cambio.

—Marilyn está tomando clases de canto con un tal… —Sinatra sacó un papel que llevaba en uno de los bolsillos de su chaqueta y leyó con cierta dificultad—: Hal Schaefer.

—Schaefer es homosexual —replicó DiMaggio.

—No te engañes, un agujero es un agujero y más aún si hablamos del de Marilyn.

DiMaggio apretó los puños. La vena de su frente se hinchó como si fuera el globo de un niño durante una fiesta de cumpleaños. Miró de soslayo a Sinatra y bufó algo ininteligible.

—No he venido a humillarte, Joe —se excusó Sinatra.

—Lo disimulas muy bien.

—Más bien quiero resarcirte. Quiero que sientas que los italianos seguimos siendo una familia allá donde vayamos. Quiero proponerte algo que no creo que vayas a rechazar. Olvídate de Otash. Yo soy el mensajero. A él solo tendrás que pagarle.

DiMaggio soltó el vaso y se giró hacia Sinatra.

—Está bien. Lanza la bola, pero más te vale que lleve efecto, porque si la bateo a la primera…

—Tranquilo, amigo, esta bola saldrá del estadio.

Era cierto que le habían hecho unos pequeños retoques: la nariz, los dientes, la barbilla, los pechos… El resto era ella, Norma Jeane, agazapada tras la silueta de Marilyn.

Habían viajado a Nueva York porque estaban en pleno rodaje de *La tentación vive arriba*. Había llegado el momento crucial. Wilder no lo decía, pero sabía que aquella noche el rodaje se convertiría en la mayor campaña de publicidad que se hubiera hecho nunca. La 20th Century Fox anunció la hora y el lugar de rodaje como acto de promoción de la película. A la una de la madrugada de aquel caluroso 15 de septiembre, acudieron a la cita más de un centenar de fotógrafos y miles de fans para ver a la actriz en directo.

Habían puesto focos a lo largo de las cornisas, unos proyectores de colores inundaban de luz el cruce de las dos calles. Era como estar en un espectáculo en directo sin tener que pagar nada y con Marilyn como reclamo. Nada podía salir mal. Al menos, para el estudio.

La policía tuvo que abrir un pasillo y acordonar la zona para que el rodaje no corriera peligro. Ella lucía aquella mirada de niña inocente y perdida que la hacía aún más atractiva. Al pasar por delante de uno de los policías reconoció su pasado, a aquel chico que la había sacado de las casas de acogida. Se zafó del asistente de producción y se dirigió al agente.

—¿Jim?

—Hola, Norma. Ya veo que lo conseguiste, nena.

—Jim…

—Vamos, señorita Monroe, cortar esta calle es muy caro —dijo el ayudante de producción, que había vuelto a por la presa perdida.

Habían cortado la 52 con Lexington Avenue, delante del Trans-Lux. Marilyn debía pasar por un respiradero del metro, recibir un vendaval proveniente de las rejillas y juguetear con su falda mientras sus piernas quedaban al descubierto. Había tomado la precaución de ponerse dos bragas para que no se trasparentara nada, pero eso a la masa allí congregada le daba exactamente igual. Para eso estaba la imaginación.

Tom Ewell también la observaba con deseo. El vestido, obra del diseñador preferido de Marilyn, William Travilla, estaba hecho para volar y lo hizo. Lo hizo delante de más de mil quinientos fans enloquecidos, pero también delante de Joe DiMaggio, que sintió unas ganas terribles de matar a todos aquellos babosos que se comían a su mujer con los ojos.

DiMaggio decidió desaparecer, ocultarse en el Toots

Shor’s,
su bar favorito. Pidió una copa y la bebió de un trago. Pidió otra. El camarero, amigo de DiMaggio desde la época de los Yankees, se acercó a él con la mirada fija en lo que estaba pasando muy cerca de allí.

—¿Qué esperabas, Joe?

El exjugador tenía los ojos inyectados en sangre. No sabía qué decir. No podía explicar lo que sentía en su interior.

—Los chicos hicieron apuestas.

—¿Qué?, —preguntó DiMaggio, que no entendía lo que le intentaba contar aquel camarero que se creía seguro detrás de la barra. Al fin y al cabo, en una trinchera es mejor que te sientas a salvo.

—Cuando te casaste, los chicos apostaron cuánto tardarías en divorciarte de ella.

DiMaggio agarró al hombre por la pechera y lo atrajo hacia él con tanta furia que casi lo sacó de la barra de un solo tirón.

—¿Qué has dicho?

—Oh, vamos, Joe. Te casaste con una puta. ¿Qué esperabas?

DiMaggio salió del bar hecho una furia. Los *flashes* saltaban aquí y allá queriendo penetrar en la piel y la carne de Marilyn, aquella carne que era suya. No pudo soportarlo más y se fue al hotel a esperarla. Podía humillarlo de aquella forma si era lo que ella quería, pero él no estaría allí para soportarlo.

El rodaje duró tres horas e hicieron falta catorce tomas para que Wilder se diera por satisfecho. Marilyn, que ya había comenzado a ir al psicoanalista y había aumentado la ingesta de barbitúricos para poder superar su miedo a la cámara, comenzaba a dudar de todo lo que hacía. No entendía por qué tantas tomas; por qué repetir una y otra vez. Al principio, le parecía divertido, pero después de la primera hora haciendo lo mismo una y otra vez, estaba cansada de todo aquello. Sabía que Wilder le ocultaba algo, siempre lo hacía. Al acabar el rodaje, Marilyn estaba exhausta. Uno de los coches de la productora la llevó a su hotel.

Al subir a la habitación se encontró a un Joe DiMaggio desesperado, paseando de un lado a otro como si fuera un animal encerrado en una jaula en la que un niño no paraba de golpear los barrotes con un trozo de tubería.

—Joe —dijo ella mientras se descalzaba y perdía diez centímetros de altura—, ¿estás bien?

—¿Tú qué crees?, —soltó iracundo.

—No lo sé —continuó ella, apocada, cansada y confundida, mientras tomaba asiento en el borde de la cama—. Joe, ¿qué pasa?

—¿Sabes que los chicos apostaron contra nuestro matrimonio?

—Eso es horrible —respondió, escandalizada—. ¿Por qué?

—Porque no entendían que un hombre de principios como yo se casara con…

—¿Con quién, Joe? Dilo.

—Contigo. ¡Con una puta!

—¿Es lo que piensas de mí?

—Al fin y al cabo, es lo que fuiste, ¿no?

—Fui muchas cosas, señor DiMaggio, pero nunca fui puta. No sé si le sirve a usted, un hombre de su rectitud y su clase, pero a mí sí.

—No tengo clase. Es una de las cosas que no me perdonas, ¿verdad, Marilyn? Soy un hombre que proviene de una familia humilde y que tuvo que hacerse a sí mismo a base de trabajo.

—¿Y qué crees que he hecho yo?

—Abrirte de piernas para que se te abrieran las puertas.

A ella se le escaparon unas lágrimas que no quería que se le escaparan, pero el dolor es difícilmente contenible.

—También me abrieron de piernas, no lo olvides. Yo no tuve la suerte de tener a una madre que me dictara qué estaba bien y qué mal, con quién debía hablar o con quién no. Ni siquiera tuve una madre. Sí, Joe, me abrí de piernas las veces que me lo pidieron porque necesitaba seguir viviendo…

—¿A eso lo llamas vivir? ¿A enseñar de una forma tan vergonzosa tu cuerpo lo llamas vivir?

—¿Cómo lo llamas tú, señor DiMaggio?

—¡Exhibicionismo! ¡Eres una puta exhibicionista, maldita sea! ¿Y sabes por qué eres eso?

—No, pero estoy segura de que tú me lo vas a decir.

—Porque no vales nada, Marilyn Monroe. Ni siquiera ese cuerpo es el tuyo. Es un producto artificial que crearon los estudios para ti. No eres nada si no te follas a alguien, si no llevas al límite a algún hombre.

—Soy actriz, maldita sea. Hago lo que me pide el guion. No me

planteo si está bien o mal, no pienso si a mi maridito le parecerá pecaminoso o lascivo. Sigo un guion como tú seguías las órdenes de tu entrenador.

—Ni se te ocurra compararte conmigo. Yo me ganaba el sueldo decentemente.

—¿Y yo no? ¿A quién he matado, Joe? Dime, ¿qué he hecho tan horrible para que me hables así?

—No te das cuenta de que no eres más que un trozo de carne que la gente desea. ¿Qué harás, Norma Jeane, cuando esa carne sea vieja y dura y nadie quiera mirarla entonces? ¿Qué harás cuando los hombres ya no quieran llevarte a la cama y dejes de ser la puta más cara del mundo? ¿En qué te convertirás?

—¡No lo sé!, —gritó, rompiendo a llorar—. Pero, al menos, habré hecho algo por mí.

Él se acercó y se quedó a un palmo de su cara.

—No vales nada. Eres escoria. Es normal que nadie te haya querido jamás en la vida. Dudo mucho que nadie te pueda querer.

Salió de la habitación dando un portazo y ella se quedó dentro, tirada en la cama con el vestido ideado especialmente para ella por William Travilla, su diseñador favorito.

Tras un rato llorando, tomó el bote de pastillas, pidió una botella de champán al servicio de habitaciones y se tumbó a dormir.

Finalmente, aquella escena se tuvo que volver a rodar en un decorado de Fox en Los Ángeles. Los gritos de los fans hacían imposible incorporar la escena a la película.

Las imágenes tomadas en la calle se utilizaron para la publicidad.

Marilyn anunció su divorcio unos días después. Ya no podía soportarlo más. Alegó maltrato psicológico.

DiMaggio se encontraba pasando unos días en Villa Capri, en compañía de Sinatra, cuando recibió una llamada. Era Berney Ruditsky, un expolicía que trabajaba con Otash: Marilyn acaba de entrar en un edificio del West Hollywood.

Sinatra decidió acompañarlo con algunos hombres. Las normas eran claras: sin guantes. Subían, reventaban la puerta y le rompían los dedos, las muñecas y todo lo que se le pudiera quebrar. Sin preguntas, sin titubeos.

Las normas estaban muy claras.

La tarde presagiaba tormenta. No era que el cielo estuviese especialmente opaco o que el aire oliese a agua, no. Era una sensación más pesada, nacida en el vientre. Marilyn se había vestido y miraba por la ventana los coches que iban convirtiendo Nueva York en una ciudad ruidosa y llena de vida. La vida nunca se carga de silencios, más bien lo contrario.

Hal Schaefer la abrazó por detrás y la besó en el pelo. Ella cerró los ojos un momento y sintió el calor del torso desnudo del hombre. Se agarró a su antebrazo y reclinó la cabeza sobre su hombro.

—¿Crees que seremos felices?, —preguntó ella con un deje de tristeza en la voz.

—La gente como nosotros nunca lo es.

—Como nosotros… —repitió ella como si de un eco muy lejano se tratara—. ¿Cómo somos nosotros?

—No lo sé, pero aquí estamos, un gay y una estrella del cine que acaban de tener un sexo magnífico, mirando por la ventana a una calle llena de coches.

—Sí, eso somos nosotros. Tienes razón.

De pronto, escucharon ruidos. Las voces de unos hombres que gritaban algo en el pasillo, unos golpes sordos contra una puerta y más voces crispadas. Schaefer se asomó al pasillo y vio cómo Sinatra y un grupo de tres hombres más aporreaban la puerta del apartamento 5. Supo que era una equivocación. Supo que lo buscaban a él, que vivía en el 15. Cerró con cuidado de no hacer ruido y se dirigió muy alterado hacia Marilyn.

—Están aquí —dijo. Cogió su abrigo y su bolso y la dirigió a la puerta.

—¿Quiénes están aquí?

—Esos italianos camorristas. Los manda tu marido, seguro.

—¿Joe? ¿Cómo va a…?

Él la detuvo bruscamente, se puso ante ella y le dio sus cosas. Le agarró la cara con las dos manos y la besó.

—Ahí afuera hay un grupo de italianos, entre ellos Sinatra, que no vienen a tomar el té. Se han equivocado de apartamento.

—¿Sinatra? ¿Joe? ¿Qué locuras estás diciendo, Hal? Ni siquiera se llevan bien.

—Sería en otra vida, en otras circunstancias. Marilyn, escúchame bien, te siguen.

—¿Quién?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Pregúntale a tu marido, solo él tiene esa respuesta. Pero, piensa, ¿quién sabe que estás aquí?

—Todo el mundo, Hal. Por el amor de Dios, te estás poniendo paranoico.

—¿Seguro? Mira. —Volvió a abrir la puerta un poco, apenas una rendija para que ella pudiera ver que no la engañaba.

Marilyn se quedó boquiabierta. Jamás había pensado que su marido pudiera hacer algo así. Mandar a un grupo de hombres a buscarla con él a la cabeza… Aquello resultaba el peor guion de una película de gánsteres. Volvió a cerrar la puerta y miró aterrada a Schaefer.

—Dios mío, Hal, ¿qué vamos a hacer?

—Esperar a que la señora Kotz no esté en casa.

—¿Tu vecina?

—Exacto.

—Pero ¿qué van a hacerle?

—No tengo ni idea, pero, sea lo que sea, te aseguro que no tendrá comparación con lo que me harán a mí si te encuentran aquí.

Oyeron cómo se abría la puerta al otro extremo del pasillo y las voces se diluían y se hacían cavernosas. Luego, un portazo.

Marilyn aprovechó para salir de allí como si se tratara de una ladrona. Ya no tenía ningún vínculo con DiMaggio, pero no iba a ser tan fácil que abandonara su vida. El divorcio estaba a punto de firmarse y, aun así, aquel hombre, al que había amado con todo su corazón, seguía persiguiéndola. Resultaba una de esas pesadillas recurrentes que tenía todas las noches.

La señora Florence Kotz se llevó un susto tremendo al ver a aquellos hombres irrumpir así en su apartamento. Ellos se sorprendieron al ver que el supuesto amante de la Monroe era una señora de unos cincuenta años que estaba haciendo calceta cuando entraron.

Durante los meses siguientes, Jimmy, un muchacho de catorce años, enamorado de Marilyn, que la seguía como un perro por todo Nueva York, vio a menudo una sombra que se proyectaba sobre la puerta de la actriz. Era DiMaggio, solo en la noche. La echaba de menos. Se lamentaba, pero no podía ser ya otra cosa que esa sombra que acechaba a la actriz cuando creía que ella no se daba

cuenta.

Marilyn sabía que su exmarido la espiaba en el silencio de la noche, escondido entre la negrura, aterido de frío.

Le daba pena, pero era consciente de que no podría soportar ni un golpe más, ni un insulto tantas veces repetido.

Tomó un par de pastillas más. Le costaría coger el sueño.

Marilyn y Joe DiMaggio III

—Joe era un niño grande. No sé si se lo he dicho ya, pero no me importa repetirlo porque es importante que usted y todo el mundo lo entienda. Él me quería, me amaba por encima de cualquier cosa. Pasó por encima de la opinión que su madre tenía de mí y no creo que la gente sea consciente de lo que eso significaba para DiMaggio… La carne solo es carne. El sexo no es sino una forma de disfrutar como lo es ir al cine. ¿Qué importa con quién se acueste su mujer si solo lo ama a usted?

—¿Perdone?

—¿Ha tenido alguna aventura?

(Silencio).

—Sí, pero he sido muy cuidadoso y mi mujer no sabe nada.

—¿Y eso lo hace más «perdonable», hace que sea más lícito?

—¿Es cierto que recibió usted una nota escrita con excrementos humanos?

—Sí. Después de anunciar mi divorcio.

—¿Qué decía esa nota?

—Nada que usted no haya pensado ya: PUTA.

CAPÍTULO 16
FRANK SINATRA

Nadie podía precisar cuándo se hicieron amigos Frank Sinatra y la Monroe, aunque algunos afirman que el primer encuentro fue en un famoso restaurante hollywoodiense, en 1954.

Sinatra reconoció en ella a la mujer que había perseguido por Nueva York con DiMaggio para «arreglar» los asuntos de la pareja. Esperaba que ella a él no lo reconociera como su perseguidor. No quería tener problemas. Bastantes tenía ya. Había roto con Ava Gardner una vez más y sabía que ahora las cosas no serían tan fáciles de arreglar. No importaba. Ya no importaba nada.

Nunca fue fácil aquella relación, que comenzó cuando Sinatra aún seguía casado con su primera mujer, Nancy, la novia del barrio, la de toda la vida. Tenía tres hijos y una vida un tanto movida, así que prefirieron llevarlo en secreto durante algún tiempo. Pero era imposible encerrar un vendaval como aquel entre cuatro paredes, así que, tanto uno como la otra, decidieron hacerlo público. No fue su mejor idea.

Desde que fueron fotografiados, la moralidad norteamericana no les iba a perdonar, ni a ponerles fácil la felicidad que ambos pensaban que merecían como cualquier otro ser humano. La realidad fue otra muy distinta. La Gardner no entendía por qué la gente los juzgaba, por qué debían recibir avalanchas de cartas que se dirigían a ella como «Querida puta». Por supuesto, con él todo era algo más suave. Los hombres nunca tienen la culpa. Fue ella la que se metió en un matrimonio feliz, ella la que destruyó una familia modélica, tradicional y católica…

Lo cierto era que Sinatra, un pertinaz mujeriego, tenía tendencia a hacer añicos a cuanta mujer metía en su vida. Ava Gardner no podía entender que la gente pudiera odiarla tanto tan solo por enamorarse. Era normal quedar atrapada en las redes de Sinatra. Su entrepierna tenía mucho que ver.

La acusaban de ser una Jezabel, una «destrozahogares», una

víbora, una fulana. La amenazaron con prohibir sus películas e, incluso, recibió cartas de algunos curas católicos que le escribían para advertirla del mal que estaba causando a una buena familia y la instaban a alejarse de aquella vida y volver al buen camino. Como si Ava Gardner necesitara que un cura le indicara el camino al infierno.

Tampoco era una situación fácil para Nancy Sinatra, que se sentía cansada de tener que aguantar la lástima, la pena, que algunos le profesaban. Sabía con quién se había casado. Sabía que era difícil pillar a su marido con la bragueta subida, así que el escándalo Gardner la superó como no lo había hecho ninguna historia de cuernos que ella hubiese conocido antes.

El 24 de febrero de 1950 emitió un comunicado anunciando su separación, que no su divorcio. No iba a ponérselo tan fácil al esposo adúltero, al que tanto empeño había puesto en humillarla. Porque no, grave no era que le fuera infiel, sino que se hubiese sabido.

Sinatra se sentía muy presionado en lo económico por la pensión que debía pasar a sus tres hijos y porque su carrera estaba en caída libre y no tenía que ver con Ava Gardner, que iba adquiriendo cada vez más notoriedad como la morena de Hollywood. Y, a pesar de ello, sus famosísimas peleas nunca fueron por motivos profesionales. De hecho, ella llegó a declarar: «Era otra clase de celos los que sentíamos en los huesos. Celos primitivos, apasionados, amargos, punzantes, elementales, de dientes ensangrentados, celos románticos. Era nuestro veneno. Acusaciones y contraacusaciones, de eso trataban nuestras peleas». La pasión los llevaba a una muerte personal lenta y nada silenciosa.

Peleas que acabaron por convertirse en rutinarias y en escándalos fijos en la comidilla hollywoodiense. No hacía falta demasiado: mirar a una camarera, recibir la llamada de Howard Hughes… Era el tipo de pareja de la que Marilyn quería huir: escandalosa y destructiva. Ava Gardner se sintió aliviada cuando dejó Nueva York junto a su hermana Bappie para viajar a Londres y Barcelona para el rodaje de *Pandora y el holandés errante*.

Fue entonces, en la Costa Brava, cuando le fue infiel por primera vez a Frank Sinatra con Mario Cabré. La historia llegó a oídos del italoamericano, que se presentó en Barcelona. Ella le prometió que

no había pasado nada entre ellos, que los rumores no eran más que una campaña publicitaria para lanzar la película. Sinatra no se movió de España hasta que terminó el rodaje.

A su regreso a Estados Unidos, el asunto Cabré provocó otro grave enfrentamiento entre la pareja. Ella siguió negándolo. Él le prometió que podía contárselo, que no ocurriría nada. Era normal equivocarse. ¿Quién no se ha equivocado alguna vez? Ava Gardner cayó en la trampa y se lo contó todo. Por supuesto Sinatra no era tan comprensivo y la pelea fue una de las más violentas que protagonizaron.

Tanto que ella decidió huir en mitad de la noche a Los Ángeles. No quería volver a saber nada de Sinatra. Era la ruptura definitiva. Ella, «el animal más bello del mundo», como la llamó Hemingway se había cansado de un amor de ida y vuelta. Se había aburrido de los incomprensibles celos de aquel italiano bajito. Guapo, sí, pero bajito y de carácter cambiante.

Y estuvo segura de su decisión hasta que a medianoche recibió una llamada que la avisaba de que Sinatra había ingresado por una sobredosis de barbitúricos. Ella voló inmediatamente a su lado. Las víctimas, las cuidadoras, las dolientes, las salvadoras. A eso se ha reducido todo en la historia del amor. De eso comenzaron a cansarse las mujeres en cuanto comprendieron que su vida era mucho más valiosa que el hombre que tenían al lado.

Empezó a convencerse de que las aguas volverían a su cauce en cuanto él firmara el divorcio y se pudieran casar y formalizar su relación. Dejarían de ser los adúlteros de Hollywood para ser una pareja normal, que se amaba. Pero llegó el divorcio y con él la boda y las peleas no solo no cesaron, sino que se convirtieron en algo mucho más serio. Tanto que, en más de una ocasión, tuvo que personarse la policía en casa del matrimonio para intentar poner calma.

La Gardner no aguantaba una bofetada sin responder con otra. Pero la violencia se construye con fuerza y ella no la poseía. Lo que sí tenía era algo que le faltaba a Marilyn, el apoyo de una hermana que siempre se había mantenido a su lado.

Pero se amaban. Por encima de cualquier cosa, se amaban como solo dos locos pueden hacerlo. De hecho, fue Ava Gardner quien impulsó de nuevo la carrera de Sinatra. Él quería conseguir el papel

de Maggio en *De aquí a la eternidad*. En el estudio querían a Eli Wallach, pero la Gardner habló para que le hiciesen una prueba. Sinatra consiguió el papel, un papel que lo lanzó de nuevo.

Mientras, ella se fue a África a rodar *Mogambo*, donde descubrió que estaba embarazada. Después de pensarlo mucho, supo que no podría prestarle atención al bebé; la Metro penalizaba a las actrices que tuvieran hijos. Habló con John Ford y se fue a Londres a abortar. Después de aquel, vendría otro aborto del que Sinatra sí se enteró. No le reprochó la decisión. Él ya tenía prole, una muy cara. Así que el nacimiento de otro Sinatra no era sino una tortura más, no un motivo de alegría.

Después de eso, la pareja inició una gira por Italia que fue el inicio del fin. *De aquí a la eternidad* fue un éxito y puso a Sinatra de nuevo entre los actores más famosos. Pero su matrimonio se desmoronaba. Gardner dijo: «Una vez que las cosas comienzan a romper la fachada de un matrimonio, una vez que pierdes la confianza en lo que está diciendo el hombre al que amas, ya no hay nada que salvar».

A finales del año 53, la Metro sacó un comunicado anunciando la separación de la pareja. La Gardner se refugió en Palm Springs y luego se fue a Italia. Sinatra se encerró en el piso de su amigo Van Heusen, en la calle 57. Allí, una noche de noviembre, cuando se quedó solo tras haber bebido y tomado pastillas en grandes cantidades, fue a la cocina y se cortó las venas.

En aquellas circunstancias, conoció Sinatra a Marilyn Monroe. Ella ya no era la esposa de DiMaggio y Sinatra dejaba volar a Ava Gardner. Eran dos drogadictos acostumbrados a la violencia, los excesos y la falta de respeto. Lo que ellos profesaban era el amor a través de la destrucción: uno era Nerón; la otra, Roma ante el desastre inevitable.

Desde el principio parecieron entenderse. No hay nada como dos personas heridas para formar una alianza fuerte. Al fin y al cabo, tenían un enemigo común: el mundo. Marilyn y Sinatra comenzaron a frecuentarse, a quedar para tomar algo para charlar del desamor y de sus ex, de lo infelices que eran. Los dos se entendían y se consolaban de una manera totalmente inocente en principio.

Fue una noche, después de cenar y beber juntos, cuando a

Sinatra se le ocurrió la idea.

—¿Por qué no vienes a vivir conmigo una temporada, rubia?, —preguntó como quien hace sobre el vino.

—¿Crees que es buena idea? ¿No estaremos dándole comida a la prensa sin que tan siquiera que salir a la jungla a ver qué cazan?

—Que les den. La prensa siempre hace lo que quiere. No les importa si tú y yo somos solo amigos o, realmente, somos amantes, solo ven a dos actores, dos trozos de carne que pueden explotar de una u otra forma. Que les den. Vente a casa, Marilyn. Al menos, no estaremos solos. ¿Es que no te sientes sola?

—Sabes que sí, que las noches son horribles y las mañanas exasperantes. Hasta que te veo, no comienzo a tranquilizarme. Lo peor es que se me hace raro que no tengamos nada. Estamos condenados al sexo. El sexo es una maldición para ti y para mí. —Las palabras patinaban en la lengua de una Marilyn poco sobria.

—Vente y así no estaremos solos. Seremos dos soledades juntas y dispares.

—¿Por qué no?, —terminó concediendo ella con una sonrisa dulce—. Hagámoslo, Frank. Dejemos de estar solos.

Estuvieron viviendo unos días en la más fraternal de las camaraderías. No había ninguna malicia por ninguna de las partes. Ambos sabían que querían al otro, pero no en la forma en la que un hombre y una mujer se quieren.

Durante uno de los conciertos que ofreció el Rat Pack, Marilyn apareció entre el público. De inmediato, Bishop, que hacía el monólogo de introducción a la actuación, desapareció bajo la luz cegadora que desprendía ella. Le sacaron una silla (el lleno era absoluto) y la sentaron en primera fila. Bishop la miró a los ojos y le soltó:

—Creí haberte dicho que me esperases en la furgoneta.

Marilyn comenzó a reír y gritó:

—¡Que entre ya Frankie!

Nadie creía que solo fueran amigos. Pero así era. No había nada sexual entre ellos en aquel momento. No habían tenido necesidad de ningún encuentro más allá de las charlas, las risas y los llantos. Los cuerpos habían sido borrados de su vida en común para dejar que solo las almas recibieran alivio.

Al menos, así fue hasta que una madruga Sinatra fue a la cocina

y encontró a la rubia desnuda, como solía andar siempre por la casa, frente a la nevera:

—¡Oh, Frankie! No sabía que te levantaras tan temprano. Tampoco tu amiguito —dijo divertida, observando cómo el pantalón de pijama de Sinatra adquiría vida propia.

Horas después, tumbada en la cama, recordó lo que le había dicho Ava Gardner a John Huston cuando este le pidió que le contara por qué estaba con «ese canijo de cincuenta kilos»: «Hay tres kilos de Sinatra y cuarenta y siete de polla». Sí, la fama de Sinatra como amante estaba justificada. Ahora, tenía que poner todas sus fuerzas en no enamorarse de él.

Los dos intentaron no sentir nada más allá del deseo sexual. Los dos fracasaron. En principio solo fueron amantes, pero, poco a poco, Sinatra comenzó a sentir algo por la rubia y ella por él. No querían reconocerlo, pero así era.

Él le compró los regalos más caros, incluidos los derechos de *Born yesterday*, con el objetivo de que ella se convirtiera en la protagonista del *remake*.

DiMaggio se enteró de que Sinatra alojaba en su casa a Marilyn. Montó en cólera y retiró el saludo al cantante. Dos italianos que habían llegado a la cima desde lo más profundo de la América de los Sueños, enfrentados por la «tentación».

Su relación amorosa duró apenas un mes. Cuando la dieron por finalizada, ninguno de los dos podía imaginar que el destino les tenía reservada una vuelta de tuerca más. El círculo parecía estrecharse en torno a ella.

Sinatra siempre sintió la necesidad de estar rodeado de amigos que le fueran leales. Gente que no se moviera de su lado y compartiera con él sus grandes ambiciones y su obsesión por el tabaco, el alcohol y la vida nocturna.

Este reducido número de amigos comenzó con reuniones en casa de Humphrey Bogart, vecino de Sinatra en Hollywood. De hecho, fue Lauren Bacall, la mujer de Bogart, la que los bautizó como los Rat Pack.

Cuando a Bogart le diagnosticaron cáncer de esófago, la relación entre ambos se estrechó. Una vez muerto Bogart, Sinatra no solo tomó el mando del Rat Pack, sino también de Lauren Bacall. Se casó

con ella. Entre los miembros del grupo estaban Dean Martin, Sammy Davis Jr., Joey Bishop y Peter Lawford. Una de las principales actividades del Rat Pack era la sexual, que se disparaba cuando estaban en Las Vegas.

Las chicas solían esperarlos en los salones de algunos de los hoteles que controlaba la mafia, tan cercana a Sinatra, o él a ella. Allí pasaban la noche en orgías nada sigilosas. En alguna ocasión acabaron en comisaría, denunciados por escándalo.

La fama de grandes seductores no le pasó desapercibida a Kennedy, que quiso ingresar de inmediato en aquella hermandad de alcohólicos, juerguistas y apolos de medio pelo. Ellos se convirtieron en los proveedores de mujeres para el presidente.

Sinatra mantenía por entonces una vinculación con JFK. Lo había apoyado incluso en la campaña para las primarias y le había aportado apoyo económico para acabar organizando la fiesta del triunfo cuando ganó las elecciones.

La figura clave de esta unión era Peter Lawford, cuñado de Kennedy y miembro destacado de la Banda de las Ratas.

Pero hubo un momento en el que la fama del Rat Pack comenzó a ser molesta. No era la clase de amigos que debía tener un presidente católico. Los asesores de JFK, encabezados por su hermano, le aconsejaron que se fuera alejando. No era bueno para su imagen.

Aquello no le sentaría nada bien al cabecilla de las Ratas, que tenía claro que la venganza nunca debe tener prisa. Hay que saborearla. Hay que planearla con cuidado y ser constante. De momento, Lawford ya no formaba parte de aquello.

Marilyn y Frank Sinatra

—Lo suyo con Sinatra no fue nada serio, ¿verdad?

—Depende de a lo que usted llame «serio». Éramos amigos. El sexo siempre es secundario, aunque usted no lo crea.

—La verdad es que yo no creo nada.

—Pues, entonces, está bien que yo le puntualice: Frankie y yo fuimos grandes amigos.

—¿Fueron? ¿Ya no lo son?

—Prefiero no contestar. Al menos, de momento. Ya tendremos tiempo de hablar de eso. Pero digamos que conocerlo no fue lo

mejor que pudo pasarme.

CAPÍTULO 17
MARLON BRANDO Y LEE STRASBERG

Tras su divorcio de DiMaggio, Marilyn decidió no volver a Los Ángeles durante un tiempo. *La tentación vive arriba* estaba siendo un éxito, pero era consciente de que ningún director la veía más allá de lo físico y quería que aquello acabase.

Decidió quedarse un tiempo en Nueva York, tenía que recomponer su vida. Encontrar el cabo de una cuerda enmarañada no es nada fácil, pero se encuentra y, entonces, una tira. Así se consigue desenredar una bobina de lana o llegar al otro nudo. Tumbada en la cama, observaba cómo caían las hojas de los árboles a través de la ventana de su apartamento. Tenía frío, pero no quería taparse. Le gustaba sentir que su piel se erizaba. Eran como pequeños calambres que la mantenían viva. Aguantaba hasta que sus dientes castañeteaban. Solo entonces se cubría con el edredón.

No tenía ganas de salir, no quería ver a nadie, tan solo dejar que las horas pasaran y, con ellas, la angustia. Tenía la sensación de fracasar en todo lo que emprendía como ser humano. La actriz era otra cosa. Era la gallina de los huevos de oro, pero ella apenas sí veía el nido de cobre. Sabía que era un fenómeno taquillero, pero la trataban como si fuera la vendedora de palomitas. ¿Por qué no conseguía que nada funcionara en su vida? No era fácil saberlo, pero eso era exactamente lo que sucedía: nada funcionaba. Se metió bajo el edredón y se tapó hasta la cabeza.

No quería llorar, ya lo había hecho demasiado. Tampoco le gustaba quejarse, había gente que estaba mucho peor, pero también que estaban mejor. Tendemos a compararnos con lo que resulta inalcanzable. Ella no era una excepción. Le habría gustado darle un hijo a Joe…

Resopló angustiada y el hermetismo de la ropa de cama, repeliendo cualquier hueco de aire limpio, le devolvió su aliento cargado. Hacía un par de días que no se lavaba los dientes. Hacía un par de días que no se aseaba. Pedía algo de comida, bastante

bebida, y permanecía desnuda y en la cama. Su psicoanalista ya le había advertido del peligro que entrañaba mezclar barbitúricos y alcohol. Pero ¿qué sabía él del dolor, de la necesidad de dejar de sentir, del deseo de adormecer todos y cada uno de los sentidos? Y dormir… Dormir hasta que todo se arreglara, hasta que su vida fuera otra, más bonita, mejor.

Sonó el teléfono. Asomó la nariz intentando decidir si debía o no cogerlo. Decidió que no. La persona que estaba al otro lado del hilo parecía dispuesta a no desistir y continuó llamando hasta que ella, exasperada, decidió que era mejor acabar con aquello de una vez.

Se levantó y paseó su blanca desnudez hasta el aparato.

—Dígame —respondió, furiosa.

—Perdone, creía que estaba llamando al apartamento de la señorita Monroe, no al de una pantera.

—¿Marlon?

—¿Qué haces, nena?

—Nada, pasar el rato en casa.

—¿El rato? El portero acaba de decirme que hace días que no sales.

—Bueno, no tenía nada que hacer. ¿Has estado aquí?

—Estás en Nueva York, siempre hay algo que hacer en Nueva York. Y, no, no he estado, estoy aquí abajo. Así que, como te conozco, tienes una hora para volver a ser Marilyn Monroe, la que todo hombre y mujer con buen gusto quiere follarse, y venir a mi encuentro en
Moe's.
Está aquí al lado.

—Sé dónde está. Espérame. —Hizo ademán de colgar, pero pareció acordarse de algo importante de pronto y volvió a llevarse el auricular a la oreja—. ¡Oh, Marlon, qué bien que hayas venido!

—Déjate de cháchara y baja si no quieres que suba yo a buscarte.

Colgó con una sonrisa franca tatuada en el rostro. Se desperezó y acarició sus caderas. Se metió en la ducha y dejó que el agua recorriera su piel. El calor la calmaba, por eso le gustaba el frío, porque no quería que sus sentidos se adormecieran. El dolor te mantiene despierta, te mantiene alerta y, en cierta medida, te mantiene viva. Se lavó con premura, no quería hacerlo esperar

demasiado. Sabía que él no tenía que estar en Nueva York esos días, así que, si estaba, era porque había ido a verla a ella.

Se cubrió la cabeza con un pañuelo por dos razones: no quería que la reconocieran demasiado y tenía el pelo aún sucio; se puso las gafas de sol, unos pantalones de lana, un jersey de cuello de cisne y unos zapatos planos.

Corrió al encuentro de Marlon Brando que, tal y como le había dicho, la esperaba en el

Moe's.

Allí estaba, de espaldas a la puerta, lejos de la mirada indiscreta de la gente que entraba y salía. El dueño del local tenía especial cuidado con la gente del cine que pasaba por allí. No quería que nadie molestara a su selecta clientela.

Marilyn se acercó sin hacer ruido, lo agarró por el cuello y le susurró al oído:

—Señor Brando, queda detenido por ser tan guapo.

Él se giró riendo, se puso en pie y se fundieron en un abrazo larguísimo. Hacía mucho que no se veían, pero Marlon era uno de los pocos actores que la había tratado con respeto. Incluso diría con admiración.

—Estás increíble —dijo a modo de saludo, mientras la alejaba para verla mejor.

—No es cierto, pero muchas gracias.

Tomaron asiento. Él pidió un *whisky* y ella champán. Henry, el que Marilyn consideraba su camarero particular, se apresuró a servirles lo que habían pedido.

—Señorita Monroe, perdone que la moleste —dijo el chico sin desviar ni por un segundo la mirada de los vasos que estaba llenado —, pero es que he visto su película y, en serio, está usted increíble.

—¿Has vuelto a verla? ¿Cuántas veces van ya, Henry, tres?

—Seis, pero no me canso, y con el «salvoconducto» que me dio usted, no me cobran la entrada. —Guiñó—. Esto va por mi cuenta —dijo el chico, dejando dos chupitos de tequila sobre la mesa.

—Henry…

—Por favor, señorita Monroe, es lo menos que puedo hacer por usted. ¿Está mejor?

—Sí, Henry, mucho mejor.

El camarero se despidió con una ligera inclinación. Brando lo

vio alejarse y miró a Marilyn, divertido.

—Otro pobre imberbe que cae seducido ante los encantos de la Monroe —soltó mientras se llevaba la mano al corazón en un gesto teatral.

—No digas tonterías. ¿Ves a aquel chico que está allí, junto al ventanal?

—¿Aquel mulato que parece querer esconderse?

—No te gires tanto, no seas payaso. Pero sí, ese mismo.

—Claro que lo veo, es en lo primero que me fijé cuando entré en este garito.

—Es su novio.

—No…

—Sí.

—Dime, Marilyn, ¿con cuántas mujeres te has acostado?

—Con bastantes, pero los hombres ganan en cantidad. —Sonrió mientras se acercaba la copa a los labios.

—Pero con alguna, ¿verdad?

—Ya me conoces… ¿A qué viene esto?

—A que ese chico está hasta los huesos por ti.

—Deja de decir estupideces y cuéntame por qué estás aquí. Deberías estar en Florida, ¿no? ¿No empiezas a trabajar mañana?

—He pedido permiso al estudio para estar aquí hoy.

Se miraron a los ojos con complicidad y rieron a mandíbula batiente. Los dos sabían que Marlon Brando no pedía permiso para casi nada en esta vida, así que lo del estudio no coló.

—Ahora en serio, ¿cómo estás?

—Bien —respondió seca antes de dar un sorbo largo.

Henry se acercó de inmediato a rellenársela.

—Vamos, Marilyn… —soltó él mientras seguía con la mirada a Henry—. Soy yo.

—No sé qué decirte. Estoy triste, aunque ya debería estar acostumbrada a fracasar, ¿no? Esa soy yo.

—¿Fracasar? Tienes una película en cartelera que está arrasando con todos nosotros. No me extrañaría que las actrices se unieran para asesinarte entre todas. Parece que ninguna existe desde que apareció la gran Marilyn.

—No deberían, ellas cobran más y las toman más en serio —respondió con la voz llena de sombras.

—Y, por si fuera poco, te has sacudido, como si fuera un pelo de gato en el jersey, al jugador.

—No me lo he sacudido, no seas así.

—Puede que ahora no te des cuenta, pero te has quitado un gran peso de encima. Hazme caso. Sé tanto de hombres como de mujeres. Has ganado tú, nena.

—Será como dices.

—Marilyn, he visto los moratones. Sé que te pegaba.

—Bueno, es lo que hacéis los hombres. —Apuró de nuevo su copa y Brando hizo lo propio.

Ahí estaba Henry listo para saciar la sed de los dos. Henry, diligente y silencioso.

—No todos somos iguales y lo sabes.

—No quiero hablar de Joe.

—De acuerdo —cedió él—, hablemos de otra cosa. ¿Qué planes tienes? Porque si me dices que vas a volver a encerrarte una semana en ese deprimente apartamento, te daré la razón y juro por Dios que te azotaré hasta que deseches esa ridícula idea.

—¿Sabes qué me gustaría de verdad? —Su dedo índice paseaba por el borde de la copa.

—Dímelo.

—Me gustaría dejar de ser yo. No, no te asustes —se interrumpió enseguida al ver la cara de Brando—. Lo que quiero decir es que me gustaría que dejaran de tomarme por esa rubia estúpida que dirá que sí a todo porque no le queda más remedio.

Él la miró con cierta tristeza. Conocía a Marilyn desde hacía ya algún tiempo, sabía cuáles habían sido sus inicios y que una mujer como ella no lo tendría fácil para conseguir lo que se había propuesto. Los estudios tendían a cosificarlos a todos, mucho más a ella, que se salía de los estándares, que se comía la cámara y capturaba al espectador tan solo con una caída de párpados. Marilyn Monroe era Marilyn Monroe, con todo lo que ello conllevaba de malo, y no sería fácil que la dejaran salirse del guion porque los guiones estaban para seguirlos. Sin ellos, la película se iba al garete.

Los estudios ya tenían la fórmula exacta del éxito, ¿cómo iban a permitirle que, de pronto, dejara de ser lo que ellos habían fabricado poniendo tanto dinero? El cine, en contra de lo que ella

siempre había pensado, no era una gran familia. Tan solo era un negocio en el que la mercancía eran los actores. Podías dedicarte al *whisky*, a la carne, a la prostitución, a aceptar dinero de gánsters y guardarlo en el bolsillo de tu pulcro uniforme azul… Todo era dinero, todo significaba dinero, todo costaba dinero y ese es el bien más preciado de una sociedad que aspira a ser la mejor.

Brando sabía que ella era mucho más que aquel Frankenstein hermoso que habían construido. Era una fuerza imparable con un talento que ni el más idiota podría haber obviado.

—¿Por qué no pruebas en el
Actor's
Studio?, —le preguntó Marlon Brando, llamando a Henry, que tardó medio segundo en llegar a la mesa—. ¿Puedes decirnos qué podemos comer en un antro como este? Me temo que, a mi amiga, no sé por qué extraña razón, le gusta estar aquí.

—Ahora mismo, señor —respondió complaciente Henry, que notó una mano fuerte que le palmeó el culo cuando se dio la vuelta.

—¿Estás segura de que no quieres nada con él? Es un buen semental.

—Marlon… —protestó ella queriendo parecer disgustada.

Unas horas después los dos estaban sentados en el suelo del apartamento de Marilyn, con la espalda apoyada en la cama y una botella envuelta en una bolsa de papel que iba y venía de una mano delicada a otra fuerte.

—Sabes que no te van a permitir dejar de ser Marilyn, ¿verdad?

—Intuyo que no será fácil, sí.

—«No será fácil» es poco. Será un infierno. Han invertido mucho dinero en crearte y piensan que les perteneces.

Los dos hablaban arrastrando las palabras, borrachos y felices.

—Yo no le pertenezco a nadie. Nadie me ha querido nunca para sí.

Le pasó el brazo por el hombro y la atrajo contra su cuerpo. Ella se acurrucó en el suelo y apoyó la cabeza en sus piernas. Él le acarició el pelo con suavidad.

—Nadie nos quiere, Marilyn, por eso estamos aquí. Nos desean como se puede desear un Mustang, pero nadie nos ve más allá de lo que aparentamos ser.

—Yo te veo.

Él sonrió con melancolía, se dobló por la cintura para besarla en la frente y continuó acariciándole el pelo.

—Siempre he sabido que eres una gran actriz.

—Lo dices porque estás borracho.

—Lo digo porque es verdad.

—No vas a llevarme a la cama.

Él rio con estruendo. Dio otro sorbo a la botella y la dejó caer como si pesara cien kilos sobre la moqueta.

—Debo de ser el único hombre del mundo que nunca ha querido llevarte a la cama.

—Puede ser.

—¿Por qué no vamos mañana al Actor's?

—¿Lo dices en serio?, —gritó ella, abandonando todo vestigio de ebriedad.

—Claro. Te presentaré a Lee Strasberg. Es un tipo curioso y su mujer resulta un poco siniestra, pero estoy convencido de que van a quererte en cuanto te vean. Además, te vendrá bien estar lejos de Hollywood un tiempo. Vamos a conseguir que dejes de ser invisible.

—Está bien, caballero, me ha seducido usted. Puede llevarme a la cama.

Los dos se pusieron en pie con bastante dificultad, cayeron sobre el colchón, se besaron y se quedaron dormidos sin más.

Anduvieron hasta el 432 West 44th Street, allí estaba el Actor's Studio. Un edificio a modo de iglesia anglicana que se elevaba por debajo de los dos colindantes, lo que le daba aire de hogar de acogida. Su fachada carmesí había sido cobijo de muchos actores y actrices desde que se fundó en 1947. Casi diez años después, allí estaba, tan pequeño por fuera como enorme se había convertido a nivel institucional por dentro a las órdenes de Lee Strasberg.

Cuando Elia Kazan, Cheryl Crawford y Robert Lewis lo fundaron, jamás imaginaron que se convertiría en lugar de referencia para los mejores actores del mundo. Y allí, frente a la puerta, sintiéndose pequeñita y miserable por soñar siquiera con entrar a formar parte de la gran familia del

Actor’s,
se encontraba ella junto a Marlon Brando.

El ruido de los coches sonaba a su espalda, el aire soplaba con la frialdad del invierno que estaba por venir. Quería avanzar, pero parecía que sus pies se habían quedado pegados al asfalto. Marilyn miraba de hito en hito los ladrillos y la puerta blanca que guardaba gran parte de sus sueños. Por eso le resultaba tan infranqueable, porque ella sabía perfectamente que alcanzar los sueños no siempre era la mejor manera de crecer.

—Vamos —la apremió Brando, alargándole la mano—. Ya le he hablado a Lee de ti.

—¿En serio?

Bajó los dos escalones que ya había subido, se acercó a ella y le dijo:

—Si tú no eres capaz de creer en ti, ¿quién va a hacerlo? —La besó en la frente y se fue.

Marilyn lo vio alejarse como lo hacen los hombres importantes, despacio y sin mirar atrás. Sabía que tenía razón, pero llevaba toda su vida conviviendo con el miedo al rechazo y este era más fuerte que todas las ganas que pudiera tener de romper la distancia que la separaba de la puerta.

Estuvo así unos minutos. No terminaba de decidirse a entrar, pero tampoco tenía determinación para irse. Tomó aire, volvió a observar detenidamente el edificio y se convenció de que era lo mejor para ella. Demasiada vida observando desde fuera. Había llegado la hora de entrar, de romper con la monotonía de la pérdida. No quería ser una perdedora, se negaba.

El interior no distaba mucho del exterior. Al cruzar la puerta se encontró con un edificio desangelado, en el que hacía frío. No en un primer momento, pero en cuanto estabas más de diez segundos allí, comenzabas a notar cómo se te helaban los dedos y la punta de la nariz comenzaba a perder sensibilidad.

—¿El señor Strasberg?, —preguntó a una chica con la que se cruzó mientras ella entraba y la otra salía.

—Sigue ese pasillo y a la derecha verás una sala grande. Allí está dando clase.

Continuaron cada una su camino, cuando, de pronto, la chica que salía paró en seco, se giró y dijo:

—Perdona, ¿tú no eres Marilyn Monroe?

No dijo nada, siguió andando sin oír lo que sucedía a su alrededor. Podía haberse derrumbado todo Nueva York y ella no se habría dado cuenta porque iba enfrascada en sus pensamientos.

Siguió las indicaciones de aquella chica que la había reconocido. No quería dar explicaciones. No todavía.

Llegó a la sala y vio a un hombre de pelo cano, bien vestido, elegante, que estaba ordenando unas sillas. Empujó la puerta, que emitió un leve chirrido, y el hombre se volvió hacia ella.

—¿Qué nos ha traído el gato? Es la mismísima Marilyn Monroe.

—¿Señor Strasberg?

Esperaron en su despacho a que llegara Paula, la mujer de Lee Strasberg, una señora de mediana edad, baja estatura y amplio peso. Su semblante le recordó a Marilyn al de una vieja institutriz europea. Inglesa, tal vez. Cuando los tres estuvieron sentados (él tras la mesa, ella al lado y Marilyn enfrente), el señor Strasberg la animó a hablar.

—Antes de nada, dejen que me presente.

—Señorita Monroe, hay un cartel del tamaño de un rascacielos en medio de Nueva York, ¿cree que debe presentarse?, —intervino Paula.

—Esa es la actriz. Siempre he querido que la gente viera en mí no la actriz, sino a la persona real.

—Pues debe de costarle mucho —volvió a hablar Paula.

—Adelante, señorita Monroe.

Les explicó que quería ser respetada, no deseada, que no quería seguir siendo la figura del tamaño de un rascacielos. Ante todo, era actriz y necesitaba que los demás se dieran cuenta, que la tomaran en serio, que no viesen solo su cuerpo, también su talento. De pronto paró, bajó la mirada y suspiró.

—Llevo tanto tiempo diciendo esto que es como si la lluvia cayera sobre un estanque.

—Eso le costará trabajo —la interrumpió él.

—No tiene que convencerme, lo sé.

Lee Strasberg miró a su esposa, que no había perdido el interés por lo que ella había dicho. Estaba convencida de que podían conseguirlo.

—¿Sabe cuál es el método de este centro?, —preguntó él,

retomando de nuevo las riendas de la conversación.

Marilyn negó con la cabeza sin poder apartar la mirada de aquel hombre serio que, de vez en cuando, apoyaba sus palabras buscando la complicidad de su mujer.

—Trabajamos con el «Método» creado por Konstatín Stanislavski. El método de las acciones físicas. El actor debe experimentar emociones semejantes a las que experimenta el personaje. Trabajamos la imaginación, la capacidad de improvisación, la relajación muscular, la respuesta inmediata a una situación imprevista, la reproducción de emociones del pasado, la claridad en la dicción y, sobre todo, la memoria de los cinco sentidos.

»Le enseñaré a olvidar por completo los sentimientos y poner toda la atención en las imágenes internas para que luego pueda vivirlas de la forma más precisa posible. Cuando imagine algo, o traigamos a la mente experiencias de la realidad, o no, solo tendrá relación con el personaje y no con usted. Aprenderá a que su principal preocupación, cuando esté en escena, sea la de reflejar elementos semejantes a los que ocuparían la visión interior del personaje: ambiciones, pensamientos, sentimientos…

»Es decir, señorita Monroe, en esta escuela va usted a trabajar mucho. Y nada tiene que ver con lo que se hace en Hollywood.

—A eso he venido, señor Strasberg. Si quisiera hacer lo mismo, me habría quedado en Los Ángeles. Quiero crecer, necesito crecer. Me siento el ser más pequeño de la tierra. ¿Cómo puedo ser una gran actriz si eso es lo que siento cuando me miro en un espejo?

—Oh, querida, a las mujeres se nos pide demasiado a cambio de nada. No sea usted tan dura consigo misma, deje que lo sean los demás. Es más, incluso aunque no les deje, lo serán, así que tómelo con calma. El ser humano es el único que mata por placer. Téngalo en cuenta cuando se enfrente a esos esnobs.

—Pues no se hable más —cortó en seco Lee Strasberg mientras se ponía en pie dando un sonoro manotazo en la mesa—. Hace un par de semanas que empezaron las clases, pero espero que sea capaz de ponerse al nivel rápidamente. Lo que hacemos aquí no es fácil ni pretendemos que lo sea.

Las siguientes semanas fueron un cúmulo de sensaciones primarias, duras y gratificantes. Las clases no eran fáciles, pero eran, ni más ni

menos, lo que ella estaba buscando. La única forma de crecer es sufrir. Se lo había grabado su madre a fuego en el cerebro.

«Cuando tu cuerpo va a crecer, Norma, te duelen los huesos, las articulaciones… Lo mismo ocurre con el interior: cuando vas a crecer como persona, te duele el alma».

Los alumnos se sentaron formando un semicírculo en torno a Lee Strasberg. El suelo ajedrezado le daba aspecto de partida de ajedrez trucada. Todos estaban como hipnotizados por el profesor que había llevado al Actor's Studio a lo más alto de la consideración entre los actores. El número de alumnos era muy superior al de alumnas, pero no importaba, porque no había más presencia que la de aquel hombre que les pedía que se abandonaran, que se metieran en el papel, que dejasen de ser ellos para ser muchos otros.

—Te digo que es Marilyn Monroe —se oyó una voz que provenía del fondo de la sala.

Strasberg paró la clase, señaló al chico que había hecho el comentario y le pidió que se pusiera en pie. Él lo hizo y miró a Marilyn, que no quiso volverse a ver quién era. Prefirió hacer como si no fuera con ella, pero Strasberg le pidió que también se levantara.

—Creo que usted quiere preguntarle algo a la señorita, ¿no es así?

—No, señor —respondió sin atreverse ahora a mirarlos.

—¿Y usted, señorita, quiere decirle algo a él?

Negó con la cabeza.

—Entonces, podemos proseguir, supongo —dijo Strasberg.

El chico se sentó, pero ella se quedó de pie.

—¿Quiere decir algo, señorita?

Ella miró de reojo al lugar del que momento antes había provenido el comentario.

—Soy Marilyn Monroe, sí. ¿Podríamos dejarlo aquí? Solo quiero aprender, igual que vosotros. No soy más ni menos que vosotros.

Se oyeron unas risas nerviosas. Ella se sentó sin decir nada más. La chica que se sentaba detrás de ella le empujó levemente con un lápiz por la espalda. Se giró de nuevo.

—No les hagas caso. Es cuestión de tiempo. Fíjate, para mí no

eres más importante que yo.

Marilyn sonrió, agradecida.

Más tarde, volvía a estar en el despacho de Strasberg. Su vida estaba a punto de cambiar.

Marilyn y Marlon Brando

—Imagino que la sorprendió que Brando fuera a rescatarla.

—Bueno, Marlon y yo siempre nos hemos tenido mucho cariño. Creo que los dos nos identificamos. Él tampoco lo tuvo fácil, ¿sabe? Admiro el tesón con el que ha trabajado siempre. Y fue mucho más inteligente que yo y no se dejó encasillar.

—Es que es un actor al que difícilmente nadie podría encasillar.

—Bueno, los hombres siempre lo han tenido más fácil.

—¿No cree que el mundo puede cambiar?

—Creo que, si nos resulta complicado cambiar a nosotros, que lo haga el mundo es algo, si no imposible, sí muy costoso. No tengo esperanza en un futuro cercano, no, no la tengo.

—Cuénteme algo de su relación con Marlon Brando.

—Somos amigos, unos magníficos amigos que se quieren, se cuidan y se respetan. Pensará usted que es lo normal.

—Entre un hombre y una mujer, no.

—Ni entre dos hombres o dos mujeres. La amistad no es lo normal. Lo normal son las relaciones sociales en las que alguien busca sacar algo de otra persona. Marlon nunca fue así. Poca gente fue así conmigo.

—Entró en el Actor's por él. Imagino que le estará muy agradecida.

(Ella ríe).

—Los hombres siempre piensan que lo hacemos todo por ellos o gracias a ellos. Es como si fuésemos incapaces de tomar decisiones por nosotras mismas. Entré el Actor's Studio por mí y para mí. Hay muchas mentiras rodando por ahí sobre mí. No siempre me ha salvado o me ha condenado un hombre. No todo lo he hecho por uno ni por dos. No siempre he estado acompañada. Puede que no haya sido mi mejor compañía, pero de ahí a pensar que solo me he movido cuando un hombre me

ha dado permiso…

—¿Por qué se pone tan a la defensiva cuando se le habla de los hombres?

—Quizá porque he tenido que desarrollar una defensa férrea cuando se trata de ellos.

CAPÍTULO 18
LA CAZA DE BRUJAS

En 1950, la Guerra Fría estaba en su cénit después de que la Unión Soviética experimentara con la bomba atómica en el 49 y Mao Zedong llegara al poder ese mismo año. Al año siguiente, comenzaría la guerra de Corea.

En febrero del mismo año, Joseph McCarthy, senador por Wisconsin, intervino denunciando una conspiración comunista en el seno del Departamento de Estado. Lo que estaba haciendo McCarthy, realmente, era iniciar una vergonzosa caza de brujas en la que se vieron envueltos militares y políticos, sí, pero, sobre todo, gente de la televisión y el cine. Todos fueron acusados de pertenecer al partido comunista o de ayudar a regímenes que lo eran.

A ninguno se le aplicó la presunción de inocencia, más bien al contrario. Todos y cada uno de los acusados tuvieron que demostrarla ante una aplicación escandalosa de lo que dieron en llamar «presunción de culpabilidad». Los acusados eran culpables hasta que no demostraran lo contrario. Quienes reconocían su culpa podían exonerarse delatando a compañeros. Muchos lo hicieron. El miedo es libre y cobarde, no lo olvidemos.

Uno de los episodios más famosos fue el de los hermanos Rosenberg, que fueron acusados de haber filtrado a la URSS los secretos de la bomba atómica.

Eisenhower fue elegido en 1952 y se encontraba con un McCarthy en su máximo esplendor, rodeado de fama y gloria. Nadie se atrevía a llevarle la contraria. Era un joven con ansias de notoriedad. No hay nada más peligroso que un idiota con poder.

Los hermanos Rosenberg, si es que alguna vez tuvieron una oportunidad, la perdieron con la unión de Eisenhower y McCarthy. Ambos fueron ejecutados en 1953.

Parecía que nada ni nadie podía parar al senador, que su poder era el del César, y su mano, la de Dios. Llevado por su onanismo

llegó a pensar que nadie se le pondría delante sin que su apisonadora lo dejara con los huesos rotos, el cuerpo sangrando sobre el asfalto que él mismo había mandado hacer para la ocasión. Pero no contó con el cuarto poder ni con que hubiera alguien que dejara de temerlo, que, directamente, jamás le hubiese tenido miedo.

Así que la figura de Murrow lo pilló desprevenido. De pronto, desde la televisión, se alzaba la voz de un periodista que parecía no temerlo, Murrow. Se enfrentó abiertamente contra el senador desde su programa, reclamando la verdad. Se dejó la piel por defender la libertad de expresión que McCarthy deseaba eliminar.

Los programas de Murrow en el 54 fueron un punto de inflexión para la historia televisiva y para la campaña del senador contra los simpatizantes del comunismo.

Tan solo el hecho de que te llamaran a declarar o te marcaran como posible sospechoso te cerraba las puertas para cualquier trabajo que tuviera que ver con la industria del cine o la televisión. De hecho, muchos actores y directores sufrieron tal escarnio. La persecución fue tan cruenta que hizo que gente como Bogart desistiera en su lucha contra McCarthy. No, no denunció a nadie, pero prefirió permanecer en las sombras y seguir trabajando.

La técnica del senador era muy básica, pero muy efectiva. Consistía en lanzar incriminaciones falsas sobre los acusados o incluir a determinadas asociaciones en su lista de organizaciones procomunistas. La técnica que seguían los que, durante la Edad Media, se dedicaban a cazar brujas, donde las acusadas también carecían de la posibilidad de demostrar su inocencia.

La batalla estaba servida. El cine se dividió en dos: los que estaban a favor o en contra de McCarthy. No había más. Incluso dentro del Sindicato de directores hubo enfrentamientos, aunque el más sonado fue el que protagonizaron John Ford (anti McCarthy) y Cecil B. DeMille. Por supuesto, ganó John Ford.

La caza de brujas en Hollywood se encarnizó de tal manera que no había ser humano que pisara sus instalaciones y no entrara en la lista del senador de Wisconsin. Cineastas como Walt Disney, Elia Kazan, Robert Rossen, Budd Schulberg, Sterling Hayden y Adolph Menjou ejercieron de chivatos de la conspiración.

El final de McCarthy, realmente, lo determinó él mismo al

intentar alzarse contra los funcionarios del Pentágono que, bajo ningún concepto, iban a tolerar que alguien como el senador les dijera cómo debían hacer su trabajo. Ellos cuidaban del país, McCarthy solo cuidaba de su estima. Fue expulsado del Comité en una moción de censura por el Senado estadounidense en 1954 por sesenta y siete votos contra veintidós.

—Chicos —dijo Lauren Bacall, robándole un sorbo de *whisky* al vaso de Bogart—, acabo de enterarme.

—No la juzguéis, es buena y cariñosa —dijo su marido en tono jocoso.

Ella le dio un manotazo cómplice en el hombro y pidió al camarero un daiquiri. Allí estaban Gregory Peck, Katherine Hepburn y Sinatra, bebiendo y hablando del «circo de las brujas». Todos coincidían en que hasta que cayese McCarthy, aquello seguiría siendo un sinsentido.

Tenía un contrato pendiente de revisar con la Metro, y de allí llegaba. Cuando acabó le pusieron un coche para llevarla hasta allí. En cuanto cerró la puerta, el chófer la miró por el retrovisor, le sonrió y le dio la enhorabuena. No sabía a qué se refería. «¿Cómo, no se ha enterado? Han expulsado a McCarthy del Comité», soltó sin más. Luego le preguntó dónde quería que la llevase.

—Querida, ¿estás segura?, —preguntó Hepburn, abriendo mucho sus pequeños ojos achinados.

—¡Smith! Pon la radio —ordenó Bogart al camarero.

El bar solo había abierto para darle cobijo a ellos. Tratamiento especial del dueño de la casa. Sus amigos podían entrar cuando quisieran y Smith era el chico de guardia. El camarero obedeció de inmediato y una voz nasal dijo casi en una letanía:

«Nadie ha conseguido hablar con el aún senador McCarthy. Todos lo esperábamos a las puertas del Senado para recoger sus primeras impresiones después de ser expulsado del Comité de Actividades Antiamericanas. Estoy convencido de que no había en el mundo un solo ser vivo que esperase este varapalo que le han dado al senador. Mucho menos él, que ha preferido esconderse en alguno de esos agujeros que ha ido cavando a lo largo del país».

Peck ordenó al camarero que apagase la radio y pidió una ronda para todos. Él invitaba. No, McCarthy invitaba. Y lo hacía porque

era la excusa perfecta para coger una buena cogorza.

Bogart secundó la petición, subiéndose los pantalones. Se veía tan pequeño al lado de la Bacall…

—A ti te viene muy bien —dijo Hepburn, observando cada movimiento de Bogart.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nos abandonaste, Humphrey. Desertaste en cuanto viste tu cabeza pender de la torre.

—Es muy fácil hablar así cuando nadie ha ido a por ti.

—¿Nadie ha ido a por mí? ¿De verdad?, —replicó airada, poniéndose en pie—. He estado sometida a escuchas, me han perseguido…

—¡Basta!, —interrumpió la Bacall.

Un tenso silencio se hizo entre ellos.

—No podemos dejar que esto nos desuna. Son buenas noticias. Todos tuvimos miedo, Kate. No creo que se le pueda reprochar ni a Bogart ni a nadie que huyera. Nos estaban masacrando, estaban acabando con nosotros como si fuésemos cucarachas. A ti y a mí no nos afectó tanto porque somos mujeres, y todos esos políticos piensan que no somos más que un objeto bonito, algo de decoración.

Sinatra sin levantar la vista de su vaso preguntó por Marilyn Monroe.

—¿Dónde ha estado durante todo este tiempo?

—Follándose a medio Hollywood, Frankie —respondió la Hepburn.

Todos se echaron a reír. Marilyn Monroe nunca fue sospechosa de pertenecer al Partido Comunista ni a ningún otro movimiento que requiriese de algún tipo de pensamiento propio. Ella estaba lejos de cualquier problema que implicase un poco de inteligencia. La política era necesaria, ¿quién podía negar eso? Pero no le debía nada a ningún político, no quería estar ni cerca ni lejos, simplemente, no quería estar. Sabía que la censuraban por ello, sabía que no la admitían en el selecto grupo de los «intelectuales de Hollywood», pero le daba absolutamente igual. Sobrevivir era ya demasiado difícil.

Ella necesitaba respirar, necesitaba ser de nuevo. No quería problemas extras. Estaba bien como estaba, así, de mano en mano,

de cama en cama, intentando hacerse un hueco en un mudo en el que la aceptaban a duras penas.

No, Marilyn no fue sospechosa nunca de nada que estuviera lejos del sexo.

Marilyn y la caza de brujas

—¿Usted nunca se pronunció en aquella operación llevada a cabo por McCarthy?

—¿Habría cambiado algo?

—Quizá la percepción que tenían sus compañeros de profesión de usted.

—Nadie me preguntó nunca y es de mala educación dar tu opinión cuando no te la han pedido. De cualquier manera, acompañé a Arthur a testificar ante el Comité cuando fue llamado a declarar.

—Él estrenó *Las brujas de Salem* en mitad de aquel follón, ¿verdad?

—Sí, se la jugó con aquella obra. Pero, tal vez, debería preguntarle a él sobre la cuestión. Yo no sabría contestarle.

—¿Estaba usted a favor de McCarthy?

—Dudo que nadie en sus cabales pudiera estarlo, teniendo en cuenta que las acusaciones que se vertían no tenían ni pies ni cabeza. Se consideraba comunista a todo aquel que no pensara como ellos, a los que no se sometieran. Yo no lo hice, pero era Marilyn Monroe, ¿cómo puede tener una mujer como yo ideas políticas? El razonamiento apenas me daba para peinarme.

—La menospreciaban.

—Lo que usted pretendía es que yo mordiera el anzuelo y soltara todo lo que no he soltado durante años. Pero no soy tan estúpida y no me ha dado usted suficiente champán todavía.

—Ahora mismo pido una copa.

—Pida la botella. Así podremos relajarnos más, ¿no cree?

CAPÍTULO 19
JFK Y ELIA KAZAN

Marilyn estaba con Elia Kazan. Según contaban, uno de los mayores chivatos de la era McCarthy, pero también el fundador del Actor's Studio y un reputado director de cine y teatro. No mantuvieron una relación intensa, lo que quiere decir que se acostaban cada vez que les apetecía. JFK no le pedía fidelidad a Marilyn porque tampoco él iba a dársela.

Marilyn y JFK ya no se escondían. No lo hacían desde hacía unos meses, pero acabando 1956 se les podía ver paseando por la playa de Santa Mónica.

Kennedy se preparaba para ser presidente, así que había muchas voces que le decían que aquello no era bueno para su imagen. Su hermano Rober llegó a preguntarle si estaba dispuesto a arruinar su carrera por «aquella zorrita». Lo cierto era que no hacía más que perpetuar la leyenda de la familia. Leyenda que decía secretamente que cualquier mujer que fuera tocada por un Kennedy sufriría lo indecible. No había consuelo para ninguna que hubiera estado relativamente cerca de ellos.

John Fitzgerald Kennedy no tenía más remedio que aceptar su destino, que no era otro que la Casa Blanca. No había plan B. Los Kennedy debían hacerse con el país más poderoso del mundo. Eso justificaría, además, la fama que tenía de ser el lugar donde cualquier sueño puede cumplirse. Una familia de inmigrantes irlandeses, que habían sabido prosperar a fuerza de «trabajo y tesón», llegando al poder para manejar los hilos de la mayor superpotencia.

Los irlandeses habían sido los que en mayor número emigraron desde Europa intentando huir de la pobreza en la que estaba sumido su país. La Gran Hambruna había acabado con la vida y las esperanzas de muchos, así que el resto, escarmentados en cabeza ajena, buscaron una salida digna tanto en Europa como en los

Estados Unidos.

Eran católicos en su mayoría, lo que los hizo sufrir discriminación hasta unos límites insospechados. Los empresarios preferían a alemanes que no sabían nada de inglés a irlandeses que hablaran la lengua con fluidez. Eran pocos los sitios donde un irlandés pudiera trabajar sintiéndose uno más.

Una historia que siempre les contaba su padre para que supieran la suerte que tenían. Una historia que los hijos creían a medias siempre. Y siempre acabada por la famosa cita de Dickens sobre *Five Points:*

«Este es el lugar: estas sus estrechas andaduras, pestilentes por el barro y la mugre. Aquí transcurren esas vidas, dando los mismos frutos que en cualquier otro lugar. Los rostros rudos y abotargados que asoman a las puertas tienen sus homólogos allá [en Europa] y en el resto del mundo. La degradación ha envejecido las casas prematuramente. Ved cómo se derrumban las vigas consumidas por la carcoma, y cómo las ventanas parcheadas y rotas parecen torcer el gesto como ojos dañados en refriegas de borrachos. Aquí viven muchos cerdos. ¿No se preguntan por qué sus amos caminan erguidos en lugar de hacerlo a cuatro patas? ¿Por qué hablan y no gruñen?».

Lo contaba como si él hubiera estado allí.

—Tú no sabes lo que era vivir en aquel ambiente —aleccionaba a JFK para que dejara a Marilyn, siempre con el mismo discurso.

—Tú tampoco, Jack. No eres uno de esos malditos irlandeses que llegaron a este maldito país a comerse los mocos. Tal vez lo fuera tu padre, pero no tú.

—Cuéntalo de nuevo, padre —pidió Robert mientras se servía otra taza de café.

John permanecía inmóvil en el sillón, observando a su hermano pequeño buscar la aprobación del padre siempre y a este andar por la sala como si fuera el rey del mundo. Apenas hacía dos horas que habían llegado y estaba deseando que se marcharan. Una visita que John no quería que se produjera. Ver a papá Kennedy era sinónimo de servidumbre. De rendir cuentas ante el señor al que rindes vasallaje. John era su plan, no su hijo. Robert no pasaba de ser un lameculos con ganas de ser visto por alguno de los dos.

Marilyn se paseó por la ciudad mientras «los chicos» hablaban de sus cosas. John le había dado dinero para que se comprara lo que quisiera. Era la mejor manera de mantenerla fuera del alcance de la familia. Se avergonzaba de Marilyn y lo hastiaba la pulcritud familiar.

—Las bandas se paseaban por Five Points impunemente: los Conejos Muertos, los Chulos del Barrio y los Pendencieros. La policía no servía de nada. No eran más que una panda de corruptos intocables que deambulaban de un lado a otro pavoneándose como si fueran algo en este país.

—Más o menos como ahora —dijo John, apoyando los codos en las rodillas y escondiendo la cara entre las manos.

—¿Cómo dices?

—Nada, Joe. No he dicho nada —respondió, levantándose del sillón para servirse una copa—. ¿Quieres?

—No quiero y tú no deberías beber tanto en público si vas a ser presidente. No digo que no bebas nunca, pero no en público. Es igual que lo de las mujeres…

—Ahí querías llegar desde el principio, ¿verdad?, —interrumpió.

Robert permanecía en silencio sin atreverse a decir nada. Sabía que cuando su hermano y su padre discutían lo mejor era buscar una trinchera en la que ponerse a salvo y no salir de ella hasta que dejasen de silbar las balas.

John se llevó las manos a la espalda y la arqueó ligeramente. Casi el único movimiento que le habían dejado tras la operación. Estaba atiborrado de medicamentos. Su médico, Max Jacobs, le inyectaba anfetaminas en grandes dosis. También cocaína y LSD.

Necesitaba despegarse de su padre, que lo despreciaba todo, lo estropeaba todo, lo rompía todo, pero sin el que no era nada. Ser senador ya había sido idea del viejo. Ahora quería intentar ser solo John Fitzgerald Kennedy, solo Jack.

—Sabes por qué estamos aquí, John. Tienes que volver.

—No pienso volver. Aún no.

—Jackie ha abortado y la prensa se pregunta dónde está su abnegado marido. Si no eres capaz de estar al lado de tu mujer en momentos como estos, ¿crees que la gente pensará que estarás de su lado cuando seas presidente?

—Sinceramente, me importa muy poco lo que piense la gente.

—Sí, eso lo he notado.

—John, lo que padre quiere decir… —Intentó mediar Robert.

—Cállate, Bobby —gritaron al unísono.

Si hubieran podido asomarse un instante al cerebro de Robert, se habrían dado cuenta de cuánto los odiaba. Siempre en silencio, siempre obediente. El pequeño Bobby debía estar para paliar las necesidades del gran John.

Marilyn llegó a la hora de la cena. Sabía que los Kennedy se habrían marchado mucho antes, pero no quiso jugársela. Paseó por las tiendas más caras, bebió un poco de champán y escuchó a Ella Fitzgeral, una de sus grandes pasiones. No quería ser un estorbo en la carrera política de John, pero tampoco quería estar de más. Y hacía mucho que lo sentía.

—¿Estás bien, querido?, —preguntó al verlo beber, apesadumbrado.

—No, no estoy bien. Mi familia quiere que vuelva, Marilyn.

—¿Ha pasado algo?

—Jackie ha abortado. Por lo visto ha sufrido una hemorragia y ha perdido al bebé.

—Dios santo, John, eso es terrible. Debes correr a su lado inmediatamente.

—¿También tú? Creía que querías que estuviésemos juntos.

—Quiero que estemos juntos, John —dijo ella, sentándose a su lado—, pero no quiero que ella sufra. Sé lo que es perder un hijo. No existe mayor dolor en el mundo. Hazme caso, querido. Vuelve con ella. Estoy convencida de que, una vez que pase todo esto, podremos estar juntos para siempre. Tengamos paciencia.

Aquella misma noche salieron hacia Nueva York. Ella regresaría a sus clases de Literatura en la Universidad nocturna y al Actor’s, y él a sus planes de gobernar los Estados Unidos.

Tumbados en la cama, desnudos bajo las sábanas, se mantenían quietos, exhaustos y silenciosos. Se habían conocido en el Actor’s y se habían gustado. Era normal: Marilyn gustaba a todos y Kazan era un hombre atractivo, con presente y futuro. ¿Por qué iban a privarse de pasarlo bien, aunque fuera de forma clandestina?

Para ella no suponía ningún problema. El problema, si lo había, lo tenía él, y en eso ella no pintaba nada. En contra de lo que pudieran decir, cuando un hombre casado se acuesta con una mujer que no es la suya, el que traiciona es el marido, no la amante. No se hacían preguntas, no había sentimientos, solo sexo. Por eso le extrañó que Kazan le preguntara si se había acostado con Marlon Brando.

—Sí.

—¿Y cómo es en la cama?

—Igual que en la calle, pero tumbado… O no, depende de lo que estemos haciendo —rio mientras se giraba en la cama para mirar a Kazan. Apoyó la cabeza en la mano y se llevó el índice a los labios —. ¿A qué viene ese interés de pronto?

—No sé, siempre me he preguntado cómo sería como amante.

—¿Quieres acostarte con él? Le puedo preguntar si está disponible —dijo divertida.

—¿Crees que después de lo que ha pasado aquí me pueden interesar los hombres?

—Bueno, si solo debo juzgarte por lo de hoy, te diría que quizá los hombres se te den mejor…

Kazan echó a reír seguido por una Marilyn que aún permanecía apoyada en su codo. La luz del atardecer entraba por la ventana proyectando sobre la pared la silueta de la rubia más famosa del mundo.

—¿Te puedo hacer otra pregunta?, —volvió él a la carga.

—Claro, señor Kazan, al fin y al cabo, usted es el director y yo solo la actriz —bromeó ella.

—¿Lo del senador Kennedy también es verdad?

—Pues parece que lo de «intimidad» no se refiere a un espacio reservado solo a quien afecta.

—¿Eso quiere decir que sí?

—Eso, señor director, quiere decir que a usted solo le importa lo que pasa en esta cama cuando está en ella. Ni antes ni después tiene usted jurisdicción. ¿Ha quedado claro?

Kazan levantó las manos por encima de la cabeza como si estuviera siendo detenido. Ella se echó sobre él, lo besó. De pronto, se frenó en seco y se separó un poco para poder verle la cara.

—¿Puedo hacerte una pregunta yo a ti?

—Claro.

—¿Es verdad que delataste a compañeros a cambio de tu libertad?

La apartó y se incorporó en el colchón. Cogió un cigarrillo de la cajetilla que había dejado sobre la mesita de noche y lo encendió. Dio una calada y le pasó el cigarrillo a Marilyn. Se quedó mirando un momento al infinito, que acababa en la pared blanca de aquel apartamento. No era tan fácil como ella lo había hecho ver. No, no lo era. Era mucho más complicado que un sí o un no. Ella le quitó el pitillo y dio otra calada. Él siguió mirando al infinito durante unos segundos.

—No me creo todo lo que dicen por ahí, querido. Si lo hiciera, estaríamos hablando de mi tarifa por estas dos horas, no de McCarthy —dijo estas palabras con una sonrisa dibujada en su rostro y la amargura anclada a su voz.

Marilyn era consciente de que muchas mujeres la odiaban, de los rumores que decían que solo era actriz porque era muy buena bajando los pantalones, no interpretando. Lo sabía y lo aceptaba, pero también tenía claro que no iba a dejar de hacer lo que le viniera en gana solo para conseguir la aprobación de algunos puritanos que se dolían de no ser ellos o ellas quienes se llevara a la cama.

—Creo que nadie imagina lo que ese proceso significó para muchos de nosotros. No importa si di o no nombres. Ellos los sabían, y sino los inventaban. La gente quería un cabeza de turco que no fuese el Gobierno; necesitaban creer en el sistema, aunque el sistema estuviera corrompido.

—Déjalo, no debí preguntarte eso.

—Yo a ti tampoco con quién te ibas a la cama y me has respondido, así que deja que también yo te responda.

Ella le cogió la cara con las dos manos y lo besó en los labios. Después fue bajando por su cuerpo desnudo hasta llegar a la altura del ombligo, alzó la vista y le dijo:

—¿Por qué no me haces el amor de nuevo? ¿O prefieres que llame a Marlon?

Marilyn, JFK y Elia Kazan

—Es muy difícil hablar a la vez de John y de Elia. Elia era tan solo

un divertimento. Lo que me unía a Kennedy era la soledad. Una soledad que compartíamos y que nos fue rompiendo. No hubo más. Me agarré a él de una manera tan desesperada que me hizo daño. Mucho daño. A veces pienso que ni siquiera yo soy consciente de cómo aquella relación me fue destruyendo.

—¿Estuvo Kennedy enamorado de usted?

—Se empeña en preguntarme a mí lo que sienten otros. Empiezo a sospechar que me confunde con una pitonisa.

—Imagino que una mujer se da cuenta de esas cosas, ¿no?

—¿Y un hombre? ¿Puede un hombre darse cuenta de «esas cosas»? Estoy convencida de que cualquier ser humano es capaz de saber lo que siente quien tiene enfrente. Otra cosa es que no quiera decirlo —continuó ella—. No soy quién para hablar de los sentimientos de otra persona. Por el amor de Dios, si apenas puedo hablar de los míos…

—¿Prefiere que hablemos de Elia Kazan?

—Podemos hablar de lo que quiera.

—¿Cómo era Elia Kazan?

—¿En qué sentido?

—En todos, si quiere contármelos.

—Bueno, reservaré alguno para escribirlo en mis memorias cuando sea vieja.

—Pero ¿es que Marilyn Monroe será vieja?

—Eso espero, por una razón sencilla: como aún no han encontrado el elixir de la eterna juventud, si no podemos tomarnos una copa de Dom Perignon dentro de treinta años, es que estaré muerta. Prefiero imaginarme vieja antes que muerta, aunque tampoco crea que me hace demasiada gracia.

—¿Cómo pudo acostarse con un hombre que denunció a sus amigos?

—Porque no los trajo a todos consigo. No habríamos cabido en la cama.

—No va a contestarme, ¿verdad?

—Una vez me acunó cuando tenía muchísima angustia. Y me sugirió que me psicoanalizara. Nadie que se preocupe por quien tiene enfrente puede ser mala persona. La vida, querido, nos lleva a veces por terreno pedregoso.

CAPÍTULO 20
ARTHUR MILLER. «CUÍDAME A MI CHICA»

Todo comenzó con un «Cuídame a mi chica». Petición que le hiciera su entonces amante, Elia Kazan, a Arthur Miller, casado y con dos hijos. Miller aceptó encantado. No todos los días se coincide con la Sex Symbol, ni siquiera asistiendo a todas las fiestas de Hollywood porque ella solo iba a las que daban sus amigos.

Miller se presentó; aunque no hacía falta, Marilyn no solo lo conocía sino que lo admiraba porque era muy aficionada al teatro. La sacó a bailar y pasaron gran parte de la noche así: bailando y riendo, mientras Kazan veía desde una esquina cómo le robaban a «su chica», aprovechando que él flirteaba con otra actriz.

Miller, un hombre que no tenía ninguna dificultad en entablar conversaciones, le preguntó si era cierto que le gustaba el teatro. Ella, un poco molesta, le respondió a regañadientes: «Sé que resulta increíble, pero así es». Se dio cuenta de que había metido la pata, la había prejuzgado como hacían todos.

—No resulta increíble, resulta fascinante que alguien como tú se muestre interesada por un lugar polvoriento y lleno de actores a los que les gustaría hacer cine.

Ella rio y siguió girando al ritmo que marcaba Miller sin prestar atención a nada de lo que sucedía a su alrededor. En aquel momento, el mundo podría haberse abierto bajo sus pies y no se habría dado cuenta.

—Tengo entendido —dijo ella aún con la sonrisa dibujada— que es usted el paladín de los perdidos y los heridos.

—¿Quién le ha dicho semejante majadería? No se deje engañar, señorita Monroe, en el fondo, todos los hombres buscamos lo mismo.

—¿El sexo?

—No, cualquier cosa que hayamos perdido. ¿No le pasa a usted?

Ella volvió a reír. Hacía mucho que no se lo pasaba tan bien. Aquel hombre serio y comedido tenía un sentido del humor que la

volvía loca. El humor, ella lo sabía bien, era signo de inteligencia.

Al acabar la fiesta los dos se despidieron con mucho pesar. Kazan se ofreció a llevar a Marilyn a su apartamento. Cuando llegaron él paró el motor, pero ninguno se atrevía a mirarse. Sabía que aquella noche no tenía nada que hacer y ella no podía dejar de pensar en aquel judío alto y desgarbado que bailaba y reía de una manera tan increíble.

Kazan sabía perfectamente que Marilyn había quedado atrapada por el magnetismo de Miller. No había dejado de bailar con él ni treinta segundos. Ella repetía que era simpático y él, sin creerse lo que sentía, celoso, le reprochó que no fuese capaz de soltarse de su abrazo.

—¿Quieres que suba?

—¿Quieres subir?

—Mi mujer me espera.

—Entonces, ¿por qué me preguntas?

—Porque me gustaría saber si quieres que suba. Llevamos un año viéndonos, Marilyn y sé cómo piensas.

—Pues podrías darme alguna pista, porque ya sabes mucho más que yo.

De pronto, un silencio profundo se adueñó de cada centímetro del aire que había en aquel coche. Marilyn miró la puerta del edificio y suspiró.

—Es tarde, Marilyn. Será mejor que subas. Espero hasta que entres en el edificio.

Ella lo miró por primera vez en toda la noche y le sonrió con una tristeza serena, sabiendo que algo se había terminado con aquella velada.

—Eres un sol, Elia.

—Lo sé —dijo él, mirándola también ahora.

Se besaron tímidamente, como si fueran un par de colegiales que se encuentran por primera vez en una cita improvisada. Ella salió del coche, dio tres pasos y se giró, aguantando el mitón que llevaba al cuello. Miró durante unos instantes el interior del coche donde permanecía Kazan observándola a través de la ventanilla subida. Se estiró para llegar a la manivela y bajarla. Marilyn deshizo sus pasos se agachó y volvió a besarlo.

—Vamos, señorita Monroe, tengo que volver a casa —dijo

sonriendo—. Todas las veces fueron un placer. Quiero que lo sepas.

—Lo sé —soltó divertida ella, y corrió hasta desaparecer tras la puerta del edificio.

En cuanto entró en el edificio, se quitó los tacones. Eran las dos de la mañana y no quería hacer ruido. Subió corriendo a su apartamento, abrió la puerta, se quitó el abrigo, se sirvió un *gin-tonic* y marcó un número.

Esperó cuatro tonos y al otro lado oyó la voz de un nada somnoliento Marlon Brando.

—Hola, Marlon. Estás despierto, ¿verdad?

—Por supuesto, rubia. ¿Estás bien?

—Estoy mejor que nunca. Me he enamorado.

Silencio al otro lado del hilo telefónico.

—¿Sigues ahí?

—Sí, aquí sigo, Marilyn.

—¿No dices nada?

—No sé, tampoco es nada nuevo que te enamores. Además, me pillas con compañía.

—Vaya, no quería molestar.

—Nunca molestas. Lo sabes.

—Mañana hablamos, Marlon, no es nada urgente.

—No. Acabo de ponerme los pantalones. Iba a salir a comprar algo de comida o bebida, ya veré. Deja que me ponga algo por arriba y hablamos. Dame un segundo.

Marilyn aprovechó para quitarse el vestido y quedarse desnuda. Nunca usaba ropa interior. En realidad, era un estorbo. Le gustaba el roce en su cuerpo. Al fin y al cabo, la piel era eso, la suma de sensaciones que podía acumular hasta nuestra muerte. Cogió el teléfono y lo acercó a su cama para poder tumbarse mientras hablaba con Marlon Brando.

—Ya estoy —volvió a oír a través del auricular—. ¿Qué me recomiendas para cenar?

—¿A las dos de la mañana? Prueba con alguna hamburguesería. No creo que encuentres mucho más a estas horas. ¿Tanta hambre tiene la chica?

—¿Quién te ha dicho que sea una chica? —Los dos rieron—. Pero, sí tiene hambre. Llevamos practicando deporte desde las nueve de la noche. Tiene que reponer fuerzas.

Volvió a escucharse la risa de los dos atravesando el espacio y el tiempo para llegar junto al otro. Se habían hecho muy buenos amigos. Marilyn confiaba en Marlon como no confiaba en casi nadie. Sabía que él era de su especie, de la especie de seres humanos que sufren, aunque quieran ocultarlo. No había solución para ellos, pero sí compañía. Le pidió que le contara aquello del amor. Ella quiso dejarlo estar, más por mantener el secreto que por un verdadero interés en que él volviera a la cama.

—Vamos, no te hagas de rogar, ¿quién es el afortunado?

—Arthur Miller.

—¿El escritor?

—Nadie es perfecto.

Marilyn y Arthur Miller

—¿Es verdad que se enamoró a primera vista?

—Yo diría más bien a primer baile.

—Bueno, es natural, Miller era un seductor, ¿no le parece?

—¿Y yo qué era, una gárgola en el castillo de Drácula? Creo que los dos sentimos lo mismo cuando nos vimos.

—No quería ofenderla, de verdad.

—No se preocupe, no podría aunque quisiera. Pero es curioso que los hombres siempre pregunten si nosotras nos enamoramos. Es como si ellos no estuvieran allí o fuésemos solo nosotras las que mostramos interés. Cuando nace algo es porque hay interés mutuo.

—¿Es usted feminista?

—No, pero soy mucho menos rubia de lo que usted cree. De hecho, no todo mi pelo es rubio en la actualidad. Usted da por hecho que me deslumbró la figura de un hombre de éxito, un escritor que se había enfrentado a McCarthy, un señor casado, serio, formal, realista. Lo que olvida es que yo tenía más éxito que él, que me había adherido a los Diez, aunque luego nadie se acordara. Soy seria solo cuando creo que hay que serlo, y formal, aunque no entre dentro de lo que usted cree qué significa esa palabra.

CAPÍTULO 21
ARTHUR MILLER. LA BODA

Corría el año 1951 cuando se dio aquel encuentro y pasaron cinco años de idas y venidas. De sexo y amor ocultos entre tanto sexo a secas, pero también secreto. La vida de Marilyn no encontraba un punto de equilibrio y parecía que jamás lo iba a encontrar hasta que Miller se cansó de aquella situación y le pidió matrimonio.

Un pequeño grupo de periodistas esperaban en la calle frente a la puerta de la casa que ya compartían Marilyn y Arthur. Las críticas, por supuesto, no se habían hecho esperar demasiado. Miller era ese pobre hombre que abandonaba una vida ordenada y sensata, que había forjado junto a su mujer desde hacía diez años y a sus hijos, por culpa de la rubia más peligrosa de todos los tiempos. Parecía que donde Marilyn ponía su cuerpo, sembraba tempestades. Nada más lejos de su intención.

Ella quería paz y solo encontraba guerras. Había sido más feliz en Corea aquellos días que en Los Ángeles durante tantos años. Las críticas le llovieron como antes habían caído sobre Ava Gardner. Una tormenta que parecía no acabar nunca, que, finalmente, acaba calándote hasta los huesos porque no hay impermeable que aguante tal cantidad de agua.

Una de las parejas más controvertidas se iba a casar. Algo por lo que nadie habría apostado, conociendo el carácter de Miller y el de Marilyn. No había manera de imaginar una unión más dispar.

Marilyn le había escrito a Miller en una de las ocasiones en las que tuvieron que separarse: «Es dudosamente difícil entender que tú, el más diferente, más bello ser humano, me eligiese a mí como ser amado». Jamás había sentido nada parecido a lo que sentía ahora por el escritor. Había querido, claro que sí, y lo había hecho con devoción, pero jamás había amado como amaba a Miller. No sabía explicarlo, no podía baremar lo que había sentido por los otros. Jim la había salvado del orfanato, Joe de la soledad, pero Miller… Creía sentir cómo la veía por dentro. Él no pedía que

dejara de ser quien era. Era la primera vez que no lo hacían y se sentía la mujer más afortunada del mundo.

Habían congregado a la prensa a las puertas de su casa en Roxbury, Connecticut, para dar la noticia. Salieron cogidos de la mano; ella se dejaba caer sobre el brazo izquierdo de Miller mientras lo agarraba con la que tenía libre, también la izquierda. Los *flashes* comenzaron a saltar y los periodistas se quitaban la palabra los unos a los otros sin permitir que ninguna pregunta llegara a buen puerto.

Hacía mucho que ella tenía la certeza de que él era el hombre de su vida. Pero esa idea la reforzaba aún más el hecho de que, aparentemente, siempre estuviera ahí para ella cuando más lo necesitaba. Durante el rodaje de *Bus Stop*, Monroe llamó por teléfono a Miller y le dijo:

—¡Oh, papá! No aguantaré.

Él solía llamarla «hija mía», tal vez llevado por la diferencia de edad, once años que a Marilyn no le importaban en absoluto. El rodaje de *Bus Stop* estaba resultando más duro de lo que esperaba.

Aquella fue la película que la encumbró sin estar destinada a rodarla en un principio, porque Joshua Logan, el director, tenía muchas dudas sobre contratar a Marilyn. Ella esperaba un papel como aquel. Lo deseaba desde hacía tanto que ya casi no podía acordarse. Fue Lee Strasberg quien convenció al director de que Marilyn tenía que hacer el papel, estaba escrito para ella.

Logan mantenía una y otra vez que Marilyn no sabía actuar. Pero Strasberg estaba tan convencido de que tenía que ser ella que le aseguró que solo había conocido a dos actores en toda su carrera que destacaran por encima de cualquier otro: Marlon Brando y Marilyn Monroe.

Finalmente, Logan cedió y nunca se arrepintió de hacerlo. De hecho, cuando acabó el rodaje dijo de Marilyn:

«Es una actriz con tanta presencia en la pantalla como Greta Garbo, y una comediante tan buena como Charles Chaplin. Los dos poseen un humor melancólico».

Cherie, el personaje de Marilyn, era de los que más cerca estaba de retratar el alma de la persona. Ella trató a Cherie como si fuera Grùchenka, la protagonista de *Los hermanos Karamazov*. Al fin llegaba un papel que le permitía mostrar sus dotes interpretativas y

dejaba traslucir un ápice de la inteligencia que tantas veces le habían negado.

El de Cherie era un papel para ella que, al final, se volvió contra ella. El grado de exigencia que se aplicaba y le aplicaban los demás la llevó a aficionarse en demasía a los, ya conocidos por ella, narcóticos y barbitúricos para dormir y a las anfetaminas para mantenerse despierta. Cherie, aquella cantante de pueblo, le había dado el respeto que ella reclamaba y le había quitado un trozo de alma. La estabilidad emocional de Marilyn no se asomaba a un precipicio, ahora se instalaba para siempre en él mientras se balanceaba soportando sobre su cabeza el peso de tres elefantes. En el diálogo que mantenía en el autobús con Hope Lange había tanta verdad de Marilyn que ella misma se asustó «del amor y esas tonterías».

Marilyn se estaba rompiendo, pero, por aquel entonces, nadie lo sabía aún.

—¡Oh, papá! No aguantaré.

Se lo dijo a Miller, pero tampoco él quería oír la verdad.

—¿Es cierto que se casan?, —preguntó una periodista, poniéndose de puntillas en mitad del avispero para ver a la pareja.

Miller sonrió:

—Para eso los hemos convocado, para hacer público nuestro compromiso.

Marilyn miró fijamente a Miller a los ojos. Se derretía cuando él hablaba, pero también cuando la miraba. Había un mundo de sensaciones tras aquel hombre que no parecía ser de este universo. Era un hombre de verdad. No era la diferencia de edad, era la diferencia intelectual con todos los hombres con los que ella había estado.

—Señorita Monroe —gritó otra voz, esta vez masculina, desde algún punto que Marilyn tardó en localizar—, ¿está usted enamorada?

—Es la primera vez que estoy realmente enamorada. Arthur es un hombre serio, pero tiene un sentido del humor maravilloso. Estoy loca por él.

—Señor Miller —la voz de la primera periodista—, ¿no cree que es demasiado pronto para casarse de nuevo cuando hace tan poco que ha firmado su divorcio?

—Vaya, le preocupa a usted más eso que a mi ex. Si quiere, le puedo dar su teléfono y hablan sobre el asunto.

Los periodistas, incluida la mujer que había hecho la pregunta, rieron. Marilyn se abrazó a la cintura de Miller mientras observaba cómo todos y todas caían rendidos a sus pies. No hay diferencia entre hombre o mujer cuando se trata de inteligencia.

Marilyn creía que la inteligencia era mucho más importante que cualquier rasgo físico.

—Señorita Monroe, ¿se convertirá al judaísmo?

—Como todos saben, Arthur es judío y yo hace mucho que no creo en nada que no pueda ver, oír o tocar…

—Mejor si se toca, ¿no, señorita Monroe?

Los periodistas echaron a reír.

—Hay palabras que son más sugerentes que una caricia. Tenga un poco de imaginación, no se enclaustre —respondió ella, provocando una nueva risotada en los allí reunidos.

—Marilyn ya es judía —intervino Miller, que no soportaba que se hicieran bromas con su religión—. Eso ya no es un impedimento. Y, por supuesto, quiero agradecerle la celeridad con la que lo ha hecho todo. Reto a cualquier director de Hollywood a que consiga que Marilyn llegue con tanta prontitud a un rodaje.

—Señor Miller, señorita Monroe. —Todas las voces se solapaban en aquella mañana soleada de junio.

—Lo lamentamos mucho, pero tenemos que irnos —intervino de nuevo Miller, intentando poner un poco de calma.

El 29 de junio, día de la boda civil, la pareja iba a atender a la prensa en la casa de Miller de nuevo, pero en la ceremonia no querían a nadie. Por supuesto, hubo una legión de reporteros esperando en la casa para tomar fotos de la pareja camino al altar. Sin embargo, no había ningún movimiento ni fuera ni dentro de la casa.

Mara Scherbatoff, periodista de *Paris Match*, se acordó de que un primo de Miller vivía cerca, así que se dirigió con su compañero, Paul Slade, a la otra dirección. Cuando llegaron, vieron salir un Oldsmobile verde que llevaba a la pareja. Morton, el primo de Arthur Miller, se dio cuenta de que la prensa los perseguía, así que pisó el acelerador.

Se produjo una persecución por una sinuosa y desconocida ruta para los periodistas que acabó con el accidente mortal que le costó la vida a Mara. Atravesó el parabrisas y quedó tendida en el suelo.

Morton frenó y se acercó a la mujer que yacía en la carretera de tierra. Le tomó el pulso, pero no notó nada. Le gritó a Miller, que también había bajado del coche junto a Marilyn:

—¡Está muy mal, Arthur!

Miller corrió a la casa más cercana y pidió que le dejaran telefonear. Necesitaba con urgencia una ambulancia y a la Policía. Marilyn permanecía en estado de *shock*. No podía creer que el día más feliz de su vida comenzara de aquella manera tan espantosa. Mara Scherbatoff era joven. Marilyn se vio reflejada en ella y creyó que aquel era el presagio de que su matrimonio no iba a ser todo lo feliz que ella deseaba.

Miller y Monroe aún no estaban casados, y no querían que su día fuera inolvidable por aquel motivo. En la posterior rueda de prensa, la que tenían prevista dar para darles a todos la buena noticia, él estaba muy nervioso, fumaba sin parar y Marilyn estaba rota. Escondía la cara, como si fuera una niña, tras el brazo de Arthur Miller.

—¿Seguirán adelante con la boda?, —preguntó una voz masculina.

—Oh, no —respondió Marilyn ante un Miller que seguía fumando compulsivamente—. ¿Quién puede pensar en eso ahora?

No tuvieron piedad. La prensa es carroñera y no suelta una buena noticia, ni siquiera si está manchada de sangre. Les preguntaron si sabían que los estaban siguiendo; les reprocharon que acelerasen. Casi los culpaban de haber provocado aquel accidente. Y no era así. No debía haber sido así. No le negaban nada a la prensa, tan solo les habían pedido un poco de paciencia. Iban a hablar con ellos… Nada servía, ya se habían hecho una composición y era la que tenía que encajar en la primera plana del día siguiente.

—¿Lo lamentan?, —preguntó un periodista iluminado.

—Por supuesto que lo lamentamos, y esperamos que la señorita que ha sufrido el accidente se recupere pronto —concluyó Miller.

Se giraron para meterse en casa cuando un periodista les gritó desde atrás:

—Pues deje de desear imposibles, señor Miller, Mara

Scherbatoff, acaba de fallecer en el hospital.

La pareja frenó en seco. Marilyn hizo el amago de volverse, pero él la tomó por los hombros y la ayudó a llegar a la casa. Estaban cansados, no había duda.

—Dios mío, Arthur, si no fuera por nosotros, esa mujer seguiría viva —repetía una y otra vez Marilyn—. Nosotros hemos matado a esa chica. Era tan joven… ¿La viste?

—No hemos sido nosotros, ha sido esta cultura frenética que están alimentando algunos y que hace que una fotografía valga más que la vida de una persona. Si no fuera por esos malditos *paparazzi* y las revistas que los contratan, esa mujer seguiría viva. ¿Qué hemos hecho nosotros, huir?

—Pudimos reducir la velocidad, pudimos dejar que nos hiciera esa estúpida foto.

—Es nuestro día, Marilyn, ¿por qué teníamos que dejar que nos hiciera una foto una persona que no nos conoce de nada y que nos sigue hasta casa de mi primo como una vulgar ladrona? No se conformó con esperarnos aquí, no. Ella necesitaba más. Imagino que le prometieron más dinero si llevaba una imagen nuestra de camino de la ceremonia.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Casarnos, por supuesto. Nosotros no hemos hecho nada malo. Lamento mucho la muerte de esa joven, pero no somos nosotros quienes han apretado el gatillo, sino esas malditas ganas de primicia. Nos tratan como si fuésemos carne sin sentimientos.

—Arthur, no creo que debamos seguir adelante con esto. No hoy.

—Hija mía, no quiero que dudes ahora. No quiero que te sientas culpable, Marilyn. No has hecho nada, ¿lo entiendes?

Ella asintió, tímida, mientras él la obligaba a mirarlo a los ojos sujetándole la barbilla con una mano.

—Descansemos un poco y esta tarde haremos nuestros votos, Marilyn. Créeme, no tenemos culpa de nada.

Ella quería creerlo, necesitaba hacerlo, pero no podía dejar de repetirse una y otra vez que una mujer había muerto el día en que debía contraer matrimonio. Todo por una estúpida foto. Se suponía que debía ser un día de fiesta, no una jornada luctuosa.

Al caer la tarde, Marilyn y Arthur Miller se casaron en el

juzgado de Wetchester County, con el primo Morton y su esposa como únicos testigos. Ningún periodista supo nada y los que allí estaban juraron guardar silencio hasta que se celebrara la boda oficial cuatro días después.

El 1 de julio se celebró a las afueras de Nueva York. Tan solo había veintiséis invitados. Lee Strasberg llevó a Marilyn al altar. En los anillos se podía leer grabado «Ahora es para siempre». Eran felices.

Ella estaba harta de Hollywood y quería ser, por primera vez, una esposa. Tenía una relación maravillosa con los hijos de Miller, de doce y diecinueve años, y también con sus suegros. Sin embargo, no eran ellos quienes la atemorizaban. Marilyn seguía siendo su peor enemiga.

Marilyn y Miller II

No me pregunte nada. El día de mi boda con Arthur Miller fue uno de los más terribles que viví. Obviamente, no por casarme con quien lo hacía, eso era maravilloso, sino por el final que tuvo esa pobre muchacha. Sé la opinión que le merece a Arthur, pero yo creo que solo estaba haciendo su trabajo y nadie merece morir así. No me gustan los *paparazzi*, no me han gustado nunca, pero, por mucho que su trabajo nos resulte molesto en infinidad de ocasiones, es solo eso: su trabajo.

He hablado con muchos de ellos y siempre dicen lo mismo: «A nosotros tampoco nos gusta andar persiguiendo a la gente como si fuesen fugitivos o delincuentes, pero esto es en lo que se ha convertido el periodismo y gran parte de la culpa es de Hollywood».

Estoy de acuerdo con ellos. Hollywood es un lugar en el que están dispuestos a pagarte mil dólares por un beso, pero solo cincuenta centavos por tu alma. Por eso me enamoré aún más de Arthur cuando me dijo que debía dedicarme al teatro. Por el modo en que lo dijo me di cuenta de que era un hombre sensible, y, además, me trataba como a una persona.

Creo que aquel no era el día correcto para ir al altar, el accidente no presagiaba nada bueno, pero nunca dudé, ni por un momento, de que Arthur fuese el hombre de mi vida. Por un lado, me inquietaba dar el «sí, quiero» aquel 29 de junio, pero, por otro, me enamoraba aún más, si eso era posible, que Arthur no aguantara

más para casarse conmigo.

Tanto en la boda civil como en la oficial, tuve la seguridad de que, si no salía bien con aquel hombre, no saldría bien con nadie. Ningún otro había sabido verme y entenderme como lo hacía Arthur. Su familia era maravillosa. Adoraba a sus hijos y a su padre, igual que ellos a mí. Habría dado cualquier cosa por ser su madre de verdad. Me conformaba con estar allí para ellos.

De aquel día me quedo con la sensación de ruptura que sintió mi corazón y la alegría inmensa de estar uniendo mi vida a la suya para siempre.

Ya sabe lo que ponían nuestros anillos, ¿no?: «Ahora es para siempre». No creo que pueda olvidarlo nunca y usted tampoco debería. Siempre había vivido el ahora porque no tenía a la vista un mañana que me ilusionara. Desde aquel día de junio siempre miré el futuro con un optimismo que apenas reconocía en mí.

El matrimonio me hacía sentir más mujer, menos desquiciada. Por primera vez tenía la sensación de estar protegida.

CAPÍTULO 22
LA PRODUCTORA MM.
EL INFIERNO OLIVIER

Hacía ya algún tiempo que Marilyn se había cansado del encasillamiento al que le había sometido la 20th Century Fox. Le había fijado el salario en mil quinientos dólares semanales y jamás accedió a revisarlo. Desde 1954, Marilyn batallaba por ganarse su reconocimiento como ya se había ganado el del público y la crítica. No se trataba de dinero. O sí. Al fin y al cabo, es este el que marca lo bueno que eres. A mayor salario, mejor reputación.

Marilyn daba los toques finales a su proyecto junto al fotógrafo Milton Green: Marilyn Monroe Productions, que se daría a conocer al mundo el 7 de enero de 1955. Se leyó una declaración pública ante ochenta periodistas en casa de su abogado, Fran Delaney. Marilyn poseía el 51 % de la empresa.

No dudó en sentarse en el programa de Edward R. Murrow para explicar por qué había dado el paso. No era una mujer que se escondiera de sus actos. Cuando daba un paso adelante, lo hacía con determinación:

—No me opongo a hacer musicales y comedias, pero también me gustaría hacer películas dramáticas.

La reacción de la Fox no se hizo esperar. Mostraron su indignación por lo que consideraban la traición de un «producto» que ellos habían creado. La demandaron, pensando que la tenían donde querían, que no era nadie sin la productora. Ganó ella y llegaron a un acuerdo no exclusivo con la Fox que le reportó un cheque por lo que debería haber ganado en el pasado y un salario revisado con el que salía muy fortalecida. Además, debía aprobar todos los aspectos principales de las producciones en las que trabajara.

Marilyn Monroe Productions puso en pie dos proyectos: *Bus Stop,* en 1956 y *El príncipe y la corista,* en 1957. De repente, la Monroe tenía más poder que cualquier otra actriz en Hollywood. La

«rubia tonta», aquella que se había acostado con todos porque no tenía el talento para llegar a la cima con sus dotes interpretativas, les ganaba por la mano a todos y a todas. Ahora tendrían que tomarla en serio. Ya nadie volvería a menospreciarla o minusvalorarla.

Durante 1956, la relación entre Monroe y Greene se fue deteriorando. Marilyn sentía que ella hacía todo el trabajo y Greene se contentaba con poner la mano para recoger su parte. A esto hay que unirle que Arthur Miller también quería participar en algo que rompía todos los estereotipos establecidos en Hollywood. Y lo había hecho su mujer.

Marilyn sabía que quería el papel de Elsie Marina desde que vio a Vivian Leigh en el teatro. También sabía que la Fox no le habría permitido ser Chérie ni Elsie, pero con su productora podía hacer lo que quisiera, y lo que quería, por encima de todo, era demostrar que era una actriz, no solo unas curvas bien proporcionadas.

Se hizo con los derechos de la obra para el cine y su productora se encargó de adaptarla y buscar el elenco. La Fox seguía tras su nombre, pero, ahora, mucho más lejos y con menos poder.

Eligió a Laurence Olivier, con quien deseaba trabajar desde hacía mucho. ¿Qué actriz no habría querido ser la coprotagonista en cualquier cosa que hiciera él? Olivier puso una condición, una sola, pero abrumadora: si no era el director de la película, no participaría en ella. Marilyn no sabía dónde se estaba metiendo.

La única vez que Olivier y Marilyn no pelearon fue cuando presentaron la película a los medios. Olivier no sentía ningún respeto por la norteamericana y ella estaba obnubilada ante la presencia de aquel actor al que lo precedía la idea de sublimidad y su título de sir.

El matrimonio Miller viajó hasta Londres para comenzar el rodaje, acompañados siempre de Paula Strasberg.

Al iniciarse el rodaje, Olivier le había dicho expresamente: «Tú limítate a ser *sexy*, querida».

—Tienes que tranquilizarte —le decía tranquilísima Paula Strasberg a una Marilyn sumida en la ansiedad—. Lo que busca ese hombre es verte así; brillar, aunque para eso tenga que apagarte a ti. No vamos a permitírselo.

—Oh, Paula, ¿por qué me odia tanto?

—Porque eres mejor que él. Lo sabe y te teme. Sabe que lo que tú haces no es interpretar, sino vivir el personaje, convertirlo en alguien de verdad. A las mejores no se las admira, se las machaca para poder tener la sensación de superioridad.

—No parece que me estime.

—Tú no buscas estima, Marilyn, buscas ser la mejor y estás en el buen camino. No importa que no te quieran si conseguimos convertirte en la mejor actriz de todos los tiempos. Y puedes hacerlo con mi ayuda. Tienes que olvidarte de todos y centrarte solo en lo que yo te digo. Nadie te conoce mejor.

—Señorita Monroe —oyó una voz juvenil al otro lado de la puerta—, la esperan en el plató. El señor Olivier me ha pedido que venga a buscarla.

—Dígale al señor Olivier que la señorita Monroe irá cuando lo creamos conveniente. No puede actuar si no está preparada —respondió airada Paula Strasberg sin abrir la puerta.

—Pero me ha dicho el señor Olivier… —insistió el chico tímidamente, al otro lado aún.

Marilyn se quitó un zapato y lo lanzó contra la puerta. Él dio un paso atrás y se retiró a paso rápido.

—No voy a poder, Paula. Cada vez que ese hombre me mira tengo la sensación de que ve a un pequeño insecto que se le ha colado en los pantalones y no sabe cómo deshacerse de él.

—¿Te has tomado la pastilla, querida?, —preguntó Paula Strasberg sin más.

—Sí, pero siento que ya no ayudan como antes.

—Espera.

La mujer buscó algo en su bolso, pero no lo encontró. Se puso en pie y salió del camerino para buscarle las otras pastillas, que debían de estar en el otro bolso. Intentaba que no se les olvidaran nunca porque sabía que Marilyn dependía mucho de ellas para poder llevar una vida medio centrada.

Paula Strasberg salió de allí con su oscuro atuendo y su paso rígido. Había desaparecido cuando volvió el chico y llamó de nuevo a la puerta.

—Señorita Monroe, perdone, pero sir Laurence Olivier insiste en que vaya al plató ahora mismo.

La puerta se abrió de golpe y se asomó una Marilyn

desconsolada, nerviosa y apesadumbrada, que lloraba.

—¿Insiste? ¿Quién se ha creído ese estúpido inglés que es? ¿Y yo? ¿Tengo cara de ser su perrita? ¿Cree que puede decirme «Ven aquí» y yo iré moviendo el rabito como si tal cosa?

—Perdone, señorita Monroe, ¿está usted bien?

Ella volvió al interior por toda respuesta. Dejó la puerta entreabierta y se sentó de nuevo frente al espejo. Él entró, mirando por encima de su hombro para asegurarse de que nadie lo viera. Aquella mujer estaba realmente rota. Le había dado la sensación de estar ante un pajarito caído del nido momentos antes de morir.

—¿Puedo ayudarla, señorita Monroe?

Ella lo miró como si lo viera por primera vez y le sonrió con toda la tristeza del mundo guardada entre sus labios.

—¿Tienes algo para tranquilizarme?, —preguntó con dulzura.

—Puedo conseguirle pastillas si quiere, pero, ahora mismo, lo que llevo encima es esto.

Sacó del bolsillo de su chaqueta un cigarrillo de marihuana.

—¿Qué te parece si nos lo fumamos juntos?, —volvió a preguntar ella.

—Si quiere se lo doy, no hace falta que lo compartamos.

—No quiero estar sola…

—Oh, me llamo Colin. Colin Clark, señora y me han pedido que sea su guardaespaldas mientras el señor Miller está fuera del país.

—¿Y entre tus funciones está llamarme a plató?

—Digamos que ser su guardaespaldas es mi segundo trabajo. El primero es ser ayudante de dirección.

Marilyn rio a mandíbula batiente.

—Ya veo que el señor Olivier necesita que me vigilen durante todo el día, ¿no?, —dijo divertida—. Abre esa ventana, Colin Clark. No nos interesa que nadie sepa lo que vamos a hacer ahora.

—Claro, señora.

—Dime algo, Colin, ¿cómo he pasado de señorita a señora tan solo una puerta después?

—El señor Olivier cree que, si la llamo señorita, se dará cuenta de que no hay nadie aquí para defenderla.

Marilyn volvió a reír, pero esta vez con amargura. Olivier tenía razón. No había nadie para defenderla, y ella no podía. Lo había hecho hasta aquel momento. Por eso seguía viva a pesar de todo,

pero, de un tiempo a esa parte, era incapaz de dar un paso sin que alguien le dijera que lo estaba dando correctamente.

—Enciende ese cigarrillo y vamos a relajarnos los dos. Colin Clark, te auguro un gran futuro como mi guardaespaldas. Gracias por tu sinceridad. ¿Sabes que soy yo quien paga esta película?

—No.

—Parece que a ratos también yo lo olvido.

Ambos fumaron hasta que no quedó del cigarro más que la colilla y algunas cenizas que él se afanó en limpiar. Ella estaba mucho más tranquila. Le pidió que la llevara del brazo al plató.

Paula Strasberg llegaba por el pasillo cuando Marilyn salía del brazo de Colin, hablando animadamente. No era posible que también a ella se le fuera de las manos. Marilyn estaba perdida sin ella y, si no se daba cuenta, era que esa muchacha necesitaba más ayuda de la que pudiera llegar a imaginar. Paula Strasberg se había autoelegido como la gran protectora de aquella mujer débil.

Olivier no consiguió entender jamás el carácter de Marilyn, no entendía cómo una mujer tan caprichosa y con tan poco sentido del respeto por el trabajo de los demás había podido convertirse, no solo en una estrella de Hollywood, sino en empresaria. No se lo perdonó entonces y no se lo perdonaría nunca.

—¿De verdad no puedes llegar ni una sola vez puntual?, —le gritó nada más verla.

—Tal vez, si dejaras de tratarme como a una niña malcriada, diera un poco más de mí. Me siento aplastada.

—¿Aplastada? ¿Cómo crees que nos sentimos todos los que estamos trabajando para que la señorita se crea una actriz?

—Acabemos con esto de una vez.

Hora y media después de lo que debía de haber llegado en realidad, apareció, dijo su frase y todos quedaron boquiabiertos.

Estaba cada vez más hundida en el mundo del alcohol y las pastillas que usaba para todo: dormir, estar despierta, adelgazar… En la película, Marilyn lucía un vestido blanco del que hicieron cuatro copias para adaptarlo a los cambios de peso.

Miller la observaba en silencio. Había hecho volar de Nueva York a Londres a su psiquiatra y estaba custodiada por Paula Strasberg. Lo preocupaba la presión que Olivier ejercía sobre ella,

pero tenía compromisos inevitables. No quería dejarla sola en esos momentos y sufría por tener que ausentarse. No le quedaba más remedio. Casi nunca se hace lo que se quiere, sino lo que se tiene que hacer.

Miller se marchó, dejando a una desolada Marilyn que quería actuar, pero se moría de miedo cada vez que le tocaba decir una palabra ante las cámaras.

El rodaje de *El príncipe y la corista* fue el segundo y último éxito de la productora Marilyn Monroe Productions. Aquella película supuso el fin de otro de los sueños. Parecía que las pastillas que la ayudaban a dormir eran incapaces de retener los sueños.

Marilyn y sir Laurence Olivier

—Trabajar con Olivier fue un auténtico infierno. Ese hombre era un monstruo, un ser sin sentimientos que se creía por encima de todos.

»Fui yo la que quiso que fuera él quien protagonizara la película, pero jamás pensé que nadie pudiera tratarme con tanto desprecio. Me sentía humillada, pisada, ninguneada y, sí, es cierto que llegaba tarde al rodaje, pero ¿cómo tener prisa por llegar a un sitio en el que sabes que no eres bienvenida?

»Me dijo: "Limítate a ser *sexy*, querida". Quería que fuera eso de lo que yo intentaba huir. No entendió nada. El dinero era mío, el proyecto era mío, ¿quién se creía que era para hablarme así?

»Paula fue un ángel, como siempre. Pendiente de mí, de que diera lo mejor para ser la mejor. No era poco, era muchísimo. Nadie había creído antes en mí como lo hicieron los Strasberg. Sé que muchos los critican. Sé que a Olivier lo ponía de los nervios que ella anduviera siempre por ahí, pero era imprescindible.

—¿Es cierto que paraba el rodaje?

—Claro. Ella estaba a mi lado para que no me vieran como siempre lo habían hecho. Construía a una actriz, así que aconsejaba a Olivier sobre iluminación, cómo tratarme, cómo no hablarme. Y si veía que me salía del papel, no dudaba en interrumpir la escena, sí.

—¿Se da cuenta de que no muchos directores habrían aguantado ese tipo de intromisión?

—Tampoco yo rodaría con cualquier director. Era importante que Paula estuviera ahí. Punto.

—¿Cómo la describiría?

—¿A Paula? Déjeme pensar… Una mujer seria, muy seria, convencida de sus principios, tenaz y, sobre todo, muy trabajadora. Yo me sentía segura cuando estaba ella.

—Su marido se ausentó, ¿verdad?

—Sí, tenía asuntos que atender en Estados Unidos y regresó.

—Pero era su luna de miel…

—Tengo tendencia a celebrar mis viajes de novia trabajando. No sería nada si no trabajara. Me da pánico actuar, pero no sé cómo podría vivir sin hacerlo.

—¿Qué pintaba Colin Clark en todo esto?

—Cuando se fue Arthur me sentí sola, desprotegida. Detesto dormir sola. Acababa de abortar y no tenía fuerzas para seguir en Londres sin él. De pronto, apareció ese chico, tan joven, tan inocente…

—Y surgió el romance.

—Oh, tal y como usted lo cuenta parece que se trataba de acercar una cerilla a un papel y que saliera ardiendo. Era un poco más complicado que eso, ¿sabe?

—¿Cómo fue?

—No sé, al principio me hacía compañía. Me enseñó Londres, sus costumbres. Era muy atento. Espero que le haya ido bien.

—¿Y llegaron a ser amantes?

—Vaya, sí que tiene usted prisa por llevarme a la cama. No. Colin era un chico encantador. Hizo que me olvidara de todo durante unos días. Deberían hacer una película con esa semana porque fue una experiencia única. De pronto, yo no era Marilyn Monroe, era una chica joven que estaba conociendo Londres con un chico joven.

»Éramos simplemente eso, dos jóvenes queriendo vivir.

—¿Y?

—Y, sí, llegamos a la cama. Cuando encuentras a un hombre atractivo que te trata bien, que se muestra atento y cariñoso, ¿por qué no compartir sexo? ¿Eso es lo que nos define? ¿Con cuántas mujeres se ha acostado?

—No hablamos de mí, señorita Monroe.

—¿Tan pocas?

—No sabría decirle…

—¿Por qué se avergüenza? Usted me está preguntando todo el

tiempo sobre mi vida sexual, pero no quiere hablar de la suya. ¿Es que no se reconoce en lo que digo?

—Creo que el sexo tiene que ser algo más que dos cuerpos sudando.

—Usted habla del amor, amigo mío, yo hablo de soledad. Esa es la diferencia.

CAPÍTULO 23
ARTHUR MILLER
MISFITS

Marilyn había leído en el diario de Miller: «Me arrepiento de haberme casado con una niña y no con una mujer». Aquello la había destrozado.

Estaba embarazada de Miller. Era su segundo embarazo, en el primero había sufrido un aborto involuntario. Ese tampoco llegaría a buen puerto. La maldición Monroe, la llamaba ella. Deseaba ser madre. Habría sido mejor que la suya. Necesitaba mostrarle al mundo que ella también era real. Quería darle hijos, quería ser una buena esposa, pero no sabía cómo hacerlo.

Cada vez estaban más separados. La pareja no compartía nada más que las comidas, que hacían en silencio. También él creía que era una niña, como Olivier, como tantos. No la consideraba digna de estar junto a él. Lo había leído en su diario: «Me arrepiento de haberme casado con una niña y no con una mujer». Ella era una mujer, ¿cómo podía Arthur, un hombre bondadoso, inteligente y culto pensar eso de ella?

Había escrito *The Misfits* para su mujer. Los inadaptados… Realmente ella lo era. Había sido incapaz de adaptarse al mundo adulto. Había sido incapaz de abandonar a la niña que fue para convertirse en la mujer que quería llegar a ser. Había escrito *The Misfits* para relanzar la carrera de Marilyn porque se querían, aunque no sabían hacerlo.

Se hacían daño mutuamente. Él escribía sin cesar, pero no conseguía acabar nada, y ella, volcada ya en el alcohol y los barbitúricos, no veía ninguna salida que pudiera ayudarla.

Los dos se amaron inmensamente, pero no lo hicieron de una manera sana. La idolatría que sentían el uno por el otro fue uno de los principales problemas. Miller la había idealizado, había creído que aquella mirada infantil e inocente no escondía ningún demonio

y, al darse cuenta de su adicción al alcohol y las pastillas, también se percató de la fragilidad de la persona que tenía al lado. Eso lo hizo desenamorarse.

Marilyn, a su vez, se dio cuenta de que Miller no era el caballero que iba a protegerla. Él era aún más débil y eso era una traición. A pesar de todo, lo intentaron. Lo hicieron porque creían de verdad que lo suyo tenía que ser para siempre. Salvar su matrimonio era lo que más les importaba. Marilyn se quedó embarazada dos veces y las dos abortó espontáneamente. *The Misfits* era la oportunidad de resolver sus diferencias. Tal vez, si ella se sentía respaldada como actriz, algo que había buscado desde siempre, se daría cuenta de que la vida merecía la pena y acabaría dejando las pastillas y el alcohol.

The Misfits nació como un cuento para la revista *Esquire* en 1957. En él recordaba a los vaqueros que había conocido en Reno cuando fue allí a divorciarse de Mary Grace Slattery, su primera esposa. En aquel cuento había una extraña mezcla de sentimientos por perder a la madre de sus hijos y por sentir lo que estaba sintiendo por Marilyn.

Miller estaba enamorado, conmovido por la afinidad emocional de su esposa con la naturaleza, por su amor a los niños y a los animales, su gusto por la jardinería, por las flores, y su sensibilidad general ante la vida, de la que la consideraba una representante madura.

Aquel sentimiento duró hasta 1960.

Un par de años después de publicar el relato, contó el cuento para entretener a los hijos de su amigo Frank Taylor. Puso la voz de todos los personajes y Taylor vio enseguida la posibilidad de adaptarlo a la pantalla. Miller pensó inmediatamente en John Huston, al que no conocía, pero sí admiraba.

Convirtió el cuento en una novela cinematográfica y se la mandó a Huston, que le respondió con entusiasmo y lo invitó a que lo visitara en Irlanda para concretar los detalles del guion.

El director quería a Robert Mitchum para el papel de Gay. Pero Mitchum, tal vez intuyendo la catástrofe, se negó a entrar en el elenco. Taylor visualizó de inmediato a Clark Gable para el papel. Gable que, como Monroe y Clift, sentía que su carrera estaba en un

punto de no retorno, aceptó encantado.

Huston no fue amable con él. No lo era con casi nadie que no vistiera de crupier. Comentó que no le convencía el cambio de Mitchum por Gable. Propuso a Brando, que se había quedado libre de proyectos.

—Solo hay un actor en el mundo —intervino Taylor— que encarne de manera tan rotunda la masculinidad y virilidad que necesitamos para encarnar al protagonista. Tiene cincuenta y nueve años y todavía mantiene esa imagen. Y no veo a nadie capaz de acercarse a su clase. Marlon Brando resulta viril para las mujeres, pero los hombres lo encuentran demasiado «sensible» y no ayudan sus escándalos sexuales. Gable es El Hombre para ambos sexos.

—Seamos sinceros, John —dijo Miller—, me he reunido con Gable y tampoco es que dé saltos de alegría por estar en esta producción. Primero se negó, pero lo convencí diciéndole que era un wéstern del este, que trata de la falta de significado de nuestras vidas y de cómo llegamos a ser lo que somos.

—¿Condiciones?

—Setecientos cincuenta mil dólares y un diez por ciento de las ganancias brutas.

—¿Sabéis que me encontré a Robert en Londres?

—Sí —respondieron al unísono.

—Bien. Me dijo que Gable no anda bien de salud. Que, si lo ponemos a pelear con los caballos, es posible que no lo cuente.

—Si hace falta, rodaremos esa escena al final para no quedarnos sin protagonista a mitad del rodaje —soltó Miller con una amplia sonrisa.

—¿Y la actriz?

—Marilyn, por supuesto —sentenció el escritor—. Nadie lo va a hacer mejor que ella.

—Creía que teníais problemas. Vamos, no me mires así, ya sabes que esto es un coladero de chismes. Y siendo quienes sois… Mantener en secreto que Marilyn se ha cortado las uñas ya es un milagro, imagínate lo que es una posible separación.

—No me importa lo que se diga por ahí. Marilyn tiene que ser Roslyn.

—Perfecto. No soy de esos directores que tienen un mal concepto de ella, ya son muchos.

The Misfits era para Huston la oportunidad de volver a rodar en Estados Unidos y, ya, hacerlo en Nevada, donde el juego era legal…

Marilyn enfrentó el papel de Roslyn sabiendo que era una exposición pública de lo que estaba sintiendo, de lo que vivía casi al instante. Ya no se hablaba con su marido y la tensión era horrible. Dejaron de compartir camerino y ella se fue con Paula Strasberg, que continuaba siendo su negra sombra. La actitud de la «mentora» llevó a que todos los miembros del equipo de rodaje acabaran llamándola «la verruga negra».

El rodaje se hizo cada vez más difícil. El calor del desierto de Nevada, la adicción al alcohol y las drogas, tanto de Huston y Montgomery Clift como de Marilyn Monroe, y la actitud despectiva del nacido en Cádiz, Ohio, con sus compañeros de reparto, convirtieron *The Misfits* en el infierno más cruel al que se había enfrentado Marilyn. Cuando creía que nadie se lo podía hacer pasar peor que Olivier… La vida siempre sorprende y casi nunca para bien. Además, veía cómo su matrimonio se iba por el sumidero mientras su marido se enamoraba de la fotógrafa Inge Morath.

Marilyn no confiaba en ella. Eso no importaba porque nunca lo había hecho, pero había dejado de confiar en Miller y ahí su único pilar se derrumbaba. No comía, no dormía, se mantenía a base de pastillas hasta que un día su cuerpo no pudo más y acabó hospitalizada en el Westside Hospital de Los Ángeles.

El rodaje sufrió un retraso de unos ocho o nueve días. Tiempo que Huston supo aprovechar para saldar sus deudas de juego.

Marilyn había hablado pocos días antes con Montogomery Clift y le había expresado su temor a que su marido estuviese conspirando contra ella. Creía que Miller había hablado con Huston porque era un caso psiquiátrico. Pero no importaba porque Huston siempre la trató como a una idiota.

Clift intentaba consolarla.

—Te trata como a una idiota porque él es idiota.

Marilyn sonrió con tristeza. Observó a Clift, que miraba al horizonte, y le preguntó:

—¿Qué te parece la película?

—Esta es la última que hacemos, Marilyn. Hazte a la idea. Hay algo podrido en el guion que nos empuja al abismo.

Marilyn bajó la mirada. En el fondo sabía que tenía razón. Algo dentro de ella se lo gritaba todos los días.

Cuando volvió de la clínica de desintoxicación, su relación con Huston fue terrible.

Tras el accidente de coche que sufrió el 12 de mayo de 1956 al salir de una fiesta en casa de Elizabeth Taylor, la vida de Montgomery Clift no fue la misma. Aquel accidente había deformado su cara y había destrozado su alma. Como Marilyn, cayó en las drogas y el alcohol, dejándose llevar a la nada.

The Misfits fue como desnudarse y salir a la calle. Quería hacer esa película para poder gritar qué le quitaba la paz. Como Marilyn, vivía sin certezas, lleno de desasosiego que solo le permitía ver callejones sin salida. Vivía incómodo con su homosexualidad reprimida.

Sabía que ella compartía con él su temor a acercarse a los demás y acabaron siendo un apoyo durante el rodaje. Se entendían, se sabían antes incluso de hablar.

De hecho, Clift llegó a decir:

«Tengo el mismo problema de Marilyn. Atraemos a la gente como la miel a las abejas, pero, por lo general, es la clase equivocada de personas. Gente que quiere algo de nosotros, así sea solo nuestra energía. Necesitamos estar solos para ser nosotros mismos. Para ser un gran actor, uno no puede permitirse defensas, una piel dura. Tienes que ser abierto y la gente puede hacerte daño con facilidad».

Clift ya había advertido a Marilyn de que trabajar con Miller no le estaba haciendo ningún bien. Ella tomaba pastillas para la ansiedad en ese momento. El rumor de que entre el escritor y la fotógrafa había algo más que un contrato de trabajo se había extendido como la pólvora. Miller no se preocupó en absoluto de llevarlo en secreto. Hacía mucho que no sentía a Marilyn como su mujer. Era una gran actriz. Incluso era una gran persona. Pero estaba empequeñecida. Era una drogadicta, un ser inferior al que ya había protegido demasiado.

—Lo sé —dijo Marilyn con la mirada llena de tristeza—. Pero no puedo hacer nada.

—Cuando acabe todo esto, lárgate. Hazte de nuevo, Marilyn. No

te voy a decir que intentes ser feliz porque creo que eso es algo que nos está negado, pero, al menos, intenta no sufrir demasiado. No merece la pena.

Le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

Marily y The Misfits

—¿Fue el rodaje más duro de su carrera?

—No recuerdo nada peor.

—¿Por qué aceptó trabajar con Miller si su matrimonio estaba acabado?

—Porque no queríamos tirar la toalla. Merecíamos todas las oportunidades.

—Es usted más valiente que yo.

—No crea. Simplemente intentaba sobrevivir.

Tribunal de Justicia del estado de Chihuahua.
Expediente 406/961

Marilyn y Miller iniciaron los trámites para su divorcio el mismo día en que Kennedy asumía el poder como presidente de los Estados Unidos (20 de enero de 1961).

Se tramitó en el Juzgado Primero de lo Civil de Ciudad Juárez, distrito de Bravos, Chihuahua, a cargo del juez Miguel Gómez Guerra, secretaría a cargo de Rodolfo Silva, sin otro título que el de ciudadano. Con el patrocinio del abogado Arturo Sosa Aguilar. La demanda constaba de una hoja mecanogra ada por las dos caras, en la que la señora Marilyn M. Miller se sometía a la jurisdicción mexicana.

El punto cinco del escrito expresaba que Miller, el demandado, es de carácter incompatible con la suscrita, lo que ha hecho imposible la continuación de nuestra vida matrimonial, al grado que desde el mes de noviembre de 1960 nos encontramos separados y, no siendo posible ninguna reconciliación, me veo en la necesidad de demandar este divorcio para que sea disuelto el vínculo matrimonial que nos une, y se me restituya mi nombre de soltera .

Constaba en el expediente un Special Power of Attorney , un poder para representar en juicio, en inglés, junto a su traducción al español otorgado ante la escribana Mildred Fink, de Estados Unidos, para que el licenciado Aureliano González Vargas representara a Arthur Miller en pleito, así como las declaraciones de los testigos Benjamín Ochoa, 24 años, y Manuel Molina, de 25, que acreditaban el matrimonio entre Marilyn M. Miller y Arthur Miller.

Tanto Monroe como Miller rati caron haber celebrado, el 19 de enero de 1961, un convenio para niquitar sus derechos patrimoniales en Estados Unidos, no existiendo desavenencia sobre esos asuntos.

Cumplidos los requisitos, el 23 de enero de 1961, en dos hojas mecanogra adas por ambos lados, dictó el juez la

sentencia del pleito en los siguientes términos:

PRIMERO. Se declara disuelto, con todas sus consecuencias legales, el matrimonio contraído por la señora Marilyn Monroe Miller con el señor Arthur Miller, el 30 de junio de 1956 en White Plains, Nueva York, quedando ambas partes en aptitud legal de contraer nuevo matrimonio. SEGUNDO. Se restituye a la actora su nombre anterior de: Marilyn Monroe. TERCERO. Regístrese la presente resolución, publíquese, dense a los interesados las copias certi cadas que de la misma soliciten y, en su oportunidad, archívese el expediente por tratarse de un asunto concluido.

La Tesorería General del Estado de Chihuaha acredita el pago de quinientos pesos, necesarios para publicar la sentencia de divorcio de los autos Marilyn M. Miller vs. Athur Miller en el Diario O cial de este Estado federado mexicano.

En tan solo cinco días, el matrimonio quedó disuelto con la mayor discreción[3].

CAPÍTULO 24
JFK, SAM GIANCANA Y EL PSIQUIÁTRICO

Antes de ser elegido presidente, Kennedy viajó a Las Vegas, donde fue recibido por Frank Sinatra en el Sands. Cenó con el actor y una de las chicas, a las que se conocían como las « *girls Sinatra's* », Judy Campbell. Al día siguiente, la llamó de nuevo. Él sabía que Campbell era amante de Sam Giancana.

En abril, Campbell fue invitada a casa del aún senador Kennedy, en Georgetown. Ella aceptó, aunque no tenía ni idea de lo que podía pintar una chica como ella en aquel sitio.

Kennedy le sonrió, le ofreció una copa y se la llevo aparte para poder hablar con ella sin interrupciones.

—Veamos, Judy, digamos que sé con quién te acuestas.

Ella dio un paso atrás.

—Tranquila, yo no ofrezco exclusividad así que tampoco la pido. Con quién te vayas a la cama es asunto tuyo. Bueno, debería ser asunto tuyo, pero en este caso… —Kennedy echó una mirada alrededor para asegurarse de que nadie podía oírlos—. Lo primero que haré cuando llegue a la Casa Blanca será quitarme de encima a Hoover. Es como un grano en el culo, ¿sabes?

Campbell sonrió sin dejar de mirar a los ojos de JFK.

—Quiero hablar con Giancana, ¿puedes arreglarlo?

Ella intentó zafarse diciendo que no lo conocía. Pero el mundo en el que todos se movían era tan pequeño que era difícil no enterarse de cuántos centavos llevaba alguien en los pantalones.

—Oh, vamos, nena, voy a ser el nuevo presidente del país más poderoso del mundo, ¿de verdad crees que puedes tener secretos para mí?

Ella sopesó su respuesta. Estaba convencida de que Kennedy sabía lo que había entre ella y el padrino de Chicago. También miró a su alrededor y decidió que era mejor no mentirle. Le aseguró que hablaría con Giancana, pero también le advirtió de que no podía

prometerle nada.

—Tienes razón, Sam y yo, tenemos relación, pero no más que tú.

—No, es mi padre el que lo conoce, no yo. Si fuera así, ¿para qué te necesitaría? Anda, sé buena y convence a Sam. Este negocio le vendrá muy bien también a él.

Giancana recibió a Kennedy con aquel semblante de jubilado tranquilo que siempre lucía. Nadie habría dicho al verlo que detrás de ese hombre, con pinta de oficinista retirado, se escondía uno de los mayores asesinos de Estados Unidos. Vio entrar a Kennedy, pero no se puso en pie. Lo esperó sentado, fumando un habano con toda la calma que le otorgaba sentirse intocable por todo y por todos.

Papá Kennedy le ofreció la mano y este se la estrechó. Acto seguido, le ofreció asiento frente a él. Le ofreció algo de beber con la decepción dibujada en el rostro. Era obvio que esperaba a JFK, no a su papaíto. Los hombres no usan a su progenitor para pedir favores.

Kennedy aceptó la invitación y le pidió un habano.

—Son cubanos —respondió con sorna Giancana.

—Bueno, alguna vez hay que hacer una excepción, ¿no?

Giancana chasqueó los dedos y un chico de pelo ondulado y negro se acercó con una caja de habanos. Kennedy hizo crujir uno junto a su oreja.

—Parecen excelentes.

—Lo son, no lo dudes. Jamás dudes de que en esta humilde casa solo tenemos lo mejor. —Palmeó el trasero de Judy Campbell—. En fin, tú dirás…

Papá Kennedy no sé anduvo con rodeos y fue directamente al tema Hoover. Giancana lo comparó con un perro de presa. Estaba harto de Hoover y de su maldita tenacidad. Kennedy le ofreció lo único que solo él podía ofrecerle: quitárselo de encima.

La carcajada de Giancana resonó por el restaurante vacío.

—¿Un extraficante tiene ese poder?

—Yo no, pero un presidente sí.

—Bueno, bueno, la vieja conversación de John…

—Por eso estoy aquí. Hoover ha sido una molestia para muchos de nosotros y ya estamos cansados de soportarlo, así que, si John llega a ser presidente, lo primero que hará será destituirlo.

Giancana entrecerró los ojos a la vez que le daba una calada a su

habano. Volvió a chasquear los dedos y llegaron dos vasos de *whisky*. Cogió uno y esperó que Kennedy hiciera lo propio para alzar el suyo. Después dio un pequeño sorbo, saboreando el alcohol a gusto.

—Continúa —pidió.

—Una vez que Hoover esté fuera de juego, pondrá a alguien de nuestra entera confianza y jamás se inmiscuirá en tus «negocios». No creo que el otro candidato te haya ofrecido algo así.

—Lo cierto es que los negocios que nos unen me impiden hablar con el otro candidato. Me da igual lo que pueda ofrecerme. De hecho, esperaba tu visita desde hacía mucho.

Kennedy mostró una sonrisa triunfal. Pidió que le acercaran una bolsa de papel en la que había miles de dólares y se la ofreció a Giancana.

—Sé que no lo necesitas, pero no quiero que corras con todos los gastos de la campaña. No hay suficiente para casi nada, pero tómalo como un gesto de buena fe.

Giancana cogió la bolsa y ni siquiera la miró. La puso en la silla de al lado y sacudió la ceniza del cigarro sobre ella.

De pronto, sacó el tema de Fidel Castro. Les había prohibido montar casinos en Cuba. Como si aquel país fuera de él y no de quienes habían financiado una revolución a la que se le había ido la visión. Odiaba a los comunistas más aún que McCarthy porque él estaba seguro de que destruirían el mundo si nadie los frenaba a tiempo.

—Nos encargaremos de él en cuanto sea posible.

—No hará falta, ya estamos ocupándonos de ese pequeño inconveniente. Por cierto, ¿qué tal está la señorita Monroe?

—Hace tiempo que John y ella no coinciden —mintió Kennedy—. Se ha tomado muy en serio su carrera y está dejando viejos vicios que no lo favorecen si quiere llegar al Despacho Oval. ¿Quieres conocerla?

Giancana rio.

—Joe, Joe, Joe…, no hay nada que yo quiera que otro me tenga que dar. Marilyn era mía mucho antes de que tú la conocieras. No, ese amigo, el señor Hoover, creo que le tiene puesta vigilancia.

Kennedy entendió de inmediato y asintió.

Desde aquella conversación, el dinero para la campaña de

Kennedy no faltaba: oficinas electorales preparadas, delegados electorales comprados, urnas llenas, recuentos totalmente irregulares, electores muertos resucitados solo para que Kennedy pudiera llegar a dominar el mundo. En fin, todo el catálogo de la podredumbre.

Richard Delay, alcalde de Chicago, contaba con los servicios de Martin E. Underwood, que espiaba a todo el que se movía por las calles de Chicago.

Judy Campbell se convirtió en una pieza imprescindible: le pasaba los mensajes a Giancana sin que Kennedy se viera salpicado. No le importaba que lo relacionaran con mujeres. Pero mafiosos… Era un hombre de bien, un hombre respetado por la sociedad, buen patriota y padre de familia. Un católico. Y ya nadie se acordaba de aquel desafortunado *affaire* con los nazis.

Kennedy sabía que no se podía jugar con Giancana. Le había prometido encargarse de Hoover y de Castro. El primero aún tenía que esperar, pero el cubano estaba en el punto de mira. Le pidió a Judy que le pasara información a Giancana sobre el asesinato de Castro.

Nadie sabía que Giancana y Rosselli estaban trabajando para ayudar a la CIA a acabar con Castro. Y nadie debía saberlo. El Gobierno y la mafia tenían intereses comunes. Entregaron la última remesa de dinero en 1961, tres meses después del desastre de Bahía Cochinos, donde la vergüenza de Estados Unidos había servido de advertencia al mundo: Castro, era, irónicamente, un enviado de Dios y, por lo tanto, intocable por la mano humana.

Kennedy juraba su cargo mientras Marilyn se divorciaba. Lo llamó en repetidas ocasiones, pero no consiguió hablar con él. Ella languidecía mientras él se iba abriendo paso en su carrera por el poder.

Ella estaba sola, a él lo rodeaba una cohorte de políticos de segunda fila que solo querían arrimarse al sol que más calentaba. Jackie estaba harta de soportar el papel de abnegada esposa y ama de casa, pero tenía a sus hijos y un hogar en el que refugiarse.

Marilyn no tenía nada. Volvía a estar sola con su dolor. No podía más, no sabía en quién apoyarse. Se hundía con una violencia que solo la mordía a ella. Había tenido varios intentos de suicidio

que la habían llevado directamente al psiquiátrico, donde la habían tratado, incluso con *electroshock*. Estaba sumida en una profunda tristeza. Sufría una depresión severa, ansiedad y una adicción cada día mayor.

En la última clínica psiquiátrica que estuvo, la encerraron con los psicópatas, los maniacos… No dejaba de pensar en su madre y solo deseaba salir de allí. La mantenían atada a la cama para que no pudiera autolesionarse, pero aquello solo conseguía que su desesperación creciera más y más. Los *paparazzi* intentaban colarse para conseguir una imagen que, probablemente, valiese mucho más que su vida. Tenía miedo de que el mundo supiera realmente quién era Marilyn Monroe: una mujer vencida, con miedo, llena de angustias y vacía de esperanza. Una loca.

Cada vez que entraba una enfermera o un médico pedía siempre lo mismo:

—Suéltenme. Por favor, no haré nada. Al menos, cámbienme de lugar. Debe de haber un ala para la gente como yo. Yo no estoy loca. Por favor, tienen que escucharme.

Lo único que recibía a cambio era silencio. Nada de lo que decía parecía hacer reaccionar a aquellos que debían cuidarla, pero ¿cómo puedes cuidar de alguien si no la escuchas?

Casi se había rendido, casi. Una noche recibió la visita de un enfermero para asearla un poco.

—Buenas noches —saludó él, respetuoso.

Ella miraba hacia otro lado, la cabeza vuelta para no tener que encontrarse con otros ojos vacíos. Con la mirada de un quitamierdas, que pensaba que no trataba con personas sino con basura a la que no hay que dejar que huela demasiado mal.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Entonces, y solo entonces, se dio cuenta de que, por alguna extraña razón, aquel hombre sí la veía. No era invisible. Su cuerpo seguía tumbado en aquella cama y era tangible.

—Estoy encerrada con toda esta gente loca… Estoy segura de que también terminaré loca si permanezco en esta pesadilla. Por favor, ayúdeme.

El enfermero se asomó a la puerta, echó un vistazo a izquierda y a derecha y cerró tras de sí.

—¿Qué le ocurre, señorita Monroe?

—¿Sabe quién soy?

—Todo el mundo sabe que está usted aquí. Es imposible mantener en secreto cualquier cosa que la concierna.

—¿Cómo te llamas?

—Jimmy.

—Muy bien, Jimmy, necesito pedirte un favor: tráeme papel y bolígrafo. Necesito escribir una carta.

Jimmy se masajeó la barbilla apenas unos segundos. Observó el rostro desencajado de Marilyn y asintió. Se acercó a la cama para desatarla, pero, cuando ya tenía las manos en las correas se paró y volvió a mirarla:

—Se portará usted bien, ¿verdad?

—Seré la niña más buena que hayas conocido nunca.

Desató las rígidas correas de cuero que le sujetaban las muñecas a la barra metálica de la cama. Las acarició como si se trataran de dos animales pequeños y heridos a los que había que cuidar. Ella era ese animal herido y cada centímetro de piel se quejaba.

Jimmy le pidió que lo acompañara y la llevó a un pequeño cuarto en el que los enfermeros pasaban el tiempo de guardia, leyendo, comiendo o intentando evadirse de la manera que consideraran mejor.

—Rápido, pase y no haga ruido —le dijo a Marilyn, tomándola suavemente por el codo.

Rebuscó en uno de los cajones de la mesa, que en otro tiempo debió de relucir su metal ahora apagado, y sacó papel y un bolígrafo. Se los dio y la miró, preocupado.

—Debo seguir mi ronda. ¿Me promete que no me meterá en ningún lío?

—Prometido —dijo, levantando los dedos índice y corazón—. No sé cómo podré agradecerte esto, Jimmy.

—Me encantan sus películas, señorita Monroe. Prométame que se va a poner bien y va a volver a rodar una.

Ella sonrió, bajó la mirada y cogió el bolígrafo. Se acercó los papeles y comenzó a escribir frenéticamente. Desde luego que no iba a meter a Jimmy en ningún lío. Era el único que se había portado bien con ella, así que no, no iba a jugarle una mala pasada.

Cada cosa que escribía le iba arrugando un poco más el estómago. Era como la hoja de un libro en manos de un niño

travieso. Los pliegues, la curvatura. Arrugar hojas y hojas que nadie debería escribir nunca:

«Aquí nada es humano. Todo está bajo llave. Las puertas tienen ventanas para que los pacientes estén visibles todo el tiempo; además, la violencia y las marcas de inquilinos anteriores todavía permanecen en las paredes».

El día que ingresó se dio cuenta de que había una marca de un puño hundido en la pared. Preguntó qué era aquello.

—El recuerdo de un mal tipo —respondió una enfermera que tenía cara de zapato—. Por eso vamos a atarla, no queremos que se haga daño o se lo haga a alguien, ¿entiende?

Marilyn dio un paso atrás, aterrada.

—No hace falta que me ate, no daré problemas.

—Por supuesto que no, pero es lo mejor, créame.

La enfermera se acercó a ella y compuso un gesto de enfado muy obvio a ojos de cualquiera. Volvió a dar otro paso, pero un enfermero, que se escondía en la penumbra y del que no se había percatado, la atrapó e intentó arrastrarla a la cama. Como se resistió, la inmovilizó, rodeándola por la cintura. Marilyn pateaba, gritaba y giraba bruscamente su cabeza a ambos lados. La enfermera se acercó con una jeringuilla que le clavó en el hombro y Marilyn, casi de inmediato, sintió cómo sus músculos perdían la fuerza y se convertían en una especie de *mozzarella* muy caliente.

La desnudaron sin ningún tipo de miramientos, la acostaron y la ataron de pies y manos. Luego, pareció que se habían olvidado de ella.

«El hombre ha llegado hasta la luna, pero no parece estar interesado en el corazón humano».

Siguió escribiendo, así se sentía, un trozo de carne que no tiene nada por dentro, un animal que se exhibe. Uno de los factores de su depresión también radicaba en que la obligaban a pretender que era una rubia tonta todo el tiempo.

Se le escaparon algunas lágrimas mientras seguía con la carta:

«Sé que nunca seré feliz, pero sé que puedo ser alegre».

Lo sabía. Era una especie de maldición que recaía sobre las mujeres de su familia. La felicidad era coto cerrado para las Baker. Estaba segura de que el cambio de nombre no implicaría un cambio en eso. No le importó, solo quería huir de un destino que parecía

haberle dado caza.

«Solo lloré en silencio todo el camino, el administrador del lugar me dijo que era una chica muy enferma y que lo estaba desde hacía muchos años».

Jimmy entró de nuevo y la vio llorando sobre el papel mientras terminaba de escribir la carta.

—¿Ha preguntado alguien por mí en todo este tiempo, Jimmy?

—No sabría decirle, señorita Monroe.

—Por favor —suplicó ella con los ojos aún húmedos.

—Solo una persona, Joe DiMaggio.

—Joe… —repitió, clavando la mirada en el suelo—. ¿Podría llamarlo?

Jimmy asintió en silencio y le tendió la mano para que lo siguiera.

—Un momento, déjame que te escriba la dirección de los amigos a los que quiero que les mandes esta carta. ¿La mandarás, Jimmy?

—Pierda cuidado. Lo haré. Vamos, acompáñeme al teléfono antes de que alguien nos vea.

Anduvieron por el pasillo como si un peligro terrible se cerniera sobre ellos. Con tanto cuidado que parecía que las baldosas fueran de un finísimo cristal. Cuando llegaron al teléfono común a todos los enfermos para llamar y ser llamados, el chico se apartó un poco para darle algo de intimidad.

Marilyn marcó un número con determinación. Cruzó los dedos mientras sujetaba el auricular con las dos manos. Jimmy la vio y sintió una profunda pena por ella. Al otro lado, los tonos se repetían sin que nadie diera señales de vida. Ella rezó una de aquellas oraciones de cuando era pequeña y su madre la obligaba a recitar después de aquellos baños con agua hirviendo. Marilyn lloraba, pero no podía escapar. Tampoco tenía adónde ir.

Igual que entonces. Aquella era la única llamada que podía hacer para intentar escapar de su destino.

Por fin, una voz somnolienta al otro lado respondió:

—¿Quién demonios es a esta hora?

—Joe, por favor, sácame de aquí. No sé cuánto tiempo más aguantaré, pero no creo que sea mucho. Por favor, Joe, por favor.

—¿Norma Jeane?

—Sí, Joe, soy yo, tu pequeña.

—Tranquila, voy a sacarte de ahí. Intenta tranquilizarte, pequeña.

—Señorita, tiene que colgar, los enfermeros van a comenzar la ronda en unos minutos —la interrumpió Jimmy.

—Tengo que dejarte, Joe. Por favor, no te olvides de mí.

El día amaneció soleado. Los gritos de algunos pacientes apenas la habían dejado dormir, pero se sentía aliviada. Joe no iba a abandonarla. No lo había hecho nunca y no iba a hacerlo ahora, cuando más lo necesitaba.

De pronto, más gritos. Estos resonaban por encima de cualquier otro de una manera atronadora. Llegó hasta ella la potente voz de DiMaggio.

—Tenemos dos formas de hacer esto: por las buenas o por las malas. Le aconsejo que elija la primera. La segunda podría resultarle muy dolorosa.

—¿Quién es usted?

Era la voz de la enfermera con cara de zapato.

—Soy su marido y voy a llevármela de aquí. Apártese ahora mismo.

Lo siguiente que supo es que Joe estaba allí plantado, delante de ella. La desató y la abrazó.

—Vístete. Nos largamos de aquí.

Unos días después, ya instalada en su apartamento, Marilyn fue invitada a una fiesta en casa de Peter Lawford a la que, por supuesto, acudió. Necesitaba volver a ser ella. Habló con todos, se estuvo riendo de las ocurrencias de unos y otros, fue bebiendo y riendo como antes, cuando era Marilyn Monroe y no la señora Miller, o DiMaggio. Necesitaba resarcirse.

No estaba pendiente de nadie, tan solo quería divertirse, olvidarse por unas horas de quién había sido durante todo aquel tiempo en el manicomio.

Hablaba con Sinatra cuando alguien le tocó el hombro. Se giró con la sonrisa aún dibujada en el rostro. Creyó que el demonio la esperaba con los brazos abiertos, que el cielo se desplomaba sobre su cabeza y no iba a poder sobrevivir al impacto.

—Te he traído una copa de champán.

—Gracias. —La cogió con cuidado—. Te llamé.

—Lo sé.

—No te llamé una vez, ni dos, te llamé hasta que gasté los números de mi teléfono.

—Lo siento. Es lo único que puedo decirte. Ahora estoy aquí.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo?

—Acompañarme a la habitación. Todo lo demás, puede esperar.

Los dos desaparecieron en la habitación de invitados. Marilyn seguía necesitando amor. No le importaba de dónde viniera.

Marilyn y el psiquiátrico

—Debió de ser una experiencia terrible.

—Lo fue.

—¿Qué la llevó allí?

—La desesperación. Prefiero no hablar de ello.

—No hay problema. Volvamos a su relación con Kennedy.

—No existía tal cosa, al menos, no para él. Pero hablemos, no me importa.

—Imagino que le dolería que el que fue su amante durante tanto tiempo no le cogiera el teléfono.

—El silencio siempre duele. Sobre todo, cuando necesitas ayuda, cuando solo quieres un poco de consuelo. Arthur me había destruido y necesitaba un amigo. Demostró no serlo.

—En cambio DiMaggio…

—Joe es el mejor hombre que he conocido nunca. No digo que todo lo hiciera bien, pero sí que nada de lo que hizo fue con maldad. Me amaba. Supe que era al único al que podía acudir para salir de aquel manicomio, que es lo que era.

—¿Y?

—¿Qué quiere saber?

—¿No pensó en volver a casarse con él?

—Era demasiado pronto. Yo seguía sin encontrarme bien. No era el momento. Sabía lo que era que te destruyan, no quería hacerle eso. A Joe no. No se lo merecía.

—¿Y Sam Giancana? ¿Qué pintaba en todo esto?

—A Mooney lo conocíamos todos, pero, sobre todo, todas. No tenía mucho trato con él, pero sabía que era quien manejaba los hilos de muchos peces gordos, como Schenck o Frankie. Era mejor mantenerse lejos, pero no demasiado. Siempre hay que llevarse bien

con quien es más fuerte que tú, pero nunca hay que tenerlo tan cerca como para que pueda hacerte daño.

CAPÍTULO 25
EL MAFIOSO Y EL PRESIDENTE

Sam Giancana llevaba un puñal en la cintura y sendos revólveres en cada bolsillo de un abrigo negro que le quedaba tan grande que no se le veían las manos. Tenía quince años cuando se convirtió en el jefe de su familia y en un asesino de la Mano Negra, una banda muy temida de Chicago que lideraba Joe Espósito.

Ya había oído hablar de Joseph Kennedy, que se había convertido en objetivo principal de la Banda Púrpura, un grupo violentísimo de la mafia judía de Detroit. Lo habían condenado a muerte por no haberles dado su parte del negocio de contrabando de licor. Kennedy, desesperado, acudió a Espósito, que le salvó la vida. Así que iba aumentando sus deudas con hombres poco fiables.

Giancana siempre bromeaba sobre el valor de Joseph Kennedy: «Nadie en los Estados Unidos tenía en alta estima a los irlandeses, eran sucios, vagos y camorristas. Lo que no podía imaginar era que también fueran cobardes». Él habría deseado arreglar aquel «asuntillo» sin acudir a otro hombre para que le sacara las castañas del fuego. Espósito lo había protegido, era todo lo que sabía y lo que jamás debía olvidar. Lejos de dejar una deuda atrás, iba pidiendo préstamos que resultaban tener intereses altísimos.

Algo buscaba Espósito dando la cara por él. Nadie hace favores a cambio de nada. Mucho menos la Mano Negra. Kennedy lo sabía, por eso le gustaba estar ahí: el poder era suyo, nadie se atrevía a llevarles la contraria. Eran pequeños dioses tenebrosos que impartían su justicia cuando ellos consideraban oportuno.

Money parecía no tener techo. En cuanto daba un paso o subía un peldaño en aquel sórdido universo, estaba pensando en el que lo llevara un poco más cerca de la cumbre. Se ocupaba de su madre y despreciaba a su padre como despreciaba a Joseph Kennedy. Siempre le dieron asco los hombres que se escondían tras sus debilidades para salir airosos.

Espósito sabía que Giancana necesitaba seguir «creciendo».

—Oye, Sam —le gritó uno de los chicos de Espósito, de esos que nunca cogían un arma, pero manejaban los números como nadie—, Joe quiere verte.

Sam, que estaba recostado sobre una silla de oficina, con el sombrero caído sobre los ojos intentando conciliar un sueño que llevaba treinta y seis horas sin venir, se puso en pie, se ajustó la chaqueta y salió del cuartucho en el que solía esperar órdenes.

Al atravesar la puerta y cruzarse con el contable, se paró un segundo y lo miró a los ojos.

—Hola, Tom, ¿cómo está la familia?

—Más o menos bien. Estamos preocupados por el pequeño Tommy, creemos que tiene tosferina.

Giancana le dio unos golpecitos amistosos en el hombro y le soltó:

—Vaya, lo siento. El día que muera, acuérdate de que aquí me tienes para emborracharnos.

—Gracias, Mooney. Estoy seguro de que todo saldrá bien.

—Seguro —repitió Giancana, echando a andar hacia las escaleras. No se paró ni se giró, tan solo levantó la mano derecha y volvió a decir—: Acuérdate de mi ofrecimiento cuando pase lo que va a pasar.

Giancana bajó las escaleras con determinación. Llamó a la puerta de la oficina de Espósito y lo encontró de pie, mirando por la ventana, con las manos a la espalda.

—Hola, Sam —saludó sin abandonar su posición. Conocía los andares de todos y cada uno de sus empleados—. Siéntate, anda.

Giancana se quitó el sombrero y obedeció. Espósito lo miró desde donde estaba. Tan solo había girado la cabeza.

—Bueno, Sam, todos sabíamos que este momento llegaría. Seguramente, tú lo estabas esperando como agua de mayo. —Giancana seguía en silencio—. ¿Cuántos años tienes, Sam?

—Veintiuno, Joe.

—Bueno, bueno… No te diré esa mierda de «Yo a tu edad», creo que no podría recordar qué estaba haciendo a tu edad. Al grano. Al Capone quiere que te unas a ellos.

Giancana se quedó sin palabras. Abrió mucho los ojos y observó detenidamente a Espósito, intentando averiguar qué le parecía a él.

Espósito tomó asiento y apoyó la barbilla sobre los dedos, que

formaban una pistola huesuda. Observó con detenimiento a Giancana y, tras unos minutos, dijo:

—No te voy a mentir, Sam, nos haces falta aquí. No conozco a nadie que tenga tu talento. Por eso Al Capone te reclama. Tienes que ir, chico. Me gustaría que estuvieras a nuestro lado, pero sé que es importante para ti y también sé que, si ahora intento retenerte, es muy probable que acabe con una bala metida en mi sesera. Y te aseguro que me gusta ponerme el sombrero.

—Es un honor que Capone me quiera a su lado, pero no quiero dejarte en la estacada, Joe. Todo lo que sé lo he aprendido de ti.

—Nadie le dice que no a Al Capone. Al menos, nadie que esté bien de la chaveta. Es un vendaval que arrasa con todo lo que se le pone por delante. Te interesa estar a bien con el gran padrino.

—Iré.

A los veintiún años, Sam Giancana se unió a Capone y se le señaló como uno de los responsables de la Matanza de San Valentín, el 14 de febrero, donde siete gánsteres rivales de Capone fueron acribillados en un depósito de Chicago. Nadie podía meterse en su terreno sin pagar un precio.

En 1931, cuando Capone ingresó en prisión, Giancana se unió a Murray Humphreys, experto en operaciones sindicales. La Ley Seca llegaba a su fin, así que había que buscar nuevos negocios. Al fin y al cabo, así es el mundo de las grandes empresas y las corporaciones…

Después de solventar con éxito una de «sus operaciones», Humphreys lo llamó a su despacho tras felicitarlo por su profesionalidad.

Giancana dejó lo que estaba haciendo y siguió a Humphreys sin planteárselo dos veces. Entraron en una bonita habitación decorada como la de un banquero: asientos de piel, un cuadro bonito como todos los cuadros bonitos de cualquier despacho de un pez gordo de un banco, una mesa auxiliar con bebidas para la depresión y la celebración… Los dos permanecieron de pie.

—No te robaré mucho tiempo, Mooney.

—Mi tiempo es tuyo, no me robas nada.

Humphreys rio.

—¿Sabes qué me gusta de ti, Sam? —Giancana se encogió de hombros—. Eres un hombre callado, pero cuando hablas… Oh,

amigo, cuando hablas… Eres un tipo listo, Sam, y tienes ganas de aprender y mucha ambición, pero respetas. El respeto se ha perdido entre los nuestros. Parece que ya nadie se da cuenta de la importancia de esperar, de la paciencia. Tú la tienes. Eso y la lealtad.

—Simplemente sé a quién tengo que estarle agradecido. Y qué mano no debo morder.

—Eres un buen hombre, Sam, y quiero que estés cerca de mí, quiero que lo aprendas todo. Estás llamado a hacer cosas importantes.

Humphreys le enseñó la importancia de controlar a los trabajadores al precio que fuera. Podían disponer de la cuota sindical y, a la vez, los empresarios les pagaban para evitarse problemas con los trabajadores. Todo esto les daba el poder de dirigir los esfuerzos de los obreros en apoyo de cualquier proyecto, como el de manipular elecciones.

Giancana se fue haciendo cada vez más fuerte en Chicago. Se relacionó personalmente con los socios de Nueva York, Lucky Luciano, Meyer Lansky y Frank Costello. A propuesta de Lansky invirtieron en Cuba, que se convirtió en la puerta de entrada de la droga hacia los Estados Unidos.

El éxito de Castro en 1959 les cerró las puertas y perdieron mucho dinero. Algo que jamás le perdonarían a Castro que, por otro lado, parecía inmortal.

También Hollywood estaba en el punto de mira. Tanto Giancana como Carlo Gambino se dejaban ver en las tumultuosas fiestas de aquel Hollywood, que ofrecía a sus actrices más hermosas como moneda de cambio. Entre ellas estaba Marilyn Monroe.

CAPÍTULO 26
EL ASCENSO AL PODER

En mayo de 1959 un escándalo amenazó al senador Kennedy. Florence Kater, propietaria de un piso en Georgetown, descubrió que su inquilina, Pamela Turnure, tenía una vida sentimental un tanto agitada. El día que se dio cuenta, fue a verla para hacerla entrar en razón.

Llamó a su puerta y espero inquieta, masajeándose las manos como si tuviera un ataque de artrosis. En su cabeza iba ensayando los diferentes tonos con los que podía referirse a esa golfa sin que le diera con la puerta en las narices a la primera de cambio. Ya se sabe que las mujeres como aquella no respetan nada: libertinas sin escrúpulos que se alejaron de Dios y su camino, y le abrieron las puertas y las piernas al diablo.

Cuando la chica abrió la puerta la señora Kater intentó pasar, pero Pamela se lo impidió interponiendo su menudo cuerpo.

—¿Qué quiere, señora Kater?

Esta intentó ver qué ocurría en el interior del apartamento por encima del hombro de Pamela sin conseguir atisbar nada. Había tardado en abrirle la puerta y, cuando lo hizo, lucía una sugerente bata de seda. No importaba que fuesen las ocho de la noche ni que ella también llevara puesta esa prenda; esas dos pistas hubieran servido a cualquier avezado detective de las novelas de Jim Thompson. Aquella arpía escondía a alguien en el apartamento.

—Sé lo que está pasando aquí y te advierto que o dejas de hacer lo que estás haciendo, o tendrás que irte.

—Tenemos un contrato, señora Kater. Déjeme en paz.

Le cerró la puerta en las narices (ahora sí), algo a lo que no estaba acostumbrada. Mucho menos siendo ella la propietaria del edificio. Las cosas no iban a quedar así, iba a tomar medidas. Nadie podía dejarla con la palabra en la boca.

Esperó a que llegara la noche, cogió su vieja máquina de fotos y se escondió tras un arbusto frente al edificio. Sabía que el éxito

siempre dependía de la paciencia y ella tenía mucha. A las tres de la mañana, al fin, consiguió tomar una foto con la que podía hacer algo. Se trataba de JFK abandonando el inmueble.

Mandó imprimir la foto y una semana después estaba ofreciéndosela a todos los periódicos, y envió cartas a los cincuenta ciudadanos más famosos de Washington dándoles detalles de las visitas: horas, días…, junto a una copia de la foto:

Dios sabe que yo habría votado al señor Kennedy porque soy católica y creo en los principios que nuestro señor Jesucristo nos impuso. Si no fuera por ellos, probablemente, todos seríamos animales que dan rienda suelta a nuestros más bajos instintos; como es el caso del senador.

La intención de esta carta no es otra que la de pedirles ayuda para mantener el orden y la moral en esta ciudad cada vez más llevada por la depravación y el vicio. El señor Kennedy no hace sino reforzar los comportamientos inmorales a los que nosotros, la gente decente, no queremos tener que enfrentarnos cada día de nuestra vida.

Una de las personas que recibió aquella carta fue Hoover, que hacía mucho que había colocado micrófonos en casa de la Monroe. Era de dominio público que a los Kennedy les gustaba mucho hablar de política en la cama y que la más visitada por el mayor de los Kennedy era la de ella, así que FBI, CIA y la mafia, habían colocado micros en casa de Marilyn. Su casa, sin ella saberlo, se había convertido en un set más de grabación.

Turnure se unía al grupo de «mujeres escuchadas» desde ese mismo instante.

La noticia llegó a oídos de los Kennedy que, sabiendo que todo el mundo tenía un precio, se puso en contacto con Florence Kater para parar la oleada de envíos que se estaba produciendo. Todo el mundo tiene un precio. El de la señora Kater era un Modigliani, petición que fue rechazada por papá Kennedy. Otro gran error.

La casera decidió, entonces, poner micrófonos en casa de Pamela Turnure y enviar las cintas al *Washington Star,* que avisó a los Kennedy para que tomaran medidas.

JFK no dudó en contratar a Pamela Turnure como secretaria personal de Jackie. La sacó de aquel apartamento y la llevó a vivir a casa de Mary Pinchot Meyer. Es decir, la llevó a vivir a la

mismísima CIA, uno de los movimientos más torpes que hizo nunca.

Pero una vez más los hombres Kennedy ganaban.

Finalizado el capítulo Turnure, o eso creía él, Kennedy siguió con su vida. Viajó a Nueva York para asistir a fiestas junto a Peter Lawford. Fiestas a las que siempre estaba invitada Marilyn. Fiestas que eran las mismas una y otra vez.

Estaba sola, había pasado por psiquiátricos, por la desesperación más profunda, por el dolor más espantoso que pueda vivir cualquier ser humano, pero había vuelto a recuperar la ilusión. John volvía a querer verla con asiduidad.

—Oh, John, deberíamos pensar en casarnos. Llevamos tanto tiempo juntos…

—Yo ya estoy casado y tú has pasado por eso tres veces, ¿de verdad repetirías el error?

—Estoy terriblemente sola.

—Todos estamos solos, Marilyn. Solo tienes que ser fuerte y acostumbrarte.

—John, ¿tú me quieres?

—Sabes que sí.

—Casémonos entonces, John.

—Voy a ser candidato a la presidencia. Ya está todo en marcha. No voy a divorciarme.

Para Marilyn aquellas palabras dejaban una puerta abierta al futuro. Lo que le había dicho Kennedy era que antes de ser elegido presidente no podía divorciarse y eso lo entendía perfectamente, pero después… En realidad, lo que le repetía Kennedy una y otra vez, es que ella no significaba para él nada más allá de una diversión tremenda.

John Fitzgerald Kennedy pertenecía a la clase multimillonaria que tanto peso tenía en las decisiones políticas de los Estados Unidos. Su abuelo materno, John F. Fitzgerald, llamado popularmente Honey Fitz, había sido un corrupto importante al que echaron de su escaño en el congreso nacional precisamente porque se pudo demostrar que había amañado las elecciones para salir elegido.

Su padre, Joseph Kennedy, provenía de una saga de emigrantes irlandeses que habían conseguido hacer fortuna con negocios de dudosa legalidad. Siempre había mantenido una actitud política tan

conservadora que llegaba a defender a Hitler y a criticar la entrada de Estados Unidos en el conflicto bélico. Los judíos, los maricas, los gitanos lo único que traían eran enfermedades del cuerpo y del alma a una sociedad que había que preservar dentro de la mayor pureza posible.

Su pasado no hacía presagiar que JFK pudiera ir contra los poderosos y no se podía decir de él que viniera del seno de una familia progresista. De hecho, su padre se entrevistó tres veces con Sam Giancana para que lo ayudase a asegurar la victoria de JFK.

En enero de 1960, Giancana le ordenó a Frank Sinatra que comenzara la campaña a favor de JFK en Hollywood. Esperaban el respaldo de todos allí. Giancana se vio varias veces con John y su padre en Florida. Estaban muy preocupados por los resultados de la costa occidental, por el voto conservador protestante y el sindicato de mineros del carbón. Llegaron a un acuerdo ventajoso para ambos: Kennedy ganaría en la zona a cambio de que el mafioso Joe Adonis pudiera regresar a su país.

Después llegaron más acuerdos: Johnson debía ir en las listas de la candidatura de Kennedy porque a la mafia le interesaba tenerlo dentro de la Casa Blanca. Por supuesto, accedieron. No podían oponerse a ninguna de las sugerencias de Giancana.

También aseguró el voto negro por métodos no muy ortodoxos. Giancana conocía las cifras que debían obtener para asegurarse la victoria. Se trataba de conseguir una diferencia de 112 881 votos sobre un total de millones, pero en los lugares precisos. De hecho, el acoso al elector fue tan flagrante que tanto en Nevada como en Nuevo México se registraron quejas de fraude en los comicios.

Kennedy ganó las elecciones. Era lo único que importaba. Giancana y toda la mafia creyeron que eran dueños de un presidente. Pero papá Kennedy ya no cogió más el teléfono, JFK dejó de recibir a sus invitados y su hermano, Robert Kennedy, inició su famosa campaña antimafia. Giancana se sintió traicionado.

Por su parte, Marilyn estaba preparada para convertirse en la primera dama de los Estados Unidos. Si no funcionaba con Jack, ¿con quién iba a funcionar? Él era un hombre guapo, atento dentro de sus posibilidades, que jamás la había tratado mal. Los ansiolíticos y los antidepresivos no funcionaban mejor que una palabra de Kennedy.

Llamó varias veces por teléfono, pero volvió a encontrar silencios, evasivas… Hasta un día.

—¿Marilyn?, —respondió una voz masculina al otro lado de la línea.

—Oh, John, ¿eres tú? No me dejaban hablar contigo, John y…

—No, Marilyn, soy Robert Kennedy. Me gustaría hablar contigo. ¿Podemos vernos?

—Claro —respondió una sorprendida Marilyn—. ¿Dónde quieres que nos veamos?

—En tu casa. Será lo mejor.

Media hora después, apareció Robert Kennedy escoltado por cinco hombres. Llamó a la puerta y Marilyn le abrió con una copa de champán en la mano.

—Pase, señor ministro de Justicia —saludó ella un poco ebria ya.

—Seamos amigos, llámame Bobby.

—Claro, Bobby, yo soy amiga de todo el mundo.

Se dio la vuelta y un pie tropezó con el otro. Trastabilló hasta que Robert consiguió agarrarla.

—Vaya, Bobby, eres más fuerte que tu hermanito.

—Digamos que yo no tengo problemas físicos que aminoren mi rendimiento —dijo sonriendo con cierta malicia.

Unos minutos después, estaban en la cama. El sexo era el mejor calmante. Bobby Kennedy, mucho menos seductor que su hermano, pero igual de bocazas, le contaba a Marilyn los planes que tenían él y su hermano para acabar con la mafia y cómo esta los había ayudado a conquistar el mundo a cambio de nada.

—En unos días celebraremos el cumpleaños de John, Marilyn.

Ella se dio la vuelta en la cama, ofreciendo la hermosa vista de su espalda.

—Felicítalo de mi parte —dijo, dolida.

—No lo entiendes. Queremos que estés. Queremos que seas la que abra el espectáculo, eres la única que puede hacerlo.

—Queremos —apuntó ella, girándose para mirar al otro Kennedy a la cara.

—¿Qué?

—Has dicho «Queremos». ¿Es que John ha dicho que quiere que esté?

—Es una sorpresa para él, pero por supuesto que quiere.

—Allí estaré.

En aquella conversación no estaban solos, aunque ninguno de los dos lo supiera.

Marilyn y el dolor

—No sé lo que es vivir sin dolor, si debo serle sincera. El dolor es algo intrínseco al ser humano. No puedes huir de él, siempre te alcanza. Nacemos entre dolores y morimos provocándolos. Y eso si tenemos la suerte de esquivarlo al final.

—Imagino que para usted sería un varapalo importante que el presidente no quisiera ponerse al teléfono.

—No sé por qué esperé otra cosa de él. Nunca me había dado nada diferente. Bobby no estaba mal. Era bueno en la cama. Pero yo amaba a John. Eso es todo.

CAPÍTULO 27
HAPPY BIRTHDAY

La fiesta del nuevo presidente de los Estados Unidos se celebró el 19 de mayo de 1962 en el Madison Square Garden de Nueva York. Las entradas servirían para recaudar fondos para el Partido Demócrata y costaban mil dólares.

Frank Sinatra no acudió. Estaba furioso, había sido repudiado por los Kennedy a causa de los prejuicios que Jackie tenía contra él. Le había advertido de que no le gustaba que tuviera tratos con un italiano mujeriego y soez. Siempre metido en líos de faldas, de alcohol, de juego. Uno de esos hombres que no son recomendables. Uno de esos hombres que le recordaban a su marido, solo que él tenía mejores modales.

JFK estaba harto de que Jackie intentara enjaularlo, de que no lo dejara en paz. Ya había cobrado por aguantar y no entendía por qué le pedía más. Pero esta vez sabía que tenía razón. Sinatra no lo ayudaba a mejorar posiciones. Más bien, todo lo contrario.

En el fondo JFK sabía que su mujer tenía razón, por eso acabó por hacerle caso y dejó de ponerse al teléfono cuando Sinatra llamaba. Las consecuencias: Lawford estaba fuera. Y este sin el Rat Pack no era más que el marido de la hermana del presidente.

Había otra razón para que Sinatra se hubiera alejado de uno de los clanes más poderosos de Estados Unidos: había recibido la cabeza de un cordero en una bandeja de plata. Giancana le exigía de esta manera que frenara al fiscal general, Robert Kennedy.

Cuando Kennedy asumió la presidencia, le declaró la guerra a Hoffa. La administración Kennedy, y más concretamente su hermano, armó una superestructura de veinte fiscales para investigar a Hoffa. El encono de Bobby Kennedy venía de que era consejero principal del comité del Senado que se ocupaba de investigar los negocios del sindicato de camioneros con la mafia. En las audiencias públicas, Hoffa se dedicaba a burlarse de Robert Kennedy. Se sabía intocable y al hermano pequeño no le quedaba

más que aguantar.

Marilyn había avisado a los estudios de que debía ausentarse durante un día del rodaje de *Somethings got to give*. Los estudios la amenazaron, pero ya había recibido demasiadas amenazas que jamás se habían cumplido. Tenía que estar en el cumpleaños del presidente, era su prioridad.

Encargó un vestido a Jean-Louis. El tejido fue creado especialmente para la ocasión. Cuando se lo probaron, la pregunta del diseñador fue clara:

—Irá desnuda, ¿verdad?

—Totalmente.

Usaron varias capas de seda para tapar los pechos y el pubis y así evitar transparencias, y se cosieron seis mil piedras del Rin. Dieciocho modistas trabajaron siete días seguidos. No se podía diseñar, entregar a la compradora y olvidarse. Había que ponerlo y coserlo sobre el cuerpo.

No fue fácil. Tardaron más de lo esperado. Marilyn había llegado corriendo desde el aeropuerto, sudaba un poco y el tejido podía abrirse si tiraban demasiado. Tardaban, estaban tardando demasiado.

En el escenario, Peter Lawford intentaba sin éxito que la actriz apareciera y, cuando lo hizo, al tercer intento, Lawford la presentó como:

—Señoras, y señores, ¡la impuntual Marilyn!

Los asistentes rieron, pero ella sintió una pequeña punzada de amargura.

Caminaba con dificultad hacia el micrófono con su ajustadísimo vestido. Tras una larga pausa comenzó a cantar el *Happy Birthday*. ¿Pura sensualidad? Más bien era puro ahogo. Había tenido que correr desde camerino hasta el escenario con un vestido que apenas le permitía respirar.

Más tarde, esa misma noche, el jefe de los estudios United Artists, Arthur Krim, ofreció una recepción para setenta y cinco personas en su casa. Saludó a Robert Kennedy, felicitó a Marilyn por su actuación y siguió la ronda por aquel salón atestado de gente.

Robert Kennedy también se acercó a ella para felicitarla, pero de

una manera mucho más galante.

—Oh, señor fiscal general, ¿no será usted familia de los Kennedy? Son unos seductores empedernidos… —respondió ella a modo de agradecimiento.

Se lo estaban pasando bien, pero no acabarían la noche juntos. Ese placer estaba reservado al presidente. Ella era uno más de sus regalos de cumpleaños y todo estaba preparado para que pasaran la noche en el Carlyle.

—Has estado increíble —le dijo él mientras la besaba en el cuello.

—Ha sido el vestido —rio ella, intentando desabrocharle la camisa sin mucho éxito.

—No, Marilyn, has sido tú. Como siempre. Siempre eres tú.

—Gracias, señor presidente.

Kennedy terminó de desnudarla y la echó sobre la cama. Marilyn estaba feliz. Por fin, John, su John, no el presidente o el señor Kennedy, volvía a su lado. Al fin la vida le daba motivos para seguir luchando. Ella nunca contabilizó las veces que había pensado lo mismo, que al fin volvía a su lado. No era capaz de aceptar que también él la estuviera utilizando.

Al día siguiente Marilyn estaba en su casa. Escuchaba a Glenn Miller y bebía Dom Perignon. Estaba exultante. Llamó a Marlon Brando para contarle todo lo que había sucedido.

—No te fíes de él, Marilyn.

—Oh, Marlon, tú no lo conoces como yo.

—Por suerte, diría, viendo cómo te trata.

—Estaba sometido a mucho estrés, tengo que entenderlo. El caso es que ha vuelto a mí, Marlon. Creo que ahora sí vamos en serio.

—Dejemos de hablar de Kennedy, si no te importa. ¿De verdad has dejado plantado el rodaje?

—Sí, ¿no crees que lo primero es el amor?

—Creo que tienes que comer, Marilyn.

Él escuchó su risa alegre al otro lado del teléfono.

—Tengo planes, Marlon. Quizá reflote la Marilyn Productions y vuelva a apostar seriamente por mí. No hay que tener miedo.

—Esto sí que es una novedad, ¿Marilyn Monroe no tiene miedo?

—He pasado toda la vida viviendo a su sombra, ya era hora de que lo dejara atrás, ¿no crees? Y si eso no sale bien, tengo ofertas

para seguir trabajando. Además, la United tampoco me ha echado. Imagino que estarán un poco enfadados conmigo, pero si me convierto en la primera dama, no creo que puedan hacerme nada.

—Ándate con cuidado, Marilyn. No creas todo lo que te dicen. Eres el ser más hermoso y frágil que conozco. Te propongo algo, en cuanto acabe mi rodaje, te visito, ¿qué te parece?

—Me encanta esa idea. Ven pronto, Marlon, te echo de menos.

—Y yo a ti.

Se despidieron como si fueran a verse al día siguiente. Siempre era así. Ella era él y él era ella. Eran la misma persona en cuerpos diferentes. No era solo que se entendiesen, era algo más allá de lo humano, como si un alma pudiera dividirse en dos y ocupar cuerpos diferentes. Un alma especial, tan compleja que necesitara ubicarse en dos personas diferentes a la vez.

El día estaba precioso, incluso oía a los pájaros cantar. Todo parecía mejor, más brillante, más limpio.

Volvió a sonar el teléfono y corrió a descolgar. Tenía que ser John. Sabía que era él. ¿Quién si no?

—¿John?, —respondió nada más levantar el auricular.

—Hola, Marilyn, no soy John, soy Peter.

—Peter, ¿ha pasado algo?

—Antes de nada, debes saber que no has hecho nada malo, ¿de acuerdo? Las cosas son como son, Marilyn. A veces uno no hace lo que le gustaría hacer, sino lo que debe. ¿Me entiendes?

—No, Peter, no entiendo una maldita palabra de lo que estás diciendo. ¿Dónde está John? ¿Está bien?

—Se acabó, Marilyn. No debes intentar ponerte en contacto con el presidente. No debes volver a verlo ni llamarlo por teléfono. Tú solo has sido un polvo para él.

A Marilyn se le cayó el teléfono de la mano. Glenn Miller dejó de sonar. Solo oía su corazón latir en las sienes, que le dolían. Cayó de rodillas sin poder creerse lo que acababa de pasar.

Comenzó a repasar en su cabeza todas las conversaciones, todas las promesas, todas las palabras de aquellos años. Cogió dos botellas de champán y se encerró en su habitación. Siempre la misma mujer estúpida, la que se agarraba a cualquier promesa, cualquier sonrisa, la que se fiaba del lobo, aunque le estuviera arrancando la piel a tiras, siempre que le susurrara al oído lo que quería oír. Siempre

Marilyn Monroe, la rubia loca, la puta, la que era cualquier cosa menos actriz.

Así intentó consolarse, con esas palabras intentó situarse donde ella creía que debía estar.

Se acercaba el cumpleaños de Marilyn y quería que él estuviese. Estaba convencida de que todo era un error mayúsculo, de que él no había dicho nada parecido y que Lawford, casado con Patricia Kennedy, la mujer más aburrida del universo, se había dejado llevar por los celos.

Llamó a la Casa Blanca, a Lawford, al fiscal general…

Nada.

Se sentía rechazada, fea y sucia. No sabía qué más hacer. De momento, cancelaría su fiesta de cumpleaños. No tenía sentido seguir adelante porque, aparte de DiMaggio, no había nadie más en el mundo que quisiera estar con ella. Brando no podía.

Se emborrachó. Se emborrachó tanto que llamó al teléfono particular del presidente de la nación. No sabía quién había descolgado, pero le dio igual. Estaba tan herida que, probablemente, nada ni nadie podría parar la hemorragia.

—No sé quién es usted y, sinceramente, me importa un bledo. Dígale al señor presidente que tengo muchas cosas que contar. Que es tanta la información que ni siquiera sabría por dónde empezar. Dígaselo, porque si mañana lo ve publicado en el *Washington Post,* no quiero que lo coja por sorpresa. Él sabrá lo que tiene que hacer.

El teléfono sonó al cabo de unas horas. Estaba convencida de que no era él, mandaría a alguien para hacer el trabajo sucio. Al otro lado, la voz del pequeño de los Kennedy intentó ser amable.

—Así que te ha tocado a ti, Robert.

—No es que le toque a nadie, es que yo he querido llamarte.

—La mentira se os da muy bien a los Kennedy. ¿Qué quieres?

—¿Podríamos cenar esta noche? Estoy en Los Ángeles y creo que nos vendría bien a los dos tomar una copa.

—Nunca niego una copa o un polvo, ni siquiera a mis enemigos. Ambos me divierten.

—Te recojo a las cinco de la tarde.

—Muy bien.

Marilyn ya había recibido la carta de la Fox rescindiéndole el

contrato. Estaba en la calle. Era mucho mejor eso que aguantar alguna impertinencia más de la productora. Era mucho mejor acabar con todo aquello de una vez.

Robert Kennedy llegó a la hora fijada. Era un hombre puntual. Tenía que serlo, siendo quien era. Marilyn esperaba tomando un martini y mirando por la ventana. La vida se había convertido en algo turbio, un río en el que el agua no corría, se había estancado y olía mal. Todo olía mal en la vida de Marilyn. Vio llegar el coche, lo vio bajar de él. Lo vio acercarse a la puerta. Ella no tenía prisa. Ya no.

—Guau.

—Eso dicen los perros —dijo ella, seria.

—Estás preciosa. Me he quedado sin palabras, Marilyn.

Durante el trayecto permanecieron en silencio hasta que Marilyn dijo:

—Me juró que me amaba.

—Debes darte cuenta de que un hombre como el presidente no es dueño de su vida. Su vida pertenece al país.

—Pues que le aproveche al país. Podría follarse a todos y cada uno de los ciudadanos de Estados Unidos, estoy convencida.

—No seas injusta.

—Dime, ¿se acuesta solo el presidente? ¿Lo han echado de su trabajo por venir a mi cumpleaños? Ni siquiera me llamó.

—Todo ha cambiado.

—No, no es cierto. Simplemente, me ha cambiado a mí. ¿Por qué? Esa es la pregunta.

—Eso solo podría respondértelo él.

—¿Y por qué no ha venido, entonces?

—Es todo mucho más complejo de lo que puedas imaginar.

—Y tú no me lo puedes contar, claro.

—No soy quién.

—Pues hagamos aquello que has venido a hacer. Cenemos en paz y, luego, acostémonos.

Una vez en el restaurante y después de pedir la comanda, Robert, aprovechando el reservado en el que los habían situado, tomó las manos de Marilyn.

—Sé que mereces más, pero te enamoraste del hombre equivocado.

—Todos eran los equivocados. —Tomó un sorbo de su copa y se tapó la cara con las manos.

Kennedy consiguió que las apartara, no sin pelear, y le agarró la barbilla.

—Eres una mujer muy especial, Marilyn. John no ha sido más que una anécdota en tu camino. A lo mejor ya conoces al hombre al que amas y te corresponde, y ni siquiera te has dado cuenta. Pero tienes que olvidarte de él. Y, sobre todo, si lo amas como dices, no debes hacer nada que pueda hacerle daño.

JFK le había dicho a su hermano que Marilyn era aún mejor en la cama si le ganaba el corazón. «Le encanta que le digan esas estupideces románticas, que la hagan sentir especial. Hazme caso, hermanito, antes de dejar las cosas bien claras, puedes pasar el rato más espectacular de tu vida».

Esa noche, Robert Kennedy tuvo el mejor sexo de su vida. Marilyn sintió que, tal vez, se había enamorado del hermano equivocado, pero no había vuelta atrás. Bobby tenía fama de ser fiel, un hombre de familia, un católico practicante con grandes principios.

—Lo que tienes que entender, Marilyn —dijo Robert en voz baja —, es que las cosas han cambiado. John ya no es un hombre libre.

—¿Lo era cuando estaba casado y nos veíamos?

—No es lo mismo. Solo erais dos mujeres, ahora hablamos de Estados Unidos.

—¿Solo éramos dos mujeres? ¿Qué demonios significa eso, que podía arrancarnos el corazón y comérselo?

—La patria…

—El poder. Querías decir el poder y has dicho la patria. No equivoques las palabras. Solo soy una mujer, pero sé utilizar las palabras correctamente. No soy ninguna estúpida ni una ignorante. Eso os habría gustado a todos, ¿verdad? Pues no, dentro de esta cabecita, hay un cerebro y está lleno de ideas.

—No quería ofenderte. Disculpa.

—Creo que los Kennedy no me podéis ofender ya más.

Se despidieron a la mañana siguiente con la promesa de estar en contacto permanente.

Los días siguientes, Angie Novello, secretaria particular de

Robert Fitzgerald Kennedy, recibió llamadas telefónicas de *miss* Green, el nombre que usaba Marilyn, cuando estaba con JFK. Bernie Spindel lo estaba grabando todo. Luego lo transmitía a sus clientes: Hoffa, la CIA y Carlos Marcello.

—Señorita Green —respondió la última vez Angie Novello—, le ruego que no vuelva a llamar. El señor Kennedy no está disponible ni lo va a estar nunca. Por favor, deje de llamar o tendré que avisar a la Policía.

—¡No soy un trozo de carne que se puedan pasar los hermanitos para jugar con ella! Dígale al fiscal general que, si cuento todo lo que sé, su carrera y la de su hermano pueden durar muy poco. ¿Me ha entendido? Más le vale dar señales de vida.

—Un momento, señorita Green. —Se hizo un silencio que recordaba a una casa fantasma—. ¿Señorita Green?

—Dígame, sigo aquí.

—El fiscal general irá a verla personalmente dentro de unos días. Aún no puede determinar cuál, pero le promete que irá.

—De acuerdo. Muchas gracias, señorita Novello.

Lo que no podía imaginar ella era que aquel anuncio era el peor que le habían hecho en su vida.

Marilyn y los Kennedy

—A ojos de Marilyn Monroe, ¿cómo fue la relación con los Kennedy?

—Imagine que está usted en un parque de atracciones y todas le gustan, pero hay una atracción, un juego, que le gusta más que el resto. Eso fui yo para JFK.

»No creo que me mereciera todo el desprecio que me demostró, pero era lo que había. Él era un príncipe y yo, al fin y al cabo, jamás dejé de ser una corista para los hombres.

»Considero que no todo puede valer para conseguir lo que se quiere, pero imagino que cuando deseas el poder tanto como para no pensar en tus hijos o tu esposa, tienes que dejar los escrúpulos en casa. Yo jamás tuve una casa, por eso no puedo pensar como ellos.

»No me veían más que como a una borracha o a una drogadicta, un trozo de carne apetecible que, al fin y al cabo, era tan suyo como todo lo que había en Estados Unidos. No creo que los Kennedy sepan lo que es pedir permiso. Ellos llegan, cogen lo que quieren y

punto.

—Lo que cuenta no los deja en muy buen lugar.

—Yo, al fin y al cabo, no soy nadie, pero habrá un momento en el que la historia pida cuentas, siempre lo hace.

CAPÍTULO 28
LA ÚLTIMA VISITA

Giancana controlaba la droga de la costa oeste. Había entablado amistad con Sinatra en los momentos más bajos del cantante. Invirtió millones de dólares y le aportó los contactos para triunfar en Hollywood.

Robert Kennedy pensaba como Jackie: el clan Sinatra no era bueno para su futuro político. Anuló una estancia ya programada en la mansión del cantante. Sinatra se sentía humillado. No era un tipo cualquiera como su padre. Se creía mejor porque jamás se había sentado ni treinta segundos a plantearse cómo era él. Probablemente se habría tomado una copa y habría pasado al siguiente pensamiento.

Sinatra había movilizado a Hollywood, había hecho campaña a favor de Kennedy, se había dejado el pellejo en que fuera elegido presidente. Obedecía órdenes de Giancana y, como él, pensó que de esa forma tendría el apoyo incondicional del presidente. Nada más lejos de la realidad.

Kennedy se hospedó en casa de Bing Crosby.

Después de este desplante, Sinatra se dio cuenta de que había que hacer nuevas amistades. Primero se encargó, personalmente, de que Lawford no solo dejara el Rat Pack sino de que desapareciera del mundo artístico. Después, comenzó su apoyo a los republicanos.

Kennedy incumplía todas las promesas que había hecho antes de llegar a la Casa Blanca. Se había convertido en el enemigo público número uno de todos los enemigos públicos de la sociedad. Demasiada suma de enemigos.

Se buscaron todos los puntos que pudieran herir a Kennedy. O los que ellos creían que podían herirlo; porque, si algo tenía el presidente, eran pocos puntos flacos. Nada, nadie le importaba más que él mismo y su apellido. Pero había dejado demasiados cadáveres en el camino.

Giancana ordenó a Sinatra que invitara a Marilyn Monroe al hotel Cal Neva, en el lago Tahoe. Marilyn no tenía ganas de ir, no se encontraba bien, estaba rota por dentro. Quería refugiarse en su casa, tal vez llamar a DiMaggio e intentar recomponerse un poco. Lo suficiente para volver a tomar las riendas de su vida.

—Vamos, Marilyn —le dijo Sinatra con aquella voz que sabía usar tanto para cantar *New York*, como para seducir a una bandeja —, te vendrá bien. Tienes que olvidarte de esos sucios irlandeses y conocer gente nueva. Gente que pueda aportarte cosas buenas.

—Gracias, Frankie, pero he llamado a Joe y vendrá a pasar el fin de semana conmigo.

—Joe siempre estará ahí. No sé qué le pasa a ese hombre contigo, pero parece que no le importa lo que le hagas.

—Pero a mí, ahora, sí me importa.

—Si tanto te quiere, entenderá que vengas a esto. Es la oportunidad de retomar tu carrera. No puedes dejar que ganen ellos.

—Déjame pensarlo.

—Te mandaré mi avión privado. Te recogerá el viernes a las tres de la tarde, ¿de acuerdo?

—No sé, Frankie…

—Vamos, Marilyn, tienes que seguir adelante…

—Está bien, hablaré con Joe. Podrá venir el lunes y pasaremos la semana juntos. Creo que no le importará si lo compenso con más días.

—Perfecto. Sam quiere que vuelvas a brillar como lo has hecho siempre y ya sabes que no duda en invertir si cree que merece la pena.

Los micrófonos instalados en casa de Marilyn radiaron la noticia inmediatamente, que llegó como un huracán envenenado a oídos de Robert Kennedy.

—¿No podemos hacer nada para evitarlo?, —preguntó a Hoover.

—¿Acaso tiene usted miedo, fiscal?

—Por supuesto que no. Pero estemos pendientes de lo que hace, ¿de acuerdo? En cuanto vuelva del lago Tahoe, iré a verla.

La noche transcurría con más pena que gloria. Giancana había intentado convencer a Marilyn de que se uniera a su causa, pero

ella iba tan borracha y drogada que no era posible mantener una conversación medianamente inteligente. Iba de hombre en hombre, coqueteando sin querer llegar a nada más. Solo quería sentirse viva, sentir que gustaba de nuevo. Tenía alma. Necesitaba gritarlo, pero el alcohol ahogaba su voz. Se acercó a Giancana y le dijo:

—Bonita fiesta, señor Tangana. —Fue a estrecharle la mano, pero su copa se derramó sobre el carísimo traje del gánster.

—Mierda, Frankie —gritó a Sinatra—, pensaba que podrías contener a esta furcia, pero ya veo que no es así.

Giancana le dio una bofetada a Marilyn que la hizo tambalearse. La cogió del pelo y dijo:

—Chicos, es hora de divertirse. Tú —se dirigió a Sinatra—, coge la cámara de fotos. Aquí la señorita y nosotros vamos a tener una interesante sesión.

Marilyn gritaba. Sentía un dolor punzante en la cabeza. Las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas, hasta caer al suelo como pequeñas gotas de lluvia.

—Tranquila, cariño, tu virginidad quedará intacta.

La arrastró del pelo hasta una habitación, la tiró bocabajo en la cama y se puso a horcajadas sobre ella. Le subió el vestido. Se bajó los pantalones y la penetró. Ella gritaba y lloraba. Dejó de sentirse persona y, poco a poco, se fue acostumbrando al dolor a medida que los hombres de Giancana la violaban uno a uno.

Mientras, Sinatra tomaba fotografías. Los hombres iban poniendo pose de victoria. Algunos se iban abrochando los pantalones, otros fumaban. En las primeras, Marilyn miraba al objetivo con la cara desencajada y el rímel ensuciando su rostro. Luego, ya no miró más. Se giró y dejó la nariz y la boca aprisionadas por las sábanas. Rezaba para morir allí, para asfixiarse, para no tener que recordar al día siguiente.

Habían acabado. Todos menos Sinatra, el fotógrafo oficial del espectáculo, habían tenido su pedazo de Marilyn, así que desfilaron fuera del bungaló. Ella se levantó como pudo y fue a la ducha. Sangraba, pero no le importaba. Ya nada importaba.

Comenzaba a amanecer y se sentó en una de las tumbonas de la piscina, vestida con su albornoz. Creyó ver a DiMaggio observándola desde el bosque que había a unos metros. Se incorporó para cerciorarse. Sí, era él. Marilyn lo saludó con la

mano, pero él se limitó a darse la vuelta y desaparecer.

Marily se hundió en la tumbona. Se llevó el índice a la boca, intentaba pensar cuáles eran sus opciones. Le dolía todo el cuerpo. Seguía sangrando. Si miraba al cielo podía ver el sol allá a lo lejos, pero no había luz. Todo estaba a oscuras para ella.

«¿Qué haría Marlon Brando?», pensó.

Sinatra llegó y se sentó a su lado en la hamaca contigua. Ella se cerró cuanto pudo el albornoz y se abrazó. No quiso mirarlo ni un segundo.

—Hola, rubia.

Ella no se molestó en contestar.

—Siento lo que pasó ayer. Yo no sabía… Bueno, si lo hubiera sabido… No sé qué decir más que es mejor que mantengas la boca cerrada si no quieres que las fotos lleguen a todos los periódicos del país.

Se levantó esperando que ella dijera algo. No pasó.

—Mi avión está preparado para dejarte en Los Ángeles. Haz tus maletas. Sales en una hora. —Dio unos pasos y se giró para mirarla —. Tienes que dejar de meterte en líos, Marilyn.

Robert Kennedy sabía que tenía que visitarla. Sabía que tenía que hacerla callar como fuera. Quería dejarle claro que nada de lo que ella creía había existido. Quería que tuviera la certeza de que era mejor mantener la boca cerrada porque tenían material más que necesario para hundirla para siempre. Estaba loca, eso era lo que le pasaba. Estaba como una puta cabra. Pero aún podía decidir: el silencio o el manicomio. Él no habría tenido dudas en qué debía elegir.

Giancana supo que el hermano pequeño de los Kennedy iría a visitar a la rubia. No podía permitir que le contara nada. Bastantes problemas tenía ya con los hombres de Bobby. Llamó a Sinatra y a sus hombres, y les ordenó que acabaran con la Monroe.

Cuando los hombres de Giancana llegaron, Robert Fitzgerald Kennedy salía de la casa de Marilyn. Se montó en su coche y esperó allí dentro. Momentos más tarde, los hombres del fiscal general salían poniéndose las chaquetas.

Esperaron a que se fueran. Entraron en la casa y encontraron a

la señora Murray, la asistenta, con un sobre en la mano, todo revuelto y restos de sangre por el salón.

—¿Dónde está?

—¿Quién?, —preguntó la señora Murray, guardándose el sobre.

—El pato Donald, claro. ¿Quién va a ser?

La asistenta hizo una señal con la cabeza hacia la habitación. Cuando entraron, la encontraron tirada en la cama, un bote de pastillas sobre la mesita de noche y totalmente desnuda.

—Ve quitando nuestros micrófonos —ordenó el más fornido al que parecía mucho más joven—. Aquí se va a liar. ¿Sabes dónde están? —El otro asintió con la cabeza—. Pues ya te quiero ver desmantelando las escuchas.

Se giró hacia la asistenta y clavó sus ojos en los de ella. La señora Murray estaba paralizada por el miedo. En vez de ojos vio dos cuencas vacías, no había nada tras aquellas canicas que adornaban su cara.

—Imagino que sabe estar usted callada —dijo mientras sacaba otro sobre del abrigo y se lo tendía—. Limpie bien todo esto. Que no quede rastro de lo que ha pasado aquí.

Ella asintió mientras todo el cuerpo le temblaba. Estaba dándose el terremoto más grande de toda la humanidad y solo podía sentirlo ella. El mundo entero se desmoronaba, su cuerpo apenas se sostenía en pie. Pero allí estaba, viva todavía. Y así pensaba seguir.

Se fijó en que el teléfono estaba descolgado.

—¿Estaba hablando con alguien?, —preguntó, señalando el cuerpo.

—Había intentado localizar a su psiquiatra… Creo.

—Muy bien —dijo el hombre, dándole dos bofetadas sonoras en la cara—. Espero que usted y yo no tengamos que volver a vernos.

—Descuide —dijo ella, atemorizada.

—¡Listo!, —gritó la voz del otro hombre desde fuera.

El que se encontraba junto al cadáver de Marilyn miró de nuevo a la señora Murray.

—¿Le han dado alguna instrucción los simpáticos hombres que estuvieron antes que nosotros aquí?

—Dijeron también algo de unos micrófonos, la trajeron aquí y me ordenaron también que lo limpiara todo y llamara a la policía en unas horas.

—Grandes consejos. Hágales caso, son hombres del Gobierno. Ya sabe, gente de bien.

CAPÍTULO 29
UN CADÁVER

El primer policía que acudió a casa de la actriz tras el aviso de su muerte fue Jack Clemmons, que llegó alrededor de las ocho de la mañana.

Los vecinos testificaron que a las diez y media llegaba una ambulancia a casa de Marilyn, que habían oído el sonido de un helicóptero y que habían visto salir a Robert Kennedy de la casa a eso de las diez de la noche. Después llegaron el psiquiatra de Marilyn, Ralph Greenson, y el doctor Hyman Engelberg, que habría intentado recuperar a la actriz.

A Clemmons no le cuadraba nada de lo que le estaban contando y así lo hizo constar en el atestado.

Eunice Murray mentía.

Dijo que había encontrado a Marilyn agonizando. Se había levantado para ir al servicio y vio luz bajo la puerta y decidió entrar en la habitación. Allí la vio, tendida en la cama, inconsciente. Llamó al doctor Engelberg para que acudiera enseguida. Llegó también una ambulancia, pero no pudieron hacer nada ya por ella.

—Fue un desgraciado accidente. La señora hacía mucho que no se encontraba bien y me preocupé cuando vi la luz encendida. No sabía qué hacer, así que llamé al doctor.

Clemmons veía tantas incongruencias en la declaración de Eunice Murray que le pidió que se personara en la comisaría para tomarle testimonio con más tranquilidad.

La casa olía endemoniadamente a productos de limpieza y la lavadora estaba funcionando cuando él llegó. Pero, además, había muchas otras preguntas que eran difíciles de contestar.

¿Por qué la asistenta fue al cuarto de baño del pasillo cuando tenía uno en su propia habitación? Además, la alfombra colocada en el dormitorio de la actriz no dejaba traspasar ni un ápice de luz.

¿Qué había de extraño que la luz estuviera encendida si Marilyn padecía de insomnio crónico?

Por otra parte, Norman Jeffries, yerno de Eunice Murray, aquel 4 de agosto de 1962 estaba trabajando en casa de Marilyn. Había ido para seguir con el suelo de la cocina. Vio a la actriz demacrada, parecía enferma. Parecía estar muerta de miedo. Nunca la había visto así.

Entre las tres y las cuatro vio llegar a Peter Lawford, acompañado por Robert Kennedy, quien les pidió que fueran al supermercado. Cuando regresaron una hora después, Marilyn sufría un ataque de cólera. Pat Newcomb, su secretaria y agente de prensa, trataba de tranquilizarla. Eunice llamó a Greenson. Marilyn había despedido a la señora Murray, aunque Greenson la convenció para que la dejara quedarse esa noche.

Cuando se fue el psiquiatra, Jefrries y Eunice se quedaron viendo la televisión mientras Marilyn permanecía en su cuarto. A las nueve y media Robert Kennedy regresó con otros hombres del Gobierno.

—Nos ordenaron que nos fuésemos. Pero esta vez no nos alejamos del barrio. Fuimos a casa de un vecino. No sabía qué estaba pasando.

Poco antes de la medianoche del 4 de agosto, el policía Lynn Franklin detuvo a un Mercedes oscuro que circulaba a más velocidad de la permitida por Beverly Hills. Dentro se encontraban Peter Lawford, el doctor Greenson y Robert Kennedy.

Clemmons insistió ante sus superiores en que algo no encajaba. No cuadraban las horas, no cuadraban los testimonios de los testigos, de hecho, la señora Murray no hacía más que contradecirse; no cuadraba la posición del cuerpo con los hematomas que presentaba el cadáver. Estaba convencido de que la movieron. No murió en su cama. Se lo hizo saber al capitán, que le pidió que dejara el caso como estaba. Marilyn Monroe se había suicidado y no había nada más que hablar.

Fred Otash declaró que, por encargo de Jimmy Hoffa, se habían instalado micros en casa de Marilyn. El día de su muerte grabaron a Marilyn gritando:

—¡Me han pasado de uno a otro! Fui utilizada. ¡Me siento un pedazo de carne!

—¿Dónde está? —Se oía gritar también a Robert Kennedy—. ¿Dónde? ¡Debo tenerlo! ¡Mi familia te pagará!

Mientras, se oían ruidos de muebles arrastrados, cajones que se habrían y cerraban con violencia, sillas que caían…, pero también golpes y gritos de Marilyn.

Esa noche, Lawford se presentó, borracho y muy nervioso, en casa de Otash y le soltó:

—Marilyn está muerta. Tienes que hacer desaparecer cualquier prueba que pueda inculpar a Robert.

Pat Newcomb, agente de prensa de Marilyn, se había quedado a dormir esa noche en casa de la actriz.

—Nos peleamos porque yo me levanté a eso de mediodía y ella no había podido dormir.

Sidney Skolsky, que había hablado con Marilyn ese mismo día, decía que Marilyn le contó que había discutido con Newcomb a causa de Robert Kennedy. La exmujer de Dean Martin, gran amiga de Newcomb, dijo:

—Pat fue demasiado lejos. Estaba muy enamorada de Bobby. Si quiere saber quién está más informada que nadie en todo lo que concierne a Marilyn Monroe, esa es Pat.

En un informe del FBI sobre la muerte de la actriz puede leerse:

«Se llegó a la conclusión de que el ama de llaves y la secretaria personal y agente de Marilyn, Pat Newcomb, colaboraron en el plan para incitar al suicidio». Fue recompensada por su «cooperación» al ser nombrada asistente de George Steven Jr., director de United States Information Agency.

Fijó su residencia en Washington D.C, y comenzó a ejercer su cargo como vínculo entre Hollywood y el Estado, a las órdenes de los Kennedy.

Ralph Greenson dijo que el 4 de agosto, a eso de las cuatro de la tarde, recibió una llamada de Marilyn. Estaba muy deprimida y parecía drogada. Acudió inmediatamente en su ayuda. Dos horas y media después se había calmado, aunque seguía enfadada con Newcomb. Como no la veía bien, le pidió a la señora Murray que se quedara a dormir esa noche. Poco antes de las ocho, recibió una nueva llamada de Marilyn comentándole que acababa de hablar con Joe DiMaggio y estaba muy contenta.

Unas horas después recibió la llamada desesperada de la señora Murray diciéndole que Marilyn estaba muerta. Él acudió inmediatamente y llamó a la ambulancia.

No se podía hacer más de lo que ya se había hecho.

CAPÍTULO 30
LA
AUTOPSIA [4]

El forense Thomas Noguchi realizó la operación.

Examen externo:

El cuerpo sin embalsamar es el de una mujer de treinta y seis años de edad, bien desarrollado y bien nutrido. De raza caucásica. Peso,
53 kg
y altura 1,66.

El cuero cabelludo está cubierto con el pelo teñido de rubio. Los ojos son de color azul. Lividez en cara, cuello, pecho y partes superiores de los brazos y parte derecha del abdomen.

La lividez va desapareciendo en la parte posterior de los brazos y las piernas.

Se observa un área de equimosis leve en la cadera izquierda y lado inferior de la espalda.

La mama no muestra ninguna lesión signi cativa.

Hay una cicatriz quirúrgica horizontal de
7,62 cm
en el cuadrante superior del abdomen. Se observa una cicatriz quirúrgica suprapúbica de
12,7 cm
de largo.

Las conjuntivas están marcadamente congestionadas, sin embargo, no se notan petequias. La nariz no muestra evidencia de fractura.

No hay evidencia de trauma en el cuero cabelludo, la frente, las mejillas, los labios o la barbilla. El cuello no muestra evidencia de trauma. Las manos y las uñas no muestran defectos. Las extremidades inferiores no

muestran ninguna evidencia de trauma.

Examen interno:

Se hace incisión en forma de Y para abrir las cavidades torácicas y abdominal.

Las cavidades pleurales y abdominales no contienen exceso de líquido o sangre. El mediastino no muestra ningún cambio o ampliación. El diafragma se encuentra dentro de los límites normales. El borde inferior del hígado se encuentra dentro de los límites normales. El borde inferior del hígado se encuentra dentro del margen costal. Los órganos están en la posición y relación normales.

Sistema cardiovascular: El corazón pesa 300 gramos. La cavidad pericárdica no contiene exceso de líquido. El epicardio y el pericardio son lisos y brillantes. La pared ventricular izquierda mide
1,1 cm
y la derecha
0,2 cm.
Los músculos papilares no son hipertró cos. Las cuerdas tendinosas no se espesan ni acortan. Las válvulas tienen el número habitual de folletos, que son delgados y exibles. La válvula tricúspide mide
10 cm.
La válvula pulmonar,
6,5 cm.
Válvula mitral,
9,5 cm
y la aórtica,
7 cm
de circunferencia. El foramen oval se cierra. Las arterias coronarias surgen de su ubicación habitual y se distribuyen de manera normal. Varias secciones de la rama descendente anterior de la arteria coronaria izquierda con 5 mm interial demuestran un lumen de patentes en todo. La rama circun eja y la arteria coronaria derecha también demuestran un lumen de patentes. La arteria pulmonar no contiene ningún trombo. La aorta muestra un amarillo

brillante y suave.

Sistema respiratorio: El pulmón derecho pesa
465 gr
y el izquierdo, 420. Ambos pulmones están moderadamente congestionados y presentan edemas. La super cie es oscura y roja moteada. La parte posterior de los pulmones muestran congestión severa. El árbol traqueobronquial no contiene material aspirado o sangre. Varias secciones de los pulmones muestran congestión y uido edematoso exudado de la super cie de corte. No se observa la consolidación o supuración. La mucosa de la laringe es blanca y grisácea.

Hígado y sistema biliar: El hígado pesa 1890 gramos. La super cie es de color marrón oscuro y lisa. Hay adherencias marcadas a través del epiplón y de la pared abdominal en la parte inferior del hígado, la vesícula biliar se ha eliminado. El conducto común es ampliamente patente. No se encontró cálculo u obstructiva material. Varias secciones del hígado muestran una ligera acentuación del patrón lobular, sin embargo, no se halla ninguna hemorragia o tumor.

Hemático y del sistema linfático: El bazo pesa 190 gramos. La super cie es de color rojo oscuro y suave. La sección muestra super cie de corte de color rojo oscuro homogéneo y rme. Los cuerpos de Malpighi no se identi can claramente. No hay evidencia de linfadenopatía. La médula ósea es de color rojo oscuro.

Sistema endocrino: Las glándulas suprarrenales tienen la corteza arquitectónica habitual. Las glándulas tiroides son de tamaño color y consistencia normales.

Sistema urinario: Los riñones juntos pesan 350 gramos. Pueden ser despojados de sus cápsulas sin di cultad. La disección muestra una parénquima moderadamente congestionado. La super cie cortical es suave. Los pelvis y los uréteres no están dilatados ni hay estenosis. La vejiga contiene aproximadamente 150cc de líquido de color pajizo claro. La mucosa no está alterada.

Sistema genital: La genitalia externa no muestra

ninguna anomalía grave. Distribución del vello púbico de patrón femenino. El útero es de tamaño normal. La sección del útero muestra el espesor normal de la pared uterina sin nódulos tumorales. El endometrio es amarillo grisáceo y mide hasta

0,2 cm

de espesor. No pólipo ni tumor. El cuello uterino es claro, sin quistes de Naboth. Los tubos están intactos. El ovario derecho muestra reciente cuerpo lúteo hemorrhagicum. El ovario izquierdo muestra el cuerpo lúteo y albicantes. Se toma una citología vaginal.

Aparato digestivo: El esófago tiene una mucosa de plegado longitudinal. El estómago está casi vacío. El uido mucoide es de color marrón. El volumen se estima en no más de 20cc. No deja residuos de píldoras. Un frotis a partir de los contenidos gástricos, examinados bajo el microscopio polarizado, no muestra cristales refráctiles. El resto del intestino delgado no muestra ninguna anormalidad. El apéndice está ausente. El colón muestra congestión marcada y decoloración púrpura. El páncreas tiene una arquitectura lobular bronceada. Secciones múltiples muestran un conducto de patentes.

Sistema locomotor: La clavícula, costillas, vértebras y huesos de la pelvis muestran líneas de fractura. Todos los huesos de las extremidades se examinan mediante palpación sin mostrar evidencia de fractura.

La cabeza y el sistema nervioso central: El cerebro pesa 1440 gramos. Sobre la re exión del cuero cabelludo no hay evidencia de contusión o hemorragia. Los músculos temporales están intactos. Tras la eliminación de la duramadre, el líquido cefalorraquídeo es claro. Los vasos super ciales están congestionados ligeramente. Las circunvoluciones cerebrales no son aplanadas. El contorno del cerebro no está distorsionado. No se encuentra sangre en los espacios epidural, subdural o subaracnoideo. Múltiples secciones del cerebro muestran los ventrículos simétricos habituales y los ganglios basales. El examen de la madre cerebelo y el cerebro no

muestra ninguna anomalía grave. Después de la eliminación de la duramadre de la base de cráneo y la bóveda craneal, se muestra sin fractura de cráneo.

Temperatura del hígado tomada a las 10:30. Estoy registrando 31,66 grados Celsius de la pieza: la sangre sin embalsamar se da por el alcohol y el examen de barbitúricos.

Hígado, riñón, estómago y contenido, orina y el intestino se guardan para su posterior estudio toxicológico. Se hace frotis vaginal.

T. NOGUCHI, MD DIPUTADO MÉDICA EXAMINADOR 08/13/62.

CAPÍTULO 31
NUNCA LLEGÓ EL FINAL

El oficial retirado de la CIA, Norman Hodges, hizo unas declaraciones en las que afirmaba haber asesinado, por orden del Gobierno estadounidense, entre agosto de 1959 y marzo de 1972, a treinta y siete personas, entre las que se encontraba Marilyn Monroe.

—La mayoría de mis víctimas eran políticos, periodistas y líderes sindicales, pero también tuve que lidiar con científicos y artistas cuyas ideas representaban «una grave amenaza para los Estados Unidos.

»Teníamos pruebas de que Marilyn se acostaba con el presidente Kennedy, sí, pero también de que lo había hecho con Castro.

»Mi comandante, Jimmy Hayworth, me dijo que ella tenía que morir y que tenía que parecer un suicidio o una sobredosis. Nunca antes había matado a una mujer. Lo hice por América. Ella podía dar información estratégica a los comunistas y no podíamos permitirlo. Tenía que morir. Solo hice lo que tenía que hacer.

ARCHIVOS Y TESTIMONIOS SOBRE LOS QUE LA AUTORA PUDO ESCRIBIR *LOS CABALLEROS LAS PREFIEREN MUERTAS*

La escritura de una novela requiere, siempre, de un proceso de documentación precisa y exhaustiva. Para llevar a buen término esta, *Los caballeros las prefieren muertas*, requería de testimonios de primera mano para poder completar el puzle que es, finalmente, la vida de Marilyn Monroe. Pocas veces se han mostrado las transcripciones; a veces, las notas mecanografiadas, otras, que sirvieron para componer una obra.

En este caso la autora ha creído importante presentar los textos y los testimonios sobre los que pudo trabajar para conformar cada palabra, cada hecho y cada sentimiento que aparece en estas páginas.

Los testimonios deben ser tenidos en cuenta como un elemento más que conforman la historia de la mujer más famosa del mundo, después de la virgen, y la más vilipendiada junto a María Magdalena.

Los testimonios aparecen como se recibieron cuando se solicitó colaboración a los caballeros que habían formado parte, de una u otra forma, de la vida de la actriz. Por supuesto, algunos ni siquiera contestaron a la llamada.

André de Dienes

Al final del verano, su contrato expiró el 25 de agosto, Marilyn estaba triste. El cine era un hogar de acogida más: la habían hecho creer que la querían, pero cuando sacaron de ella todo el sexo que quisieron, la echaron de casa.

Era como una historia que se repetía una y otra vez. No quiero imaginar lo que debe de ser sentirse abandonado de una manera cíclica y perpetua. No dejaba escapar una lágrima en público. En privado, sé bien que lloraba. A veces, quedabas con ella para tomar una copa y llegaba con los ojos hinchados y las gafas de sol puestas, fuera de día o de noche; hiciera sol o el cielo se tiñera de un gris tan intenso que parecía que las puertas del infierno estaban a punto de abrirse para dejar caer todo su odio. Las gafas de sol significaban llanto. Nunca la vi llorar en público, pero sabía que lloraba. Sabía que mordía la almohada para que los vecinos no la oyeran, que daba puñetazos al colchón, intentando deshacerse de una frustración que se desbordaba al llegar a la cama.

Pasó meses yendo de prueba en prueba. Poniendo la mejor de sus sonrisas, exponiendo su talento, su cuerpo, su mente. Pero las mujeres tienen dos problemas: ser guapas o ser feas. Y no sé cuál elegiría yo si fuera del sexo femenino. Créame, si hubiera sido un hombre, le habrían firmado un contrato en la primera prueba. Se notaba que había mucho que pulir, pero que, bajo esa apariencia de ranchera hermosa, se escondía un animal de la pantalla.

No me cansé de ella. Nunca me cansé. La amaba. No sé si era la forma correcta de hacerlo o daba palos de ciego. Pero era muy difícil acertar con Marilyn.

El pozo en el que se iba desdibujando era cada vez más profundo. ¿Cómo era posible que el inicio de su carrera fuera tan desilusionante?

Le habían alabado su fotogenia, le habían dicho que su cuerpo, que sus curvas, eran puro fuego; el sexo era su única piel. Se comería la pantalla. Estaba llamada a ser una estrella, pero tras las palabras solo había quietud.

Echaba de menos a su madre. Echaba de menos a Jim, pero la

historia no tiene marcha atrás y sus pasos la habían llevado por el sendero de Marilyn Monroe, alejándose cada vez más y más de Norma Jeane. No, ya no era aquella niña que imploraba cariño, la servil jovencita capaz de decir que sí a todo con tal de que los demás estuvieran contentos. No, Norma Jeane había desaparecido como lo había hecho su matrimonio. Si le soy sincero, ni siquiera llegué a vislumbrarla.

Jamás pensó que divorciarse fuera tan fácil. Un viaje rápido a Las Vegas, un papel, una firma y fin de la escena. Imagino que muchas veces se preguntó cómo habría sido su vida si se hubiera quedado con aquel chico de pueblo con la única aspiración de formar una familia, tener un buen trabajo, una casa y un coche familiar. El sueño americano.

Norma era tan diferente… Tan solo compartían huesos y músculos. El resto era una historia por inventar.

Ya no quedaba nada de Norma Jeane. Apenas aquella risa feliz cuando metió los pies en el mar.

Creo que me hizo un favor dándome plantón. Yo habría sido como muchos otros que se empeñaron en encerrarla. Era normal querer encerrarla para que nadie la tocara. Con Marilyn tenías la sensación de que no te pertenecía, hicieras lo que hicieras, así que tenías la imperiosa necesidad de encerrarla bajo llave y no permitir que nadie la viese.

No sé si era feliz, no le pregunté. Cualquier respuesta me habría dolido. No importa a quién le pregunte, le dirá lo mismo. Ella era capaz de hacerte sentir el hombre más importante del mundo y, treinta segundos después, algo absolutamente superficial, sin importancia. Así era Marilyn, supongo, una montaña rusa de sensaciones a la que era muy fácil hacerse adicto.

Tuve suerte, no quiso casarse conmigo.

Joseph Kennedy

No obtendrá de mí ni una asquerosa palabra de esa maldita zorra. Solo quería poder.

Tom Kelly

Nada más verla supe que quería fotografiarla desnuda.

Cincuenta dólares. Cincuenta míseros dólares y me hizo rico.

Aquella foto la querían todos. Fue la foto de la primera portada de *Playboy*. Y la hice yo.

Nunca pude poseerla, pero la inmortalicé.

Joe DiMaggio

Marilyn era una niña. Jugaba a ser mayor como lo hacen los niños. Quería las cosas buenas de los adultos, pero se negaba a aceptar las obligaciones.

A mí me daba igual. No me enamoré de lo que podía ser Marilyn, sino de quién supuse que fue Norma Jeane. Un pajarillo que no sabía volar solo.

¿Ha visto alguna vez a un gorrión caído en el suelo? Hablo de una de esas pequeñas crías que ya tienen plumas, pero no saben cómo usarlas. Esa era Marilyn.

Creo que Dios me puso en su camino para ayudarla, para mostrarle que podía ser una mujer como cualquier otra: ama de casa, esposa, madre…, pero se resistía como lo hacen las gatas.

Así era Marilyn. Una niña en un cuerpo pequeño que le jugaba malas pasadas. Ella no se daba cuenta de cómo la miraban los hombres. No sabía lo que provocaba en nosotros, pero lo hacía. No podía saberlo porque eso querría decir otra cosa. Jamás consentiré que nadie la llame así.

A veces jugaba con eso, sí, pero ella no era consciente. No, no podía serlo porque Marilyn, mi pequeña Norma Jeane, era un gorrión al que le ha salido el plumaje, pero no sabía volar solo, necesitaba de su madre, de un guía protector que le dijera por dónde debía moverse.

En Japón fue feliz. Yo fui feliz al regresar a casa, pero la felicidad siempre se acaba. ¿Qué nos queda entonces? Dios. Y eso era lo único que yo no conseguía que ella viera. Mamá DiMaggio también lo intentó, pero Marilyn no quería darse cuenta de que nuestra alma es lo que nos va a sobrevivir y que volverá para ser una vez más nosotros mismos, o buscar un rincón mejor donde ser, de una vez, lo que Dios quiere que seamos.

La amé en Japón como la amé en Estados Unidos o la habría amado en Italia. La sigo amando, si me lo pregunta.

No creo que las palabras sirvan ya para nada. Nunca han servido para nada.

Yo sabía cómo era Marilyn. Nunca me engañó. Quería ser libre. No le importaba compartir sus días conmigo, pero su vida nunca había sido suya y era su momento. Que Dios me perdone, pero yo no fui educado así.

Ella había conseguido sobrevivir como *party girl*, chica para todo en las partidas de póquer que rueda de una cama a otra. Marilyn es una superviviente nata, pero no es gratis. Cuando la conocí, los barbitúricos ya formaban parte de su vida y aquella relación se fue afianzando con el paso del tiempo y del dolor.

El alcohol tampoco ayudaba…

Supongo que tampoco mis celos.

Pero es que rondaba todo aquello que yo detestaba: fiestas, drogas, alcohol, Sinatra, los Kennedy… Malditos irlandeses que jamás trajeron nada bueno a los Estados Unidos. Sí, yo también soy inmigrante, pero, por el amor de Dios, yo serví a mi país. No, no solo me hice una foto en un buque de la armada. Realmente serví en el ejército. Eso hizo que no me convirtiese en el mejor jugador de béisbol de todos los tiempos. Pero ¿qué más daba eso? Lo importante era tener una mujer, hijos, una familia. Lo que yo quería era ser un estadounidense más con su coche en la puerta de casa, la bandera ondeando en una de las ventanas y una patulea de pequeños y pequeñas DiMaggio que jugaran al béisbol y siguieran teniendo hijos.

Pero me casé con Marilyn Monroe. Piénselo detenidamente. Piense lo que es pasear con la mujer más deseada del mundo. Lo que es llevar del brazo a una mujer que todos los hombres desnudan con la mirada, que todas las mujeres odian por el simple hecho de no ser ella, que se convierte en el centro de atención en cuanto entra en una habitación, pisa la calle o, simplemente, da los buenos días.

Es para volverse loco.

Marilyn no tenía ninguna maldad. Siempre me decía: «La carne es solo carne, Joe». No le diré si le puse una mano encima. No lo confesaré nunca porque siempre he considerado que los hombres que pegan a las mujeres son unos cobardes.

Tal vez, sea tan solo que se han vuelto locos. No lo sé.

Marilyn tenía un cuerpo para el pecado y una mente absolutamente sin mácula.

No sé si yo supe quererla, pero la quise. Aquella mujer con alma de niña. La *sex symbol* que jamás creció.

Habría matado a quien se pusiera ante mí para separarme de ella. Sin embargo, no supe mantenerla a mi lado.

Marilyn…

Cada vez que digo su nombre, un dolor terrible se me clava en el corazón.

Los libros no traen nada bueno y ella estaba empeñada en leer cuantos más mejor. No era una mujer para mí. Es cierto, pero no estaba dispuesto a dejar que se me escapara.

Sé que no estuvo bien. Lo sé. Voy a reprochármelo cada día de mi vida porque hizo que ella se alejara de mí. Pero no supe contenerme. Estaba tan bonita… Todos los hombres querían tocarla, besarla, hacerle cosas que ni siquiera yo me atrevía. Se les veía en los ojos, la devoraban con la mirada. Me sentí pequeño ante aquella mujer tan colosal, ante aquella figura tan impresionante, ante esa mujer, la mujer, mi mujer.

Los chicos nunca me lo habían puesto fácil. Siempre me picaban: «Un día te dejará, Joe», «¿Qué hace un paleto como tú con una mujer como esa?». «Diez a uno a que no llegáis el primer año».

No soy un tipo muy listo, pero tampoco soy estúpido. Marilyn no era una mujer para mí. Nunca lo fue. Quise creer que sí, que podría retenerla, hacerla feliz, cambiarla. Pero ella era indomable, un potro salvaje que no se dejaba poner el bocado tan fácilmente.

Marilyn no era de nadie porque no existía, porque era de todos, porque jamás se conformaba. De ahí le venía su tristeza, de no tener nunca suficiente. Nunca se era demasiado bueno para Marilyn.

Era una persona perdida en mitad de una multitud de gente. Ella no era así, no era gente. No sentía como nosotros, ella tenía toda la humanidad que nos falta clavada en el pecho y así no hay manera de sobrevivir a la tragedia.

Teniente George H. Waple III

Fui el encargado de «proteger» a la señora Monroe en su gira por Corea, sí. Aunque, visto lo visto, tal vez fue el lugar donde más segura estuvo en toda su vida. Nunca se quejó, nunca tuvo una mala palabra. Le gustaba la vida que estaba viendo, sin artificios, sin maquillajes. Sí, era difícil, no había comodidades, pero sonreía.

Solo protestó por el frío. No esperaba que hiciera tanto y su vestuario no era el más adecuado. Tampoco la intendencia. Los soldados, normalmente, duermen con más de una capa de ropa para aguantar los avatares del clima. Le ofrecí una manta eléctrica para su catre, pero rehusó.

«Si ellos han podido vivir en estas condiciones durante meses, yo podré hacerlo tres días», fue lo que dijo. No creo que nadie esperase que fuera tan humilde. No estamos acostumbrados a tratar con estrellas de cine en el ejército, pero uno tiene sus ideas, sus prejuicios. Tampoco quiso un pequeño calentador.

Nadie se acordaba de nosotros, ni siquiera nuestro gobierno. Nos dejó allí tirados como un montón de ganado estéril; nos dejó allí para vigilar no sé qué movimiento del norte contra el sur como si fuera cosa nuestra. ¿Y ella se consideraba una preocupación? Le aseguro que en los años que estuve en el ejército, y fueron algunos, nunca nadie mostró tanto interés por nosotros como ella.

Y, sí, es cierto que a Marilyn se le podría haber perdonado cualquier cosa, pero es que no hizo falta. Hace un tiempo me encontré con Ted Cieszynski, fotógrafo de la oficina de información pública del Cuerpo de Ingenieros. Hablamos, cómo no, de nuestros días en el frente. Poco más, por no decirle nada, nos unía. La guerra es así, sirve para hacer amigos con hombres que, de haberlos conocidos en un bar cualquiera, ni siquiera habrías visto.

Obviamente, salió el tema de la visita, piense que pocas cosas más increíbles nos ha pasado en la vida. Sobrevivir a una guerra es solo cuestión de suerte, que te visitara la Monroe era un milagro.

Charlando con Cieszynski le comenté la idea que yo me había ido formando de ella y le pregunté si él la recordaba de la misma manera, o solo era una idealización por mi parte.

«No sé qué decirle, teniente —me respondió—. Desde luego no tenía nada de la rubia tonta que yo esperaba. Se tomó su tiempo en hablar con nosotros acerca de nuestras familias, nuestros pueblos, nuestros trabajos en la vida civil. No tenía prisa por irse. Hizo que sintiésemos que, realmente, le importábamos».

Una mañana, durante el desayuno, al que siempre la acompañaba, la vi con la mirada perdida, sosteniendo una taza de café con las dos manos. Le pregunté si estaba bien y ella a mí si podía servirle otro. No lo llamó café y, si yo lo he hecho antes, ha

sido por darle un nombre que todos entendamos, pero lo cierto que aquello no pasaba de ser agua con un color extraño y un sabor aún más.

—¿Cree usted en Dios, teniente?, —me preguntó de pronto.

En principio no supe qué responder. Cuando estás en el frente se hace duro creer en algo más que no sea el compañero que tienes al lado y que debe salvaguardar tu vida como tú la de él.

—No lo sé. —Preferí ser sincero—. ¿Y usted?

—Prefiero pensar que no existe, porque, si existiera, ¿qué clase de monstruo sería para permitir que yo no haya conocido el amor de una familia y a usted lo haya apartado de la suya?

En Corea estaba confiada, espontánea y tan hermosa… Hizo lo que quería hacer sin que nadie dirigiera sus pasos: ni marido, ni estudios ni magnates. No había dinero ni falta que le hacía. Tuve la sensación de que aquella gira le suponía un respiro de su vida como Marilyn Monroe.

Ofreció diez espectáculos para cien mil soldados en cuatro días. Ninguna otra estrella habría hecho eso, mucho menos sin cobrar un solo dólar.

Sé que se divorció pocos meses después. En Corea fue feliz. Puedo decir que yo vi a Marilyn Monroe feliz, ¿se da cuenta?

Bueno, fue mi sensación, pero, claro, qué sé yo…

Fred Otash

No sé, siempre creí que la gente la sobrevaloraba. ¿Qué era ella? Una mujer bonita con un cuerpo prefabricado. Como tantas que se ven por aquí, ni más, ni menos. Nunca entendí la fascinación que sentían algunos por ella. Sí, era una mujer guapa, ¿y qué? Todas las mujeres guapas y sin moral quieren ser actrices, así que no hay más que darse una vuelta por Los Ángeles para cazar alguna gacela.

Yo, sin ir más lejos, he podido tener entre mis brazos a algunas de esas «extraordinarias bellezas», algunos de esas que se hacen llamar intelectuales. Ja.

No me importaba espiarlas, seguirlas, atormentarlas dejando alguna huella para que supieran que no estaban solas en ningún momento, pero, por supuesto, no me dejaba ver. Ninguno de mis hombres se dejaba ver. Nunca se nos fue la mano con nadie. Íbamos, hacíamos nuestro trabajo y lo que hicieran sus esposos más

tarde no era asunto mío.

Sé que algunas veces algún marido más celoso de lo habitual «hacía entrar en razón» a su mujercita. ¿Y qué? Yo me limitaba a hacer mi trabajo, por no decir que ellas mismas se lo buscaban. Si no quieres ser tratada como una cualquiera, no te comportes como tal.

Marilyn no era una cualquiera, eso es cierto. Ella era mucho más… No sé cómo definirla, pero es seguro que no era una cualquiera. Una mujer que es capaz de volver loco a cuanto hombre se cruce en su camino…

Por no hablar de las mujeres, claro. Es cierto lo que cuentan. A ella le daba lo mismo encamarse con unos o con otras. Creo que no valoraba su cuerpo, que le daba igual lo que pasara con él. No sé si me explico. Soy un hombre de acción, no un señoritingo que se sienta a escribir memeces o un tipo guapo que no tiene más oficio en la vida que seducir a señoras casadas o jovencitas sin nada en la cabeza.

Parece que a nadie le importa ya los Estados Unidos. Pues es este país el que acoge a todos esos mendigos que llegan del viejo continente. En su mayoría son judíos sin oficio ni beneficio, italianos e irlandeses que no saben más que buscar camorra.

Este era un buen país hasta que se dieron cuenta de que había sitio para otros. Tal vez haya terreno para muchos, pero no hay sitio para los que nosotros no queremos aquí. Monroe era norteamericana, DiMaggio no. Pero él era un héroe y ella tan solo una rubia que buscaba problemas, así que no entiendo que se quejara cuando los encontraba.

No me siento responsable de nada de lo que le pudiera suceder, como no me siento responsable de su divorcio. Mi cliente me pidió algo, y yo se lo di.

Marlon Brando

No creo que nada de lo que yo pueda decir de Marilyn Monroe vaya a cambiar la idea que ya tienen sobre ella.

El público decidió quererla, adorarla, y los estudios optaron por menospreciarla y tratarla como si fuera idiota. Los idiotas eran ellos. Hollywood siempre fue un grupo de niñatos aburridos que no sabían en qué tirar el dinero negro que ganaba papá.

Los más interesantes eran mafiosos que se habían hecho a sí mismos a fuerza de muertes, estafas y desfalcos. Esos merecían mis respetos porque no llamaban a nadie cuando se les caían los mocos para que les limpiasen sus bonitas caras.

¿Eran despreciables? Lo eran, pero, al menos, se habían ganado un desprecio basado en el miedo impuesto por ellos mismos. El terror merece un respeto porque hay que saber instaurarlo.

De cualquier manera, si me retiré fue por algo. No soportaba el dolor que provocaba tanto amor distante. Era como si te convirtieras, de pronto, en un muñeco de nieve que nadie podía tocar o te desmoronabas. Pero eso era lo de menos porque estabas destinado a derretirte con la llegada del calor; o a que se te cayera alguno de los elementos de *atrezzo* que te habían puesto si aparecía una ventisca.

Hollywood te destrozaba física y psicológicamente y te hacía desaparecer moralmente.

Ella fue una de las pocas personas de verdad que conocí y no se podía ser de verdad en aquel nido de víboras. Su mayor pecado fue ser ella con todas las consecuencias. Y ya sabemos cuáles fueron estas, ¿no?

Lee Strasberg

Marilyn era única. Una fuerza de la naturaleza en su estado más salvaje.

No creo, ni por un momento, que nadie se diera cuenta del potencial que esa chica encerraba en su interior. Quería aprender, quería ser mejor, y no es algo habitual entre actores que han tenido cierto éxito. La mayoría se acomoda en papeles que no suman nada, sino que repiten el estereotipo hasta que quedan grabados en forma de estrella en el Paseo de la Fama.

Ella era mucho más que eso. La Monroe era una actriz de verdad. Una de esas actrices que se dejan un trozo de alma en todo lo que hacen. Mire a James Dean, a Montgomery Clift…

Los tres estaban condenados de antemano por no aceptar las reglas del juego: «Eres guapo, por el amor de Dios, cierra la boca y obedece en todo lo que se te ordene». Ellos no podían.

Ser uno mismo siempre tiene un precio. Siempre. No lo dude.

He dedicado toda mi vida al teatro, a formar los mejores actores

del mundo. A trabajar con los cuerpos para llegar a las entrañas y, desde allí, convertirlos en tantos personajes como pueda imaginar, como hayan sido escritos.

¿Le parece terrible revolver las entrañas de alguien para convertirlo en otro? Entonces, no quiero saber lo que opinará de las alimañas que les dan drogas, ponen a su alcance alcohol, sexo, cualquier tipo de perversión para que no avancen, para que no se desarrollen.

Marilyn era única. Era una mujer extraordinaria, tan frágil, tan fuerte, tan llena de vitalidad y miedo que resultaba el barro perfecto para comenzar a fabricar a la nueva actriz, aquella que pudiera adaptarse a cualquier papel, fuera fácil, difícil o estúpido.

No hay nada indigno en querer comer, pero sí lo hay en comerse a los demás para sobrevivir uno. Ella no quiso comerse a nadie, por eso se la comieron.

Pero peleó. Vaya si lo hizo. No creo que haya pasado, ni vaya a pasar por el Actor’s Studio nadie más brillante que la Monroe.

Recuerde lo que le digo cuando estemos en 1980 y mire hacia atrás.

Katherine Hepburn

No creo que el silencio de la señorita Monroe fuera por falta de interés en la política nacional, más bien creo que fue la política nacional la que no mostró ningún interés por ella más allá de las sábanas. Quizá me equivoque, no nos vimos nunca más allá de un hola y un adiós al cruzarnos en algún lugar.

Obviamente sabíamos quién era la otra, pero, no sé, imagino que no nos interesábamos demasiado. O, tal vez, la vida hizo que no coincidiésemos por algo en especial. Por aquel entonces se rumoreaba que a mí me gustaban excesivamente las faldas y no, precisamente, para ponérmelas; de ella se decía que le gustaba todo. Jamás me preocupé de eso, si he de ser sincera.

En cuanto a su figura, no tengo nada que decir más que creo que se la menospreció. Tenemos tendencia a juzgar a las mujeres por estar con hombres casados, cuando los que tienen un vínculo con alguien son ellos, no nosotras. Pero es más fácil. Ellos son los pobres

seres que quedan a merced de nuestra consabida maldad. Desde el pecado de Eva, si cree usted que cometió algún tipo de pecado, no se nos ha vuelto a perdonar nada. No me importa. Siempre he hecho mi vida como me ha venido en gana.

Es exactamente lo mismo que le pasó a ella.

Una mujer no puede hacer lo que quiera porque se expone a que la juzguen inmediatamente. En eso hay que reconocer que nuestra sociedad no es la más adelantada. Todos tenemos un pequeño McCarthy dentro, ¿no cree?

Frank Sinatra

Aquello fue mucho antes de tener nuestro romance. Claro que habíamos oído hablar de Marilyn Monroe. Había que estar muerto para no saber de su existencia. Era la sensación del momento. Aunque, en su caso, ese momento durase diez años.

Nos extrañaba que una mujer con su personalidad no se posicionase en nuestra lucha, aunque Lauren siempre la disculpaba con el argumento de que ya tenía suficiente con intentar sobrevivir entre tiburones.

Se estaba abriendo paso y no imagina a qué ritmo lo hacía. Lo extraño es que, en aquel momento, sin conocerla, me parecía una mujer cualquiera que se había casado con un astro del deporte solo para medrar.

Hoy, sabiendo lo que sé de ella, puedo decirle que no era más que una chica intentando ser amada. Creo que ninguno supimos hacerlo.

Elia Kazan

Marilyn fue una joven encantadora, no ese monstruo de la leyenda. Una chica sin coraza, un alma hambrienta, deseosa, de ser aceptada por las personas a las que admiraba. Hollywood le respondió tirándola al suelo con las piernas abiertas.

Es cierto que le fui infiel a mi mujer con ella, pero no creo que se la pueda culpar a ella. Era como todas las heroínas de Charles Chaplin en una sola.

No me siento avergonzado, ni un poco, de haberme sentido atraído por ella. Lo que lamento terriblemente es haberle hecho daño a Molly. ¿Qué ser humano no se habría sentido atraído por Marilyn? Si alguien le dice que podía haberse resistido a aquella

presencia, no lo crea, solo lo dicen quienes no la conocieron. Una cosa era la actriz, esa estrella que veíamos en la pantalla, y otra muy distinta la mujer. Esta última tenía tanta sensibilidad, tanto dolor y tanta verdad, que era imposible no amarla desde el primer segundo.

Sé que dije que solo fue un capricho, un deseo humano, pero no fue solo eso. Marilyn era única. No he conocido y no conoceré a ningún ser con aquella luz. No imagina la fuerza que guardaba en su interior. Eran tan frágil por fuera como poderosa por dentro.

En el Actor's sé que Lee la tomó bajo su ala y creo que hizo bien. Era una gran actriz a la que no le dimos la oportunidad de demostrarlo. Me pesa haber participado en una campaña de sabotaje tan salvaje, pero no hay marcha atrás. Todo lo que hacemos en esta vida tiene consecuencias. No me importa asumirlas. Ya soy mayor, no tengo el miedo de aquel joven que veía su futuro en el cubo de la basura gracias al gran mentiroso que fue McCarthy.

¿Sabe que murió alcoholizado y lejos de todo y de todos? Creo recordar que tenía cuarenta y ocho años. Justicia poética, deben llamarlo. Al menos, yo creo que es lo que fue, ni más ni menos.

Nadie se atrevía a mirarlo a los ojos sin perder un poco de esa ingenuidad que guardamos después de ser niños. Lo cierto es que no era un buen hombre y no creo que nadie en Los Ángeles sintiera su muerte. Al menos, yo no lo hice.

Marilyn no tuvo que sentir su furia porque era eso lo que se veía en los ojos de aquel hombre cuando te miraba: furia. Un odio voraz por todo lo que no se pareciese a lo que él pensaba que era lo correcto. Y, no podría decírselo con total certeza, pero creo que tenía algo enquistado contra la profesión. No sabría decirle qué era exactamente. Todo se le torció cuando quiso ir contra los del Pentágono. No supo medir las fuerzas. Una cosa es querer destruir a presidentes de los Estados Unidos y otra muy diferente intentar quemar en la hoguera a quienes mandan.

¿Dónde estaba Marilyn? En la cama con muchos hombres. Lo último que necesitaba era un conflicto político. Se había posicionado al lado de los Diez, pero ¿quién iba a tomarse en serio a una mujer como aquella? Dudo mucho que nadie la imaginara

vestida. Incluyo a muchas mujeres con las que sé que estuvo y que se lo negarían, aunque las despellejaran vivas. Al menos, ella tuvo la valentía de ser quien era. Nos gustase más o menos.

Yo amé a Marilyn como se la podía amar en aquel momento: en silencio, en las sombras y sin dejar que nadie nos pillara. No solo era que yo estuviese casado, es que ella era una bomba a punto de explotar. Nadie sabía cuándo lo haría, pero sabíamos que lo haría.

Marilyn quería, por encima de todo, que la quisieran. No le dé más vueltas.

Arthur Miller

Deseaba hablar con ella, pero no sabía cómo hacerlo. ¿Cómo se acerca alguien a Marilyn Monroe? ¿Le da las buenas noches? ¿La invita a una copa como si fuera la chica del club? ¿Le pide un autógrafo? Así que, sí, vi el cielo abierto cuando Kazan me dijo aquello de: «Cuida de mi chica». Jamás se lo agradeceré lo suficiente.

Aquella noche lo único que intercambié con Marilyn fueron bailes, copas y nuestros números de teléfono. No sería raro que un autor teatral la llamara ni que una actriz llamara a un dramaturgo. Así que era perfecto.

Yo sabía que quería acostarme con ella. Lo supe desde la primera vez que la vi en la pantalla. ¿Quién no querría acostarse con Marilyn Monroe? Pero era algo lejano. Una especie de sueño del que sabía que podría despertar en cualquier momento. No me importaba porque, cuando despertara, ya habría disfrutado de un rato con ella, aunque no fuera real.

Cuando la agarré por la cintura, creí que se rompería. No imagina lo que era mirarla a los ojos.

Pero había algo que me aterraba de ella. Algo que puedo explicarle en pocas palabras: todo el mundo que había tratado con ella decía que estaba loca. Bueno, seré más preciso: todos los hombres que habían estado a su lado decían que lo estaba. A mí me parecía un ángel.

Cuando pude mirarla a los ojos e intercambiar dos palabras con aquella mujer, supe que no estaba loca, que sufría. Su risa era franca y abierta. No creo que nadie pudiera dudar de que todo lo que decía lo decía de verdad, desde el corazón. Ese corazón que le

daba tantos quebraderos de cabeza.

No sé. De verdad que no sé cómo explicarlo, pero cuando la abracé para bailar con ella, supe que tenía entre mis manos al ser más frágil que había conocido.

Truman Capote había dicho de Marilyn que era «una criatura adorable» y, sin duda, lo era. Pero era muchas más cosas…

Tal vez no debí forzar la boda aquel día, pero sabía que daba igual cuando la celebrásemos, que siempre habría un enjambre de periodistas esperándonos para tomar una instantánea. No tiene ningún sentido en lo que hemos convertido nuestras vidas, pero imagino que ya no tiene marcha atrás.

En cuanto a Marilyn, sabía que dependía tremendamente de mí, que solo necesitaba presionarla un poco para que diera marcha atrás en su decisión de desposarnos ese mismo día. Es cierto que la muerte de aquella periodista fue una catástrofe, pero no éramos responsables. Solo queríamos huir, que nos dejaran en paz, pero ellos no desistieron. Mi primo conocía perfectamente aquella carretera y los periodistas no. Debieron frenar en cuanto se percataron de lo que estábamos haciendo.

No tengo nada contra los periodistas. Es más, creo que hacen un trabajo increíble haciendo de altavoz para algunas de nuestras obras. Eso no les da derecho, sin embargo, a creer que están en posesión de la verdad.

De todas formas, creo que el accidente de la periodista del *Paris Match* poco o nada tenía que ver con nosotros más allá de que éramos los perseguidos.

Marilyn estaba radiante a pesar de tener los ojos llenos de tristeza. Lo que decía Capote de ella se quedaba corto. Era el ser más hermoso que pudieras conocer. Era frágil y era fuerte, una mezcla que pocos comprenderían, pero que ella manejaba muy bien.

Me casé pensando que era posible unir el sexo y la inteligencia. Creía que ella era el ejemplo perfecto de que la unión de esas dos virtudes era posible.

Marilyn era capaz de fusionar todo en ella. Era una gran luz que se iba llenando de energía con lo que había a su alrededor. También era una gran desconocida para el gran público, que solo veía en ella aquella tentación que alzaba la falda más allá de su cabeza. Muy

pocos sabían que era una gran poeta. No veo por qué ha de asombrarse, pero tampoco me sorprende que lo hagan.

Lea algunos de sus poemas y hallará en ellos a una mujer llena de miedos que solo buscaba alguien que la cuidara. Yo quería ser esa persona. El hombre que la protegiera para siempre.

Por eso, sí, yo convencí a Marilyn para que no retrasara la boda del 29 de junio.

Marilyn se estaba poniendo enferma rápidamente. Entonces se volvió más difícil, porque durante muchos días no pudo trabajar. Tuvimos que parar el rodaje una semana. Quizá, ocho o nueve días. Era una adicta.

Marily Monroe era la prueba suprema, en lo que a mí concierne, de que la sexualidad y la seriedad son incompatibles, y no pueden coexistir en la mente norteamericana.

No creo que nadie pudiera imaginar otro final para Marilyn.

Olivier

Trabajar con Marilyn Monroe fue un auténtico infierno. Jamás encontré a un ser más caprichoso, más enamorado de sí mismo que ella. Era capaz de desquiciar a cualquiera.

Como actriz era muy buena, pero tenías que:

Hacer que llegara al set de rodaje. No crea que era tan fácil. Entre aquella pequeña urraca que la perseguía allá donde fuera, sus inseguridades, sus miedos, sus frustraciones y sus adicciones… Por el amor de Dios, habría sido más fácil dirigir a un mono. Al menos, este obedece a las órdenes de su cuidador.

Conseguir que llegara serena. Esto se complicaba día tras día. Con la marcha de Miller fue aún peor.

Y, por todos los santos, ¿tan difícil era soltar la maldita frase que le correspondiera? Se sabía el guion, me consta. Pero titubeaba. Se ponía en pie y buscaba a aquella vieja que le estaba sorbiendo el poco cerebro que le quedaba.

No volví a dirigir una película después de aquello hasta mucho tiempo después. Se me quitaron las ganas. No sé cómo no dejé el mundo del cine y el teatro para siempre.

Engordaba, adelgazaba, se ponía paranoica y se encerraba en su camerino. Lloraba por nada. Sé que dice que la traté mal, pero solo la traté como se merecía. Ella no entendía que actuar requiere una

disciplina que no tenía ni creo que le interesara tener. Por eso jamás llegaría a ser una gran actriz.

Tan solo el hecho de querer interpretar el papel que tan magníficamente había interpretado Vivian Leigh en el teatro ya era como para morirse de risa.

No entendía nada de Londres y de nuestras costumbres. Era la típica norteamericana que llega a un país queriendo que todo ese país se adapte a ella y no al contrario.

Luego se lio con aquel mequetrefe, Colin Clark. Debió de darle lo que necesitaba porque lo cierto es que se tranquilizó un poco. Miller no estaba, alguien tenía que darle calor por la noche, imagino.

Creo recordar que tuvo una crisis nerviosa una noche, pero a mí eso no me interesaba. Lo que pase fuera del plató no es cosa mía.

Era una mujer rota que intentaba componerse a base de pastillas y películas. Algo que resultaba tan ridículo como querer arreglar un jarrón que se ha hecho añicos. Marilyn Monroe era la mano del niño que tira ese jarrón y era el objeto en sí mismo. Llevaba al enemigo dentro. Y, créame, no hay nada peor que querer salvar a quien ya no tiene salvación.

Lo vi enseguida y solo quise salvar la película. Lo demás me daba igual. Ella no significaba nada para mí más que el juguete de moda en Hollywood.

Sam Giancana

No me gustaba ninguno de ellos. Para mí no eran más que una panda de vagos de los que debía saber si podía sacar provecho. Si la respuesta era «sí» ahí estaba Mooney para echar un cable. Pero era mejor que no se te olvidase lo que había hecho por ti.

Le contaré una anécdota divertida. Cuando tenía quince años, me gustaba pavonearme con alguna chica por el barrio. Yo ya había comenzado a «trabajar» por mi cuenta. Me negaba a ser como mi padre, un frutero sin más futuro que morir entre cucarachas.

Yo prosperaba mientras él lo único que hacía era ir diciendo por ahí que se avergonzaba de mí, que no era así como me había criado. Mi familia no tenía para un abrigo, pero era decente. Ja.

Me llevé más de una paliza y más de dos con mi actitud, pero también tenía el respeto de mucha gente fuera de mi casa. Era

mejor no meterse conmigo, ya me entiende.

Un día, mi padre me echó de casa. Yo ya andaba con un revólver y un cuchillo como elementos esenciales en mi vestimenta. No me lo tomé a mal, sinceramente. Salir de aquel cuchitril fue una especie de liberación que me permitía hacer algo bueno para mí, al fin.

Otro cualquiera habría dejado las cosas así. Yo no. Tenía que asegurarme de que nadie pensara que yo era débil y que mi viejo era más fuerte que yo. Un día regresé. Me senté en su sofá a oscuras. Mi madre estaría trabajando fuera para ganar dos centavos más. Los que no ganaba mi padre por falta de hombría.

Pasaron un par de horas. No me importó. Tengo paciencia cuando hay que tenerla. Es imprescindible en mi trabajo.

En cuanto oí los pasos inconfundibles de él subiendo la escalera con sus resoplidos de vieja mula, me escondí tras la puerta. Abrió con parsimonia, como lo hacía todo en su vida, se quitó la bufanda y el sombrero. Luego, el viejo abrigo italiano. Lo único que le quedaba ya de Italia, de sus raíces, de lo que fue un imperio. Dio una coz a la puerta y entonces salté tras él, le puse un cuchillo en el cuello.

Lo saludé y él pareció confundido. Me llamó por mi nombre, pero le pedí que se dirigiera a mí como Mooney.

Me preguntó qué hacía, como si no fuera obvio. Tuvo la desfachatez de decirme «hijo». Recuerdo cada palabra que le solté: «¿Hijo? ¿Te acuerdas ahora de que soy tu hijo? Bueno, viejo, te diré lo que quiero. Quiero que no te olvides nunca de este momento y de que te voy a perdonar la vida. No lo olvides nunca, viejo, o terminaré hundiéndote los quince centímetros de acero en tu asquerosa garganta. No sé si ha quedado claro».

Dijo que sí con la voz entrecortada. Se había meado encima. El muy guarro se había meado como si fuera un bebé. Jamás olvidaré esa cara de cerdo que sabe que se ha quedado a las puertas del matadero.

Tengo grabada aquella conversación aquí. Y moriré recordándola.

No todo el mundo está preparado para el éxito. Hay que tener mucho temple y una cabeza, al menos, notable. Si dejas que se apodere de ti, estás perdido porque jamás sabrás dónde está el suelo. Y es imprescindible saber dónde está porque quieres evitarlo,

porque quieres pisar fuerte sobre él pero no que encuentren tu cuerpo en un charco de sangre.

No, no todo el mundo está preparado para el éxito. Yo lo estaba porque había visto el fracaso muy de cerca. Mi padre se había instalado en él y parecía no querer evitarlo nunca. Jamás lo entendí.

Es cierto que este es el país de las oportunidades pero no puedes ser remilgado, no puedes tener escrúpulos. ¿Cree que un tiburón que se encuentra a una triste sardina le pregunta si le importa que se la coma? No, simplemente, la engulle, abre sus fauces y se la come porque es lo que tiene que hacer para sobrevivir. Los tiburones no comen hierba, no comen heno, se comen a otros peces. Es lo que hay y nadie se plantea si los tiburones son crueles.

En cuanto a Hollywood, no me interesaba más que como entretenimiento. Para eso sirve el poder. Mientras millones de norteamericanos soñaban con tal o cual actriz, yo me acostaba con todas ellas. Menos con Marilyn. Creo que no le gustaba lo que yo representaba. Como si ella representara algo mejor. Ja.

Era una furcia, una fulana, que se había creído el cuento de Cenicienta. No era más que una estúpida rubia que necesitaba que la pusieran en su sitio y yo me encargué de hacerlo. Pero esa es otra historia.

Quería saber sobre Kennedy, ¿no? La elección de JFK fue la mayor burla al sistema, y ha habido muchas, que se ha dado en toda la historia. Compra de votos, muertos que se levantaban de su tumba para ir a votar, urnas llenas cuando se abrían los colegios electorales, gente comprada en todas las mesas del país. Fue una gran inversión que, esperábamos, nos iba a dar muchas alegrías.

A veces, las alegrías no llegan cuando las esperas. Pero sí si eres paciente, si olvidas la prisa pero no olvidas lo que quieres conseguir. Nunca hay que olvidar ni perdonar. Eso que lo haga Dios si quiere. Yo no soy más que un ser humano que ha querido lo mejor para los suyos.

El nombre que se le puede dar a cualquiera que lleve el apellido Kennedy es el de sucio perro traidor.

No me gustaban. No nos gustaban a casi nadie, pero creíamos que eran «tontos necesarios». Seamos realistas, los tontos fuimos nosotros. Una vez accedieron al poder, olvidaron todo lo que

habíamos hablado. ¿Sabe qué hay peor que un hombre sin palabra? Toda una familia sin ella.

El problema es que, a veces, el hombre no sabe medir sus fuerzas, o las de su contrincante. A nosotros no supieron vernos. Ya llevábamos el cuerpo lleno de cicatrices, de balazos, de navajazos, de traiciones. Nunca te metas con nadie de la familia, el resto de nosotros saldrá a defenderlo. Es así como se hacen las cosas aquí.

Thomas Noguchi

En la mañana del 5 de agosto me llamaron para decirme que debía examinar el cuerpo de una mujer joven que había sido encontrado ocho horas antes en una pequeña casa de Brentwood. Había sido víctima, según me dijeron, de una sobredosis.

Me insistieron en que había mucho interés por parte de la prensa y, sobre todo, por altos cargos del Estado, por saber qué había pasado. No entendí qué interés podía tener una sobredosis. En Hollywood era habitual que chicas jóvenes, que veían truncado su sueño de ser estrellas de cine, acabaran de aquella manera.

También resultaba extraño que me lo pidieran a mí. El encargado de estos casos importantes siempre era el doctor Thodore Curphey. Pensé que, quizá, había llegado mi momento. Yo era un joven forense japonés en las famosísimas calles de Hollywood.

Leí el informe de la Policía que describía a la mujer y especificaba que se habían encontrado varios frascos de pastillas, una botella vacía y un tarro de Nembutal. Su nombre no me dijo nada: Norma Jeane Mortenson. Solo cuando leí completo el informe alguien me dijo que el cuerpo pertenecía a Marilyn Monroe.

Creí que se trataba de una curiosa casualidad que aquella mujer se llamara igual que la actriz. Mi sorpresa cuando entré en la sala de autopsias y la vi a ella… Su cuerpo, quiero decir. Estaba hermosa incluso muerta.

El cuerpo de Marilyn Monroe fue liberado por el juez de Instrucción después de concluir mi autopsia.

Solo había hecho un primer examen cuando, en rueda de prensa, mi jefe, el doctor Curphey, anunció que Marilyn Monroe se había suicidado.

Fui a hablar con él para decirle que se equivocaba, que me dejara hacer las pruebas de toxicología a los órganos. Le expliqué

que el estómago estaba vacío, algo imposible si había ingerido esa cantidad de pastillas.

Me dijo que lo dejara. Intenté quejarme, sabía que no se había suicidado. Lo único que obtuve fue un: «Déjelo ya».

Repetiré siempre que el procedimiento fue anormal. Una vergüenza se mire por donde se mire.

Frank Sinatra

Una pena lo de Marilyn. Yo la apreciaba de verdad. Sabíamos que lo estaba pasando mal y ninguno pudimos hacer nada por ayudarla.

Marlon Brando

Si alguien cree que Marilyn se suicidó es que es idiota. Estaba llena de proyectos, quería remontar el vuelo. Incluso planeaba volver con Joe DiMaggio y tener por fin su propia familia. Ojalá esto se aclare pronto.

NOTA DE LA AUTORA

Todos los hechos relacionados con los hombres que tuvieron algún tipo de relación con Marilyn Monroe están documentados en libros y recortes de prensa. Obviamente, no pretende ser una biografía (sería muchísimo más amplia), ni tampoco un libro-biblia, sino una recreación verosímil y lo más verídica posible de lo que fue la vida de la actriz con respecto al sexo masculino.

Los diálogos son, en su mayoría, recreaciones, pero algunos están extraídos y adaptados de alguno de los libros que se han escrito sobre ella.

Que Marilyn Monroe fue una mujer maltratada por la vida es de sobra conocido. Lo que no se conoce tanto es el maltrato que recibió por parte del sexo opuesto. Una mujer con su sensibilidad y psicología debió de sufrir mucho por ese trato.

Es decir, este no es sino un tributo a una mujer que me fascina poniendo a los hombres como protagonistas, que no salen demasiado bien parados. No hay juicio de valor, solo la narración de unos hechos que siguen sin permitirnos saber qué pasó aquel 4 de agosto de 1962 con la Ambición Rubia.

No creo que queden ya en el mundo muchas personas que sigan creyendo que se suicidó. Incluso en el caso de que tomara una sobredosis de fármacos (algo que se descartó en la autopsia), habría que pensar qué y quiénes la arrastraron a ese grado de desesperación.

Esta es la historia de una niña que necesitó ser amada y solo consiguió ser destruida.

Va por todas esas mujeres que alguna vez, creyendo que las amaban, perdieron la vida de la forma más ruin a manos de quienes decían quererlas.

Agradecimientos

Esta novela no habría sido posible sin la paciencia de Melania, que me ha ayudado a rastrear cuanto hay de Marilyn en español, y ha aguantado que compre y compre y hasta me regale ella misma todo lo que caía en mis manos de la Ambición Rubia.

A mi madre, porque siempre ha confiado en mí.

A dos Elias: Barceló que me dijo «esta sí»; y a mi hija porque, cuando la miro, dan ganas de vivir.

A María Zaragoza que supo antes que yo que podía.

A mi abuela Manuela, siempre, por todo. Te echo de menos.

A Barbeito, Abad, Mateo, las que nunca tienen prisa y sacaron tiempo donde no lo había.

A todas las mujeres que sufren por ser mujeres y no pueden contarlo.

A Marilyn que está a mi lado desde que tengo uso de razón. Gracias por contarnos tantas veces tu historia.

Y a un hombre, el dragón, porque este siempre fue un sueño y al fin ha llegado.

Y a ti que vas a leer esta novela, gracias infinitas, porque sin tu participación nada de esto tiene sentido.

[1] Thy mother grieved to see thee go, / Thy father wept to part— / For thou was nearest to his soul, / And dearest to this heart; / And the at last can meet thee there, / When this frail life is o’er— / I almost now can see thee smile / To meet him on the shore.

(Poema de Annie Hays, *Lines on the death of Mary*) < <

[2] Walt Whitman. < <

[3] **El divorcio exprés de Marilyn Monroe y Arthur Miller**
<<

[4] Notas extraídas de la autopsia real. Las unidades de medida americanas han sido convertidas a unidades métricas decimales para facilitar la comprensión del lector. < <